

# Tiempo de contar

Concurso de narrativas  
#QuedateEnCasaEscribiendo





TIEMPO DE CONTAR



# TIEMPO DE CONTAR

Concurso de narrativas 2020  
#QuedateEnCasaEscribiendo



Universidad  
Nacional  
de Córdoba

**Autoridades UNC**

Rector

**Dr. Hugo Oscar Juri**

Vicerrector

**Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira**

Secretario General

**Ing. Roberto Terzariol**

Prosecretario General

**Ing. Agr. Esp. Jorge Dutto**

Directores de Editorial de la UNC

**Dr. Marcelo Bernal**

**Mtr. José E. Ortega**

---

Tiempo de contar: concurso de narrativas 2020:  
#QuedateEnCasaEscribiendo / María Julia Mazzarino... [et al.]; compilado por Emilia Casiva.- 1a ed.-  
Córdoba: Editorial de la UNC, 2020.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: online  
ISBN 978-987-707-164-1

1. Narrativa en Español. 2. Concursos. 3. Antología de Cuentos. I. Mazzarino, María Julia. II. Casiva, Emilia, comp.  
CDD 863

---

Diseño de colección, interior y cubierta: **Lorena Díaz**

Diagramación: **Marco J. Lio**

Edición: **Emilia Casiva**

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Universidad Nacional de Córdoba, 2020

# ÍNDICE

Introducción	11
Primera parte: premios y menciones	15
Cuentos	16
<b>Primer premio. <i>Rasgos criminales</i></b> María Julia Mazzarino	17
<b>Segundo premio. <i>Retornos</i></b> María Fernanda Trebol	27
<b>Tercer premio. <i>La piedad de los enemigos</i></b> Adrián Benelli	36
<b>Mención. <i>Hipertrofia</i></b> María Aranguren	45
<b>Mención. <i>¿Por qué no?</i></b> Leandro Ariel Braier	50
<b>Mención Especial del Jurado. <i>El pijama</i></b> Miguel Ángel Rubio	58
<b>Mención Especial del Jurado. <i>Bendermann</i></b> Nicolás Santiago Jozami	68

<b>Relatos de Córdoba</b>	<b>78</b>
<b>Primer premio. <i>Semáforo</i></b> Lucía Caisso	79
<b>Segundo premio. <i>Las arañas</i></b> Alejandro Benjamín Laurentti	83
<b>Tercer premio. <i>Postales del Barrio General Paz</i></b> Adrián Hipólito Calvo	90
<b>Mención. <i>Soliloquio de un fantasma atribulado</i></b> Alicia Rubio	95
<b>Mención. <i>El cruce del vado</i></b> Carlos Oscar Guirado	104
<b>Crónicas</b>	<b>113</b>
<b>Primer premio. <i>La ausencia del abrazo</i></b> Antonia Quattordio Galmarini	114
<b>Segundo premio. <i>Las odiamos</i></b> Oscar Alberto Samoilovich	119
<b>Tercer premio. <i>Dormir menos, y estar más alerta</i></b> Juan José Lizama Ovalle	122
<b>Mención. <i>En preparación</i></b> Ana María Paulinelli	128
<b>Mención. <i>El cabo Guarataro</i></b> Hamilton Torres Aponte	132
<b>Segunda parte: destacados</b>	<b>138</b>
<b><i>Hey there, I'am using whatsapp</i></b> Natalia Camaño	139



<b><i>Merecido</i></b> María Dorrego	144
<b><i>El jardín de las giralunas</i></b> Guillermo Valera Salazar	148
<b><i>I love you todavía, Brad</i></b> Cinta María Pérez Urrea	153
<b><i>Reality</i></b> Alejandro Kapeniak	157
<b><i>Guasón</i></b> Ana Laura Alonso	166
<b><i>Los ojos de adentro</i></b> Mónica Beatriz Ferrero	170
<b><i>Soy Rosa, y búsqieme así</i></b> Mirta Noemí López	179
<b><i>Una sospecha sobre las efigies</i></b> Pablo Nicolás Angulo	189
<b><i>Nosferatu</i></b> Santiago Luengo	194
<b><i>Pitoco</i></b> Santiago Alberto Armando	200
<b><i>La tertulia</i></b> Marta Leonor Puey	208
<b><i>Puerto Cristal</i></b> Gastón Gustavo González	212
<b><i>El pescador</i></b> Julián Penagos-Carreño	220

<b>Apego</b> Pilar Martínez	226
<b>El limonero</b> Oscar Antonio Salcito	231
<b>Mula</b> Deivis Duván Bolívar Rangel	236
<b>Al final... no era una cuestión de clases</b> Daniel Marcelo Cacciamani	242
<b>El olor de mi abuelo</b> Fabiana Frini	248
<b>El preceptor</b> Santiago Oliva	253
<b>Ayer</b> Hugo Pisa	263
<b>Pañales</b> Milena Ezenga	273
<b>Hijo</b> Facundo Juárez	277
<b>Los gregarios</b> Karen Fogelström	280
<b>Bien calladitos</b> Andrea Fischer	289

## INTRODUCCIÓN

Se iniciaba el mes de abril del corriente año, y la Argentina se sumergía en su primera etapa de aislamiento social, preventivo y obligatorio. Nos recluíamos en nuestros hogares, buscando prevenirnos de un enemigo silencioso y tenaz, que había mostrado, del otro lado del mundo, la contundencia de su filo.

En ese contexto, la Universidad Nacional de Córdoba hizo un renovado esfuerzo por mantenerse de pie; enseñando, investigando, produciendo, a través de su relevante estructura, numerosos bienes culturales.

El equipo editorial no dudó, cuando propusimos avanzar sobre un terreno poco explorado por el sello: la ficción, apelando a una vía desarrollada en nuestra gestión: la convocatoria pública a postular trabajos, incluso allende los marcos de la –si se nos permite– “jurisdicción universitaria”

Trabajamos con entusiasmo –y en tiempo récord– en las bases del concurso, para darnos posteriormente a la difusión de la convocatoria. Nacía entonces el “Primer Concurso de Narrativa: ‘#QuedateEnCasaEscribiendo’”, conformando a dicho efecto un tribunal integrado por tres integrantes estables del staff de la Editorial (Lorena Díaz, Juan Conforte y Emilia Casiva; quienes sin perjuicio de su trabajo en aquella son reconocidos editores del medio) y tres miembros externos al sello, de notable prestigio académico y literario: Carlos Schilling, Esteban Llamosas y Nelson Specchia.

En tiempo y forma, no sin contestar innumerables solicitudes de asesoramiento respecto a la interpretación de las bases, se fue generando un clima excepcional en lo que a la recepción del Concurso de Narrativas se refiere. Numerosas organizaciones culturales difundieron la iniciativa y cientos de interesados demostraron su interés por participar. Abierta la convocatoria, confirmábamos semana a semana que el esfuerzo había valido la pena. Finalmente, fueron 590 postulaciones las admitidas en término, severamente analizadas en dos etapas: la primera, a cargo del Jurado de Selección (Díaz, Conforte y Casiva), se enfocó en la mirada formal de los trabajos –cumplimiento de requisitos establecidos en las bases– y una precalificación de los mismos; la segunda, en manos del Jurado de Premiación (Schilling, Llamosas y Specchia), desarrolló una nueva y muy rigurosa ponderación de los trabajos oportunamente precalificados.

Ante el unánime comentario por los integrantes del Jurado, respecto a la gran calidad de las postulaciones, y considerando que habían llegado inicialmente casi seiscientas propuestas, quienes suscriben solicitaron al cuerpo encargado de discernir los premios, que además de establecer los merecimientos definidos en las bases del concurso, seleccionara un conjunto adicional de cuentos, crónicas o relatos que por su calidad, merezcan a su criterio ser parte de la publicación.

Así se arribó finalmente a la premiación del Jurado, que en la Categoría “Cuentos” incorporó dos menciones especiales; son los diecisiete relatos que componen la Primera Parte de este libro. En la Segunda Parte de la obra, se incorporan veinticinco piezas adicionales, en función de nuestro pedido señalado párrafo arriba.

Los cuentos llegaron a Córdoba desde las veintitrés provincias argentinas, la Ciudad Autónoma de Buenos, y doce países (americanos y europeos). Los autores, premiados o no, más o menos emparentados con el oficio de escribir y con la rutina de realizarlo cotidiana o profesionalmente, mostraron inequívocamente su comprensión ante las premisas del concurso, su

compromiso con la finalidad proyectada para el certamen, su vocación por hacerlo dinámico, voluminoso, interesante. A todos y cada uno, nuestra profunda gratitud.

Desde luego, el equipo completo de la Editorial aportó ideas y esfuerzo en un intercambio nacido a partir de la primera puesta en común de la idea, que se fue puliendo a puro entusiasmo y reuniones por diversas vías remotas. El soporte cotidiano de la iniciativa descansó en la eficiencia de Emilia Casiva, a cargo de contestar centenares de correos, como también de trabajar en la preparación y organización del contenido para que pueda ser evaluado por el Jurado en todas sus etapas (que recordemos, debió trabajar de modo remoto en todo momento, dadas las medidas vigentes), y también de la edición del texto de la obra. Desde la redacción de bases y acompañamiento jurídico, hizo su destacado aporte la asesora letrada del sello, María Eugenia Gill. Nuestra comunicadora, Rocío Longo, se destacó por la excelente campaña de difusión, previa, concomitante y posterior al concurso. Los editores Lorena Díaz y Juan Conforte aportaron, en diversas instancias de gestión y sustanciación del concurso, su reconocido oficio y ganas de hacer. Díaz y Marco Lío, trabajaron finalmente en la diagramación del material. Haciendo posible lo imposible, José Manuel Campos, desde la coordinación informática, brindó un sustento indispensable en tiempos de pandemia y restricción.

Merece especial destaque el extraordinario trabajo del jurado de selección. Carlos Schilling, Esteban Llamosas y Nelson Specchia debieron realizar una faena sobrenatural, por la cantidad de textos a evaluar y las limitaciones logísticas (como también los acotados márgenes de tiempo), realizándolo con la excelencia y la rigurosidad que los caracteriza, esfuerzo que incluyó –como regalo adicional– el título de la obra. Su desinteresada y valiosa participación en esta iniciativa representa, sin lugar a duda, un mojón señero en la historia de la Editorial de la UNC.

Fuera de la Editorial, el siempre presente y dispuesto equipo del Rectorado de la Casa acompañó con empeño y seriedad,

agradecemos muy especialmente al Rector de la UNC, al Vicerrector y al equipo de prensa por el enfático respaldo.

El presente año, tan dramático en las vidas de todos y cada uno, dejó también enseñanzas y adaptaciones. Suele decir el doctor Hugo Juri que en algunos aspectos ya no será deseable regresar a la “vieja normalidad”, particularmente en lo que se refiere a prescindir de la extraordinaria potencia de los medios y nuevas tecnologías de comunicación, aplicadas a un sinnúmero de servicios que la Universidad puede y debe prestar. Habernos acercado a través de esta experiencia, a tantas comunidades, a tantos interesados por expresarse –honrando el lema del concurso–, confirma nuestra decisión de apostar por formatos digitales, en lo que a gestión y edición se refiere.

Reiterando nuestro agradecimiento, vamos sin más a lo que importa: invitar al tránsito por las piezas que componen esta obra, para nosotros, fundacional e inolvidable.

Marcelo Bernal y José Emilio Ortega

**PRIMERA PARTE**  
**PREMIOS Y MENCIONES**

## CUENTOS



## PRIMER PREMIO RASGOS CRIMINALES

María Julia Mazzarino

Carolina no lo distinguió entre los presentes en el salón. Con un suspiro de alivio aceptó la copa de vino que le ofrecía un camarero de impecable traje negro y se acercó a retirar el folleto de la exposición. Había visto un anuncio en el hall de entrada de la academia de música, donde casi todos los viernes asistía a conciertos de estudiantes avanzados. Era una muestra de pintura y escultura de ex estudiantes de la Università di Siena de características bastante particulares, ya que los artistas eran graduados de carreras no relacionadas con el arte, en su mayoría médicos, abogados y economistas. *Uno de ellos es un amigo de mi padre que terminó abandonando la medicina y se ha dedicado de lleno a la pintura*, le había comentado Giancarlo cuando ella lo invitó a acompañarla, lo que aumentó su curiosidad.

Hacía dos años que Carolina estaba becada en Italia, un año y medio en Torino y después en Siena, recopilando material de Cesare Lombroso, el médico italiano que hacia fines del 1800 propuso la teoría del reconocimiento de criminales en base a rasgos fisonómicos. Fuertemente criticada a posteriori, algunos aspectos de esta teoría del “atavismo criminal” –que definía a los criminales como una subespecie del género humano, una desviación que conducía a estados primitivos– continuaban aplicándose en el análisis de los perfiles criminales modernos. Carolina indagaba en su tesis doctoral hasta qué punto una clasificación similar era utilizada en su país para criminalizar a descendientes de pueblos

originarios y a mestizos con bajo porcentaje de ascendencia europea. Había recopilado gran parte del material que necesitaba en el Museo di Antropologia Criminale de Torino, donde se encuentra la colección completa de Lombroso, y ahora estudiaba en Siena una pequeña colección de manuscritos de sus discípulos conservados en el Museo di Strumentaria Medica de la universidad.

Siena la atraía fuertemente porque allí había vivido su madre después del golpe militar en Argentina. Junto a su mejor amigo, el tío Julián, había llegado en julio de 1976 para hacer un curso de italiano que se dictaba a estudiantes extranjeros durante los meses de verano. Tenían una beca que les alcanzaba justo para vivir y finalizado el curso sobrevivieron haciendo un poco de todo, mientras se presentaban a otras becas en diferentes lugares de Europa. Sabían que no podían volver a casa: los habían echado del trabajo unos meses antes del golpe, lo que podía significar una advertencia peligrosa en aquellos años. Ella había trabajado de niñera, camarera, cuidando enfermos de noche, y con Julián en la vendimia de Chianti. A su madre le había impresionado de manera especial lo de cuidar enfermos de noche en el hospital; le había hablado varias veces de esos pacientes muy viejos, todos hombres, que se despertaban de a ratos murmurando palabras inentendibles, quizás porque la mayoría hablaba en algún dialecto. Los hijos trabajaban y no querían que los padres se sintieran solos mientras se recuperaban o esperaban el final. Le pagaban bastante y podía usar parte de la noche para leer o escribir, aunque algunas veces la pasaba mal cuando alguno se despertaba de golpe y le clavaba fijamente los ojos o le aferraba la mano con fuerza. Ella entonces les acariciaba la frente mientras les hablaba suavemente en su limitado italiano hasta que se calmaban y volvían a caer en esa especie de ensueño en el que vivían casi todo el tiempo; después se iba a fumar un cigarrillo afuera hasta que conseguía controlar las palpitaciones y la tristeza. Su madre se había sentido muy cerca de la muerte, de una muerte que también rondaba las cartas que recibía de Argentina, donde con frases oblicuas –“se fue de viaje”, “no anda por acá”,

“está ayudando en el campo” – le informaban de encarcelados y desaparecidos. Se había apegado mucho a Cosimo, el único enfermo con el que había conseguido entenderse.

–Algunas veces dormía y deliraba, pero otras noches estaba despierto y consciente –le había contado. –Me habló de la guerra, de las dos guerras, de los “compagni morti” a su lado, de su primera hija que había muerto de la debilidad que produce el hambre, pero también me hizo reír con sus cuentos para enamorar a las chicas o para conseguir un mejor precio por la cosecha–. Hasta el día que llegó y ya no estaba. Solo una nota de la familia diciéndole que fuera a buscar lo que le debían. Lo hizo con culpa, como traicionándolo.

Carolina prefería las historias más divertidas de las cosechas, las fiestas medievales y los viajes a dedo por Italia, pero su madre cada tanto retornaba a Cosimo y el hospital. Ahora ya no estaba para preguntarle de qué hospital hablaba. El actual era un lugar enorme y moderno formado por varios edificios en las afueras de la ciudad, que no tenía nada que ver con la descripción de su madre de habitaciones de techos y ventanas muy altos, pasillos de paredes descascaradas y patios internos con viejos bancos y macetones de piedra. La curadora del museo donde estaba trabajando pensaba que probablemente era una parte de Santa Maria della Scala, el antiguo hospital medieval que había sobrevivido hasta fines de los ochenta en la plaza de la catedral y que actualmente era un complejo de museos. Desde entonces, cuando disponía de un par de horas, ella recorría ese lugar todavía no completamente restaurado, y se sentaba en algún banco a pensar y recordar a su madre; después bajaba hacia la Via di Città y desde allí a la Piazza del Campo, la plaza símbolo de la ciudad, donde se sentaba a tomar un café con *ricciarelli* o una birra, que era todo lo que se permitía para estirar el dinero de la beca. Allí lo vio por primera vez.

El tipo la miraba fijamente, tan intensamente, que ella se volvió a mirarlo porque pensó que lo conocía. Estaba sentado detrás de ella, a dos mesas de la suya y cuando lo observó con detenimiento, sintió una especie de escalofrío. Era un hombre de unos

cincuenta o sesenta años (a su edad no distinguía diferencias de una década), de cara alargada y mejillas hundidas, donde destacaban unos ojos grandes y oscuros y cejas muy pobladas en la base de una frente prominente. Algunos mechones de cabello negro y en-sortijado disimulaban en parte el tamaño de la frente y una cicatriz chica pero visible le partía en dos la ceja izquierda. No hizo ningún gesto cuando ella lo miró, pero sus ojos brillantes, como afiebrados, siguieron fijos en los de ella sin parpadear. En otro momento hubiera pensado que el tipo tenía cara de loco pero ahora, bajo la influencia de Lombroso, su inconsciente tendía a clasificarlo dentro de las fisonomías que estaba estudiando. Carolina perdió la alegría que sentía todas las veces que se sentaba en la Piazza, terminó el café y se fue caminando rápido en dirección a la pensión donde vivía. Las callecitas intrincadas de Siena le parecieron esta vez demasiado oscuras y cada tanto miraba disimuladamente por arriba del hombro a ver si alguien la seguía.

Volvió a verlo casi un mes después en el Palio de agosto. Durante ese mes, en una de sus excursiones al supuesto hospital de su madre, había conocido a Giancarlo, un *senese* licenciado en historia, que estaba terminando el doctorado y trabajaba en el Museo Archeologico, ubicado en el subsuelo de Santa Maria della Scala. Había emergido por un rato a la superficie, como le gustaba decir, y se sentó a su lado en el banco de piedra. Con una sonrisa encantadora le había ofrecido un café humeante de un termo que llevaba colgando del hombro. *Como nosotros el mate*, había pensado ella y aceptado sin dudar. Ese día la acompañó en su recorrido preferido hasta la Piazza y después de invitarla a un delicioso aperitivo con *spritz*, habían subido charlando sin parar por las callecitas sinuosas, que le parecieron más bellas que nunca a medida que las estrellas empezaban a brillar entre los techos de los edificios medievales. Algo agitados por la caminata habían llegado a la plaza de la colina que domina la contrada de Valdimontone, el barrio donde ella vivía, y se habían sentado en las escalinatas de la iglesia –plaza e iglesia suelen ir siempre juntas en

Italia— a disfrutar de una vista inigualable de Siena. A partir de ese momento se habían hecho inseparables y compartido caminatas y salidas, solos o con amigos, por la ciudad y sus alrededores. Eso también le recordaba a su madre. Los caminos internos que recorrían estaban bordeados por cercos vivos o de piedra, delimitando los olivares y viñedos que se extienden sobre las suaves colinas que circundan Siena, salpicados cada tanto por bosquetes o por alguna brumosa *cittadina*. Era como en los paisajes de fondo de los cuadros de Rafael o da Vinci, y le recordaban el día que encontró a su madre llorando en silencio mientras miraba “La meglio gioventù”, una serie de la que no perdía ni los créditos de cierre. En la pantalla se veía a un grupo de jóvenes, riendo y bromeando en un camino rural rodeado de cipreses y olivos, bajo el envidiable cielo de la Toscana al atardecer. *Extraño a Julián*, había dicho su madre; ahora ella los extrañaba a los dos.

Carolina se sentía envuelta y atraída por la pasión de Giancarlo por la vida, la exuberancia de sus gestos, su risa escandalosa y su aspecto cautivante, desde el pelo renegrido a los ojos claros de pestañas larguísimas, y ese cuerpo largo y desgarbado, que cuando se doblaba hacia ella le despertaba un revoloteo en la boca del estómago. Los italianos eran famosos por su intento perpetuo de seducir, una especie de deporte nacional que los hacía poco confiables. *Pero irresistibles*, decía su madre. Giancarlo terminó de ganarla el día que le regaló un palco para ver el famoso Palio, la gran fiesta de Siena, una carrera de caballos medieval que desde fines del 1200 se realiza dos veces por año en julio y agosto, y de la que participan las diecisiete contradas (barrios) en que se divide la ciudad. La carrera consiste en dar tres vueltas a la Piazza del Campo, lo que presenta serias dificultades para el jinete (y el caballo), ya que la plaza tiene forma semicircular y está construida siguiendo la fuerte pendiente del terreno, además de correrse “a pelo”. El escenario medieval, que ya tiene la Piazza con sus bellos edificios ocre de ventanas ojivales y la imponente torre campanario, se completa los días de Palio con los colores y símbolos de las

contradas en los trajes y estandartes, los desfiles y los prodigiosos malabares con banderas. Si bien esos días son una atracción turística sin igual, el Palio es en primer lugar una auténtica fiesta de los habitantes de Siena, que participan con una pasión sólo comparable al fútbol. Como consecuencia, conseguir un lugar en un palco o una ventana para ver la carrera no solo es difícil, sino prácticamente inaccesible para gran parte de la población y de los turistas, que se agolpan en el centro de la plaza a pleno sol y sin posibilidad de salir del lugar durante horas.

El Palio de agosto del 2006 empezó para Carolina con una visita a la iglesia “oficial” de la contrada de Valdimontone; allí, en un silencio sobrecogedor, vio al jinete conducir al caballo dentro de la iglesia y llevarlo por las riendas hasta el altar, donde el cura los bendijo y despidió con un “*Va’ e torna vincitore*” dirigido al caballo, que le puso la piel de gallina. Después fue a ubicarse en el lugar que Giancarlo había conseguido para esa fecha (su familia tenía asignado un asiento desde hacía casi un siglo, que repartían celosamente entre sus miembros), y que le había regalado el día anterior mientras ella lo miraba azorada y trataba de resistirse sin énfasis. El palco estaba en un ángulo de la plaza, con una vista privilegiada de la partida, donde caballos y jinetes se movían desordenadamente, mientras los gritos de los fanáticos de las diferentes contradas los alentaban sin cesar. Embelesada por los colores, el movimiento de los caballos y los cánticos ensordecedores, Carolina se sentía mareada, casi borracha de excitación, cuando justo en el momento en que arrancaba la carrera le pareció divisar al hombre de la mirada trastornada unos pocos metros más allá, en el lado opuesto de la esquina que formaban las gradas. Se dijo que estaba equivocada, pero al mismo tiempo se le enfrió el entusiasmo por la carrera y trató de ubicarlo con mayor certeza. Lo consiguió: el tipo estaba ahí, casi en la misma grada, dirigiendo hacia ella una mirada entre perversa y burlona que la hizo estremecer. No volvió más la cabeza hacia ese lado, pero lo sintió con la mirada fija en ella y cuando terminó la carrera se escabulló a toda velocidad entre los cánticos

y las banderas naranjas y verdes de la Selva, la contrada ganadora, hacia el lugar donde se encontraría con sus amigos. Trató de mantener una actitud alegre y relajada pero varias veces notó que Giancarlo la miraba interrogante. Bromeó sobre la tristeza que le producía la derrota de Valdimontone, pero incapaz de disimular por mucho tiempo, cuando volvían a su casa le habló del hombre y de la intranquilidad que le habían dejado los dos encuentros. Él la escuchó preocupado, aunque a ella no le quedó claro si por el suceso o porque creía que exageraba.

Como la vez anterior, con el tiempo se fue olvidando del sujeto aunque algunas veces cuando se le hacía un poco tarde y escuchaba pasos detrás de ella, temblaba pensando en ver nuevamente ese rostro inquietante. Durante el otoño y por su expreso pedido, Giancarlo y el grupo de amigos la llevaron a conocer los pueblos de torres medievales y murallas intactas en el camino a Firenze, verdaderas joyas medievales que su madre y el tío Julián incluían invariablemente en sus relatos. En esas salidas que hacían los fines de semana o al anochecer de algún día de trabajo, almorzaban o cenaban en lugares especiales: casas de campo de piedra y madera rodeadas de huertos y viñedos, viejos monasterios o bodegas recicladas, alguna *villa* algo descascarada pero con la elegancia de siglos, y hasta la casa parroquial de una iglesita en medio de olivares, donde probó el vino más exquisito del que tuviera recuerdo. Había una especie de competencia entre ellos por proponer siempre lugares diferentes; parecía que cuanto más reciclado y solitario fuera el lugar, era más especial y disfrutable, aunque ella no podía evitar sentir que era una búsqueda de exclusividad, una sofisticación del gusto, que le costaba compartir. Reafirmaba esta sensación cuando los escuchaba hablar de vacaciones y “escapadas” cortas a lugares impensados para ella, como participar en la maratón de Nueva York, recorrer a caballo el desfiladero que conduce a Petra en Jordania o hacer buceo en las playas de Omán en el Mar Árabe. Sentía el impulso de decirles *Dejen de tirar manteca al techo*, pero optaba

por callar porque le hubiera costado explicar la frase sin ofender. Otras veces sentía que envidiaba la capacidad de los italianos de disfrutar sin remordimientos.

Volvió a ver al hombre en uno de esos almuerzos cerca del pueblo de Monteriggioni. Esta vez el lugar elegido era el jardín de una casona que ofrecía mesas a la sombra de pequeñas glorietas de vides y buganvillas, separadas por cortinas de arbustos y grandes macetones de terracota. La mesa estaba muy concurrida por un grupo ruidoso de amigos que en ese momento estaban eligiendo los platos, casi gritando para hacerse oír. Desde su silla medio escondida tras uno de los troncos trepadores de la glorietta, lo vio pasar hablando animadamente con otros dos. A su lado, Giancarlo que apoyaba una mano en su brazo percibió el escalofrío que la recorría y al volverse a mirarla también la inquietud en sus ojos. Aprovechando el barullo de la mesa, le contó al oído lo que pasaba, mientras trataba de esconderse aún más detrás del tronco. Un rato después él salió a hacer un recorrido por las mesas ocupadas; volvió diciendo que seguramente se había equivocado, que no había nadie que se ajustara a la descripción que ella hacía y, ante su insistencia, se despachó con una frase que la dejó descolocada: *Creo que Lombroso te está lavando la cabeza, estás prejuizando con ayuda de lo que tratas de combatir.*

Ofendida por la frase, no volvió a hablar a Giancarlo del hombre después de este episodio, pero empezó a buscarlo en todos los eventos y sitios públicos a los que concurría, casi nunca sola, porque su temor iba en aumento. Volvió a verlo en un lugar inesperado: la conferencia del padre de Giancarlo en la escuela de Medicina con motivo de un homenaje que le hacían por su prestigiosa carrera, de la que acababa de retirarse. Ella estaba llegando tarde y casi tropieza con el tipo que buscaba un asiento al final del auditorio. Sintió que se le aflojaban las piernas y pensó en gritar cuando la tomó por el brazo para evitar que se cayera, pero consiguió reponerse y siguió caminando algo tambaleante hasta la fila donde la esperaban. Durante el incidente no lo miró a los ojos,



pero sintió los de él en su espalda el resto del tiempo. No comentó lo sucedido con Giancarlo ni lo volvió a ver a la salida.

Poco después fue lo de la exposición de pinturas de ex estudiantes de la Università di Siena graduados en carreras no artísticas. *De carreras burguesas tradicionales a pintores, andá a saber*, se dijo Carolina, curiosa del resultado y al mismo tiempo resignada a un posible encuentro con el hombre, que esta vez pensaba señalar a Giancarlo sin dudar. En ningún momento se le había ocurrido que ella podía encararlo directamente; a su timidez habitual se sumaba ahora un estado de pánico que no podía controlar. Giancarlo se retrasaba, lo que empezó a preocuparla; no entraba en sus planes recorrer sola la muestra que ocupaba tres extensas salas del viejo edificio de la universidad en el centro de Siena. Sintió alivio cuando vio llegar al padre de Giancarlo, que la acompañó con el vino de bienvenida mientras estudiaban el folleto de la muestra. Comenzaron juntos la visita, pero ella se fue quedando atrás, fascinada por las pinturas de la primera sala: una serie de paisajes impregnados de la belleza y melancolía de la campiña toscana, que sentía como propia desde antes de conocerla. A continuación venían dos salas de retratos que, según la crítica reproducida en el folleto, incluían varias piezas de gran valor artístico e importantes premios en exposiciones internacionales. Estaba entrando a la primera cuando vio al padre de Giancarlo venir hacia ella algo agitado. Tomándola del brazo intentó llevarla hacia la última sala, mientras le daba una explicación apresurada sobre un cuadro magnífico que tenía que ver *senz'altro*. Se estaba dejando conducir, divertida por su entusiasmo contagioso, cuando divisó en una de las paredes de la sala que atravesaban una pintura estilizada de una mujer sentada, una especie de boceto en azul que le recordó a las pinturas de Giacometti e inmediatamente al lado, un cuadro de una mujer echada hacia atrás, la cara en primer plano y el cuerpo desnudo diluyéndose hacia el fondo, que la congeló en el sitio. Desprendiéndose con brusquedad del brazo que la conducía, se fue acercando al cuadro entre incrédula y aturdida. Lo que veía era

su propio rostro con el cabello muy corto y una expresión de placer relajado, una lasitud post sexo que podía imaginar como propia, la piel tersa y brillante de sudor, los labios algo entreabiertos en una sonrisa tenue, la mirada cómplice dirigida hacia el pintor que se desdibujaba en las sombras del fondo. Sintió que enrojecía, que un ardor insoportable le subía por las mejillas mientras las rodillas le empezaban a temblar de manera incontrolable.

–Le gustaba verme pintar– alcanzó a escuchar detrás de ella, y los ojos se le llenaron de lágrimas al distinguir un lunar marcado junto a la boca de la mujer del cuadro, ese lunar que su madre decía que le daba un toque distinto y que ella no había heredado. No necesitó darse vuelta para saber quién era el pintor.

## SEGUNDO PREMIO RETORNOS

María Fernanda Trebol

No sé por qué, pero esta mañana me pareció que el despacho del Intendente de La Candelaria era un lugar demasiado grande. No sé, tampoco, con qué lo relacioné. Tal vez, con el hecho de que él fuera un hombre pequeño, casi esmirriado o con la certeza de que el espacio, en sentido amplio, le quedaba enorme.

—¿Café?

La puerta se cerró tras un secretario que dejó los pocillos en el escritorio.

—¿Cuánto hace que te fuiste a Buenos Aires, Agustín?

—Diecisiete años hace. Tenía veintiuno.

—Pero nunca te olvidaste de nosotros, eso es lo bueno.

No sé por qué dijo eso, ni tampoco qué era lo que le veía de bueno.

Luego pasamos al tema por el que me había contactado. Su pedido fue precedido por una ceremoniosidad tal que bastaron tres frases para entender que no debía esperar retribución monetaria alguna. “Tal como corresponde a un aniversario tan importante, estamos invitando a los artistas más representativos ...será un homenaje que quedará marcado en la historia de la ciudad... por supuesto, nos haremos cargo de los materiales”. Honor y gratitud, una vez más. O, mejor dicho, honor y gratitud.

El café tenía un sabor horrible. Era un brebaje instantáneo que, además, estaba frío.

El intendente se extendió un poco más acerca del destino de las obras, la importancia de la cultura y lo que significaría para él

y para la ciudad sumar a su acervo una obra de un artista de tu talla. Respondí que me dejara pensarlo y noté que se sorprendió. Seguramente esperaba algo así como “sí, claro, será un honor, le agradezco”. ¿Hubiera correspondido decir mínimamente “le agradezco”? Tal vez.

—¿Cuándo debería estar listo el cuadro? Le pregunto esto porque, en caso de aceptar, necesito organizarme.

—Y... lo mejor sería que lo presentemos en la fiesta patronal... Faltan cuatro meses. ¿Se podrá ver antes? Digo, como para tener una idea.

Mi respuesta restalló en su cara antes de que pudiera pensarla: —Eso no—. Quedé impresionado, casi como si me la hubiera dado a mí mismo, temeroso por ceder. La expresión de sorpresa me hizo reaccionar enseguida: —No lo tome a mal; es una cuestión de inspiración, doctor.

Inspiración. Como si existiera. Como si el motor no estuviera justo en las antípodas: no poder respirar. La cuestión fue que la palabreja tuvo efecto: le devolvió la calma al Intendente, como si se tratara de algún arcano que, con su oscuridad, dejaba todo claro.

Luego del apretón de manos, bajé las escaleras. Afuera, la mañana de lunes seguía su curso tal y como había sido siempre en La Candelaria: las cuatro plazas emblemáticas transitando el otoño, sus plátanos deshojados, la gente entrando y saliendo del Banco de la Nación, un par de empleados municipales arreglando el pasto de los canteros centrales del boulevard. Hacía mucho que no veía el frente de mi escuela primaria a la luz de la mañana. Me quedé un rato parado en el cantero para observarlo. Ese resplandor me hizo sentir algo parecido al cariño o a la nostalgia por un tiempo donde aquella puerta se me hacía inmensa. Recuerdo haber entrado de nuevo alguna vez, ya adolescente: las distancias, los carteles con los nombres de las aulas, la altura del techo y la de la mirada de la directora: todo se reacomodó, como si de repente me hubiera parado en un escalón. Creo que por esos días apareció en mí la necesidad, la falta de aire.

¿Qué podría pintar si aceptara la invitación del Intendente? Dijo que quería “algo grande, que represente a la ciudad, a su gente y a su historia”. No sé muy bien qué es todo eso. ¿Qué se imaginará? ¿La espiga y el tren del escudo municipal? Nada de eso está vivo hoy. El trigo y las vías yacen olvidados en un mar de soja. ¿El rostro del pionero? ¿El puente de hierro pintado de rojo de la estación de ferrocarril? Todos fantasmas mudos. Claro que lo mío sería otra cosa. Si alguna vez vio una o dos de mis obras, sabe que sería inútil esperar de mí algún rastro de alegoría heroica o dorado a la hoja. Su consulta sobre la posibilidad de ver la obra mientras se desarrolla me da la pauta de que algo lo inquieta. Mejor.

El campanario de la iglesia anuncia las diez de la mañana mientras cruzo la plaza. Voy hacia el Bar Notable. Quiero sacarme el gusto asqueroso del Nescafé de la boca.

A mi hermana menor la emocionó el encargo. Cuando atendí su llamada, pude notar la ansiedad.

—¿Vas a decir que sí?

—No sé, Lula... qué se yo. Por ahí pensé que sí, pero no sé, no se me ocurre nada ahora. No me pasa nada. Capaz si me quedo y aprovecho estos días para recorrer... Te escucho mal, no sé si es la señal o te estás moviendo.

—Ahí me acerco a la ventana. Te decía que no te preocupes si querés quedarte, tenés tiempo. Hoy terminé de armar el material para el catálogo de la muestra del MAMBA. ¿Fuiste a ver a papá?

—¿María aceptó escribir el prólogo?

—Sí, pero está en Nueva York ahora. Me dijo que llega bien. ¿Ya fuiste a lo de papá? Te debe estar esperando.

La moza apoyó el cortado y la medialuna dulce.

—Gracias. Todavía no. Dale las gracias a María de mi parte. Que te diga cuánto es. Te dejo, me trajeron el café. Beso.

Desde una mesa cercana, pegada a la vidriera del boulevard, un tipo me mira mientras habla con otro. Es posible que sepa quién soy, o solamente esté estudiando mi aspecto de forastero probablemente homosexual. Me divierte. La chalina que llevo

en el cuello debe ser lo que más le molesta. Por supuesto, me la puse a propósito.

Siempre me imaginé al Bar Notable como una red de miradas que sostenían el lugar mucho más que las columnas, sobre todo los viernes y sábados por la noche. Durante mi adolescencia, antes de irme, los habitués eran siempre los mismos, ubicados en mesas que habían conquistado como si cada una fuera un territorio en disputa. En la semana, el ambiente era distinto, especialmente durante el día. Salvo pocas excepciones, la titularidad de las mesas se mantenía en latencia hasta el fin de semana, o era compartida por los clientes del turno mañana. Unas cuantas conservaban la posibilidad de que las habitaran desconocidos. En ese momento, yo era uno de estos últimos. Mi nombre tenía algún reconocimiento, dividido en dos definiciones: 1) “el loquito ese que es artista y se fue a vivir a Buenos Aires” o 2) “el hijo de la Mecha Estévez, esa que se mató cuando él era chico”. Ninguna de las dos guardaba demasiada relación con mi aspecto actual. La poca frecuencia de mis visitas colaboraba bastante con eso.

Busqué el diario en una mesa vecina, como para acompañar la medialuna y el café. Era un periódico de pocas páginas, con fecha del sábado anterior. Tenía el típico formato de los semanarios breves de pueblo: algunas notas rodeadas de miles de cuadritos publicitarios. Uno de los artículos llamó mi atención:

Vecino encuentra muerto a “Zorzal”

Zorzal, el conocido y popular linyera de nuestra ciudad, fue hallado muerto este miércoles por la mañana, presumiblemente víctima de las bajas temperaturas registradas la noche del martes. Su cuerpo sin vida fue hallado por un vecino, que habitualmente le proveía cigarrillos. Al querer despertarlo, el hombre se dio cuenta de que no reaccionaba y llamó a la policía. El traslado del cuerpo se produjo en forma inmediata. El occiso no poseía vínculos familiares, y ya descansa en paz en el Cementerio Municipal.

Me había olvidado de Zorzal. Miré el reloj. –La cuenta, por favor.

El tipo que no me había sacado los ojos de encima continuó con su labor hasta el final. Creo que su mirada me abrió la puerta. La sentí detrás de mí al salir, aun cuando ya era imposible que yo estuviera a su alcance. Me imaginé una mira haciendo foco en mi nuca. Hacía tiempo que no sentía eso, tan propio de los años en los que viví aquí.

La casa de mi padre queda a unas diez cuadras. No tengo por qué apresurarme. Me cruzo hasta la plaza de la glorieta y me siento en un banco. Zorzal se despereza en el fondo de mi memoria y me obliga a sacar mi cuaderno de bocetos.

Zorzal no era, por supuesto, el nombre de aquel tipo desarrapado y mugriento. Se ganó el apodo por recorrer la ciudad entonando tangos apenas inteligibles. Su verdadero nombre y su edad eran uno de los misterios que poblaban las conversaciones de los talleres mecánicos o las salas de espera de las peluquerías.

Viéndolo en retrospectiva, su presencia fue como un signo de interrogación maloliente que apareció un día en las calles de La Candelaria. Las respuestas relacionadas con él sólo podían ser nuevas preguntas. ¿De dónde salió? Quién sabe...

Mi mano dibuja líneas horizontales y verticales. Alguno de esos trazos de microfibra negra será, en algún momento, un rumbo.

Lo recuerdo como un hombre alto. Tal vez no fuera así, por lo mismo que distorsionó mi apreciación adulta de la escuela. Lo que más me asustaba era su voz, parecida a un graznido oxidado. Cuando la escuchaba, corría a esconderme, para verlo pasar después detrás de su carretilla llena de trastos, con un cono de lavarropas a modo de altoparlante. A veces, cuando no cantaba, se ponía el cono a modo de sombrero. La combinación de este detalle con la camisa amarronada y los pantalones inmensos le otorgaban un aspecto similar al de un duende andrajoso.

No sé muy bien cómo era su cara. Nunca lo había observado mucho de cerca, porque le tenía terror. Sólo una vez, en la que lo

encontré dormido bajo el olivo de la iglesia, me arrimé un par de metros. Su olor era insoportable. Tenía la piel ennegrecida por la intemperie y el pelo formaba una madeja.

Después de un rato, el boceto tomó una dirección. Cuando levanté la mano por última vez, pude ver una lápida sin nombre, con una carretilla y un cono tirados a su lado. No hay flores.

Cerré el cuaderno y retomé el boulevard.

—¿No viniste en auto?

—No, se lo dejé a Lula.

Mi padre vive solo. Hace poco se mudó a esta casa, y convirtió la que fue mi hogar en un estacionamiento. Vine a La Candelaria a firmar unos papeles por ese tema, y aproveché para pasar por la municipalidad por el asunto del cuadro.

—Hablé con ella anoche. Me dijo que te pidieron un cuadro para el aniversario.

—Sí, no sé qué contestar. Capaz me quedo un par de días, a ver si se me ocurre algo.

—¿Acá? ¿Por qué no me avisaste? Tengo un lío bárbaro.

—No, no, en el hotel.

—¡Pero no, quédate acá! Llamo a Noemí y arregla todo en dos patadas. Vení que pongo la pava.

En general, me importa bastante poco lo que haga mi padre. Pero debo reconocer que, hace unos meses, me impactó recibir la noticia de la demolición de nuestra casa y, casi al instante, tener en mi teléfono las fotos de la destrucción. No pude decir nada, pero ver esos escombros hizo que me sintiera triste. La casa, en sí, no significaba mucho. Mi padre la había dejado convertirse en un caparazón abandonado, una costra comiéndose a sí misma. Pero el patio, antes de la muerte de mi madre, había sido el escenario de todas las maravillas de las que fui capaz. Claro que eso cambió de golpe: mi padre se derrumbó después del suicidio y acabó en una clínica psiquiátrica en otra ciudad. Esos meses, casi un año, fueron un tiempo extraño para Lula y para mí. Nos fuimos a vivir a lo de mi abuela. Su casa quedaba a una cuadra de la nuestra.



Cuando mi padre volvió a habitarla, lo hizo casi con odio. No quiso que volviéramos más que un par de días a la semana y dejó que la humedad ganara los rincones. De algunas paredes sobresalían bultos que, luego de abrirse, soltaban una especie de pelusa que se acumulaba en los zócalos. Con el tiempo, él cerró las habitaciones que no necesitaba y circunscribió su intervención a los parches indispensables. En un momento dado, dejé de visitarlo, con la secreta esperanza de que, un día, acabara aplastado por un desprendimiento del techo. Mi hermana no podía dejarlo. Cuando iba a verlo, limpiaba todo lo que podía y le cocinaba algo que sabía que iba a levantarle el ánimo por un rato. Ella fue quien logró, después de casi veinte años de insistencia, que se mude y contrate a alguien para que lo ayude. Ella lo salvó de su derrumbe, y yo la salvé a ella llevándola conmigo a Buenos Aires. Vengo a verlo sólo por darle el gusto a ella, que aún lo llama cada noche para saber si está bien. A mí no me importa.

Sobre la mesa de la cocina volví a ver el periódico local. Yo no quería hablar de la casa demolida, ni del estacionamiento, porque me parecía que eso iba a desembocar en el camino de siempre, e iba a tener que soportar su canción lastimosa. Si todo hubiese sido de otro modo, yo debería haberle preguntado por la cantidad de autos que había en el estacionamiento.

—¿Viste que se murió Zorzal?

—Sí.

—¿Cuántos años habrá tenido?

—Más de setenta, seguro.

Porque si le hubiera preguntado por la cantidad de autos que había en el estacionamiento, inevitablemente él haría la cuenta, sumando las cocheras con acceso privado a la calle, más las que tienen acceso común.

—No era muy viejo, entonces.

—No, no.

—Pero, desde que lo recuerdo, estaba arruinado.

—Y sí, se pasó la vida en la calle.

Y las cocheras de acceso común estaban ubicadas en un galpón trasero, que antes había sido el patio. Y allí estaba el ceibo que él había traído luego de una de sus excursiones de pesca a no sé qué isla del Paraná.

—Dicen que se murió por el frío.

—Así dicen. No sé si habrá sido eso....

El mismo ceibo que se había torcido en busca del sol, traspasando el tapial, para florecer en el patio de los vecinos.

—Parece que lo encontró un tipo que le llevaba cigarrillos.

—Sí, fue así. Pero no era solamente un tipo, era un amigo.

El mismo ceibo en el que se mató mamá.

—¿Un amigo? ¿Otro linyera?

—No, a Zorzal lo encontré muerto yo.

El silencio que siguió a esa frase fue una primera señal para mí. Sentí que sobre la mesa se abrió una hendidura, disimulada apenas por la red de cuadritos rojos y blancos del mantel.

—Últimamente, Zorzal ya no me conocía. Antes, cuando vos eras chico, cada tanto me saludaba. Agarraba el cono ese de lavarropas, chau, Osvaldito, mi amigo. Nos conocimos en la clínica, cuando me internaron. A él lo habían llevado de acá y al mes se escapó. Se vino caminando cincuenta kilómetros. Cuando lo volví a ver, estaba peor que cuando se lo habían llevado, a los gritos por la calle.

—¿Cantaba tangos, no?

—A veces, cuando se acordaba de una novia que tuvo. La familia de ella lo había hecho internar en la clínica. La piba había muerto hacía veinte años y este no entendía. No, Osvaldito, me dicen que la Julia se murió porque no quieren que la vea más. No sé qué hicieron. La casaron con otro o la metieron en un convento. Es triste no entender... Te vuelve loco no entender... Y encima la soledad.

—Nunca me dijiste que eras amigo. Bah, nunca me dijiste nada.

—Es una lástima que no hayas venido en auto. Me podrías haber llevado al cementerio. Pobre Zorzal, fui yo solo al entierro.

¿Hubiera correspondido un abrazo? Tal vez sí. Lula se lo habría dado.

—No me des más mate, papá. Tengo que salir.

Cuando abrí la puerta sentí frío. No me había sacado la chalina dentro de la casa. No quise volver a pedirle un abrigo. ¿Hubiera correspondido regresar, decirle que hace frío, preguntarle si se sentía bien? Tal vez sí, pero metí las manos en los bolsillos del pantalón y bajé los dos escalones hasta la vereda.

Comencé a caminar como si de verdad quisiera ir al centro. Después de un rato, la inercia me devolvió al Bar Notable para almorzar. El tipo de la mirada fija ya no estaba.

Antes de pagar, abrí el cuaderno de bocetos y arranqué el dibujo que había hecho antes. Doblé la hoja por la mitad y lo rompí en forma prolija. Dejé los pedacitos en la fuente de la ensalada, junto a un par de hojas de lechuga y un trozo de tomate.

Miré el teléfono. En media hora saldría un colectivo.

## TERCER PREMIO LA PIEDAD DE LOS ENEMIGOS

Adrián Benelli

Primero es un estampido seco y un silbido agudo que se va comiendo la noche, sobre nuestras cabezas. Luego el estruendo cercano y el suelo que se estremece y hace temblar la turba húmeda alrededor de nuestros borcegués. Nos están ablandando. Es el ritmo de todas las noches. El ritmo de lo que decimos y lo que pensamos. Un estampido detrás de otro, un silbido detrás de otro, un estruendo detrás de otro. Ni siquiera les importa si hacen algún daño, si le aciertan a algo o a alguien. Nos están ablandando. Porque las noches, acá, son negras, sin matices. En el litoral, en Santa Fe o Entre Ríos por ejemplo, de a ratos la noche adopta un verde absurdo, y en la capital he visto noches más azules que la luz del mar al mediodía. Pero acá, todas las cosas están desnudas, siempre, y por eso las noches son negras como un pozo. Estamos en medio de la negrura más absoluta. Estamos en el culo del mundo.

Cómo serán, pregunta Corrientes. Alguien, el Peca o yo, quiere saber qué cosa. Los ingleses, quiénes van a ser. Corrientes, allá en el fondo de la posición es un ovillo de mantas y temblores. De a ratos llora, de a ratos reza. Padre nuestro que estás en los cielos. Nosotros miramos hacia la noche negra, hacia donde se supone que veremos aparecer al enemigo. Lo veremos aparecer esa misma noche, de un momento a otro. O la siguiente. Quién puede saber eso. Tendremos que adivinar unas siluetas sin mucha forma, moviéndose sobre un fondo de oscuridad. Unas siluetas que vienen a matarnos y que nosotros debemos matar primero. No seas

pelotudo, dice el Peca que tiene pocas pulgas. Cómo querés que sean. Nos están ablandando, me dice a mí, en un murmullo, para que el otro no escuche. Nos están ablandando. Son iguales a nosotros, digo o pienso: estarán cagados de frío como nosotros, tendrán el mismo miedo que nosotros, comerán la misma porquería que nosotros. Qué se yo. Nunca vi un inglés en mi vida.

—No sé. Dicen que vienen los gurkas.

El Peca y yo nos miramos. En estas islas, va a ser más fácil esquivar una bala que algunos rumores. Nadie sabe muy bien qué son los gurkas pero ya ese nombre frío como la humedad del suelo se nos cuela entre la carne y nos anuda las rodillas. Tantas cosas se dicen. Demasiadas cosas.

—Ni La colectiva nos queda – se lamenta el Peca.

—Quién puede pensar en hacerse una paja ahora.

—Y... algo ayudaría...

Antes de que empezaran los bombardeos nocturnos, mientras otros jugaban a los naipes (si se les podía llamar naipes a unos cartones ajados y ya sin color) o hacían juegos de palabras para matar el tiempo, algunos de nuestra compañía nos juntábamos alrededor de los relatos del Guaso, un cordobés cuyas habilidades podían reducirse al dudoso arte de poner apodos con la velocidad de un tasador y contar una y otra vez los mismos chistes de suegras. Otra, por supuesto, era la de contar historias que calificábamos de eróticas pero que eran, lisa y llanamente, pornográficas. Al principio iba al grano, hembras finas gozando como yeguas, vergas gigantes, y cuatro o cinco minutos de relato. Después el auditorio le fue demandando ciertos pormenores, algunas sutilezas, así que todos se juntaban alrededor de él para escuchar el desarrollo de los argumentos más descabellados. El catálogo no era muy amplio, señoras de la alta sociedad que por las noches se convertían en unas vampiresas desaforadas, colegialas que necesitaban aprobar una materia, la inquilina ingenua impedida de pagar el alquiler al dueño del departamento, la prima viciosa que proponía jugar al doctor, en fin, había para todos los gustos. En un momento de

exceso el Guaso había pretendido incluso dramatizar los diálogos, pero casi todos habían estado de acuerdo en que eso no sumaba efectividad al erotismo de la historia. Así que se limitaba a contar, alargando con maestría el momento previo al acto en sí y brindando detalles que los ponían a todos por las nubes. Una noche, mientras el cordobés contaba, alguien en un rincón, al abrigo de las sombras, había sacado la verga y había empezado a masturbarse. Alguno había pedido de pronto silencio, y la respiración acelerada y el roce de ropas pusieron en evidencia al libertino que seguía en lo suyo con los ojos abandonados al éxtasis. La carcajada general y las tomadas de pelo que recibió el soldado no ocultaban la sensación de que, en definitiva, el tipo estaba haciendo lo que todos querían hacer. Sólo faltaba uno que se animase. Así nació La colectiva. Recuerdo incluso uno que era evangelista o algo así y que jamás participaba, se quedaba en su posición y rezaba por el alma de los pecaminosos masturbadores. De apellido Londo o Longo, y que cuando llegaron los ingleses se negó a tirar. Apuntaba, clavado en su posición como un perro que marca la presa pero sin apretar el gatillo, sin disparar un solo tiro. No se movió ni cuando dieron la orden de repliegue. Una granada lo destrozó en el hueco mismo de su posición. Porque claro, masturbarse era muy parecido a disparar un arma.

Eso duró hasta que empezaron los bombardeos y hubo orden de no moverse de la posición.

—¿Quedan cigarrillos? – pregunté.

En el 93 viajé a Rosario para un programa especial sobre la guerra que se hacía en un canal de televisión de esa provincia. Con los años me fui encontrando con compañeros que militaban la causa, que formaban centros de ex combatientes, que daban charlas en escuelas, que aparecían en revistas, que iban a actos públicos, algunos incluso andaban por la vida vestidos como soldados, como si después de exponerse debieran volver a la trinchera a seguir esperando la llegada de los ingleses. Yo no tuve la valentía para formar

parte de ese rebaño. Quizás por pudor, quizás un poco por la necesidad de dejar atrás. Soy de los que volvieron a la vida de civil y siguieron como si no hubiera pasado nada, de los que manejaron la angustia en silencio, de los que armaron un espacio vacío alrededor de la guerra, de mi guerra, y la resguardaron de miradas indiscretas. Hoy hay quienes ven uno de esos carteles que hay en las rutas y que dicen que las islas son nuestras y se les infla el pecho. A mí, en cambio, me crece un fuego insano que me carcome. Pero esa vez acepté viajar a Rosario. Estaba viviendo unos días caóticos, con mis cosas repartidas en garajes de amigos, durmiendo en una casa quinta prestada, hablando con mis hijos desde teléfonos públicos y arrastrando las últimas hilachas de un matrimonio. Los pasajes y la estadía estaban pagos y, al fin y al cabo me dije, no sería más que una entrevista. Rajar un par de días de todo eso no me vendría mal.

En la puerta del canal me encontré con Corrientes. Me costó reconocerlo. Me abrazó de sorpresa. Nos abrazamos. Me dijo hermano entre lágrimas y mocos. Un abrazo largo y tembloroso que estaba guardado ahí en algún lugar de la memoria de nuestros cuerpos, un abrazo que no le hubiera dado a nadie más, que sólo por ese otro cuerpo estaba esperando, almacenado en la fragilidad de esta carne y estos huesos que volvieron, gracias a quién sabe qué razones, intactos. Cuando logramos componernos me presentó a los otros dos veteranos y nos prometimos charlar solos, más tranquilos, después. El programa casi no merece mención. Fue una porquería que osciló entre el patriotismo más barato y la condescendencia lacrimosa. Qué otra cosa se esperaba. Casi no intervine, salvo por un par de preguntas que iban dirigidas a mí y que contesté, o eso creí en el momento, con un relato más bien edulcorado de mis experiencias. Creí haberlo hecho bien. Después nos fuimos con Corrientes a un bar. Recuerdo haberle preguntado si todavía tenía el crucifijo.

El Peca dice que tiene un primo que vivió un tiempo en Inglaterra, por un intercambio cultural o alguna cosa así. Un hijo de

puta, mi primo, dice. Estudia literatura pero es un farsante, con ese verso se hace el cajetilla y se da la gran vida. Se la pasa viajando. Que beca de acá, que beca de allá. Para mí que nunca estudió un carajo y lo único que hizo fue andar de joda. Eso haría yo, dice el Peca. Y dice el Peca, que dice su primo, que estos tipos, los ingleses, son todos medio culo fruncido. Me hizo escuchar discos, dice, y me mostró un montón de fotos. En una se lo ve a él, con otro flaco y una mina, con borceguíes y unos pelos como crestas de gallo. Pero que no son todos así. Que en general los ingleses andan por la vida con el culo fruncido y que las minas son todas rubias. Ahora está en España mi primo, dice el Peca. Debe haber hecho desastres, allá. Yo no sé. A mí las gringas no me gustan. Tienen la piel fría, transparente, y parece que se les ve la sangre. Una vez salí con una flaca así. El padre tenía campo. Tenía como dos metros y parecía un pollo tan mal alimentado que en cualquier momento se iba a quebrar. Basta Peca, dice Corrientes desde el fondo del pozo, cerrá la boca de una vez.

De pronto, por el hueco se asoma un casco y los tres pegamos un salto. Es Arancio. Viene del otro lado, de las últimas posiciones. Tiene cigarrillos. Pregunta agitado si queremos cigarrillos. Quiere hacer trueque. Ante la negativa, continúa su recorrida por el resto de las posiciones.

No. Cigarrillos quedan. Lo que hace rato no hay, son fósforos. Nos están ablandando.

Unas semanas después de lo del programa llegué al laburo y me dijeron que al finalizar la jornada pasara por la oficina de personal. No me atendió el jefe, mandó a una de sus secretarias que, con su mejor cara de vergüenza, me dijo que a partir de ese día me desvinculaban de la empresa. Pero que no me hiciera problema, me liquidarían en ese mismo momento los días completos hasta fin de mes, vacaciones e indemnización. Y que si lo necesitaba, que no dudara, que ellos darían las mejores referencias sobre mi



desempeño. No pude decir ni una palabra, ¿qué le iba a decir? ¿Qué eran todos unos hijos de puta? Ya lo sabían. Mientras preparaba sobres y abrochaba papeles, en medio de un silencio incómodo, la mujer se sintió obligada a dar una mínima explicación, como una confidencia, como si en el fondo estuviese de mi lado: es por lo de ese programa, el de Rosario, ¿vivo? acá nadie sabía, dijo con una mueca.

Ahora la noche está quieta y hay un silencio crudo. La artillería parece haberse tomado un descanso. Por un instante uno puede creer que es un alivio, que volvemos a la tranquilidad de antes, cuando podíamos juntarnos y charlar sin apuro o comer nos un cordero, mal salado, afanado de por ahí o hacernos la paja como nenes, y todo esto no era más que unas vacaciones medio raras porque qué iban a venir hasta acá estos tipos. Antes, cuando la espera no era esta espera. Pero no. Porque los barcos están ahí, no se fueron. No los vemos pero están ahí, con sus luces apagadas, como fantasmas, a pocos kilómetros de la costa. Entonces este silencio es una angustia que quiebra los nervios. Corrientes llora o se queja y se abraza los pies que tiene húmedos hace días y no hay un solo trapo seco a mano con qué envolverlos. Padre nuestro que estás en los cielos. El Peca está inquieto como en una crisis de abstinencia, se toca la cara, los brazos, quiere hablar, necesita hablar, escupir lo que le amarra las tripas. Nos están ablandando. Yo tengo que mantener el equilibrio. Hacerme fuerte. Decir lo justo y necesario. Estar atento. Porque el silencio de la artillería no huele bien y uno cree que algo va a pasar y hasta casi desea que empiece otra vez, para que todo siga igual, para que nada cambie.

Corrientes torció la boca con desánimo cuando nos sentamos en la mesa de un bar del centro, un poco apartados para poder conversar, y le pregunté si sabía algo del Peca. Sabía. No lo había visto, no había estado con él, pero sabía. Alguien le había contado.

El Peca había vuelto a su ciudad, nunca se acordaba ¿Chacabuco? ¿Chivilcoy?, perdón, no conocía nada de provincia de Buenos Aires. Había vuelto con su familia y no había dicho nada. No había dicho nada a nadie. Ni siquiera a su propia familia. Su padre juntaba a los muchachos, les cocinaba asado y la madre hacía postres y cuando podía los agarraba aparte para hacerles preguntas. Quería saber. Se murió apenas un año después con la angustia cosida a la garganta, sin que su hijo le dijera a ciencia cierta si había estado o no en las islas, si era de los que habían quedado de reserva en Comodoro o de los que habían cruzado a combatir. Sé que anduvo bastante tiempo sin trabajo, que se fue a vivir a Capital. Sé que se casó y que tuvo tres hijos. Sé que en algún momento no pudo con el alcohol. Sé que los compañeros estuvieron cerca, que intentaron darle una mano. En el 88 o el 89, en abril, se había dejado caer debajo de un tren. Conocí a la mujer el año pasado, dijo Corrientes. Todo lo que sabía era que su marido había estado en las islas. Lo sabía por las pesadillas, por los gritos y los nombres que lo asaltaban en medio de la madrugada. Mi nombre decía, el tuyo. La mujer nos escuchaba hablar, en la trinchera, en los sueños del Peca, sin conocernos, sin habernos visto nunca.

En una de las posiciones, un poco más adelante, se escuchan unos disparos. Nos ponemos alerta pero aún no tiramos. Ya pasó anoche, a algún soldado le pareció ver un bulto y tiró. Los dedos sobre los gatillos están demasiado sensibles o demasiado duros por el frío y se arma una balacera impresionante. En nuestra posición o en cualquier otra, alguien grita que hay que tirar. Tiren, carajo. Y la noche se llena de un enemigo invisible. Ahora sí, pienso o digo, esta vez sí. Esto es la guerra. Cinco minutos de balas a discreción, cinco interminables minutos de moscas luminosas que van quemando el aire colina abajo. No los veo, grita Corrientes, de pronto su codo unido al mío, disparando el FAL como un ciego, con el crucifijo apretado entre los dientes. Hasta que al fin, los nervios en la boca de todos, la noche vuelve a quedar en silencio

porque nadie contesta el fuego. Nada al otro lado. Hay unos segundos de expectación. Uno de los nuestros vuelve a soltar una última descarga. No vienen. Falsa alarma. Corrientes deja caer el arma y llora, o reza, o las dos cosas. Alguien más adelante sale del pozo y vomita sobre la turba. Nos están ablandando.

Corrientes dejó que el recuerdo del Peca se disipara sobre la mesa, entre los pocillos vacíos, y después aseguró que él también había tenido que cargar con lo suyo. Le pregunté si todavía tenía el crucifijo. Entonces se desabrochó dos botones de la camisa y me mostró, ya un poco abollado, aquel pedacito de metal que se había puesto entre los dientes cuando arreció el fuego y los ingleses estaban a tiro. Es una parte de mí, dijo, como la pierna, y se señaló la prótesis que le nacía desde la rodilla izquierda bajo el jean. Aunque ahora no sé muy bien en qué dios creo, dijo. Estuve seis meses en el hospital militar. Cada dos días venía un médico diferente y me decía que me iban a amputar algo. Los dedos, el pie, la pierna completa. Enfermera, decía, por favor inyécteme algo. Entonces me dormía horas, días enteros. Perdí la noción del tiempo. Por ahí me despertaba y estaban mi vieja o mi hermana, que no entendían nada y no sabía qué decirles primero. Por ahí me despertaba y veía caer las bengalas sobre las posiciones y me ponía a buscar desesperado el FAL entre las sábanas. Una de esas veces, mientras buscaba el arma a los manotazos porque la noche estaba llena de luces y de explosiones y no había tiempo porque estos hijos de puta se nos venían encima, descubrí que me faltaba la pierna. ¿Sabés que es cierto? Es cierto eso que dicen que a veces sentís cosas en el miembro que te falta. A algunos les duele. A mí no, a mí me agarra un hormigueo, una picazón, y me dan unas ganas pavorosas de rascarme. A veces sin darme cuenta me estoy rascando la prótesis, dijo Corrientes y se rió y yo sentí que era como un permiso para que también yo me riera. Después me dijeron que hice un escándalo y me caí de la cama y quise trompear a una enfermera. Mi mujer es psicóloga. Es de acá, de Rosario, por eso me vine. Ella no puede

tratarme pero me ayuda mucho. Hay que hablar me dice, contá, contá todo lo que pasó allá, me dice mi esposa. No es bueno guardar. Después Corrientes me miró directo a los ojos, como si fuera mi turno. Pero yo tenía que mantener el equilibrio. La cuestión era negarse a jugar un papel, y negarles a los demás el terror o la compasión. Hacerme fuerte. Estar alerta. Corrientes insistió. Hay que hablar hermano, dijo, hay que hablar para no quedarse allá, con ese frío y esa noche calando todavía los huesos. Hay que hablar para que no pase lo que pasó hace un rato cuando te preguntaron y de frente a una cámara hablaste de La colectiva, del Peca y de mí como si yo no estuviera, como si todavía estuviésemos allá, en medio de la espera.

Otra vez el silbido que se come la noche, sobre nuestras cabezas y el estruendo que estremece la turba, esa piel falaz que recubre el mundo. Otra vez el ritmo de todas las noches. Es el ritmo de las cosas desnudas, acá, en el culo del mundo. Un estampido detrás de otro, un silbido detrás de otro, un estruendo detrás de otro. Mientras miramos hacia lo negro, hacia donde se supone que veremos aparecer al enemigo de un momento a otro. Esta noche o la siguiente. Unas siluetas sin mucha forma, sobre un fondo de oscuridad, unas siluetas que vienen a matarnos y que nosotros debemos matar primero.

## MENCIÓN HIPERTROFIA

María Aranguren

Aurelio Quispe era un hombre de principios generosos. El día sábado, antes de salir de su casa, se emprolijó el bigote, puso tabaco en su pipa y abultó en su bolsillo –junto con un pañuelo– su periódica y constante convicción de que lo único sensato en esta vida es el amor. Recorrió las tres cuerdas que lo separaban de la iglesia, caminó derecho dejando atrás los bancos traseros reservados para los que llegaban tarde, los bancos del medio reservados para las familias jóvenes que se ofuscaban en compartir con los demás los vigorosos alaridos de sus hijos –innecesarios, sobre todo a la hora de la homilía–, y se sentó en la primera fila, frente al altar.

Se sacó el sombrero, pasó su mano derecha por encima para sacudirle el polvo y se aclaró la garganta viendo que a su lado se sentaba la Srta. Clemencia. Escuchó con avidez el sermón del cura y creyó justas cada una de sus palabras. Dobló su cuerpo para dar la paz a su vecina y entonces percibió que ahí, exactamente veintitrés centímetros más abajo, palpataba una posibilidad amorosa no antes indagada. La discreta Srta. Clemencia. Sí, sí. ¿Por qué no? Si su madre hubiese estado viva, seguramente lo habría felicitado por su audacia. ¿No había amado acaso a su prima Eulalia hasta que la muerte –trágica muerte– los había separado? ¿No era él, acaso, el ser más indicado para amar a esa mujer tullida, encorvada, raquítica hasta los huesos, dudosamente fértil como mínimo? Aurelio Quispe se convenció de que tenía todo el amor capaz de devolver a esa ramita floja un poco de vida y mientras el sacerdote soplabla una de las velas del altar, él insuflaba la paz a su vecina con un beso en la mejilla.

Caminó hacia la eucaristía renovando sus votos de esperanza. Nada más valiente que el amor al prójimo. ¿Y qué amor más abnegado que el de un esposo hacia su esposa?, iba pensando Aurelio, cuando el sacerdote hizo desvanecer todas sus ilusiones con la amargura del cuerpo de Cristo en su boca. Nunca toleró bien el ritual de la comunión. La hostia pegándose en el paladar, controlar que sus dientes no se precipitaran a roerla como costillita de asado, dominar, sobre todo dominar, sus oscuros pensamientos tan concretos, de estar haciéndose uno, uno solo, con el dios hijo. Apartó de su cabeza esas ideas, fijando la mirada en los zapatos que se arrastraban sobre el piso de mosaicos.

Al salir de la iglesia creyó conveniente acercarse a Clemencia. Prendió su pipa, no porque necesitara valor para unos primeros balbuceos, sino porque era parte del ritual matutino y preguntó:

—¿Puedo acompañarla a su casa Señorita?

Clemencia, que además de tullida era mujer de pocas palabras, solo asintió. Asintió también cuando Aurelio la invitó a ir a la kermesse que organizaban los chicos de la escuela para juntar fondos. Asintió más tarde cuando él la convidó de su botellita de agua en la misma kermesse y unos días después, cuando él le ofreció comprar pastelitos de batata y membrillo para colaborar con las mujeres del hospicio. En este régimen de asentimientos, fue una sorpresa que ella dijera sí quiero ante todo el público reunido en el altar un sábado varios meses después de ese encuentro inicial.

Aurelio Quispe creyó que perdía las manos entre tanto cielo cuando escuchó esa breve voz, brevísima y monosilábica, decir: sí, quiero ante los desnudos muros de la iglesia. Claro que él era un hombre de una contundente convicción. Una convicción que, a pesar de haber recorrido varios puntos del globo, nada había conseguido aplacar. Había amado a sus padres hasta su muerte y a su primera esposa del mismo modo. Y, aun así, seguía rebosante de amor. Emanaba amor de cada uno de sus poros. Ni un pequeño hueco había en su cuerpo. Ni uno.

Eran pocos los invitados a la ceremonia porque a pesar de su amor exhaustivo por las personas, los animales, las plantas, los objetos y básicamente cualquier ser animado o inanimado, Don Aurelio era un hombre circunspecto. Además, compartía con su reciente esposa un cariño preciso por las palabras justas. Comieron asado con cuero, brindaron, cortaron la torta y, al cabo de unas horas, el anfitrión dijo: –Lo bueno, si breve, dos veces bueno –, y no hubo que decir más. Todos los participantes saludaron y se despidieron repitiendo una y otra vez –en distintos tonos, con diferentes voces–, los mismos vagos deseos para el futuro de la pareja.

Ninguna felicidad anterior fue comparable a la que sintió Aurelio al nacer su primogénita. Pasaba horas y horas contemplando ese manojito rosado que era su hija Magnolia: boca arriba, de costado, en brazos de su madre o en los suyos propios. Lo único que lamentaba era no tener familiares cercanos. Y es que una alegría parece más viva cuantos más ojos hay para confirmarla. Aurelio se esmeraba por llegar a esos momentos de euforia cuasi porcina duplicando las miradas en los espejos de los pasillos. Clemencia observaba esas íntimas escenas de amor paternal no con envidia porque nunca fue capaz de tener semejantes sentimientos, pero sí con una reservada palidez.

Esos días fueron de virulenta generosidad para el señor de la familia. Calentaba la leche, lavaba pañales de tela, hervía chupetes, hacía las compras, preparaba la cena y hasta planchaba los camisones de su mujer. Se derrochaba en puros gestos de dadivosidad que a cualquier otro ser hubiesen dejado al borde del vacío más absoluto. Pero Aurelio Quispe parecía desconocer el vacío. Su jardín lo demostraba: borbotones de santa ritas, obesidad en los jazmines, talla extremadamente alta de las achiras; la gramilla, una alfombra esponjosa.

Los meses transcurrieron en la casa de los Quispe sin más sobresaltos que los avatares que suponían los movimientos del repleto Aurelio entre las habitaciones: llevando y trayendo mamas, tropezando con muñecas en los rincones más insólitos, poniendo gasas en las rodillas, curitas en los dedos, termómetros en

las axilas de esa chica tan bien dispuesta a los virus, a las bacterias, a los gérmenes de cualquier especie y a los accidentes de toda clase. Por más que ya la habían bautizado de recién nacida, Aurelio se empeñó en llevársela de nuevo al cura. Viéndolo llegar no más le dijo que él bendecía, que él imponía las manos, pero que, contra los genes de la madre, el santísimo no podía hacer mucho. Si no estaba en cama una, estaba en cama la otra. Sea como sea, Aurelio se las arreglaba para ser padre, madre, mucama e ir todos los sábados a misa religiosamente.

Un buen día Clemencia ya no volvió a levantarse. Igual que su prima, la primera mujer de Aurelio, una enfermedad desconocida trepó por sus pies, dejándola paralizada. Más tarde, avanzó hacia sus manos. Y ahí estaba Aurelio, haciéndole avioncito a su hija y trasportando suplementos vitamínicos para su esposa. Hasta que al final, ni hambre tenía la pobre. Un vacío repleto le crecía ahí, justo en el medio del estómago. Y no había forma de hacerle probar bocado. Le instalaron sondas con suero en cada una de sus sobrias ramas. Los médicos no se explicaban. Respiraba con dificultad, como si el aire que tragaba también fuera vacío. Un gran hueco en el estómago, dos en los pulmones. Murió finalmente, le dijeron, de una trombosis en el corazón.

El buen Aurelio arremetió entonces con más amor que nunca. Reafirmó su periódica y constante convicción mirando el ir y venir de su hija en las hamacas del bulevar. Una devoción hambrienta lo llevó a procurarle todos los cuidados a su primogénita y ella no faltaba en darle oportunidades. Primero, lastimaduras y cascaritas diarias, después, resfríos, fiebres, torceduras de tobillos, fracturas y broncoespasmos. La casa de los Quispe era una enfermería. Otitis, apendicitis, rubiola, varicela. Cualquiera hubiese dicho que tanto amor debilitaba a la pobre criatura. Y como una flor que se marchita, se fue volviendo más y más pequeña. A don Aurelio le resultaba difícil encontrarla entre las paredes de su casa —él tan corpulento y robusto, ella tan puro hueso, pálida como la cal—. Decidió pintar los cuartos de verde para que su Magnolia



encandilara entre el follaje de ladrillo. Tal era su amor, qué no hubiese hecho él por encontrarla.

Un sábado de cuaresma salió temprano. Se había quitado el bigote para aparentar menos edad. Llevaba su pipa y su pañuelo bien doblado en el bolsillo. Dicen que Magnolia escapó cuando él se fue a misa. Nadie nunca supo qué paso con la chiquita. Algunos obnubilados dicen que desapareció. Que se consumió como una llamita. Tanto esfuerzo que hacía el padre por mantenerla viva.

Aurelio Quispe era un hombre de principios generosos y finales precipitados. Conoció una sola convicción en sus setenta y siete años de gracia. Desconoció el absoluto vacío. Al morir su segunda esposa y desaparecer misteriosamente el cuerpo de su hija, no se dedicó a buscarla: compró un gato, una perra y tres canarios. Además de varios gajos de orquídeas que colocó estratégicamente en los huecos de algunos árboles.

Su gato, Paris, se fue al primer celo. Probablemente, dominado por la concupiscencia de alguna Helena de barrio, pensó indulgente Aurelio, mientras acariciaba la espesura del lomo de su manto negro. A los pocos meses, una plaga de hormigas invadió su jardín: no quedaron orquídeas, ni rosas chinas, ni jazmines. Pensó en Job cuando el vecino ebrio atropelló a su perra y en el descuido de atenderla dejó abierta la jaula de los canarios que al menos tuvieron la oportunidad de volar libres, antes de que algún mal los atacara. O eso se obligó a pensar.

Aurelio parecía condenado a no poder dar su exceso. Morían, desaparecían, escapaban, dejándolo más y más repleto. Él que no conocía el vacío. Que no sabía lo que eran los huecos, los agujeros, las faltas, él que sufría de una hipertrofia cardíaca, yugular, visceral, proliferaba glóbulos rojos, blancos, plaquetas, junto con su constante y periódica convicción de que el amor era lo único que valía la pena. Los médicos dijeron, murió de puro exceso. En su cuerpo no había lugar para el vacío.

## MENCIÓN ¿POR QUÉ NO?

Leandro Ariel Braier

El celular marca las ocho. Hace frío, pero al solcito se está bien. Lástima que no traje gorra. Tengo un mensaje de Pipa: “Cualquiera lo de anoche”. No sé de qué está hablando porque no salí. Respondo. “Eso, no saliste”. “Hoy laburo, chabón. ¿Por qué te creés que estoy acá un sábado, como un gil al spiedo, esperando el 45?”.

Vuelvo a la parada para estar bajo techo. Hay una mujer chiquita, de pelo corto marrón. Para ella no existo. No sé a dónde mira, pero no es a este mundo.

Busco el clima: va a llover mañana, hoy no. Veintisiete grados va a hacer. No va a estar tan mal. Lástima que adentro del galpón van a parecer cuarenta.

Entro a Twitter: #Bullying y #MacriCat son tendencia. De pronto la calle. Nada de Twitter ni de Pipa. El asfalto gris, el cordón. La calle.

Un motor ahogado acelera. Veo de atrás un ciclomotor con chapa rayada. Arriba una gorrita negra sin arquear y una campera de jean. Acelera y se va con mi teléfono.

—¡Qué mierda!

Bajo a la calle.

—¿Qué pasó? —dice la mujer.

—Ese hijo de puta.

Lo señalo. El semáforo corta en la esquina y dos camiones de flete de diez toneladas frenan. En uno bajan la ventanilla.

El ladrón se ve obligado a apoyar los pies y tambalea. Se le cae mi celular.

Llego. Si corro, llego. ¿Por qué no?

No hago tiempo a pensarlo, ya estoy corriendo. Él se agacha para agarrar el teléfono y se le cae la moto sobre el pie. Llega a levantar el celular. Me escucha o al menos escucha las plantas de mis pies azotando el asfalto, porque se da vuelta.

—¡Pará! —grita—. ¡Te lo devuelvo!

Pero ya salté y le doy en el brazo, no para que lo suelte; le erré a la cara. Manotea el manubrio y se echa atrás, queriendo levantar la moto sin salir del asiento. Hace fuerza pero no le da. Es pibe.

Recupero mi celular, lo levanto y veo mi cara de gil sobre la pantalla partida.

—Hijo de puta.

Uno de los fleteros se asoma por la ventanilla.

Le digo al ladrón:

—¿Te creés que trabajo para vos, pelotudito? ¡Diez meses junté para comprármelo!

Pero no me mira. Logra sacar el pie e intenta levantar la moto. Me acerco.

—No, pará. Me lo rompiste. Ahora pagalo.

—Disculpá, chabón, no te calentés... Se rompió el vidrio nada más.

—¿Qué vidrio? No tiene vidrio, boludo. Es la pantalla.

—Y yo soy el boludo... ¡Ponele vidrio templado!

Me lo dice con voz aflautada como de monaguillo de coro.

—Bajate ya.

El ladrón se acomoda. Le da una patada al pedal pero no darle arranque. Oigo el largo crack del freno de mano de uno de los fleteros. Después el del otro.

—No, ahora me lo pagás, rata.

Lo agarro de los hombros y lo obligo a mirarme.

—¿Me escuchás, forro?

Bajo la visera los ojos achinados no paran de pestañear. Tiene granos por todos lados.

—Pará, en serio. Tenés razón. Te lo pago. Te lo pago.

—Más vale —oigo a mi derecha.

Uno de los fleteros llega y lo baja de la moto. Es pelado al ras, tiene barba candado y unos brazos de roble.

—Pelá. Pelá lo que tenés, rata.

El ladrón mira al fletero y después a mí. Indignado el tipo.

Me empuja pero, antes de que pueda correr, el fletero le mete un cachetazo que lo deja en órbita. Después le empieza a revisar los bolsillos.

—Tomá, pibe —me dice y me alcanza la billetera.

Está flaca y desteñida. Es de una tela que supo ser cuadrillé y adentro hay más tickets que billetes.

—No hay ni trescientos —digo—. El celular me salió cinco lucas.

—¡Eh! —el ladrón se mueve de un lado al otro y la voz le tiembla—. Es todo lo que tengo.

—No —le digo.

Empiezo a cachear yo. Hay otro celular. Es un bicho viejo, no tiene ni 4G.

—Pero este no vale ni la mitad.

Lo sigo revisando. Llega el otro fletero, de unos cincuenta y pico, con ojos más cuerdos. Fuma un cigarrillo negro.

—Qué pasa.

—Un chorizo pasa —responde el pelado.

Termino de revisar. No trae nada más. Me quedo pensando. ¿Por qué no?

—Vamos a hacer así —le digo y le saco las llaves de la moto—. Hasta que me traigas la guita que sale mi celular, en las condiciones que estaba, no te la devuelvo.

—Pará. Pará. No seas así. Es de mi viejo la moto.

—Que me pague tu viejo. No tengo drama.

Me guardo las llaves y la billetera. Le devuelvo lo que usa de celular.

—Tomá. Llamalo.

Empiezan las bocinas. No es por nosotros solamente. La gente que está más cerca paró a mirar. El fletero más viejo se adelanta y les pide que circulen.

El ladrón toma su celular, me mira, después mi bolsillo.

—Ya vas a ver, gato —dice, salta de la moto y sale corriendo calle abajo.

El fletero viejo vuelve:

—¿Qué vas a hacer, nene?

—No sé.

—No seas gil —me dice—. Pensalo. No sos como él.

—A ver... —dice el pelado.

Lo miro. Él mira la billetera.

—Dale, no seas rata. Si no era por nosotros...

Se la doy. La abre. Saca doscientos pesos.

—Por la nafta —dice—. Lo dejé en marcha.

El fletero viejo sacude la cabeza, me palmea y se va. El otro me devuelve la billetera.

—Sacale todo lo que puedas. Nunca le va a dar el cuero para devolver todo lo que debe haber robado ese cristiano.

De nuevo bocinas. Una es del 45, que no va a volver a pasar como por una hora. En una ventanilla distingo a la mujer de pelo corto marrón. Me mira.

Meto la llave, me subo y la arranco. Hace mucho que no manejo una scooter. La llevo hasta el cordón.

Miro la hora: son y cuarto. Ya no hay otra forma de llegar. La manejo hasta una estación, le cargo los cien y voy derecho al galpón. La dejo a varios metros de la entrada, entre unos pastizales. Nadie la ve y nadie pregunta. Le escribo a Pipa: “No sabés la que te tengo que contar.” Me clava el visto.

A eso de las cinco, antes de volver a casa, se me ocurre mirar de nuevo la billetera. Encuentro también un documento, una tarjeta de descuento de un shopping de Caballito y unos tickets de tren. En el documento hay una dirección. No es muy lejos. ¿Por qué no?

Es por calle Chilavert, en Lugano. Una casa baja, de tejas verdes quebradizas y ladrillo visto. Nada mal para un chorizo. Por las dudas estaciono a una cuadra y me guardo la llave en el bolsillo de atrás.

Toco el timbre. Adentro unas sillas rechinan. No oigo pasos hasta que se corre la mirilla.

—¿Quién es? —una voz femenina, indescifrable pero adulta.

—¿Es la casa de Camilo... Fatti? —leo.

—Fatti, sí.

—Encontré su billetera en la calle. Vine a traerla.

Demora. Después oigo las llaves. Se abre la puerta. Del otro lado hay una señora de unos sesenta bien llevados, con un suéter del color de las tejas. Tiendo la mano con la billetera.

—Gracias.

La abre. Revisa los documentos. Desde el fondo se oye a alguien.

—Están los documentos —dice la mujer.

Otro grito desde el fondo.

—No, la plata no —después me vuelve a mirar y me dice—. Es lo de menos. Gracias.

—No, esperá —dice una voz masculina en la oscuridad. Aparece un hombre apenas más alto que ella, con pelo gris y fino estratégicamente peinado con raya al costado y una barba castigada.

—Gracias en serio, pibe. ¿Cómo te llamás?

—Cristian —miento.

—Gracias, Cristian —me estrecha la mano—. Sos un ejemplo, ¿sabés?

Me quedo.

—No, para nada, señor. La encontré en la plaza. Vi la dirección y estaba cerca.

—No tenías ninguna necesidad. Pasá, déjame que te agradezca.

No me muevo del umbral. El señor repite el gesto con la mano. Adentro está muy oscuro comparado con la calle.

Paso.

—Disculpame —activa un interruptor—. Estábamos en la cocina.

La sala de estar es chiquita, apenas de tres por cuatro. Hay un televisor de tubo sobre un mueble de madera. Enfrente un sillón de dos cuerpos y una mesita ratona. Contra la pared perpendicular, una biblioteca donde se mezclan enciclopedias Salvat de los cincuenta con tierra acumulada desde los setenta y algunas bujías y relés de colores para coches por lo menos antiguos.

—Sentate.

Va hasta la cocina por una puerta color crema. Escucho que hablan allá. Busco la llave en el bolsillo de atrás y me la quedo en el puño.

El señor vuelve con el ladrón de la mano. Ahora me parece todavía más chico que antes, no debe tener más de quince. Me mira y abre la boca. Tiene los ojos irritados.

—Él es Camilo.

Abro la boca y no sale nada.

—Hola —dice y baja la cabeza.

—Hola.

—Sentate, Cristian. Normita te va a traer algo fresco.

—Yo... ya me tengo que ir.

—No te preocupes. Es un minuto. Mirá. La cosa es que a mi hijo le robaron más que la billetera. Le robaron la moto.

Me siento. Él también. Camilo se queda parado. El señor lo toma del codo y él se termina acomodando en el apoyabrazos.

—Te imaginarás que la moto no es de Camilo. Él no gana ni para comprarse un chupetín.

—Ay, Marcelo... —dice la señora entrando con una bandeja floreada, un sifón de soda y tres vasos Durax.

—Está terminando la nocturna. Todavía no consigue gran cosa. Le compré la moto para que, por lo menos, se haga unos pesos como cadete.

Pienso en la parte trasera de la moto. En un elástico suelto.

—Nos complica. Nos complica. Pero bueno, gracias a vos por lo menos tiene los documentos y estoy seguro de que él, si los hubiera encontrado...

Camilo levanta la cabeza y me mira. El padre sigue hablando ensimismado, le viene como anillo al dedo lo que pasó, pero la mirada de Camilo es seca y directa. Aprieto la llave con las arrugas de mi mano.

—Norma, ¿qué trajiste? ¡Son chicos! Traé gaseosa, algo más divertido.

—No hace falta —le digo—. Yo ya me voy. Me esperan para comer.

—¿Ves, Camilo? Aprendé. Lo que es una persona respetuosa de los horarios.

La señora está en el umbral de la cocina y me mira expectante. Hay un silencio. Sin saber por qué, llevo la mano con la llave hasta el sifón como para servirme. Enseguida me arrepiento. El señor me mira.

—Espero que la recuperen —le digo—. ¿Ya hicieron la denuncia?

Camilo vuelve a bajar la cabeza. El padre se echa de espaldas en el sillón y ríe. Después pasa el brazo por detrás del respaldo.

—No, qué vamos a denunciar, ¿no es cierto, Cami?

Camilo se para y camina hacia la cocina.

—No lo quieren mucho en la comisaría —dice acercándose—. Será que lo conocen.

—Marcelo... —dice la señora y se va detrás de su hijo.

Me paro. Después se para él.

—En fin —dice él—. Quería que Camilo conociera lo que es un pibe decente.

Me encojo de hombros. Me vibra el teléfono en la pierna y lo saco por costumbre. Pípa al fin responde, según la pantalla bloqueada.

—Se te rompió la pantalla —me dice—. ¡Qué lástima! Es un lindo teléfono.

Me doy cuenta de que lo agarré con la misma mano.



—Sí, se me cayó hace unos días. Me quiero matar.

Metó todo en el bolsillo de atrás.

—Buenas noches.

—Buenas noches –me tiende la mano–. Y gracias de nuevo.

Cierra la puerta.

Ya no se ve el sol. Hago una cuadra hasta la moto. Me siento.

Giro la llave y doy la patada, pero no.

## MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO EL PIYAMA

Miguel Ángel Rubio

Los lexicólogos definen al *piyama* o *pijama* como una especie de pantalón que se usaba en Asia desde hace siglos como tapapiernas. Sikhs y musulmanes lo llevaban en expediciones de caza o durante sus paseos matinales o vespertinos en elefante para suavizar las irritaciones del roce de la piel humana con la del paquidermo y/o para aliviar las rodillas de la intensidad de la plegaria en los momentos del rezo. En los concienzudos registros históricos no hay alusiones a que se trate de una prenda íntima, al contrario. Los británicos, que ocupaban esa parte del mundo con la encomiable intención de civilizar, se lo llevaron a Londres para lucirlo e impresionarse mutuamente en sus paseos. Para compensar la inclemencia de inviernos insulares, el piyama se fue a la cama y, a medida que avanzaban la revolución textil y el frío, dejó la liviandad estival y engordó. Es decir, engordó de espesor, pero sin perder su prestancia de antaño, sino que ganó en forma y colorido. Mientras las mujeres seguían usando el camisón, más cómodo en eso de las necesidades nocturnas tanto procreativas como evacuativas, el hombre se acostumbró al pantalón sujetado con un cordón y le agregó un saco abotonado para dormir con aún más elegancia. Sin perder protagonismo, el calzoncillo siguió teniendo su papel recogedor e íntimo debajo del piyama. No se sabe a ciencia cierta cuándo el pantalón del piyama desplazó o reemplazó al calzoncillo dejando las partes colgantes con mínima protección, maltratadas por el vaivén del caminar y los terremotos. Es posible que las finanzas

domésticas hayan forzado esta elección obligando a optar por usar uno o el otro. También habría que sopesar la posibilidad de que el reemplazo haya sido una cuestión de conveniencia durante algunos arranques de ardor conyugal, o más frecuentemente, por la carga pasional que acompaña los encuentros extraconyugales. Ahí, la presencia simultánea del pijama y del calzoncillo complicaba enervantemente la burocracia del desvertirse y en más de un caso el nudo gordiano del cordón del pantalón o el botón testarudo que no quería alejarse del ojal braguetero produjeron, posiblemente, demoras insostenibles y un encendido con chamuscado sulfuroso de la pelambre hirsuta del pubis sin llegar a la extinción del fuego por vías naturales. La retirada del calzoncillo, en donde la hubo, no le quitó vigencia callejera al pijama. Al menos no en Sarandí, un barrio obrero al sur de la ciudad de Buenos Aires, a donde se llega cruzando dos vías de agua, otrora cristalinas, que, con el crecimiento industrial y sus vertidos dejaron de reflejar el color azul del cielo y pasaron al negro. Ahí, la exposición del pijama, incluso en días de celebración de alguna fiesta patria, superaba los promedios nacionales. Dentro de Sarandí, en la calle Prudan, se veían constantemente señores emperifollados en sus prolivos pijamas desfilando por el vecindario, leyendo el diario sentados delante de las puertas de sus casas, conversando en una de las esquinas, en los bar cafés aledaños, o jugando a las cartas en el club barrial.

Cheney, un pueblito a 500 km del Pacífico, con casas sin rejas y céspedes impecables en el estado de Washington, muy al oeste de Estados Unidos, tenía una población estable de 390 habitantes, que se inflaba a 3.000 durante el año lectivo. Un pequeño College absorbía a la mayoría de los jóvenes de la zona, que provenían de familias de granjeros o de empleados con algún dinero ahorrado para posibilitarles cuatro años de estudio y una vida mejor a sus hijos. El pueblo vivía de eso, de lo que consumían los estudiantes. Los pocos negocios de los 800 metros que tenía la avenida principal no estaban a la altura de la moda en otras partes del país. En galpones con vidrieras se exponían ropas montadas sobre maniqués

de antes de la segunda guerra. En 1963, en plena vigencia del piyama como indumentaria de calle en Sarandí, en Cheney lo que dominaba las calles y los cerebros jóvenes y el chisme diario eran los Beatles, los pantalones bombilla, las camisas arrow y el *crew cut*, un corte de pelo que recordaba a la tripulación de soldados de la marina norteamericana.

A los EEUU entré como Alien, que siempre estuvo más cerca de monstruo que de inmigrante, y sin tapujos el primer peluquero al que fui en Cheney, confirmó la clasificación, porque me dijo que mi pelo era tan duro que le había desafilado una moderna, pero sensible, máquina eléctrica de cortar pelo y que, para él, pelos así, no eran negocio. A partir de entonces mi cabeza se alejó de las peluquerías y mi melena fue creciendo muy en favor de la nueva moda que se imponía entre los jóvenes por esos tiempos. El traje y la corbata también los cambié por prendas menos pretenciosas, pero no menos decentes. En opinión de mis benefactores, al pasar revista a mi arsenal de atuendos, registraron que, según las definiciones norteamericanas, me faltaba un piyama.

El empleado del galpón con vidrieras insistió en que el piyama blanco de franela con miniflorcitas desparramadas por la tela sería lo justo para mí y con él no sufriría los congelantes fríos del invierno "cheniense". Me miró fijamente como activando la vista de rayos X que Superman usaba para ver detrás de paredes y decidió mi talla. No me lo probé, pero estaba seguro de que me iría bien. De la reserva de los pocos dólares que tenía pagué el importe y me fui del negocio galpón tontamente contento por la ridícula, innecesaria y desacostumbrada indumentaria que había aceptado llevar para estar presentable mientras dormía.

Susan, una hermosa madre de veinticinco años, había alquilado el departamento de arriba. Ahí vivía con su hijita, y, según mi parecer, sin pretendiente y con ganas de caricias. Era una de las tantas mujeres jóvenes en ese mundo de estudiantes, en el que una noche de pasión sin condón generó una cadena de pesadillas y la necesidad de madurar rápidamente para reconvertirlas en sueños

plácidos en los que criar a su hijita. Trabajaba de secretaria en el departamento de química del College y también de bibliotecaria. Siempre que nos veíamos en la escalera de entrada a la casa o en la biblioteca me sonreía y se quedaba mirándome por unos segundos como queriéndome decir algo que yo no llegaba a entender. Intenté leer los subtítulos de esa sonrisa, pero estaban escritos en una lengua desconocida, imposible de descifrar desde mi código emocional. Mi inseguridad en ese nuevo mundo me decía que su sonrisa se debía a que me encontraba parecido a alguien, a alguna estrella de cine o a algún amor pasado, y yo aplicaba una fórmula de conversión de morse que traducía esa mirada en una invitación a algo.

Para Don Lalo, un personaje estable del elenco de exteriores de la calle Prudan, quizás la arteria más piyamera de Sarandí, la vestimenta Sikh con calzoncillos debajo era una institución. El vecindario le había otorgado el Don, posiblemente por sobrevivir las repetidas crisis económicas, gobiernos militares, inflaciones, deflaciones, golpes de Estado, malos y buenos gobernantes, fugas de cerebros y, peor aún, la vuelta de los mismos. Y esto desde un modesto puesto de oficina de Correos y Telecomunicaciones que lo llevó desde pinche, pasando por cartero, hasta alturas himaláyicas del escalafón para empleados sin estudios: a Jefe de Despacho. Su sueldo de jubilado le permitía seguir viviendo en una casa de departamentos en planta baja, que se habían construido en hilera sobre un terreno de 52 metros de largo. Don Lalo ocupaba la última vivienda a la altura del metro 40. Casado en únicas nupcias con Doña Rosa, que recibió el Don sencillamente por feminización del Don. En verano dormía siempre en calzoncillos y camiseta y seguía diariamente casi el mismo ritual. En la mañana, agarraba los pantalones del pijama que Doña Rosa le había dejado impecablemente planchados en el respaldo de la silla y para ponerlos se tiraba hacia atrás en la cama poniendo las piernas en el aire, para que los pantalones no tocaran el suelo. Era una acrobacia que había aprendido de joven y mientras pudiera, seguiría practicando para que los pantalones no se ensuciaran. Trataba al pijama como

un traje de verano de dos piezas sin chaleco, y por tanto apto para toda ocasión. Después, metía los pies sin medias en las chancletas de cuero color caoba que tenía al costado de la cama, salía de la pieza y cruzaba el pequeño vestíbulo en dirección al baño que estaba afuera, en el patio. En el baño frente al inodoro, levantaba la tapa de madera y abriendo la bragueta de botones sacaba lo que le quedaba de su virilidad de antaño y vaciaba la vejiga de orín concentrado (mear en la escupidera que le ponía Doña Rosa al lado de la cama era para él una ofensa a su orgullo) de toda la noche con mucho cuidado para no salpicar o manchar el pantalón. Acto seguido tiraba de la cadena y estaba atento al eructo acuoso que salía desde el depósito agarrado a la pared. Después se lavaba la cara y peinaba los pocos pelos que le quedaban. Controlaba el resultado en el espejo que había arriba del lavatorio junto al inodoro. Esa parte del ritual se la tomaba muy en serio. Finalmente, salía del baño e iba a la cocina.

Doña Rosa, siempre atenta a lo que él hacía, había calculado el tiempo que tardaría en llegar después de su visita al baño y ya había puesto una ollita con el café con leche sobre el calentador a querosén. En un fogoncito de carbón ponía una tostadora de metal. El calor intenso de las brasas que había avivado a pantallazos por la entrada delantera del fogón llegaba al metal y en unos minutos ya podía poner las rodajas de pan cortadas a tostar. Aunque el pan era fresquísimo y crocante, Doña Rosa lo tostaba porque a Don Lalo le gustaba sentir cómo el pan se rendía ante la estabilidad de sus dientes y crujía en su boca. El ruido que producían sus molares en contacto con la tostada se amplificaba y retumbaba en su cráneo y así se aislaba por unos segundos del mundo. Le servía también para desconectarse de los comentarios de Doña Rosa, que lo actualizaba sobre los últimos chismes que había recogido en la verdulería, panadería y otros negocios, y que no eran muy diferentes a los del día o la semana anterior. Doña Rosa les daba vuelta y vuelta a las rodajas y servía el café con leche en una taza que, sin platito, ponía sobre el hule de la mesa que había debajo

de la ventana. El perfume del pan llegando a su punto de tueste le decía que ya estaban listas y las servía en un plato. Siguiendo la coreografía servía la manteca que compraba suelta y algo de mermelada casera en otro platito. Don Lalo se acomodaba en una esquina y, a veces, improvisaba un comentario después de tomar un sorbo de café con leche.

—¡Hm. Qué bueno, pero me gustaría más dulce! —y levantaba las cejas.

—¡Perdón, viejo! —decía Doña Rosa sumisa.

Los dos tenían para con el otro un lenguaje radionovélico de familia armónica. Doña Rosa mucho más, que las escuchaba todas las tardes y era permeable a ciertos personajes femeninos: en ese caso el de una mujer casada que hacía pasar todas las definiciones de su vida por un comentario aprobatorio de su marido. Ese mundo ficticio no tenía nada que ver con el del barrio, al que Doña Rosa trataba de mejorar con comportamientos importados de la radio, que era su principal puente hacia el mundo exterior. Segundos más tarde Doña Rosa hacía amagos de ponerle ella el azúcar en la taza pero Don Lalo, en un acto de independencia conyugal, hacía señal de que no, de que lo pondría él mismo. Doña Rosa no aflojaba y se buscaba otra cosa con que mimarlo, como ponerle un trapo limpio que hacía las veces de servilleta sobre el pantalón del pijama para que no le cayera nada encima y no lo manchara. Aquí, Don Lalo se dejaba hacer. Le gustaba que lo mimaran, al menos dentro de ciertos límites. Después de untar las tostadas calientes con manteca, le ponía una capa fina de mermelada y mojaba la tostada ornamentada en el café con leche. Don Lalo terminaba de desayunar en silencio, mientras ella se quedaba pelando unas papas o preparando alguna otra cosa para el almuerzo. Después se levantaba y como todas las mañanas le decía:

—Vieja, me voy al club.

Mientras se dirigía al pasillo por donde salía a la calle se acomodaba el pijama para estar siempre presentable. A veces

encontraba a Matilde, mi tía, que vivía en el metro 25 y estaba en la puerta de su departamento. Se saludaban:

—Hola, ¿qué tal? ¡Qué arregladito que está hoy! ¿Algo especial? — le decía Matilde. O cosa parecida. Don Lalo, siempre cortés, le contestaba:

—No, lo de siempre —y seguía por el pasillo.

Al llegar al metro 10, en donde vivía yo, se fijaba si me veía. No quería golpear ni llamar, porque no estaba en buenos términos con Doña Amelia, mi madre, partera del barrio y dueña del alargado complejo habitacional, que siempre buscaba aumentarle un poco el alquiler, porque se quejaba de que todos vivían ahí por casi nada. Una discusión con ella le hubiera llevado horas siempre excusándose de que no podía pagar más.

Si me veía por la ventana, me hacía una señal y yo salía.

—Jatibu— me decía usando un apodo que me había dado él —¿me vas a comprar cigarrillos? Y hazelo discretamente, para que Rosa no se dé cuenta. Tomá, andá al kiosko del Negro — y terminaba sacando la plata del bolsillo del pijama.

—¿Qué le compro? — le preguntaba yo.

—Saratoga, y si no tiene traeme Particulares Rubios.

Siempre hacía lo mismo. Los más jóvenes del barrio éramos sus aliados, y aunque le decíamos que debería dejar de fumar porque tenía “pierna de fumador,” él refutaba diciendo que para sermones ya le bastaban los de Doña Rosa. Con el paquete de cigarrillos en la mano, unos minutos después, sacaba uno, lo encendía y me decía:

—Quedate por aquí hasta que termine, por si se aparece Rosa que me está controlando mucho últimamente.

Cuando terminaba de fumar me daba el paquete y me decía —Guardámelos, pero no te fumes todos ¿eh? — y se iba al club bamboleándose dentro de su pijama.

La mañana en Cheney estaba fresca. Después de la clase de química fui a la biblioteca y llegué al mostrador en donde estaba Susan. Sabía que ella trabajaba en la sección “Préstamos.” Me



acercué como si no supiera que trabajaba en esa sección. No quería que pensara que la estaba buscando, que quería verla. Me acerqué al mostrador como si estuviera ahí por cuestiones de “negocios” y mi mirada encontró la de ella.

—Oh, hola —dijo. —Hola-, contesté. —¿En qué te puedo ayudar? — me preguntó, con una mirada entre distante e invitante; entendí que su recato era por no poder exponerse a revelar ningún sentimiento o preferencia delante de sus compañeras de trabajo.

Esa tarde, cuando volví de clases a la casa, esperé a sentir que Susan y su hijita estuvieran arriba. Oí como subían por la escalera y después corretear por el departamento. En esa casa de madera todas las partes crujían y se podían seguir auditivamente sin dificultad los movimientos de un cuerpo por el edificio. Cuando madre e hija dejaron de jugar y los ruidos de la bañera y baño se tranquilizaron, el piso de arriba entró en una nube de silencio. Decidí subir a visitarla. Sin saber muy bien en dónde terminaría esa decisión impulsiva mía, quizás esperando a que me invitara a ver la tele juntos como dos almas abandonadas por el destino, yo en un país nuevo y sin amigos y ella con una historia de fracasos, me di una ducha, me puse calzoncillos limpios como Don Lalo lo hubiera hecho. Después el pijama, que estaba aún sin estrenar. Me quedaba perfecto. Olía a nuevo y quizás Susan se alegraría que yo estuviera dispuesto a iniciar nuestra amistad con ropa nueva. Me calcé unas chancletas que me regalaron mis padres adoptivos como complemento del pijama, me peiné y me di los últimos retoques. Subí los quizás quince escalones hasta la puerta de Susan y golpeé suavemente para no despertar a su hijita que ya estaría durmiendo. Percibí un vacío de acciones dentro del departamento, intuyendo que debería estar sorprendida que alguien golpeará a su puerta a esas horas. Sentí cómo destrababa la puerta y enganchaba una cadena y me pregunté: “¿para qué tanta seguridad en un pueblo en el que no pasa nada?” Sentía algo de nervios ante la expectativa de cómo reaccionaría Susan a mi visita. ¿Se alegraría? ¿Podría significar mi atrevimiento el principio de una larga amistad? La puerta

se entreabrió pero estaba asegurada por la cadena, que quitó al reconocerme. Al abrir totalmente la puerta notó mi atuendo y primero frunció el ceño y después se tapó la boca y no pudo frenar la carcajada. Pensé que era un ataque de alegría ante mi presencia. Todavía no estaba familiarizado con el potencial de expresiones de los norteamericanos y menos en un ambiente semirrural como el de Cheney. Susan no me invitó a entrar y seguía mirándome en mi pijama, frenando otra carcajada que amenazaba con convertirse en irrespetuosa. La fuerte risa despertó o alertó a su hija, que todavía no se había dormido del todo y vino corriendo desde el dormitorio para ver qué estaba pasando. Se asomó a la puerta y me miró fijo, sin reírse, como tratando de entender en dónde estaba la gracia y poder compartirla ella también, mientras su madre intentaba guardar la compostura. La nena le preguntó por qué se reía y ella le dijo: —Andá a la cama que ahora vengo—. Mezclando sonidos de risa contenida con cortesía forzada me repitió la misma frase que usó en la biblioteca:

—¿En qué te puedo ayudar?— Sin entender qué le estaba produciendo tanta risa, le dije:

—Subí a visitarte y a charlar un rato— y después de una pausa —si no te resulta molesto—, agregué.

Su cara se enserió y contestó: —Lo siento, pero tengo que hacer dormir a mi hija y mañana me levanto muy temprano—. Ni siquiera agregó ¿por qué no nos vemos el fin de semana? ¿u otro día?

—¡Ah!— acepté resignado.

—Lo siento— concluyó.

Cerró la puerta, puso la cadena y dio tres vueltas a la cerradura.

Desilusionado y también sorprendido, bajé la escalera y volví a mi cuarto, sospechando que había hecho el ridículo. No lo podía entender; yo era el mismo del día anterior y no había cambiado desde la mañana en que la vi en la biblioteca y me había sonreído casi tiernamente, diría. ¿Qué pudo haber pasado? En el pijama me veía muy bien. Frustrado me volví a mi cuarto y me acosté. Me dormí sin llegar a entender las carcajadas de Susan.

Al otro día me encontré con Greg, un estudiante de Teología y el único amigo que tenía en Cheney en esos momentos, en la cafetería de estudiantes y le conté lo que había ocurrido.

—¿Fuiste a ver a esa chica en pijama? – preguntó desconcertado.

—Sí— dije. Entonces, largó una impresionante carcajada que hizo que algunos se volvieran a mirarnos.

—¡Increíble!— dijo entre convulsiones sin poder apaciguar la risa. —Perdoná, pero esto me parece infinitamente gracioso— agregó. —Creo que me voy a reír toda la semana... ¿Cómo se te ocurrió ir a verla en pijama?— preguntó al fin.

—¿Por qué no? En mi barrio de Buenos Aires el pijama es una prenda como cualquier otra. No entiendo por qué te parece tan extraño. Por aquí todavía no vi a nadie usarlo en la calle, pero bueno— agregué confuso. Casi como en un confesionario, Greg me explicó con una sonrisa:

—El pijama es una prenda íntima, de alcoba. Hay mucha sensualidad en esa prenda. En nuestra sociedad aparecerse en pijama para visitar por primera vez a una chica es como decirle que vas a pasar la noche en su cama, con ella. En el mejor de los casos podés llevar el pijama en un bolso e ir vestido con vaqueros, pero ir a golpear su puerta en pijama...

—Para mí una prenda íntima es un calzoncillo— insistí.

—En parte tenés razón. Es verdad. Pero los humanos han establecido estas categorías. Y tuviste suerte que te tocó alguien con sentido de humor como Susan que, aunque no conoce esas costumbres, se rió y no empezó a los gritos. No sé cómo se vuelve atrás de una metida de pata así. Va a ser difícil, diría imposible—. Mientras seguía sonriendo, Greg hizo una pausa. —La verdad, si fuera escritor, haría un cuento con esta historia—, me sugirió, aunque yo, en esos momentos no estaba para cuentos.

Con el tiempo me olvidé de Susan, mucho después de que ella se hubiera olvidado de mí. El pijama no me lo volví a poner, me daba mucho calor y me pareció más fresco volver a la intimidad del calzoncillo.

## MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO BENDERMANN

Nicolás Santiago Jozami

*Nada puede existir más que nada.*

Samuel Beckett. *Malone muere.*

Sí, lo hice pelota. La familia y sus allegados me persiguen, exigen explicaciones que no puedo dar. No tengo la culpa de que lo que haya hecho Bendermann haya sido un bodrio. Mi función es tratar de ser un buen crítico. Para eso estudié, para eso trabajo. La verdad es lo primero y lo último. No puedo dejar pasar, en aras del Arte, mi aporte.

Nunca perdí mis impulsos: el equilibrio, al momento de des-tripar (desentrañar para los finos) el trabajo ajeno, fue uno de mis atributos más aplaudidos. Mi ring side fueron los dos mil caracteres; columna fija, días domingo, en el diario de mayor tirada. Por ahí, reiteraban la columna en otras revistas salidas una semana más tarde. Mi pluma se convirtió en el pan caliente del fin de semana. Volteaba en ese ring a cuanto escritorzuelo se presentara. Ha dicho un amigo febril: “escribí sobre lo que no te interesa. Sobre lo que te interesa, lee y robá”. Esa fue mi hoja de ruta de crítico incisivo, ácido con erudición. Hasta que llegó a mis manos un pequeño tomito de aforismos de Gregorio Bendermann.

Hay especímenes en el mundillo literario de la clase que se les ocurra. Desde los diletantes, hasta los que hablan de lo que no han leído, pasando por los sobadores de lomo profesionales, que consiguen auspicios y exclusividad en buenos cuadrantes fotográficos

para entrevistas sobre la nueva poesía, en ciertas revistas de renombre. No soy Darwin, no clasifico especies o su evolución; más bien las detengo en su crecimiento. Hago enanismo estético. Soy un taxidermista, y por eso me apodaron, y así firmo las notas: el taxidermista. Embalsamo el estilo de cuanto creador cayera a mis manos. Reseñar una obra, es dejarlo fijo contra las cuerdas, sin posibilidad de superarse. Claro que escogía a los escritores jóvenes, a aquellos que se empujaban para ingresar al Olimpo.

Cierta vez llegó a mis manos, a través de uno de los jefes de redacción de *Rescoldo*, el diario para el que trabajo, un libro de aforismos de alguien, cuya primera publicación había salido hacía una semana. El libro, de tapa dura, venía envuelto en una bolsita de plástico, y la dedicatoria eran únicamente tres palabras: Para Santiago Mareque. El autor tenía una breve semblanza en la solapa y la imagen de un paisaje rural en la contratapa. (Debo aclarar, para que todo esto se comprenda mejor, que los fines de semana, para mí, son un ritual pagano, de un único feligrés, al elegir dos o tres volúmenes, breves en la mayoría de los casos, y llevarlos para la disección. Corto sobre la madera cuadraditos de un buen queso de cabra, alguno saborizado, jamón crudo, y uno de los buenos vinos que saco de la cava para saborear tranquilo. En ese escenario, me pongo a leer y voy marcando, señalando, componiendo la reseña que saldrá en letras de molde el domingo a primera hora).

Solo, aunque no estaba solo. Porque leer es conversar en silencio. Hay quienes entienden esto y quienes no. Con el libro escogido, el primero de Bendermann en esa oportunidad, tuve el mejor festín sacrificial, y una deuda imposible de saldar. Pocas cosas dan más placer que saber y controlar el daño que se hace. Algo de eso me reprocharía, cada vez que podía, en carta de lectores, o en cuanto sitio pudiera encontrar, la hermana menor de Gregorio Bendermann. Cuando tuve la oportunidad de recorrer *Alegrías del presente* por primera vez, me empaché de lugares comunes. Llegué a los diez mil caracteres. La limpieza que hice de esa reseña fue la que –recuerdo– más me costó.

El autor escribía de a un aforismo o poema por página. Sentencias, que se alejaban tanto del haiku clásico como del poema breve, epigramático, iluminador. Ni por asomo Bendermann había leído a Porchia, a Baltasar Gracián, a Wilde, a Le Rochefoucauld, a Dickinson. Era sui generis en la chabacanería, tal como la que sigue: “En las líneas de mi mano/una gitana leyó:/Que un día dirás...que sí/aunque ahora digas no”. Me costaba dominarme, el afluente fustigador me salía por los poros. Cien aforismos cuyo patetismo exigía una atención desmedida. Esa frase está en la reseña. De eso se agarró la madre de Bendermann para seguir preguntando, mandando cartas, exigiendo respuestas sobre mi conducta a lo largo de mi camino crítico con su hijo. La ponzoña de la gente es inmanejable, lo sé. Esa reseña recibió tantos elogios hacia mi persona, que tenía que estar a la altura en cada reflexión literaria que publicara de allí en más.

Ahora, (a ver si pago por lo que me dejó) diré algo de su vida. Del trabajo que era Gregorio.

Sus abuelos llegaron de Ucrania. Los padres nacieron acá, dedicando su vida al trabajo rural primero, luego industrial, en Pergamino, en una fábrica de telas. Gregorio nació en un ámbito de trabajo y con poco espacio para la dispersión. Si bien finalizó estudios secundarios con promedio alto, eligió la escribanía como profesión. Hizo algunos talleres literarios cuando advirtió la inclinación por la poesía, mentores que sobrepasaban los setenta años y que los dictaban los sábados por la noche en centros de jubilados o asociaciones civiles de dudosa reputación; desde ahí, al parecer tomó la decisión, y no dejó de plasmar en cada respiración sus aforismos o poemas. ¿Sus primeros lectores? Familia, amigos, compañeros cercanos. Gregorio fue un buen tipo. Claro que cuando uno dice “buen tipo”, en realidad dice muy poco, o nada directamente. La escritura de tantos aforismos hizo que fuera recopilando los que mayor impacto tenían sobre sus lectores cercanos. E hizo algo más, porque tampoco se quedó con eso. Envío, lo que se dice quirúrgicamente, a cuatro escritores, en un sobre, el compilado de

sus creaciones, su primer volumen. Cabe decir que ninguno le respondió. Igualmente Bendermann se quedó tranquilo; jamás pidió una respuesta. Yo tengo para mí que ante la quinta o sexta página, deben haber usado la carpeta anillada del contenido del sobre para enderezar un cenicero, o la pata de una mesa de luz.

Yo era un huracán que barría, que sacaba de cuajo una flor desperdigada en el desierto. ¿Por qué lo dejé inerte, por qué escribí las reseñas y seguí la carrera literaria de Bendermann con una voluntad distinta a la de otros especímenes? Eso pretendo explicarme. Su familia me busca, sigue pidiendo auxilio, necesita comprender la necesidad de mis actitudes hacia la actividad literaria del hijo pródigo. Bendermann dejó de publicar porque falleció, pero no cedió ni negoció, no atendió un ápice lo que señalé en sus creaciones, sobre su estilo. No arredraba; hacía, pero en mi opinión torcía la cultura local y nacional y la bajaba varios puntos. Tuvo hasta una amiga que le tradujo la mitad de su segundo libro al portugués; el título era *Quimeras*. Mi comentario sobre ese volumen fue demoledor; buscaba impedirle la escritura a este sujeto. Sin éxito lo mío, claramente.

Su hermana conoce o averigua mi dirección porque sus cartas suelen llegarme, esté donde esté. Mi rol es velar por la cultura. Pero quizás eso también querría Gregorio, sospeché y sospecho más aún ahora que ya no está, porque jamás dijo nada, insinuó nada, nunca pidió entrevistarse conmigo, coimearme, buscar acercarse, insultarme. Se dedicó a la escribanía y siguió escribiendo sus poemas. No supo ni le interesó saber la diferencia entre los géneros y las respiraciones en las expresiones. Otro aforismo de su segundo volumen: “Domina la lengua con la que se expresa, pero no aquella con la que la besa”. ¿Cómo podría alguien entrar en una historia de la literatura con este tipo de escritos? Tampoco necesito que alguien me lo diga. Va otro: “No puedo detener mi humanidad ante vos”.

Con los años, uno hace repasos, balances de sus comportamientos. No soy la excepción. Soy un tipo grande, que sigue

escribiendo reseñas, disparando a mansalva, pero no he dejado de pensar en Bendermann. Si hiciera terapia, porque eso lo sé, seguro mi analista diría que tengo una admiración reversa por Gregorio; una envidia al revés. ¿Por qué me ha quitado tanto tiempo, se ha llevado tantos pensamientos míos a lo largo de mi carrera desde que apareció? Jamás dejé de firmar las notas con el seudónimo, que era una marca registrada: el taxidermista. Señalé que lo mío, algo natural, era embalsamar el estilo de aquél o aquella que se lanzara al mundo de las letras, y que se notara desde lejos que era un intruso o intrusa. Encima, las reseñas, aparecían en el suplemento de mayor circulación. Muchos y muchas cejaron en sus esfuerzos literarios, salieron de la competencia, y eso gracias a mi pluma. Que una autora no supiera la diferencia entre hipérbaton e hipérbole era el caldo de cultivo para la denostación irónica en tres líneas.

Soy consciente. Se había sumado hasta algún comentarista de poca monta, un estúpido que pidió por carta que cesara el fuego contra Gregorio, “no hace falta que hagas lo que haces contra Bendermann”, me obligaba. Pedía que pusiera mi talento en otros, en otras, y que no hablar de alguien es ignorarlo, “en tu pluma, sentenciarlo”, añadía. Pero yo seguía, porque Gregorio no arredraba. Llegó a publicar siete libros hasta su muerte. Muerte desgraciada, leucemia. Pero, como saben los artistas y escritores, la muerte no mejora a nadie, y mucho menos la obra de nadie. Ahora lo pienso, aunque en retrospectiva: si salgo o escribo una nota de desagravio, ni siquiera de reconocimiento –eso es lo que creo buscan sus allegados– quedará como que Gregorio necesitó (y tuvo) de mi pluma para formar parte del panteón literario nacional, cuando eso mostraría a las claras, ya muerto el personaje en cuestión, que solo no supo abrirse paso en el mundo de las letras, algo que la madre niega en cada carta de lector que publica, en cuanto lugar encuentra para hablar sobre la obra de su hijo. “Gregorio no necesita que nadie le marque o allane el camino”, luego de usar metáforas o comparaciones –y ahí se nota que el mal gusto



es genético— como cuando dijo en una radio que su hijo era como un topo, ciego, que iba debajo de la tierra abriéndose camino y que, inexorablemente, le gustara o no a muchos, especialmente a Mareque, llegaría su reconocimiento absoluto, la luz. Puede que la mejor obra de Bendermann haya sido dejarle esta tarea ingente a su familia y allegados antes de su muerte, algo muy poco poético por cierto: no decir “quemén lo que publiqué, sáquenlo de circulación”; sino, “muévase y no dejen que caiga en el olvido, muevan la rueda hasta que mis libros y escritos lleguen a las escuelas, bibliotecas, academias”. Creo que ni por asomo Gregorio conoció o leyó algo de Lamborghini, quien con su ironía corrosiva decía que con el mercado, primero había que publicar, y luego escribir. Por otra parte, si yo no hacía mención del autor, una vez muerto, lo dejaría a la deriva, y por lo tanto ni siquiera reconocería un aforismo de los miles que dejó a la posteridad, a sus lectores, y eso sería ya una falta mía. La encrucijada era completa.

Fue con mi reseña a su cuarto libro, *Orden e impureza*, donde imagino que al menos debe haber sentido el embate, porque pasó varios años sin publicar —lo hacía siempre en editoriales pequeñas, o en ediciones de autor— aunque consiguió trabajo en algunas revistas amarillistas, como *Flash*, *Semanario*, y logró una columna angostita y al costado izquierdo de la página en algún suplemento dominical en el tercer diario en circulación de Formosa. Allí podía meter unos cuatro aforismos por edición, coronada la columna con una foto con la cara de bueno que nunca dejó de tener Gregorio.

Mi comentario a *Orden e impureza* no fue justamente el más destructivo; lo que allí decía, es que Bendermann no había nacido para dedicarse a las letras. Similar ecuación planteada en *Quimeras*, aunque allá agregaba que el autor había sido un excedente de la creación, un derroche divino. En *Quimeras* había aforismos como “El amor no tiene edad, época ni razón”, o “Quien descubre, inventa, quien inventa, descubre”, o si se quiere “El corazón es una campana silenciosa”, y hasta “Cuando uno escribe,

también lee”; miren estos: “La mala palabra es un epitafio de la boca” o “Mi sangre late en tu idioma” o “El corazón es un talismán en la tempestad”, y el último “Somos polvo de estrellas; por eso podemos brillar en la noche”. Alguien así no puede caminar el sendero de la literatura. Pero el empeño bendermanniano era abrumador. Empeño mezclado con la indiferencia absoluta a lo que dijeran de lo que escribiera quien supiera más que el propio autor sobre el arte de disponer palabras en una hoja y hacer nacer símbolos y generar efectos.

Decía que pese a no arredrar, esperó un tiempo, unos años entre el cuarto y el quinto libro (sólo publicó una edición de autor sobre la vida y obra de Amado Nervo). En ese lapso consiguió trabajo, más allá de su desempeño como escribano, en revistas y otros suplementos. Seguí con impaciencia e insistencia su derrotero autorial; hasta tabulé los aforismos del diario para ver si los repetía en sus libros. Además, incursionó en algunos medios radiales, leyendo en los cortes; los aforismos quedaban grabados y los repetían los programas de la grilla y sus emisoras. Siempre era uno distinto; no se repitió jamás, –algo que en algún momento me escribió su padre, alardeando de tal cualidad– pero sé que eso es porque el mal gusto no tiene eco ni espejo. Pero decía, abandonando un poco su trabajo de escribano, es que surgió para Gregorio uno de tiempo completo, donde pudo vivir de lo que hacía, porque lo suyo no era ni fue literatura. Será por eso que me emperré todavía más, busqué sacarlo de circulación. Una de sus declaraciones radiales fue “la macana ahora es que no sabés si los libros se venden o leen porque tienen algún valor o porque aparezco en los medios”.

Lo contactaron de una fábrica de chocolate, una de las más importantes, FelFort. Fue cuando leyeron aquel aforismo que luego pusieron en una publicidad de una cadena de cines “Tu silencio junto al mío es un idioma”. No puedo revisar ni tengo acceso a lo que habrían hablado con Bendermann, pero su función iría a ser única y exclusiva en la fábrica. Debía escribir los poemas –es decir, debía ampliar sus aforismos– en los chocolates

Dos corazones. En esas golosinas, empezaron a aparecer poemas de cuatro versos con rima clásica. Las escribiría completamente él. “¿Por qué esas ganas de seguir, de querer hundir a Gregorio, teniendo las posibilidades completas de hacerlo él mismo? ¿No es que en cuestiones del Arte, de sutilezas simbólicas, los pingos se ven en la cancha? ¿Hace falta que alguien salga a denostar lo que supuestamente no trascenderá?” Otra de las recriminaciones por carta, en esta ocasión, de su prima.

Voy a mostrar los poemas de los Dos corazones, desde que llegó Bendermann. No es que yo no siguiera destronando pichones de autores, advenedizos impunes de cofradías estéticas. Seguí con mis columnas semanales haciendo temblar la mandíbula a más de uno. Pero lo mío era una cruzada, mi verdadero aporte; quemar los pastizales inertes lo más que pudiera; que los talentosos hicieran sin obstáculos las verdaderas obras.

Relevaron a quienes se dedicaban a escribir los adhesivos con poemas en los chocolates, cuando llegó Gregorio Bendermann. Traté de buscar los mejores, pero sabrán que entre tanto fango hasta sus orillas huelen mal. “El cielo, las estrellas, /la luna y su resplandor, /anoche fueron testigos/de tu promesa de amor”. “Siempre busqué estar feliz/con gran esplendor/y el único matiz/me lo dio el amor”. “La lluvia moja los campos/para hacer crecer las flores/así andamos ambos/soñándonos sin temores”. “Si hay alguna bella respuesta/que esté en el corazón/debería ser esta/que comparte mi razón”. “Dentro de mi corazón/oigo pájaros cantar. / ¿Quieres saber el motivo? /Me sonreíste al pasar”.

Tal sello dejó impreso el autor en cada golosina que abriría cada comprador, y que leería antes de llevársela a la boca. “¿Cuántos lectores alcanzaría Gregorio? Muchos más que usted”, rezaba otra misiva que fue publicada en la revista *Flash*, permitiéndole a la familia seguir con la gesta por el desagravio a Bendermann. En la fábrica de chocolates tuvo tiempo a su vez de separar y reunir escritos que culminaron en el quinto y sexto libro, que sacó juntos: *Destinos* y *Destinos II*. Claro que en las presentaciones de los

volúmenes hubo chocolates Dos corazones para regalar y empalagarse. Un empacho bendermanniano. Mi columna de esa época fue dedicada a los dos libros. Dejé exclusivamente un párrafo en el que mencioné el premio que le darían al aforista en Uruguay, por la cantidad de ejemplares vendidos, tras su incursión como poeta del chocolate. Con sólo mencionar aquello, buscaba que el lector dispusiera la cara en una sonrisa socarrona; un premio sin concurso, sin jueces, jurados, competencia.

Para el séptimo volumen, yo estaba poseído por completo. Había abultado notas sobre sus libros anteriores, calculando el daño estético en forma exponencial, ya que el estilo de Gregorio no mutó jamás. La crítica a *Volcanes* prefiguraba un palimpsesto, donde capa tras capa, se podía leer mi reseña crítica a cada uno de sus libros anteriores, antes del descubrimiento de su leucemia. No modifiqué mi conducta: barrer a los ingenuos advenedizos, hasta a los formados pero sin una pizca de talento. El olfato nunca se me fue. Yo soy en realidad el topo.

“Si usted busca tanto a mi hijo, será por algo”, dice en una carta su padre, otra de tantas que mandó a mi casa. El aforista escribió; lo hizo sin mirar por un segundo al costado. Puedo salir con eso de que hizo lo que quería o tenía adentro, pero la cosa es más compleja. “Nada puede existir más que nada”, fue el epitafio que le pusieron en la tumba a Gregorio. Un homenaje excepcional, que hasta no iba con lo que produjo. No llegó ni a rivalidad lo nuestro; jamás Bendermann se fijó en mí. Será por eso que me atreví a ir al velorio, cabizbajo, para corroborarme lo que yo había sido en su vida. Nadie me dijo absolutamente nada. Sentí que mis reseñas no le habían movido un pelo al fallecido. Recuerdo que volví a casa y, tras descorchar un buen vino, me puse a releer mis columnas sobre Bendermann, que se abultaban en la mesita abajo del televisor.

La vida se vive, como la muerte se morirá. La nula trascendencia de Gregorio en el firmamento artístico es algo que lo tuvo sin cuidado. Tal vez lo sabría, lo supo, y por ello hizo lo que hizo,

lo que debía o quería. ¿Se reiría de mí? ¿De algún otro crítico que haya osado gastar tinta en denostar el engendro poético que fue su obra completa? A esta altura, creo que si Gregorio fuese Enoch Soames, el personaje de Beerbohm que, pacto diabólico mediante, viaja unos buenos años hacia el futuro para saber febrilmente qué ha pasado con su obra, digo, Gregorio, haría exactamente lo que hizo. Seguir escribiendo aforismos y poesías, como se respira. ¿Qué sanción o pecado hay en alguien que vive para cumplir lo que debe hacer? Una línea recta parece la biografía de este mal autor. Quizás haya sabido que su obra ayudaría o echaría luz para hacer surgir con mayor potencia los textos de quienes sí son buenos; mayor cantidad de malos poetas –en el caso de Bendermann, uno solo concentrando una docena– es igual a consagración verdadera y esplendor de los buenos literatos. Puedo seguir argumentando.

Hay una anécdota de Domingo Savio, que siempre me llamó la atención: cuando le preguntó Don Bosco –mientras aquél jugaba– qué haría si en ese momento llegara el fin del mundo, le contestó inmutable: “Seguiría jugando”. Gregorio Bendermann seguiría escribiendo aforismos malos, poemas irresponsables. No podré conocer el juego al que jugó durante su carrera de escritor. Nada puede existir más que nada. Algún día quizás titule una reseña con esas palabras.

# RELATOS DE CÓRDOBA

## PRIMER PREMIO SEMÁFORO

Lucía Caisso

Perdía la mirada más allá, estirando el cuello grasoso para pescar algo que le explicara el tumulto aquel. Pero el sol le daba de frente en la cara y la transpiración le caía desde las cejas, empañándole la visión. Maldijo el calor del verano y volvió a su asiento de cemento. Hacía al menos cinco minutos que la gente se venía amontonando unas cuabras más arriba por la Avenida Alem y él ahí, clavado sin saber lo que estaba pasando. La sombra que caía desde la caja de luz del poste hacia la vereda se estaba poniendo cada vez más ancha por lo que calculó que debían ser cerca de las dos de la tarde.

Buscó distraer la intriga volviendo a leer por enésima vez en el día el cartelón blanco de M.E.D.E.A. Lo habían colocado una semana atrás sobre la fachada de la panadería, el punto más visible de ese cruce pestilente de calles en la periferia de Córdoba. “Hijo de Cristo: este es tu año” rezaba el letrero, y lo devolvía siempre a la duda acerca de si él también era un hijo de Cristo. No se animaba a responder la cuestión de manera categórica, pero al menos llegaba a abrigar una certeza: fuera o no él un hijo de Cristo, este año malparido no parecía ser su año.

Mientras esperaba una nueva oleada de autos jugó a hacer deslizar la suela gastada de las zapatillas en la piedra redondeada del cordón de la vereda. Hacía como que casi se caía a la calle, pero no... pasaba del equilibrio inestable a un deslizamiento suave que lo entregaba a la seguridad del llano del asfalto. Al saludarlo de lejos, lo interrumpió en su juego la dueña de la verdulería.

Acababa de bajar la persiana de su comercio y se estaba por subir a su auto. Como él, cambiaba en verano el horario de su jornada laboral. Arrancaba más tarde a la mañana y se quedaba hasta más tarde por la noche. La diferencia entre ellos era que él hacía horario corrido y ella no: cortaba por tres o cuatro horas porque trabajar en las siestas de enero es sólo para los guapos y la verdulera, con seguridad, prefería pasarlas en algún rincón fresco y oscuro de su casa.

Escuchó una frenada que lo sacó del sopor y se acercó enseñando blandiendo su herramienta. El conductor bajó la ventanilla apresurado y le hizo un ademán para que se acercara a conversar. Mientras le hablaba, él pudo sentir el chorro violentamente fresco del aire acondicionado que salía de adentro del vehículo:

—¿Qué pasó allá arriba que vengo viendo patrulleros a lo loco?

—Ni idea... escuché los disparos hace un rato, pero no alcanzo a ver nada desde acá... ¿le limpio?

El conductor accedió y él comenzó como siempre, estirando su tórax sobre el capot para llegar al costado derecho del parabrisas. Sintió la chapa caliente debajo de la remera, que le recordó el vacío del estómago. Pasó enseñando a escurrir el agua con brutalidad, buscando que lo salpicara para refrescarse. Como con el resto de los autos de la última semana, constató que su técnica había ganado en rapidez y precisión en los movimientos. Todavía le quedaron unos segundos antes del verde del semáforo, así que pudo esperar tranquilo que el cliente revolviera los bolsillos. La paga resultó menos lastimosa que la vez anterior, así que volvió animado a pararse junto al poste.

Un tipo venía bajando la Avenida Alem en sentido contrario al tumulto, y todavía se daba vuelta para seguir mirando el foco distante del hormigueo humano. “Un choro...me parece que bajaron un choro” le gritó, porque le vio la curiosidad en el rostro. Él se quedó todavía unos minutos más sumergido en el flujo apurado de autos, haciendo el ademán del palo y la mano en alto para ofrecer sus servicios. Cuando se terminó de decidir



juntó sus dos pertenencias y las metió abajo de una columna de hierro de tres patas. Con ponerlas ahí, a la vista de todos, se sabría que el dueño de ese palo y de ese balde andaba cerca. Y se sabría también que ese era el dueño de la esquina.

Inició la marcha con un trotecito que comenzó a ralentizar al acercarse al centro de la escena. Vio una familia entera parada en la puerta de una casa, orientada hacia el lugar del hecho y con un gesto de seriedad en el rostro. La más joven del grupo era una nena muy chiquita, que luchaba con la mano que su madre le había puesto sobre los ojos.

El cadáver yacía boca arriba en el asfalto gris, sin sábana o bolsa que lo cubriera. Tenía una zapatilla medio salida, que dejaba ver el talón sin media. Un arroyito de sangre corría por el costado de la boca del muerto. La sangre bajaba hasta tocar la vereda y ahí se convertía en una mancha oscura. “Le dieron el tiro en la cara”, escuchó que le explicaba un vecino a otro.

Más allá, algunos policías rodeaban a un hombre de unos cincuenta años. Se veía agitado, pero charlando resuelto con los efectivos. Unas horas más tarde, en el noticiero de la noche, explicarían que el hombre era un policía de civil. Estaba comprando una puerta en el negocio de aberturas que el muerto había querido robar. En medio del atraco logró atacar al maleante y ultimarlos con su arma reglamentaria.

Vio un taxi que paró en doble fila y puso balizas. Ningún pasajero descendió por la puerta trasera, pero el que sí se bajó del auto fue el chofer. Caminó hasta apoyarse sobre el baúl cerrado y se dispuso a observar la escena de brazos cruzados. Pareció escrutar con pericia los hechos hasta llegar a una conclusión imparcial que decidió arrojarle a él, que justo pasaba a su lado. “Uno menos”, le dijo con satisfacción. Él se sintió obligado a responder. “Sí, uno menos”, contestó.

Los adolescentes del barrio se acercaban en banditas al cuerpo, atraídos y repelidos al mismo tiempo por el bulto inerte. En soledad, buscaba alejarlos un único efectivo policial. Como no

ponía mucho empeño en la tarea los chicos y las chicas volvían como moscas. Finalmente pasó lo que se sabía que iba a pasar: como en un dominó de tentación incontenible, los jóvenes sacaron sus celulares para fotografiar al muerto. Algunos lo hicieron desde una distancia prudencial pero otros se animaron a más y se tomaron selfies con el cadáver de fondo. Recién en ese punto el policía redobló sus impotentes esfuerzos.

Él observaba con detenimiento la secuencia cuando se acordó del balde y del palo escurridor. Su paseo ya se estaba extendiendo demasiado así que se fue volviendo para su esquina. Mientras deshacía el camino sintió de nuevo el sol castigándole el rostro. Le pareció un reflector encendido que lo apuntaba desde el cielo para hacerle apurar el paso inquieto. No iba pensando en la sangre que brotaba ni en las piernas tías del muerto. Pero sí volvía su mente una y otra vez al talón que la zapatilla floja había dejado al descubierto. Se preguntó si esa mañana, al levantarse y calzarse, el ladrón no se habría ajustado bien los cordones porque ignoraba que hoy le tocaría morir.

## SEGUNDO PREMIO LAS ARAÑAS

Alejandro Benjamín Laurentti

Doña María Josefa Bustos está sentada a la mesa terminando de tejer, mientras, las negras salen a buscar las verduras para preparar la cena. Un pequeño roce en el codo le quita la concentración. Una araña, de patas largas y negras le camina por el brazo. Ya es la cuarta en el día. Se levanta preocupada y busca a las negras que se encargan de la limpieza, sabe que no va a encontrar respuesta, pero aun así las increpa. Conversa airadamente con las empleadas, pero la respuesta es la misma. Las negras no encuentran razón, han estado limpiando todo el día, como limpiaron el día anterior y el anterior, aun en lugares que ya estaban limpios y que no se han usado, pero las arañas siguen apareciendo, como si buscaran algo.

“Estas horribles criaturas”, murmura Doña María. “Se supone que no aparecen donde falta la humedad, ni donde está limpio, ahora falta que tengamos una plaga”.

Harta de las descaradas visitantes, que hace ya dos semanas que no la dejan en paz, ni a ella ni a los empleados, ni a los negros, agarra su tejido y se dirige al salón principal, al abrigo del hogar recién prendido, el lugar más seco de la casa donde, se supone, las arañas no osarían entrar. Nerviosamente, pensando en la impresión que le causan las negras patas, cubiertas de pelo, Doña María sigue tejiendo, cuando la puerta comienza a centellar repiqueteos. Deja el tejido a un costado y espera que alguien vaya a abrir la puerta, pero nada sucede. Allí queda, expectante, al tiempo que la puerta vuelve a sonar. Le pide a Ismael, subiendo la voz, que

abra la puerta, pero el negrito, que tiene problemas de sordera, no escucha los gritos de la señora por estar, en ese momento, trabajando en la parte de atrás de la casa. La señora se levanta de la silla y camina hasta el comedor. Asoma la cabeza por la ventana, husmeando, hasta que, finalmente, lo ve y le grita, llenando los pulmones de aire. La imagen es pintoresca. Al compás del fresco viento invernal, la voz se desprende de su boca con fuerza, con vigor, como alma que la lleva el diablo:

“¡Ismael! ¡Ismael! ¡Golpean la puerta!”

Ismael levanta las hojas secas para que no se caigan en el estanque, donde cría las mojarras, sin decir palabra alguna. La señora vuelve a gritar, más fuerte esta vez. No hay forma, está sordo, sordo como una tabla. La señora resuelve, entonces, ir ella misma a abrir, suspirando en sus labios la derrota. “Primero las arañas, ahora el sordo”, musita a regañadientes.

Si no fuera porque hace años que lo tiene trabajando –y es un buen trabajador– ya le hubiera dado un pedazo de tierra para que cultive algunas verduras y viva solo, no es mucho tiempo el que falta para que eso suceda. Hay una pequeña parcela, al norte de la chacra, que está reservada especialmente para su persona y en la que está haciendo construir una diminuta cabaña. De tanto en tanto, lo manda a buscar madera, se la hace recortar, lijar y después, con la ayuda de los otros negros, la clavan al techo.

Los afilados dedos de la mujer abren la puerta de madera que, al compás de los encastres de hierro, cruje musicalizando el momento. Justo debajo del picaporte, introspectiva, haciendo halago de su sutileza y de su galanura, pasa una araña, de patas largas y negras, cubiertas de vellos. La señora no la ve. Del otro lado, al abrir la puerta, asoma la pequeña cabeza de un hombre. No tiene más de uno sesenta de altura, el pelo emblanquecido, del color de la plata y arrugas, muchísimas arrugas que pueblan la oscura piel de su rostro encumbrado por unos ojos igual de oscuros. A juzgar por las arrugas, podría decirse que ese pequeño hombre tiene más de cien años pero, por la postura, la mirada y el semblante, quizá

no posea más de treinta. La imagen es bastante confusa, como la sonrisa que posee. El curandero ha llegado.

Doña María lo ve con un gesto de ternura. No lo esperaba esa noche, pero es mejor que haya llegado cuanto antes y sobre todo que haya llegado mientras el señor no se encuentra en casa. El negro Abel, hermano de Ismael, parece estar agonizando desde hace dos semanas, envuelto en lamentos, en rigidez, en sudoraciones y en palabras ininteligibles. Tres veces lo ha visto un médico y las tres veces lo ha medicado, sin que haya surtido efecto alguno. Ha dado el mismo veredicto: que no tiene fiebre, que se encuentra bien, que si las alucinaciones continúan y el sudor frío se acrecienta mejor sea, contra todo rigor médico y ético, recurrir a un curandero, de los que abundan entre los negros, sin mencionar palabra a nadie. No vaya a ser que pongan en duda la capacidad profesional del médico y, mucho menos, que empiecen a ver con malos ojos a Doña María, que la culpen de herejía, por andar transando con los brujos.

Aguzando la mirada y examinando los terrenos que se alzan cubiertos de altos pastizales y que están cercanos al suyo, para estar segura de que nadie los ve, María Josefa Bustos hace pasar al negro. El viejecito, o joven con piel arrugada, porque no se sabe con certeza lo que es, la saluda de manera amable. Tiene una voz tersa y suave –si acaso pudiera tocarse– y su acento posee una interesante mezcla repleta de africanismos, a sabiendas de que aún no ha logrado dominar del todo el español de las sierras.

El invitado agradece una y mil veces, de la manera en la que puede comunicarse y le ruega a la señora que lo lleve cuanto antes hasta donde el negro Abel, para que lo pueda examinar. Su voz es cálida. Doña María hace llamar a Ismael y –después de que las empleadas le griten para que escuche que la señora le requiere– le pide que lo lleve hasta el lecho del mortecino empleado. El viejecito, que parece estar a punto de quebrarse cada vez que se mueve, camina como pisando algodón. Sin decir una palabra, entabla conversación con Ismael, a puros ademanes, para estar al tanto de todo lo ocurrido. Se entienden bien, como si hablaran el mismo

idioma y se conocieran de hace mucho. Allá van ambos, moviendo las manos, haciendo gestos, encumbrando los labios y abriendo los ojos grandes y blancos.

Fue el mismo Ismael el que, alertado por su hermano y por la señora, se dirigió hacia la cercana chacra de los Thea, acompañado de algunas ovejas y unas mulas y aprovechó para preguntar si entre los esclavos se encontraba algún curandero. “Hay un pequeño asentamiento, más al norte, donde viven algunos negros. Tienen una pequeña chacra, entre ellos hay un curandero, un viejo curandero. Dicen, los pocos que lo conocen, que vino directamente desde el África, que tiene más de setenta años y que no hay mal que no pueda curar. Trabajó durante muchos años para un español que, finalmente, lo dejó libre junto a su familia, con un pequeño pedazo de tierra, una diminuta parcela, de la que, sin embargo, se hizo cargo agradecido”.

Le costó llegar hasta el negro y también le costó convencerlo de que quien pedía su ayuda era una señora española, a espaldas incluso de su marido y después de que un médico, igual de blanco y español, le aconsejara buscarse un curandero. No había palabra que lo convenciera de aventurarse a la casa de Doña María Josefa, hasta que Ismael le comentó el pequeño detalle, el detalle de las arañas. Abrió grandes los ojos el negro y le dijo que estaría en su casa al otro día, al caer el atardecer, cuando menos personas hay en la calle.

Llegan ambos hasta donde está el negro Abel y lo ven, tendido en el lecho, con los ojos emblanquecidos, la mirada perdida, las sienes, la frente, el cuello y las manos repletas de sudor. Asoma de su boca una espuma blanca, amarilla en las puntas. El curandero se acerca y lo examina, le toca el pecho, le siente el corazón, le revisa los ojos, le hace preguntas en un idioma que Ismael, sobre que es sordo, no logra reconocer, aunque, al escucharlo, su sangre hierve, hierve con el calor de los antepasados, con el sonido de los tambores paganos de sus abuelos y lo mira, lo mira actuar y moverse, para todos lados.

Abel está tendido sobre la cama y, aunque pareciera no ser él en ese momento, escucha cada cosa, escucha y entiende, pero no puede responder. Ni de su boca salen sonidos ni de sus manos movimientos voluntarios, tiene el cuerpo completamente entumecido. Siente cómo se quema por dentro, cómo le pican los brazos sin poder rascarse, cómo le saliva la boca sin poder tragar o limpiarse, cómo los ojos se le desdoblán, como si alguien se los estuviera apretando con fuerza, al tiempo que comienza a ver doble, después cuádruple, como si existieran en las paredes grandes espejos. Ya no se reconoce a sí mismo, ya no sabe quién es ni qué está haciendo sobre esa cama. El interior le arde y suda. Hay, además de todo lo que está sintiendo sin poder comprender lo que sucede, algo distinto, algo más allá, inexplicable.

Mientras el curandero termina de decir unas palabras y pasa por las manos y el cuello del negro un ungüento con olor a aguari-bay, de la pared comienzan a subir arañas. Una a una, patas largas y negras cubiertas de afilados pelos, se desperdigán por la sucia pared, manchándola, quedándose inmóviles, con cada uno de sus ojos fijos en aquel moribundo negro, sudoroso, tendido en el derruido lecho. A Ismael se le agita la respiración, al ser testigo del macabro cuadro.

Sobre la mesa de luz del moribundo, como agitándose, se encuentra un curioso artefacto. Un pedazo de piedra, trasparente, translúcida, muy delgada, con un ojo tallado sobre una de sus caras. “Está embrujado” dice el curandero, lanzando el último veredicto y tratando de hacerse entender lo más posible, entre esa cantidad de palabras españolas tan lejanas para su dialecto. “Es tarde”.

Dos semanas antes, en la misma chacra de Thea, donde Ismael fue a preguntar por el curandero, está su hermano, escabulléndose entre los pastizales, mientras su sombra viril se funde a la sombra de otra persona. Día por medio han ocurrido esos encuentros, sin que nadie sepa del secreto que se hace a oscuras y de noche, cuando todos duermen, por su carácter prohibido. Día por medio, durante

mucho tiempo, hasta que, esa misma noche, son descubiertos, el hermano de Ismael, Abel, y el marido de una de las negras de Thea, por esta última. La misma negra que, ahora, con el tatuaje de una araña en su brazo izquierdo, mientras el negro suda y enloquece postrado en el lecho, está afuera, lejos de su aldea, alrededor de una fogata improvisada, realizando un baile ritual.

Alrededor de la fogata, la negra baila, mueve el vientre, se sacude las malas energías, juega con pedazos de telas robadas, se rasca el tatuaje y lo lastima con las uñas largas. Baila y canta y lanza insectos al fuego, pronunciando palabras que sólo entiende ella y que quizá podría entender el curandero que, del otro lado de la chacra, a unos kilómetros, comienza a balbucear, intentando revertir lo que, como ya dijo, es tarde. Ambos discuten, ambos lanzan profundas palabras en idiomas negros, ambos pujan por ver cual tiene más poder, más experiencia y más fuerza, pero hay una que ha venido preparando el ritual hace dos semanas y otro, otro que ha llegado demasiado tarde a la pelea y está condenado a perder.

El negro, postrado en la cama, emblanquece aún más los ojos. Las manos le siguen picando, pero ya no es sólo picazón, son pelos, oscuros pelos que le crecen de manera irreversible por los brazos. Le duelen los intercostales, como si tuviera dentro un pedazo de madera incrustado, uno que necesitaría sacarse con violencia. Puja el dolor por salir y la boca se llena de espuma blanca. La mirada, esa mirada, que parecía estar confundándose con los espejos imaginarios que rodean la habitación cuadruplicando lo que veía, ya no duele. Poco a poco se acostumbra a la nueva visión, que va perdiendo colores hasta quedar sólo en blanco y negro, pero ahora puede captar cada movimiento. La boca, repleta de burbujas blancas, le arde, como si estuviera quemándose hasta que la espuma cesa.

Ismael cierra los ojos, al igual que el curandero, y con el poco oído que le queda intenta repetir las palabras que el viejecito murmura, que se repiten de tres en tres, siempre utilizando las



mismas sílabas. Del otro lado, la bruja danza, sonriente y grácil, porque sabe que la victoria está cerca. No sólo le hizo lo mismo a su marido, sino que le hará lo mismo a su amante, sin que nadie pueda detenerla.

El dolor cesa, ya no se quema su vientre, ni le duelen los intercostales, ni su cuerpo se encuentra sudoroso, ni los ojos emblanquecidos. El negro ahora siente sus manos, sus pies, su boca, sus labios. No tiene idea de dónde está, ni tampoco de quiénes son los dos seres que, con los ojos cerrados, parecen rezarle al lecho vacío, desnudo. Tampoco le importa. Hay un cosquilleo en su nuca, un centellante cosquilleo que lo invita, lo llama a unirse a sus hermanos y hermanas. Moviendo sus patas, repletas de pelos negros y afilados, camina por la pared, uniéndose al resto de las arañas, que prosiguen viaje hasta algún oscuro y recóndito pedazo del techo.

## TERCER PREMIO POSTALES DEL BARRIO GENERAL PAZ

Adrián Hipólito Calvo

Nunca he dudado de que la nostalgia, definida como ese pedazo del pasado que se añora, posee una potencia descriptiva propia de los sentimientos profundos. Lo que se evoca, provoca. Y lo que se provoca es la imaginación, al punto de darle a los recuerdos la categoría de postales del alma. Van algunas de ellas, escogidas tras algunos cabildeos en el álbum de la memoria.

*Primera postal. Barrio General Paz, ese lugar del otro lado del río.*

Los ríos en las ciudades son un antes y un después conectados por puentes. De un lado hay una ciudad y del otro se adivina que la ciudad sigue, pero ya no es la misma ciudad. Los puentes son por ingenio del diseño, funcionales; por naturaleza arquitectónica, románticos o aburridos. Y por expresión urbana, simbólicos. Unen dos orillas, y dos orillas pueden ser dos mundos, y entonces General Paz es un territorio a explorar del otro lado del río. Es marzo de 1974, vivo en el centro y tengo quince años. Voy a cruzar el puente que une las avenidas Ambrosio Olmos con 24 de Setiembre. Abajo el río Suquía, magro en presencia, confinado a un lecho seco cuando el dique San Roque se engulló su caudal, viborea su identidad más por sus barrancas que por el agua que arrastra. Voy presto a estrenar secundaria nueva. A la derecha me impacta la ferretería inglesa del Puente Negro. El molino Minetti, en actividad en esos años, es una colmena que agita el

mito del país cerealero. Del otro lado, descubro la Estación Mitre con su campo de maniobras tan vasto como un desierto. El movimiento de trenes es escaso y los vagones sobre la vena del río ya son dinosaurios herrumbrosos. En ese espacio algo se está cayendo definitivamente, en cámara lenta. A mitad del puente me asaltan los ruidos de la pista de karting sobre la calle Ocampo. Los motorcitos Pumas alardean en la siesta. Cuando dejo atrás el puente se abre rotunda la avenida 24 de Setiembre. Me impactan su anchura y las casonas que exploraré con mi mirada hasta el infinito, hasta el agotamiento para descifrar en sus fachadas los lugares de donde vinieron los abuelos. También me atrapa el adoquinado en arcos y sobre ellos los rieles de un tranvía que jubilaron diez años antes.

Me pregunto ¿A dónde muere esta avenida?

### *Segunda postal. El Bar Sergito.*

Un flaneur francés, definido como esos bohemios contempladores de la vida, acodados en los cafés parisinos y cuya única misión es la de ver pasar el mundo detrás de la ventana, hubiera codiciado sentarse en una mesa del Bar Sergito en la esquina de 24 y Ovidio Lagos en 1975. En ese año, la vida y la torta se cortaban en los bares. Es el mes de agosto y una vez más la Escuela Mariano Moreno está cerrada por paro docente. Con el Gato Moyano, compañero de cuarto año a la tarde, nos tiramos de lleno a cafeitar en el Sergito. La estampa del Gato es invariablemente setentosa. Pelo largo, robusto, blazer cruzado y corbata azul Francia con nudo grueso. Sobre su nariz se montan unos anteojos clíper modelo Mc Arthur, ideales para esconder ojos con resacas o con malas intenciones. El Gato estaba siempre impecable y tenía una manera única de extraer la etiqueta de cigarrillos Commander entre los pliegues de su saco. Era un movimiento lento y acompasado, primero el botón y después el tabaco, seguido por el chasquido de un encendedor carusita que llevaba escondido en la misma mano del cigarrillo. La pose, muy estudiada, el Gato la

usaba para seducir a las chicas de la escuela Garzón Agulla. A mi más bien me parecía la influencia irresistible que ejercía sobre nosotros el Cine Cervantes con su derroche de masculinidad Magnum 44. Por esos años Argentina era una bomba y Córdoba una espoleta. No había día sin pirotecnia, luego el ulular de las sirenas y el fuego cruzado de las facciones en un país que se oscurecía con su propia sangre. El Bar no escapaba a este contexto y era habitual encontrar en una de sus mesas a un grupo de robustos que se juntaban con frecuencia a debatir sobre política y otros temas candentes. La cosa es que el Gato sale del baño, me busca con la mirada y se detiene en la punta del salón, justo al frente de la mesa de los pesados. Los mira con detenimiento y se le ocurre sacar los cigarrillos. Tensión. Todas las miradas están puestas en el Gato. Uno de los gordos se para y se lleva la mano atrás del saco, pero con tan poca pericia que el fierro se le cae. El Gato observa el cuadro y le dice: Tranquilo compañero, todavía no te llegó la hora. Acto seguido, extrae su Commander y todos nos reímos. Luego, a la hora de pagar los cafés, nos enteramos que los gordos nos habían pagado la vuelta.

### *Tercera postal. Club Redes Cordobesas.*

De ese espacio social y deportivo donde los sueños inmigratorios se maridaban con la tierra prometida, guardo dos recuerdos de la historia grande, la que todavía se escribe con mayúscula en los titulares de los diarios. Primero, el velorio de Agustín Tosco en una tarde tórrida de noviembre del 75 con la gente que lo despedía sumida en un silencio profundo y sentido. El club estaba desbordado y la avenida 24 apenas podía contener la multitud que se agolpaba en torno a sus restos. El calor ardía en la siesta, y sin tener conciencia del hecho, supe que estaba balconeoando un pedazo de historia construida por un hombre que había llevado al punto más alto al movimiento sindical argentino, y a juzgar por lo que vino después, esa cumbre no ha sido superada. El otro recuerdo es de octubre del 83. La gente entra a presión en los espacios del club. Literalmente

no cabe un alfiler. En el centro de la escena, como un luchador solitario, estaba Ricardo Alfonsín. Su prédica combinaba la claridad conceptual de los hombres que han vivido para la política y no de ella, con una oratoria caracterizada por la convicción y la bravura. Las chapas del tinglado crujían con los aplausos y Alfonsín en la noche de Barrio General Paz, alumbraba la democracia uniendo los pedazos de un país fragmentado por los dogmas viscerales. Y al igual que Tosco, él también puso la vara muy alta.

*Cuarta postal. Verónica era flaca y decidida, y una rubia muy rubia.*

Entró a tercer año del mismo colegio cuando yo pasé a cuarto. Aunque había nacido en Argentina venía de España después de haber vivido ocho años en Málaga. En esas tierras, en un cementerio de cara al mediterráneo había enterrado a su madre. Al año, su padre, un médico aturdido por la nostalgia, decidió pegar la vuelta. Era la mayor de tres hermanos y tenía la templanza prematura de las que llevan una casa. Vivía sobre la calle 25 de Mayo a dos cuadras del río. Era un departamento de pasillo con una azotea en la que oteábamos los edificios del centro y la cúpula filosa de la iglesia de las adoratrices. Estaba encantada con el barrio y yo encantado con ella. Verónica manejaba con destreza los aforismos que había traído de su estancia malagueña. Una tarde en la escuela, en un recreo que separaba las horas de contabilidad y geografía, la invité a salir y por respuesta me dijo: “enhorabuena, porque a cada oveja su pareja”. A ella le debo el ejercicio de unir un espacio con un deslumbramiento y que una misma cosa signifique muchas más. General Paz ya no era cruzar el puente, era también un territorio anclado a un sentimiento. Con ella aprendí los nombres de las calles, a dejar las suelas de los mocasines en los carnavales del Club Juniors y a cobijarnos en las barrancas del puente Sarmiento para ver la luna espejada en el río. Un día le pregunté a su padre qué había sido lo más lindo de vivir en España y me contestó: “recordar este barrio”.

### *Quinta postal. Plaza Alberdi.*

Las ciudades son también sus plazas y los barrios hacen de sus plazas un mojón de identidad. Inevitable la Plaza Alberdi para hablar de barrio General Paz, e inevitable en mi memoria cuando recuerdo en ella los pasos de mi primera juventud. La plaza sigue estando como era antes, aunque sin la escultura del Oso y el Pescado. El Oso mira ahora la metamorfosis de la Plaza España y el Pescado supongo el pasto crecido del Museo Caraffa. Ambos deben añorar la paz barrial que respiraron durante muchos años en la Plaza Alberdi. En esa plaza vi a mis diecisiete años, y se puede seguir viendo porque para eso están los bancos en las plazas, el paso de las nubes sobre un fondo azul intenso en los días limpios del invierno. También la mudanza de las estaciones en las hojas de los plátanos que franquean la avenida 24. Hojas de ocre crocante en los otoños templados, hojas de verde eléctrico con las primeras lluvias de primavera. En esa misma plaza en las noches de cielo despejado mirábamos las estrellas y ejercitábamos el hábito olvidado de mirar hacia arriba, aun a riesgo de caer en la reflexión de lo pequeño que somos en la escala del universo. La plaza Alberdi no ha cambiado nada, todo un mérito, con excepción del traslado del Oso polar que nos dará una excusa para un encuentro de nostálgicos, comer un asado, y en los postres organizar una comisión de repatriación de la escultura.

## MENCIÓN SOLILOQUIO DE UN FANTASMA ATRIBULADO

Alicia Rubio

*Un fantasma recorre Europa... suena bien pero ya fue escrito... Además, mi locus es modesto: Córdoba de la Nueva Andalucía... ¿Modesto? Quizás, aunque para mis coterráneos esta villa es el ombligo del mundo, el *non plus ultra* de la civilización. *Hic et nunc. Hic et ubique* (¡Ay los latines!).*

Córdoba, ciudad atrapada entre barrancas, de aguas estancadas y pensamientos análogamente inmóviles, según mi querido Domingo. Su iracundia (la de Sarmiento, claro) no nos dejaba muy bien parados ¿Nos odiaba? Tal vez... ¿Frustración por no haber accedido a nuestra Casa Mayor? Quizás, pero mejor así. Pudo saltar el cerco del dogmatismo mediterráneo para venir a clavarle espadines al lomo de un toro criollo, añoso y refractario, que se negaba a cambiar lo que creía incuestionable: saberes adquiridos a través de siglos de aristotelismo y jesuitas.

¿Cómo pretender acabar con ideas en las que se había cobijado la comarca y sus habitantes por años? ¿Cómo? Inyectándole nuevas ciencias al círculo de los juristas y los teólogos ¡Por Dios! Sí, por Dios (el de ellos) que no lo iban a admitir. Al menos, no sin dar batalla, escudados en el Santo Estandarte de la Iglesia.

Sin embargo, aunque me cueste reconocerlo, la historia no es tan lineal como para condenarlos lisa y llanamente por haberse resistido al cambio. ¿Cómo no preguntarse qué podían tener en común ellos y los otros, harto más levantiscos, nuestros caudillos de tierra adentro? Aquellos que ya pasaron... el que segaron los disparos

traidores en Barranca Yaco, o ese otro que vio su fin presentándole pecho a la lanza de Irrazábal, para que su rostro, puesto en pica en la plaza de Olta, sirviera de espectáculo y ejemplo aleccionador. O don Felipe, muerto de tisis en el exilio, de quien ni el polvo de sus huesos querrán, dentro de los aún confusos límites de nuestro país.

Y otros más, a los que ya les adivino su fin (desde aquí todo puede verse) como el caudillo entrerriano que morirá a manos de un joven confundido por los dichos de los lenguaraces de ocasión, cuando acabe de volver de su exilio gracias a la amnistía dada por mi coterráneo Juárez Celman. Piensan que no habrá pacificación ni reconciliación en estas tierras como no sea la impuesta por el silencio de la muerte. No es mi caso. Pero ya verán cómo recompensa la familia de Urquiza con treinta y cinco mil pesos a la mujer de Aurelio Casas.

Todos muertos o por morir.

Sin embargo, la resistencia asume y asumirá múltiples formas ¡Cuántas cosas puede hacer un pueblo que se siente amenazado! ¡Cuántas por no tolerar algo que lo saque de su rutina centenaria! He sido testigo de hechos señeros, de magníficas transformaciones, de cuantiosas revoluciones, en las que he visto las dos caras de Jano y, sin embargo, aún me sorprende la angustia y la furia que experimentan los hombres cuando deciden por ellos, por encima de sus creencias y costumbres.

Vi odiar las mutaciones perentorias en las que no podían reconocer ese mundo que supo acunarlos, aunque fuera entre estopa y ásperos barracanes. Siempre doliéndose de su suerte, exclamarán como el eterno orador *o tempora, o mores*, renovando siglo tras siglo y en cada rincón del mundo esa vocación para lanzar diatribas en contra de los cambios.

Sin embargo, pese a esa sensación de comodidad a la que quieren aferrarse, como si por malo que fuera lo conocido fuese mejor a cualquier innovación, existen otros, tropel desafiante de cara al mañana que piensa que lo porvenir lo será aún mejor... Aunque para ello deban rodar cabezas y desaparecer pueblos.



Tal vez.

No soy jacobino pero no escatimé mi cuerpo ni mi firma a muchas transformaciones, algunas violentas, revoluciones variopintas, como la unitaria del 40 que me costó el exilio en Chile, o la del 52 en que hicimos leña del buen Quebracho López.

Pero también me sumé a cambios más sutiles. Como el recortado de mi querida Universidad. Todo significaba mutaciones pero mi disposición *per se moviente* me permitía trasladarme constantemente sin sentir cansancio. Como tampoco lo he sentido al expresarme largamente, como el proverbial orador que fui. Aunque últimamente con nadie pueda hablar. Sí, he sido el mayor conversador de la región. No hubo oído que pudiera sustraerse a mis parrafadas. Hasta el exquisito Lucio V., en una de sus *Causeries*, me consagrará como el más extraordinario conversador que haya conocido. No es poca cosa, ya que si de hablar se trata, por aquí somos muy dados a hacer oír nuestra verba. Es uno de los pocos asuntos en los que se equivocaron los habitantes del Lacio: nada de *res non verba*, sino *res et verba*.

Sin embargo, los envidiosos de siempre pretendieron mofarse de mis alegatos en la Cámara de Paraná. A todos los doctores de la benemérita *Universitas Cordubensis* nos metían en la misma bolsa, tratándonos de sofistas, achacándonos que sólo hacíamos argumentos para ignorantes. Mocosuelos irrespetuosos que pretendían invalidar años de estudios exhibiendo sus supuestos méritos como *self made man*. ¿O es que la fiebre del oro en California les enseñó más sobre la justicia y el derecho que las Partidas? Qué va... Si consiguieron sus puestos en el Congreso como alquilones gracias a sus extendidas redes familiares.

Criticán mi estilo como orador, no puedo negar que sea, que fuese, histriónico. Si lloraba, gritaba o pataleaba en una sesión era para poner el énfasis necesario en la defensa de nuestros proyectos ¿O acaso ellos mismos no nos reprochan ser muy recoletos y excesivamente formales? Todo era criticar para salirse con la suya y ganar el aprecio del ministro de turno. Sin embargo ¿quién se

atrevió a ponerle el cascabel al gato de los derechos diferenciales? Este servidor... ayudado por Manuel Rueda, claro. ¿Cómo no hacerlo si los porteños nos estrangulaban? No había ni un patacón en las arcas de la Confederación. Nos debían nueve meses de sueldos. De no ser por la generosidad de las familias entrerrianas con hijas casaderas, mis tripas hubiesen sentido tiernas reminiscencias de la frugalidad del internado. Por ese entonces seguía soltero y era algo mayor (no un carcamán despreciable) pero, creo que las mozas intuían que si aún no me había casado, pese a tener un hijo producto de una pasión jujeña con la que compartí las ternezas del amor y las urgencias de la carne, ya no iba a hacerlo. Y no lo hice. Además, no era un buen partido. Aunque buen guitarrista y mejor conversador, nunca tuve un peso. No sé si alguna de las bellas se habría avenido a compartir mi frugalidad. Y eso que era culo y calzón con Don Justo José. Fui presidente de la Cámara de Justicia de Entre Ríos y hasta hice de figón y componedor para llevar agua al molino urquicista. Sólo dejé de servirlo cuando llegaron los hombres de Simón Luengo. Entonces regresé nuevamente a Córdoba para jugar mis cartas como diputado.

Sin embargo, aquí estoy en este limbo sin poder hablar más que conmigo. ¿Qué cosa determinó esta condena? Desconozco las causas. Pero abrevando en los conocimientos que nos proporciona la experiencia, puedo deducir que ha sido mi propia estupidez la que me ha castigado con este mudo ostracismo.

Sí. Yo que quise cambiar el mundo, o al menos el pensamiento de aquellos que vivían en estas comarcas, no supe prever el futuro aciago que me esperaba por el simple hecho de no tener dinero. Fue eso. No tener las monedas necesarias para asegurarme un digno sepulcro en vez de la hoyanca a la que van a echarme... Insepulto o bajo tierra, carente de una señal siquiera que me identifique, condenado a vagar viendo el pasado, el presente y el futuro pero... ¡sin poder contarlos! *Horror vacui* que pudre aún más mis ya fétidas entrañas ¿Cómo poder vivir toda la eternidad sin hablar? ¡Ese sí que es un castigo extraordinario para el mayor

conversador de la naciente república! Si hasta el propio Hernández permitió que su gaucho rebelde y cojonudo escamoteara su soledad con el canto. En cambio, yo aquí, sin poder hablar y sin mi guitarra ¡la puta! ¡Qué escarmiento! Fierro tendrá una segunda oportunidad para hacer una vida nueva que encaje con los nuevos tiempos. La vuelta al redil. Já! De matrero a matero. Envainar el facón y desenvainar la bombilla, como símbolo de sumisión un progreso delimitado por los alambrados...

Sí, todo eso puedo ver y mucho más. Futuro halagüeño para algunos, retruco con cartas pobres para otros. Pero me está vedado conocer mi propio porvenir, si es que alguno tiene un ánima condenada a este destierro.

Porque esa ha sido mi desgracia, no juntar suficientes voluntades para que me dieran una digna sepultura. No se trata de que me entierren en un camposanto. Probablemente no lo permitirían por mi conocida pertenencia a la masonería. Lo mío no es capricho, es un deber de familia. O acaso no fue por eso que se enfrentaron Ismene y la fiel Antígona. Nadie debe quedar insepulto, a merced de los cuervos y los perros.

Pero parece que aves de rapiña son las que me rodearon a lo largo de mi vida, dejándome librado a mi propia suerte en este trance. ¿Cómo no supe verlo? Yo que desde aquí ahora puedo ver todo ¡Qué tonto que fui! No me anoticié, decididamente no quise hacerlo, que aquello por lo que luchaba me condenaría a esto. Y no me refiero a la ciencia que me llevó a introducir en el sacrosanto terreno de la Universidad el pensamiento de ese Carlos Darwin que tanto molestó a los creacionistas. No, lo que no supe entender no tiene que ver con aquello sino de una forma muy vaga. Debí haberlo comprendido allá por el año de 1854 cuando la presidencia del General Urquiza, estando la capital de la Confederación establecida en Paraná.

Por esos días ya habíamos transitado muchas desgracias, y aún faltaban otras tantas (y ni les cuento las que desde este limbo veo en el futuro del país). El camino hasta Paraná, fue largo y

escabroso. Pero si algún comienzo he de darle será el momento en que dejé las maravillosas serranías de San Javier para marchar a la docta ciudad en pos de educación. Y cuando digo Córdoba y hablo de educación, nadie, al menos de la región, puede evitar pensar en el Colegio Monserrat. Hay una vinculación unívoca entre una y otro. Es más, para nosotros los monserratenses es casi una tautología. Si otros piensan distinto, allá ellos. Y aquí nosotros, los que tuvimos el privilegio de abreviar del saber de sus grandes maestros y transitar por sus sombríos claustros en invierno. Porque si hay algo que puede forjar el carácter de un hombre no es el calor de la fragua sino el frío ingobernable que se vive en esas aulas. Sí, ni la forja de Vulcano hubiese podido hacernos entrar en calor... Para más, el día empezaba temprano para los internos (yo era uno de ellos). A las cinco o seis, según lo estipulado por el almanaque. Íbamos a misa, luego arreglábamos nuestra habitación, estudiábamos o teníamos clases para finalmente, llegar al tan ansiado y siempre defraudador almuerzo. Frugal por cierto. Se ve que eso de curtir el carácter empezaba con la temperatura y seguía por el estómago. Quien me veía podía dudar sobre la existencia de vísceras en mi buche si no fuera que las sentía quejarse allí, más abajo de la caja torácica. No sé si todo esto alcanzó para definir mi carácter pero al menos me ayudó a descubrir que, de algún modo, mi cuerpo no se resignaba a los malos tratos, se rebelaba indómito por una revolución, aquella que hiciera que mis jugos gástricos tuvieran en qué entretenerse.

Sin embargo, poco podía reclamar ya que había accedido a tan noble institución gracias a la generosidad del gobierno provincial que costeaba mis estudios. Allí descubrí por qué el colegio formaba a la élite: sólo los más fuertes podían soportar tanto frío y tanto hambre. Se diría que los espartanos habían proyectado la disciplina, que por cierto no terminaba a mediodía sino que duplicaba, como imagen especular, las tareas de la mañana por la tarde, eso sí, concluyendo con el desarmado del camastro para acostarnos. ¡También fuera que no lo hiciéramos! Y para rematar el día

y aventar cualquier idea de fuga que se nos pudiese ocurrir a los estudiantes en búsqueda de algún placer terrenal, los superiores hacían circular rumores sobre ánimas recorriendo el edificio. Si en algún momento de mi vida pude creer semejantes patrañas, ahora que yo soy una de ellas (de las ánimas) por muy mal que esté aquí no se me ocurriría volver... ¡qué va! ¿Quién podría abrigar ese tipo de nostalgias? ¿Cómo no sentirme preparado para toda la clase infortunios por los que tuve que pasar? Bobadas comparadas con las adversidades de mi niñez y juventud.

Por eso siempre que oigo el *Gaudeamus* pienso qué carajo de alegrarse porque somos jóvenes si los viejos eran los que nos imponían todo tipo de torturas disfrazadas de formación pedagógica... Cierto, ellos habían recibido a su turno lo mismo que nosotros padecíamos, de aquellos que también lo recibieron de otros y así nos remontamos *per secula seculorum* hasta los griegos. Pero quiso la mala suerte o, para ser más precisos la escolástica, que en vez de optar por el modelo académico de Platón, las sotas se encachilaran con Aristóteles. Allí comenzaron nuestros padecimientos. Otra hubiese sido nuestra historia (¿la Historia?) si el platonismo pedagógico se hubiese impuesto. No en vano la frase al pie de la estatua de Fray Trejo y Sanabria afirma *post tenebro spero lucem*.

Sorpresas de la vida, o más bien, de la vida después de la muerte, por estos días estuve pensando en volver a esos claustros para meter mano en el cuarto donde los jesuitas acuñaban la plata que llegaba de las minas riojanas. Ese era uno de los cuentos que corrían entre los estudiantes del colegio. Si nadie puso allí sus garras no fue por honesto sino porque las monedas ardían y calcinaban a quienes se acercaban. Pero ese no es problema para mí, ya que ahora soy sólo espíritu. Alguna ventaja ha de tener esta sutil inmaterialidad.

Pero no me mueve la ambición. No lo hizo cuando los bolsillos de muchos colegas de la Confederación se llenaron con las dádivas que generosamente enviaban los representantes de los

poderosos. Menos me interesa ahora. Para mí no quiero nada, sólo deseo que esas monedas sirvan para pagar mi sepultura. ¡Paradojas de la vida!

Seguramente hastiado de tanto aristotelismo fui presa fácil para ser reclutado por los hermanos tres puntos. Porque la Masonería basa parte de su pensamiento en el platonismo. La idea de una caverna, en la que el hombre sólo puede ver sombras e interpretar su significado. Esa es una de las enseñanzas que han tomado mis cófrades.

La fascinación por los símbolos corría pareja con sus deseos de alcanzar el poder.

Símbolos y poder, imanes irresistibles para alguien que, como yo, buscaba un lugar que le permitiera conocer un mundo distinto del hasta allí vivido. Irresistible la tentación de cruzar el umbral de aquel templo en donde verdad y secretos alternan en la rutina de los logiados. Si hasta me llamaban el Lutero cordobés, juego de palabras con el que pretendían adscribirme al protestantismo de los reciénvenidos de la Academia de Ciencias.

Recuerdo que llegué mi primera tenida sudado, no tanta por la humedad de Paraná, ya que corría el mes de junio, como por los nervios que despertaba en mí la inminencia del rito iniciático. Efectivamente, la Masonería me abriría sus puertas lejos de mi provincia natal. Y así fue porque uno puede tener una predisposición innata para cambiar rumbos pero no se encontrará en el lugar indicado antes de que la propia Historia se lo permita. ¿Quién podría imaginar que tomaría, en mis años mozos, semejante decisión si los intentos por fundar una logia en Córdoba habían sido vanos? Porque nadie puede traicionar su esencia, menos aún mi querida ciudad, a cuyos habitantes puede resultarles imprescindible participar de cualquier cofradía religiosa más nunca aceptarán de buen grado una laica. Pero eso es harina de otro costal...

Mi ansiedad no me dejaba respirar al traspasar el umbral de la logia Asilo del Litoral n° 18. Intuía que allí se decidía el destino del país. Y así era. En ella se pactó...

Eh ¿y ahora qué pasa? ¿Están locos mis colegas, carajo? Yo, sin una sepultura digna y le han encargado a Genaro Pérez que haga mi retrato. ¿Ese es el sudario que me conceden? ¿Así quieren honrar mi memoria? Soy Manuel Lucero, el mayor conversador del lugar. ¡Y me van a perpetuar mudo!

Mierda, debería haber escrito mis memorias.

## MENCIÓN EL CRUCE DEL VADO

Carlos Oscar Guirado

Amaneció con un viento sur, frío, que agoraba el llanto de un cielo ensombrecido. El pequeño cortejo caminaba lento a las afueras de la ciudad.

Azuzando sus caballos, Juan Camargo intenta llegar al vado del río antes que la noche toque el horizonte. Los ejes de la carreta crujen a cada paso, las lluvias han destrozado el camino, dejando al desnudo las piedras que afloran del fondo de la tierra. Un barquinazo lo hace desistir de su emprendimiento. Si sigue exigiendo así a los pobres animales corre el riesgo de quedar varado en medio del monte.

La polvareda viene del sur a su encuentro, aguza la vista pero no distingue bien, trata de exigir la mirada achinando los ojos y con la mano en la frente para tapar el resplandor, pero es inútil, no distingue. Lleva su mano a la cintura y encuentra el facón en su lugar, después busca debajo del asiento, el trabuco también está allí.

—Por las dudas, uno nunca sabe.

A los pocos minutos un jinete asomándose por detrás de los espinillos, se acerca, al galope, hasta ponerse a la vera de Camargo.

—Buenas, Don Camargo —el chasqui viene de Río Cuarto con las misivas para la Capital.

—¡Ah! Eras vos Zenón, vide la polvareda y me entraron las dudas, es difícil que la indiada se allegue por estos lados, pero uno tiene que estar preparado, no es bueno dejar el pellejo pa' los caranchos.



—Me lo va a decir a mí, que más de una vez tuve que hacerme perdiz hasta perderlos -. Y casi sin respirar pregunta - ¿Y ande va, Don Camargo?

—A Río Cuarto, Zenón, llevo unos bártulos del Coronel Mansilla, dicen que se va a internar en la pampa, entre los ranqueles pa' hacer las paces y rescatar algunos cautivos, güeno, si se puede.

—Debe estar medio loco el hombre, o es muy tonto o demasiado valiente. Yo ni que me paguen mil patacones me meto en esas tierras.

—Que se le va a hacer, parece que el Coronel quiere terminar de una vez por todas con la matanza. Veremos que puede hacer - y cambiando la conversación - ¿Cómo está la cosa pa' delante compadre?

—La verdad que hay una gran quietud en el camino, pero tenga cuidado, el río viene crecido. Yo alcancé a cruzar de chiripa, hay muchos viajeros que han hecho fogón pa' pasar la noche, pero por como se ve el nublado de las sierras, me parece que van a tener pa' algunos días.

—Gracias, Zenón, me viene de perillas para darle sosiego a los caballos.

—Me va a tener que disculpar, Don Camargo, pero debo continuar. Quiero llegar a Soconcho, cambiar el pingo y seguir a Córdoba. Por suerte tenemos luna llena.

—Hasta pronto Zenón. Vamos Satanás, usted conoce la senda. No te quedés Azucena. ¡Eah!, arriba el ánimo Fletillo, mire como lo hace el Rejucilo, ya al lado del río van a tener buenos pastos, aunque tendría que ponerlos a dieta, holgazanes. - Mientras azuca a la tropa, observa al chasqui perderse en el sendero.

—En un par de horas vamos a estar a la vera del caudaloso -. Juan acostumbrado a la soledad habla en voz alta como conversando con él mismo, una forma de no perder la costumbre. - Tranquilo, tranquilo, hijo de Manuel Camargo, el camino está fiero, total si se te hace de noche, como dijo Zenón, la luna va a tapar las sombras y vamos a poder llegar sin problemas.

Por más que su cabeza vuela por otros lugares, avanza atento a los sonidos del monte. No debe descuidarse, los alrededores están plagado de bichos, y el más temido, el puma, siempre al acecho. El matorral es alto, la huella angosta, hay que desconfiar.

—Pero ¿qué se le habrá dado a este Coronel Mansilla por internarse en las tolderías? Aunque debe tener razón, hay algunos ranqueles mansos que están hartos de guerras, en pocos años con las pestes y las balas, si no hacen algo van a desaparecer solitos. Si tiene suerte el Coronel, sabís Satanás, vamos a poder ir más al sur o pa'l lado de San Luis sin temor a quedar estaquiado al sol para cuero de los carroñeros.

Poco a poco avanza por el viejo Camino de los Chilenos. De pronto tirando de las riendas susurra —¡So! ¡So!—. En el descampado, detrás del pajonal, un par de orejas asoman alertas. Manotea las boleadoras y las hace silbar en el aire. El golpe es certero, la liebre no ha podido responder a su instinto de supervivencia y ha caído cerca del jarillal.

—Ahora sí. Me estaba picando el bagre y esta va a estar de rechupete, con un poco de papas y algunas cebollitas flor de guiso me vúa a hacé, menos mal que siempre traigo en la bolsa—. Y emocionadas con la idea de la cena, las tripas crujen con más fuerza esperando el momento.

El día había sido largo, de la mañana que salió de Alta Gracia que no paraba, sólo el tiempo suficiente para cambiar el caballo de tiro. Buscó el camino del bajo, un poco más largo pero no tan montañoso. Pasó por Los Molinos, hasta Soconcho, el plan era franquear el río por el paso de El Salto, pero le advirtieron que habían visto grupos de indios pampas por las márgenes sur del Río Tercero, así que, por las dudas, recorrió el pasaje de Las Sierritas para llegar hasta a La Cruz. Y acá estaba, intentando llegar a la conjunción de los ríos, pero el sueño y el cansancio de a poco lo iban venciendo. Se acomodó con las piernas bien abiertas, haciendo horqueta sobre el pescante, se afirmó contra el respaldo del asiento, abrió bien los ojos, como lechuza en la

oscuridad para hacerle frente a la somnolencia. Pero minga iba a ganarle, apenas un centenar de metros más adelante se hizo noche en sus pupilas.

Lo despertó el ruido del agua al chocar contra las piedras. Se restregó los ojos, miró hacia los lados, girando la cabeza a diestra y siniestra, como tratando de encontrar algo, o quizás para descubrir dónde estaba, o que nadie lo estuviera mirando. Sí, había llegado, acomodó sus ideas y sonrió, los cuatro, aún sudorosos estaban parados esperando la voz de su amo —¡Já! Si no fuera por ellos...

Las luces del día se estaban apagando, el sol se había escondido un rato antes tras el nubazón que coronaba las sierras.

—Ya es hora de buscar un lugar dónde acampar.

El cuchicheo de voces se siente cerca.

—Allá están.

En una vuelta del río, entre las aguas y el barranco acampaba el grupo de viajeros.

—Acá, Don Camargo, arrímese, hay suficiente lugar—. El Bonifacio Nuñez, también carrero el hombre, reconoce al recién llegado. —Medio tarde pa' andar por el monte, pero conociéndolo a Usted, difícil que se pierda por estos páramos.

—Si supiera el Bonifacio que el Satanás mi ha traído a tientas —mascullaba Camargo entre dientes—. Pero naide ha visto nada, no tienen por qué enterarse.

Eran varios las personas refugiadas. Algunas carretas, una diligencia con ocho o diez viajeros, un par de baqueanos con un arreo de animales camino al Morro y algún lugareño que no pudo vadear el río antes de la crecida. En el crepitar de la leña seca se asaba pacientemente una cabeza de vaca en espera de los comensales. Mientras las llamas hacían lo que debían, aprovechó para desatar los animales, llevarlos a abrevar en un remanso y una vez saciados, pasando sus manos por el lomo, acariciándoles el pescuezo, los puso al abrigo de la noche.

Ya es hora de comer, el fogón invita a acercarse y los facones comienzan a relucir a la luz de la luna. Camargo trae un cuero

lleno de vino, como para regar todas las gargantas sedientas, la noche recién empieza y hay para rato.

Los huesos han perdido todo vestigios de carne. – Han quedado como pa' luz mala– ríe a carcajadas el Santos Rodríguez.

Saciados y con algunos litritos encima, comienzan la partida de truco, mientras la guitarra de Jesús Tapia deja escapar unas quejumbrosas vidalas, preparando la noche para los cuentos de Don Elviro.

Elviro Ludueña era un viejo que andaría por los ochenta, que de los siete u ocho años deambulaba por los caminos de Córdoba. Dicen que había sabido ser baquiano de Facundo Quiroga cuando este iba rumbo a la Laguna Larga para encontrarse en batalla con el General Paz. También se rumoreaba que había sido cautivo de indios y que logró fugar, pero en el frío desierto dejó algunos dedos de los pies. Aunque de eso nunca quiso hablar.

Hombre experimentado, con más noches que días, contaba historias que eran historias, leyendas o pura imaginación.

Sentado sobre su poncho, como para soliviar la dureza de la piedra, fue rebuscando en sus entendimientos:

—Hace muchos años, asigún contaba mi tata, y que Dios lo tenga en la gloria, estas tierras no eran conocidas por el hombre blanco, y eran habitadas por unos indios serranos, de piel oscura y con barba, tenían pequeños caseríos semienterrados, cazaban los animales de la zona, cosechaban la algarroba y también sembraban el maíz y la papa. Por aquí cerca un baquiano me asiguró haber encontrado un osario de infieles– y estirando los ojos junto con su brazo, encontró algo en el horizonte–, ahí, justo ahí está, priesten oídos, en el silencio de la noche se saben escuchar las voces en su lengua nativa –e imprimiéndole dramatismo–, tal vez los espíritus revolotean por el valle.

—De esta tribu era Martina, bueno, le puse así, como mi madre, porque su nombre indígena no lo supe nunca. Martina era una comechingona hermosa, morena como los de su linaje, pero con una sonrisa deslumbrante por la cual se desvivían

todos los indios de la comarca. Los jóvenes trataban de todas las maneras posibles de demostrarle su destreza y su hombría, esperando que se fijara en ellos. Y lo más ancianos habrían querido tener varios años menos para integrar la lista de los cortejantes –el Elviro respira hondo como añorando su juventud perdida, y toma fuerzas para seguir. –Era muy jovencita aun cuando llegaron por estos lados Francisco César y sus hombres buscando dónde el oro y la plata brotaban de la tierra. Venidos del fuerte de Santis Espíritu, a las orillas del Río Paraná, se internaron tierra adentro siguiendo los cursos del Carcaraña y del Tercero. A medida que avanzaban, los nativos, le revelaban que hacia la puesta del sol, detrás de las montañas había un sitio donde la tierra brillaba a la luz de la luna, y que de muy lejos, en noches cerradas, podía verse el reflejo.

—Llegados al valle donde confluyen tres ríos, es decir acá mismo, se encontraron con los indígenas que vivían en las cuevas de las barrancas. Acamparon cerca del poblado y en una de sus excursiones para reconocer la zona, Francisco se encontró con los enormes ojos de la Martina. Quedó como tullido, casi sin aliento, cuando se logró despabilar trató de acercarse, pero ella se escabulló rápidamente buscando cobijo entre los de su pueblo. Aquellos días el acoso fue incesante, pero su amor no era correspondido por la joven Martina. En el caserío comenzaron a desconfiar de los expedicionarios castellanos. Francisco decidió partir de inmediato, sus compañeros lo instaban a seguir en busca de la ciudad de sus sueños llena de riquezas, pero él no iba a renunciar a sus instintos, así que intentó raptar a Martina aprovechando las tinieblas de la noche, y así se internó en la montaña confiando en su fuerza y el poder de las armas. Pero Martina... –haciendo un alto en el relato quedó con el pensamiento a lo lejos, atontado o dormido, balbuceando entre dientes–: ¡Qué mujer! ¡Qué mujer!

—Don Ludueña, Don Ludueña –despacio, como para no sobresaltarlo, Juan sentado a su lado, toca su rodilla con un suave zamarreo intenta traerlo de regreso del mundo de la obnubilación.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué pasa? ¡Uy, si! Disculpen. ¿Dónde estábamos? —restregándose las manos trata de disimular el enrojecimiento de la tez.

—Martina —continuó— pudo zafar de los brazos del español. Corrió y corrió. Llegando al río sintió, muy cerca, a sus espaldas, el bufido de los caballos. Las aguas venían crecidas. En las altas sierras las nubes bramaban a más no poder, descargando toda la lluvia acumulada en sus senos, así, mesmamente, como esta noche. Miren, miren el horizonte, así rejucilaba, igual que ahora, con esos rayos que rompen en la tierra quemando todo a su alrededor —. Don Elviro Ludueña como buen contador de historias, aprovechaba el regalo de la naturaleza para darle más dramatismo a esta que tenía a todos en vilo. — La Martina conocía el peligro, pero no quería caer en las manos de sus perseguidores. Hundió sus pies descalzos en el barro, tomó ánimo y se lanzó hacia la otra orilla —el Elviro calla y se santigua. —¡En el nombre de Dios! A la otra orilla dónde no llegaría jamás. Las aguas eran muy turbulentas y se ensañaron con el frágil cuerpecito de la mujer.

Hubo silencio, silencio sepulcral, una brisa helada penetró hasta el caracú de los oyentes poniéndoles la piel de gallina.

—Nunca más la encontraron —continúo Don Ludueña—, pero dicen que en las noches de tormenta, cuando el río viene crecido, se aparece a los hombres que, embobados por su belleza, la siguen pa' ser tragados por el río — y nuevamente dibujó la señal de la cruz como para cubrirse del maleficio, cosa que varios de los presentes repitieron.

—Esto me lo contó mi padre que lo había escuchado de un tal Ceferino Gutiérrez, cuyos ancestros parece ser que anduvieron con Francisco César.

Todavía con las historias del Elviro Ludueña dando vueltas por los laberintos de los oídos, se fueron retirando, cada uno, a su lugar elegido para descansar la noche. Con la mirada atenta y escudriñando en la oscuridad adornada por la luna llena, presentían miles de ojos mirándolos, confundidos con las luciérnagas que

nerviosas revoloteaban por los alrededores. Y que no fuera a volar ningún dormilón, o a alguna urraca se le ocurriera acomodarse entre los molles, porque ¡ay de algunos!, paralizados quedaban con un frío sudor cayendo por las espaldas.

Juan Camargo encontró un lugarcito muy apetecible para sus sueños, que le caían a borbotones sobre su cabeza. Tiró una manta sobre el suelo, confeccionada con cuero de vaca, y otra, de oveja, bien sobada, para apoyar la cabeza. Estaba fresco, así que trajo las cobijas guardadas en la carreta, para cubrirse del rocío que comenzaba a caer. Una lechuza cantó muy cerca y la imaginación se le llenó de pájaros de mal agüero. Giro sobre sí, trató de no pensar y al poco rato ya los ronquidos delataban que Juan Camargo transitaba los campos de Morfeo.

El llanto del niño, recién nacido y hambreado, despertó a la madre que por fortuna de la naturaleza, tenía los pechos henchidos, prestos para alimentarlo. Entredormida aún, escuchó el primer trueno que rasgó la noche en dos. El diluvio comenzó a caer, miró hacia el río y entre los relámpagos alcanzó a divisar algunas plantas y ramas que, cortadas de cuajo en la naciente, rebotaban contra las rocas del lecho.

—¡Jesús!... Despierten, despierten todos, que viene la crecida.

Alertados por la Eleuteria, fueron más rápidos que los refucilos. Manotearon lo que pudieron y corrieron a lo alto de las barrancas.

—¿Estamos todos? ¿Falta alguno?

Se miraron entre sí, descubriendo la presencia de los que horas antes habían compartido el fogón.

—Falta Camargo. Camargo no está —pegó el grito el Bonifacio.

El ruido infernal del agua apagaba todas las voces, y a pesar de la desesperación de lo demás, Camargo dormía.

Un sueño muy profundo lo embriagaba y si bien percibía el murmullo de la gente y el tronar del río, era como si no quisiera despertar. Una mujer muy hermosa venía hacia él, nunca había visto una igual. Con unos ojos deslumbrantes, era como una flor caída del cielo. Le extendía los brazos invitándolo a acercarse. Se

puso de pie y lentamente caminó hacia ella. Esa mujer tenía algo, algo que no podía descifrar, y era tan hermosa. Su tez oscura... y su corazón que se acelera:

—¡Martina! ¡Martina!

Cuando despertó la corriente le llegaba hasta las rodillas, alcanzó a girar para salir pero el primer golpe de la masa líquida lo envolvió, enrosándolo como un ovillo. Aturdido, el instinto lo obligó a buscar aire con sus manos. Alcanzó a tocar algo firme, fue un instante, sólo un instante. En su cintura colgaba la soga de piolar, como pudo ató su cuerpo al algarrobo que lo sostenía, sintió las espinas del árbol que hincaban, profundas en su piel, y después nada, todo se hizo silencio.

Al amanecer, cuando las aguas habían menguado, lo encontraron, colgado, con las ropas desgarradas y el cuerpo lacerado por cientos de partes.

—¡Ahí está! Todavía respira, ayúdenme a bajarlo. ¡Por Dios Don Camargo!

Amaneció con un viento sur, frío, que agoraba el llanto de un cielo ensombrecido. El pequeño cortejo caminaba lento hacia las afueras de la ciudad. Juan Camargo murió de viejo, de tan viejo que ni siquiera él podía contarlo.

Nunca nadie supo que le pasó en el vado del Río Tercero. Cuando le preguntaron, por más que rebuscó en su memoria, no pudo encontrar repuestas. El misterio había quedado sobrevolando en las historias del Elviro Ludueña.

Pidió ser enterrado junto a sus pingos, a la sombra del chañar, camino al sur, donde aún retumban las ruedas de las carretas al caer en los pozos de las travesías.



## CRÓNICAS

## PRIMER PREMIO LA AUSENCIA DEL ABRAZO

Antonia Quattordio Galmarini

—¡Vuelvo en un rato, ma!

Salgo de mi habitación a tropezones, paso rápido por el descanso de la escalera que sube al altillo de mi casa y agarro de la impresora una hoja todavía tibia que acabo de imprimir.

– Cuidate, y avisame cuando llegues.

Puede que la escalera de mi casa sea una de las más empuñadas que existan, de hecho me ha costado más de una caída, pero aun así las bajo como si se tratase de un tobogán por el que puedo deslizarme.

Al llegar a la planta baja, suelto todo lo que traigo entre mis manos: una cartera gris y vieja de cuero, el casco negro y rayado de la bicicleta y la campera para las salidas. Dejo caer todo menos el papel que tomé de la impresora, me siento en el piso y con una birome comienzo a completar: nombre, documento, domicilio, fecha y datos del familiar a cargo. Guardo la birome en mi bolsillo como un acto reflejo y coloco el papel en mi cartera, algo doblado y desprolijo.

Vuelvo a revisar, una o dos veces, el interior de la mochila para asegurarme de que tiene lo imprescindible: documento, permiso de circulación, una botellita con alcohol en gel, productos alimenticios que son motivo de la salida y un tapabocas limpio, y corro hasta la cocina no porque el tiempo me apure, sino por la emoción de salir de mi casa y, sobretodo, de ver a mi padre. Me estiro en puntas de pie para alcanzar el rollo de cocina, arranco dos servilletas de papel, las doblo y guardo con sutileza dentro del bolsillo

del tapabocas. Me lo acomodo y dirijo hacia al patio, donde me espera mi bicicleta con las ruedas recién infladas y lista para salir.

Agarro las zapatillas que son exclusivas para el contacto con la calle, me las calzo y ato con rapidez. Me pongo la campera de calle, la mochila, el casco, vuelvo a revisar mentalmente si cuento con todo lo necesario para dejar mi casa, busco las llaves y salgo. El día está húmedo, como sólo quien ha visitado Buenos Aires podría entender. El pelo nunca se me terminó de secar, aunque me lo lavé hace más de cuatro horas, y comienzo a creer que hoy no nunca lo hará. Está nublado y el sol sólo se filtra cada tanto, entre rendijas de nubes, y me hace entrecerrar los ojos.

Me predispongo a emprender viaje cuando algo llama mi atención: una camioneta traffic blanca pasa despacio por mi calle y se estaciona en frente, diagonal a mi casa. Un hombre abre la puerta y sale de un salto. Viste un jogging, zapatillas deportivas, una camiseta de River Plate y un tapabocas color beige. Del interior de la camioneta saca una bolsa grande de comida canina y la apoya en el asfalto con un golpe tosco y poco preciso. A continuación cierra la puerta y levanta nuevamente la bolsa, para dirigirse tambaleándose torpemente por el peso excesivo hasta la puerta de la vecina de cuadra. Mira el timbre y hace ademán de tocarlo pero lo piensa dos veces, hasta presionar el botón de forma temerosa.

Una vecina en pijama asoma despacio la cabeza por la puerta, con el ceño fruncido, pero al reconocer al repartidor sonrío y abre la puerta por completo. Desde mi casa no se llega a escuchar lo que dicen, pero mueven los labios vigorosamente. El hombre deja la bolsa y se aleja mientras saluda con la mano. La mujer observa la bolsa de alimento canino como si estuviera contaminada, y por su mirada pareciera que estuviera calculando matemáticamente cómo levantarla, lo que si fuese un jueves normal, haría con normalidad, sin preocupación ni cálculo alguno.

—¡Eh! — Un niño se asoma por la puerta y alza sus manos al cielo mientras el repartidor se da media vuelta por el grito —¡Alta camiseta, loco!

El hombre sonrío y besa el escudo del equipo de fútbol con nobleza y repite el gesto del niño con las manos.

—¡Aguante!

Vuelvo a mi bicicleta, y mientras sonrío por la escena, comienzo a pedalear. Me alegro cuando pienso que pasé semanas creyendo que mi pequeño ritual entre la bici, el asfalto y yo no volvería a ocurrir tan pronto, y disfruto del andar ligero. Pedaleo por la calle Laprida cuatro cuadras hasta doblar por Liniers, en donde visualizo el puente peatonal que cruza las vías del Belgrano Norte. Suelto algunas lágrimas, porque huele a otoño y puedo ver las vías, el verde y el cielo amplio.

Al pasar por la cancha de Platense leo una pintada que reza “coronavirus, contagiame esta!” y me río sin sonido, porque el tapabocas me genera sensación de ahogo y dificultad para hablar. Llegando a General Paz me preparo para lo más temido: el control policial. Pienso e imagino situaciones fatalistas que probablemente no sucederán, pero el miedo a lo nuevo y desconocido me eriza la piel.

La avenida se ve desoladora y la evito con la mirada porque me entristece. Aunque el puente de Zapiola esté cerrado para el tránsito automovilístico y prohíbe el paso con cintas plásticas de seguridad, un auto pasa por su lado y cruza de todas formas.

—Pero, ¿cómo?

Me bajo de la bicicleta y avanzo rápidamente al observar que un hombre policía, que vigila la esquina de Zapiola y Vedia se dirige hacia el auto. Me sorprende al ver cómo el policía remueve las cintas de seguridad sin siquiera mirar ni preguntar nada al conductor del auto y le permite el paso sin complicaciones. Dudo si cruzar o no, por lo que avanzo con cautela. Al ver que el hombre siquiera me mira, me monto en la bicicleta de forma torpe y apurada y vuelvo a pedalear.

—Gracias— digo, pero no recibo respuesta.

Mientras siento el pedalear más rápido por la barranca hago cálculos en mi mente. ¿Cómo puede ser que en Puente Saavedra haya tanto control policial, en el que, según me han contado,

paran a uno por uno para verificar que el tránsito de cada persona sea legal y acá te dejen pasar aun siendo algo que no está permitido? Por un momento, lamento tanto papelerío sin sentido y preocupaciones innecesarias, pero luego relajo mi cuerpo y agradezco haber podido evitar el momento de tensión.

En capital todo parece distinto. Se cree que al concentrar la gran mayoría de casos confirmados y al tener un número tan alto de población por manzana, los controles serían mayores. O al menos eso es lo que leí, vi y escuché. Pero lo que pudo llegar a mis ojos y oídos hasta mi casa no tiene nada que ver con lo que la calle realmente dice por sí misma. Parece aún más movida que un domingo: grupos transitando por la vereda sin ninguna razón aparente, padres paseando a sus hijos en cochecitos, hombres haciendo ejercicio en el boulevard de García del Río y comercios abarrotados de gente.

—A mí me están cargando, esto no puede ser real.

Algo que me resulta menos real que la multitud: el vacío. El Parque Saavedra tomado por cotorras salvajes que pelean entre sí por un pedazo de basura, el pasto algo más largo de lo normal y el silencio, la calma, lo reconfortante del color verde que añoraba cuando miraba por mi balcón y sólo alcanzaba a ver edificios altos de concreto.

Al llegar a la calle Larralde bajo de la bicicleta y espero para poder cruzar, mientras doy cuenta de lo extraño de cómo algunos semáforos siempre me encuentran en rojo. Cruzo caminando y aminoro el paso mientras pienso en lo que está por suceder. Tengo un nudo en la garganta y presión en el pecho, aprieto las manos sobre el manubrio de la bicicleta y muerdo mis labios. Las hojas de los árboles ya casi terminaron de caer y forman un colchón naranja, marrón, rojo y amarillo sobre la vereda. El otoño puede imaginarse pero verlo con ojos propios reconforta.

Llego al portón rojo y toco el timbre cuatro.

—¿Sos vos?

—Soy yo.

Escucho un portazo y el sonido de una manija en el interior de la puerta, y a continuación pasos firmes que se acercan. La puerta se abre y entonces lo veo. Para mi alivio, está igual que siempre, pese a mis peores miedos de que hubiera pasado tanto tiempo que algo en él haya cambiado.

—¡Hola!

—Hola, pa.

Nos saludamos con los codos y reímos por la ridiculez del acto mientras lo hacemos. No hay mucho por intercambiar más que los paquetes que tenemos el uno para el otro. Luego de unos minutos de charlas banales guardamos silencio y nos miramos.

—Bueno, me voy a ir yendo, no quiero que me agarre la noche.

Nos saludamos con la mano y mi padre cierra la puerta despacio. Vuelvo a subir a mi bicicleta y mientras tomo Zapiola hasta Juana Azurduy para retomar por Superí, pienso en nuevas formas de dolor que no sabía que podían existir. En este caso: la ausencia de un abrazo.

## SEGUNDO PREMIO LAS ODIAMOS

Oscar Alberto Samoilovich

Las odiamos. Y me preservo y escondo y protejo en el plural, para no ser tildado de intolerante, sectario o discriminador.

Ostento consenso con tan sólo cambiar el modo numeral del verbo. Odiamos, excluye la posibilidad de un prejuicio individual, de un trauma personal. Acuerdan conmigo una difusa cantidad de indefinidos otros.

¿Quiénes odiamos? ¿Mi hermano y yo? ¿Mi familia? ¿Los que comparten mis ideas políticas o religiosas?

El singular es preciso y perfectamente acotado. La pluralidad permite usufructuar la indeterminación en un difuso y mayoritario apoyo a mi discurso.

Las odio. Reformulo y concedo. Me responsabilizo de mis dichos, pero para dar la posibilidad de apoyos espontáneos. Podría ser “a mí me pasa lo mismo” o un ratificador “tenés razón” de algún cómplice oyente o lector.

Las odio. Y es difícil y fácil encontrarlas. Te despertás una noche sediento, y descalzo vas a la cocina a tomar un vaso de jugo y cuando prendés la luz, la ves en el piso. Se mueve rápida unos centímetros, porque pasos no parecería apropiado a un ser tan minúsculo. Se detiene un instante y ágilmente va a esconderse debajo de la heladera o de la cocina o alguna hendidura de la pared.

Y uno no puede reprimir un gesto o pensamiento de repugnancia. A veces, confundidas, no aciertan con su escondite, y evito usar el vocablo nido con connotaciones más poéticas como cuando nos referimos a pájaros o aún humanos, y reptan bordeando los

zócalos dándonos la posibilidad de castigarlos con un chancletazo por su osadía tan sólo de convivir con nosotros. Y si tenemos la no muy esforzada destreza de acertarles el sopetón, nuestra repulsión inicial se ve aumentada ante el resultado de nuestro golpe. La cucaracha aplastada es mucho más repulsiva que la viviente que escapa a esconderse. Ese espeso líquido blando como excremento de pus que emana su cuerpo cascarudo y no sabemos a qué parte de su anatomía corresponde, es en su desagradable derrame una póstuma venganza visual a su matador. ¿Será su sangre, sus vísceras, comida no digerida? Podemos intentar un golpe menos enérgico, que alcance para matarla sin aplastarla, pero es muy difícil de lograr. Podemos regular nuestra fuerza del sopapo de pantufla, para no masacrarla, pero seguramente quedará dada vuelta y con el movimiento de sus patas parecería amenazarnos de que se recuperará y seguirá ocultándose de nosotros y hurgando los rincones de nuestro hogar.

Nadie sabe por qué nos ensañamos con ellas, dado que son si se quiere inofensivas. Al menos comparándolas con sus congéneres de la pirámide biológica. Las hormigas y gusanos comen nuestras plantas, las polillas la ropa y los mosquitos nuestro propio cuerpo. Y a pesar de que ostensiblemente nos perjudican o agreden, no tenemos contra ellos la misma animosidad que contra los blátidos. Podríamos argüir el atentado a la higiene de nuestras comidas, pero más alevosas son las moscas a las que usualmente las vemos posarse impúdicamente sobre nuestros alimentos y no mostramos la misma animosidad.

Matar a una hormiga no nos afecta. A un mosquito, tampoco, a no ser que estuviera inyectado con sangre no digerida, y en tal caso el leve desagrado y antihigiénica mancha roja en nuestras palmas, se ve justificado por la idea de que esa sangre podría ser la nuestra y nuestro agresor ha sido justamente castigado. Aplaudir a una polilla, tampoco nos repulsa y tras caer en círculo, su cuerpo inerte sigue teniendo su forma y hasta delicadamente podemos levantarlo del piso siendo una de sus alas sin que esto nos produzca



desagrado. A lo sumo, una dorada purpurina de sus alas habrá dejado una leve marca en nuestras manos.

Las cucarachas son odiadas por su desagradable forma de morir, por el injurioso espectáculo de sus cuerpos masacrados derramando sus viscosidades. Nos afecta la repugnancia de sus desechos que nosotros mismos generamos al aplastarlas con odio, con saña, con repulsión. Su póstuma venganza ante nuestra agresión, es brindarnos el horrendo y anti higiénico espectáculo visual de sus vísceras derramadas, como una inmolación denunciado la injusticia.

## TERCER PREMIO DORMIR MENOS, Y ESTAR MÁS ALERTA

Juan José Lizama Ovalle

Pasamos los primeros cinco días de cuarentena voluntaria, en el departamento, los tres sin más compañía. Apenas se supo del primer caso de Coronavirus en Chile, las empresas para las que éramos empleados decidieron cerrar las oficinas y permitirnos, o en realidad obligarnos, trabajar desde la casa. El aviso repentino no nos dejó espacio de planificación.

Fueron, por lo mismo, días cuyo orden emergió de la desorientación, de la búsqueda perenne de una nueva rutina que funcionara, en la que Antonia encontrara un modo de entretenerse sola, un desafío titánico a los cuatro años de edad, y al mismo tiempo no se nos pasara la hora de almuerzo, y pudiéramos hacer las camas y limpiar el baño por la mañana, y tener nuestras reuniones de trabajo sin interrupciones.

El living se transformó en una suerte de camping, donde la pequeña carpa que Antonia recibió para su último cumpleaños, quedaba perfecta. Rodeada de peluches y cojines y almohadas, rellena de juguetes de todo tipo, convertía ese otrora espacio de conversación en un parque de diversiones. Pequeños monitos de Paw Patrol desperdigados por todo el lugar, sufrían nuestras patadas imprevistas, y de vez en cuando nuestro enojo al pisarlos con calcetines mientras caminábamos por la mañana.

Faltaba todavía un poco para el prenatal, y Google Calendar comenzaba a ser un monitor preciso del incremento de tiempo que el trabajo remoto imponía. Con suavidad, y una

imperceptible eficacia, las horas laborales se estiraron en nuestras agendas, a pesar de no estar en la oficina. El inicio, por ejemplo, se adelantó de forma natural. Y cuando nos dimos cuenta, sentimos que ganábamos una hora. Esa ingenuidad se repetía al final del día donde el tiempo que usualmente ocupábamos para el regreso a casa, también quedó disponible para el trabajo. Sólo con ese cambio de hábito las matemáticas eran evidentes: pasamos de ocho a diez horas de trabajo.

En realidad, en vez de ganar horas, estábamos perdiendo vida.

El jueves de esa primera semana de aislamiento, cuando Antonia llegó al escritorio donde yo tenía mis charlas por videoconferencia, comiendo un alfajor que había sacado del refrigerador porque tenía hambre, y vi la hora volteando mi muñeca, sentí la culpa quemándome las mejillas. Eran las cuatro de la tarde, y ella no había almorzado.

Resolver la culpa me llevó a la idea mágica de levantarme más temprano, para cocinar antes del desayuno, y así sólo hiciera falta calentar y servir rápido cuando llegara la hora de almuerzo. Eso hice entonces al día siguiente, que hoy recuerdo como el primer viernes de cuarentena. Levantarme a las seis de la mañana para preparar unas lentejas, que serviría con huevo frito a la una de la tarde.

Cuando Antonia se levantó a las ocho, yo tenía la comida lista. Entonces serví el desayuno y luego me preocupé de dejar la cocina impecable. Heredé de mi madre esa obsesión de la cocina ordenada, y esa pulsión incontrolable de disgusto al ver por ejemplo un vaso sucio, recién usado, con restos de jugo o bebida en el fondo, que imposibilita mi calma hasta no lavar ese vaso. Pensé, de hecho, la idea de levantarme temprano a cocinar, cuando me acordé que durante varios años mi madre se levantaba a las cinco de la mañana para hacer el aseo de la casa antes de irse a trabajar. Incluso el aroma de las lentejas, mezcladas con el sofrito de zanahoria, cebolla, ají color y orégano, me trasladó a esas madrugadas en que el olor de las comidas inundaba toda la casa como una forma de decirnos que mi mamá estaba despierta, y ya pronto se iría.

Luego hice las camas, y mientras Antonia veía dibujos animados en el iPad, pudimos concentrarnos en nuestros pendientes de oficina. Sentados en la mesa del comedor.

Con el cansancio revelado en la pesadez de mis párpados al final de ese día viernes, supe que la idea de irnos al sur, donde mis suegros, a pasar la cuarentena, lo que más diera el embarazo, era la decisión correcta.

Una casa de campo, en el centro de un terreno largo y grande, que estaba frente al pueblito de Putagán, un pequeño caserío ubicado en el kilómetro 291 de la carretera que va al sur de Chile, nos acogió durante las últimas semanas de gestación.

Encerrados en la soledad del campo, con salidas esporádicas para rellenar la despensa, y con la sonrisa de Antonia que corría entre higueras y parras, pollos, caballos y perros, al aire libre, desentendida de encierros y cuarentenas capitalinas, pasamos alrededor de siete semanas.

La carga de trabajo disminuyó notoriamente al hacer este cambio. Y para el inicio del prenatal, trabajaba menos de una hora por día.

Los días se iban rápido, con la angustia acechando cada vez que escuchábamos la palabra Coronavirus. Mirábamos las noticias en la televisión de la cocina. Todo contenido, a toda hora, trataba sobre los aumentos de contagios, o sobre la desobediencia de las personas infectadas que salían a la calle con la indolencia de un dictador y sin mascarillas, o programas en que alcaldes y autoridades ministeriales discutían sus ideas de mejor país mientras se atacaban con eufemismos vulgares.

Pasamos esos días al cuidado de mis suegros, que cocinaban pan amasado en el horno a leña, y lavaban toda la ropa sucia, dejándola limpia, suave, y doblada encima de nuestra cómoda, y hacían las camas, y nos sorprendían cada día con un desayuno generoso y exquisito.

Los dos jubilados de oficina, gastaban sus días en el campo, cultivando la tierra, jugando con las formas de la casa a través de

ampliaciones de piezas o de la cocina. Visitarlos era una forma de vivir la generosidad, y el privilegio casi Real de que dos personas ordenen sus actividades sólo para que te sientas como en tu propia casa.

Aun en ese contexto de atenciones, comodidades y exquisiteces, alrededor de la semana treinta y cinco del embarazo comenzaron las noches interrumpidas por sueños vertiginosos, de parto en el auto camino a la clínica, o sueños que ya no recuerdo pero que me despertaban y me impedían volver a dormir sino hasta una o dos horas más tarde.

Cuatro años antes, con el embarazo de Antonia, me pasó igual, así que la vida hizo un *dejavu*. Esta vez, usé esos insomnios de madrugada para buscar y leer en mi celular algunas respuestas que me hicieran sentir parte de un fenómeno colectivo, o mejor dicho usual. La escena debía ser graciosa, los rasgos de mi rostro iluminados por la luz fría de mi móvil en medio de una oscuridad absoluta. El brillo de mis pupilas yendo de izquierda a derecha, ayudándome a consumir la información. Las respuestas me convencían. Todo parecía ser parte de un ejercicio preparatorio para lo que vendría luego del parto. Algo así como que la naturaleza le dice a tu cuerpo, comencemos a ejercitar lo que viene: una vida de dormir sin descanso, de sueño interrumpido como nueva normalidad.

Dormir menos, y estar más alerta. Ese era el mensaje.

Esta vez, comparativamente, las horas de insomnio se extendieron un poco más. Porque al tiempo que buscaba sobre la normalidad –o no– de no poder dormir continuamente, me ponía a pensar en Francisca, en la ropa que vestiría al nacer, en las cosas que aún nos hacían falta, o también pensaba en que nadie podría ir a la clínica para conocerla, en que luego del parto, cuando ya estuviéramos de vuelta en casa, tampoco podrían visitarnos, y en que ninguno de nosotros podría exponerse ni a un miserable resfrío.

Las noches en que más duraba mi estado de alerta, contra mi voluntad, era cuando pensaba en los protocolos clínicos para el procedimiento del parto, y se repetía en mi cabeza una y otra vez lo que había dicho la matrona en la última conversación que

tuvimos por Skype: por todo esto del Coronavirus, los protocolos están cambiando día a día. Y cuando se repetía esa frase, volvía a ver nuestro gesto, en que ambos nos mirábamos como perros entumidos. Lo más importante era estar seguros de que éramos, ambos, Covid negativo. Para ello era imperativo hacer examen desde la semana treinta y seis. Obligatorio. Si salía positivo, cesárea sin alternativa. Trabajo de parto sin el examen que dijera no como diagnóstico, cesárea sin alternativa. Sólo 48 horas en la clínica. Visitas prohibidas. Mascarilla, por descontado. Por último, lo incierto como el portal de bienvenida a un abismo, porque todo eso podía cambiar de un día para otro.

Los días en el campo, sin embargo, nos dieron la pausa necesaria para simular calma. También para impulsar el sentido creativo de Antonia, que inventó historias y personajes que todavía hoy recordamos con un dejo de añoranza. Caballés, por ejemplo, un caballo que andaba por el mundo dejando cuadernos escritos con relatos falsos, en los se hacía pasar por personajes de Paw Patrol, para engañarnos y eludir a las fuerzas del bien. O los Iriceldos, amigos de Caballés, que no tenían una forma (eran sólo un nombre) ni tampoco eran malos, pero sí amigos de Caballés, que tampoco era malo, pero sí tenía un problema: que contaba relatos falsos. Creaba esas historias con un libro en la mano, sentada en la escalera de su casa de árbol que su Tata había construido algunos veranos antes, pasando las páginas mientras verbalizaba la acción, gesticulando con sus manos, usando el paisaje campestre a su alrededor para envolvernos en el mundo que nos proponía.

Para la primera semana de mayo, el país había alcanzado los días con mayor número de contagios diagnosticados. Más de mil en un solo día, y creciendo cada veinticuatro horas a un ritmo que nos congelaba las palabras. Se asomaba la semana treinta y ocho, la misma en que cuatro años antes había nacido Antonia.

Decidimos volver el domingo 3 de mayo, al mediodía. La guata dura como palo en intervalos de tiempo irregulares las 24 horas. Camino a Santiago, escuchamos en la radio del auto al

Ministro de Salud decretar, con un tono imperativo, de verdad revelada, de sentencia marcial, que desde el día siguiente, la capital entraba en cuarentena estricta.

Volver a Santiago era un modo de aproximarnos al parto. El cansancio y la ansiedad, exacerbados por la situación particular que vivíamos, aumentaban cada día. Lo mismo ocurría con el peak de contagios, el aumento de los muertos, los despidos, y los mensajes ambiguos del gobierno, que parecían pensados para pro-digar la miseria en Santiago y sus barrios populares.

Esa noche de domingo Antonia nos pidió, a los dos, que la acompañáramos para dormir en su cama. Quiero que durmamos los tres, dijo. Cuando se durmió, nos levantamos despacio para no despertarla, y en nuestra habitación nos acostamos abrazados, como los últimos doce años.

A las 5 de la mañana sentí mi muslo mojado. Palpé con mis manos las sábanas, que también estaban mojadas. Entonces toqué el hombro de Natalie, y acercándome lentamente a su oído le dije que al parecer Francisca ya venía. Ella se volteó. Parecía despierta hacía un rato. Se levantó y fue al baño. A los minutos volvió, caminando con calma, dejando un rastro de gotas en el piso. Me dijo que sí, que como la otra vez, el trabajo de parto había comenzado.

Santiago de Chile, a mayo de 2020

## MENCIÓN EN PREPARACIÓN

Ana María Paulinelli

El sábado leí un mensaje de wp con una nota del diario *La voz* en la que daba cuenta que en el cementerio San Vicente cavaban fosas en cantidad. Llevaban quinientas y dice la nota que estaban previstas más de dos mil.

Vi las fotos, que ilustraban, de unos astronautas cavando. ¿Por qué vestidos así? ¿Es que ya hay tanto virus en el cementerio?

La verdad es que me impactó la imagen. Saber la noticia es una parte. Uno puede sentir que las autoridades están haciendo todo para prevenir y cuidar. Pero ver esas personas con esos trajes era como una película de ciencia ficción.

Me demoró la razón. Esto está pasando ahora aquí. En mi vida.

Y pensé en mis dos gatos. Cómo hacía, inmediatamente me asaltó la pregunta: a quién le doy la llave de la casa. Cómo avisaba. A quién. Si nadie puede moverse para llegar hasta aquí.

Pensé un poco y me dije que a lo mejor la vecina podría hacerse cargo de los animalitos. Me serené.

En realidad no sé si se animaría a entrar a la casa, pero, supongamos que sí, que limpia con todo el protocolo que ya es conocido, y entra. Atiende afectivamente y les da de comer a Tita y a Ramón. Como ya lo ha hecho otras veces cuando me voy de viaje.

—Tranquila —me dije —todo estará bien.

Entonces pareciera que algo se instaló en mí. Un germen. Que fue tomando forma con el pasar de las horas. Un crecimiento, un brote extraño, pero muy íntimo.



Domingo de pascua. Todo el día domingo de pascua. Y esto de adentro que crece silencioso.

Y, hoy lunes, brotada ya la cosa: claro, es mi propia muerte la que se presenta ante mí. Soy simplemente yo la que puedo morir.

Así que debo preparar la casa para mi muerte. Para mi ausencia. Para las manos y los ojos que vendrán y deberán hacerse cargo de todas mis cosas. Que ya no poseeré. Pero que ellas poseerán algo de mí. Esta cuestión del objeto que se apropia del sujeto.

Y la verdad es que no quiero que se rían de mí. Ni piensen: ¿qué hacía guardando esto?

Así que me decidí ir parte por parte limpiando y limpiando. Todo.

Adentro de ese placard hay dos cajas con zapatos. Parecen enmohecidos. ¿Será humedad, o será que hace mucho que no los saco? Un par es negro con tacos. Los he usado, creo, hace años ya, para hacer teatro o algún casamiento de mis sobrinas. Eran de mi tía Juanita. Finos. Los puse al sol. Todavía no sé si los tiro o los guardo. Los he limpiado. A lo mejor los lustro y los guardo. Y pienso:

¿para qué?

Capaz los tiro. Sí.

Unos blancos que compre hace quince años. Pasta arola les vendría bien. No hay. También al diablo los zapatitos blancos. Taco chino. Lindos pero sin uso. Chaucito.

El costado de la heladera: bolsas de residuos y de compras. Lavo las de friselina. No se puede tener tan sucias esas bolsas. Ya están colgadas secándose al sol. Limpié la parte de la heladera del costado ese. Parece que nadie la hubiera mirado en años. Pero la debo haber limpiado no hace mucho.

Todo se ensucia tan rápido...

Acomodé alacenas. Reubiqué ollas. Ha quedado mejor. Más prolijo. (Ahora van a decir: ¡qué obsesiva era!).

Voy a pintar la pared del fondo de la cocina. Tengo pintura amarilla que quedó del verano. Quizá queda mejor. Más alegre, un toque de color.

¿Quién habitará esta casa? seguramente nadie que yo conozca.  
Se venderá. Claro. Ninguno de mis hijos se vendría a vivir tan lejos, fuera de la ciudad.

Debería regalar todas las plantas. Hasta que se venda se secarán todas. Pero si las regalo ahora... voy a vivir en un páramo. Y si me queda un tiempo... no quiero pasarlo mal, sin ellas sería una vida árida. Más vale que quiero vivir lo mejor posible. Y amo estas hijitas plantas.

No. No las regalo.

Otra cosa más para la vecina. Ella ya sabe atenderlas también. Ha ido aprendiendo.

Debo ser tan cuidadosa... hay tantos lugares para acomodar. Tanto para sacar ...

Es raro esto. Uno prepara la casa como en verdad prepara el alma...

Y se van haciendo ambas cosas en sincronía. Desapegando de a poco.

A lo mejor está bueno esto de morir así en medio de muchos más. Nadie de los que me quieren deben hacerse cargo de nada. Un muerto en esta pandemia muere solo, sin los suyos y nadie lo ve. Ni durante la muerte ni después del suceso. ¿El Estado es quien decide sobre el cuerpo?

Es como que uno desaparece de pronto. Y no es más visto por nadie. Ni tocado, ni abrazado. Ni mano que sostenga una mano....

Y pienso en esta condición: la desaparición. No hay materia, sólo información, en este caso. Perversa por donde la mires. Ya la hemos sufrido antes, ya la conocemos, tanto es así que aún seguimos buscando.

Creo que no debe ser fácil. Ni lindo. Y que debe ser tan grande la tristeza que no se debe poder abarcar. Por desconocida también, una tristeza distinta a la de las muertes comunes, conocidas. En donde hay cuerpo.

Un cuerpo.

Un duelo en abstracto.

Bueno, voy a seguir con la limpieza y este acomodamiento...

Y abrí varios cajones. En uno había la cantidad de pavadadas de esas que alguna vez uno ha usado. Y luego, nunca más. Cosas de antes. Aros, collares, cadenitas algunas rotas, todo en desuso. Bolsa y fuera. Qué dejar basura. Y tanto pañuelo y chales. Y medias, unas cuántas viejas ya.

Pero luego frente a la caja de fotos, que es una valijita de cuero hermosa, y a las carpetas con papeles de familia pensé: si tiro yo cuando comiencen a abrir, todo será como una hoja en blanco... así que decidí que fotos y papeleo de los antepasados... se los dejo. A criterio. Que tiren ellos. A lo mejor hay cosas que quieren conservar. O no. Será parte de hacerse cargo de la historia. Y dejar que atesoren si desean. Quizás quieran acariciar mi alma en estas cosas. Es tan rara la muerte de quien uno ama.

Que decidan ellos, mis hijos...

Y la cuarentena tendrá muchos días más. Y dejo de tirar.

Medito. Tejo. Bordo. Hago cerámica. Dibujo. Canto. Toco el piano. Escribo. Cocino. Saco fotos. Limpio. Hablo por teléfono. Me comunico por wp. Tengo un amor al otro lado del océano. Hace dos meses que no veo a mis nietos mellizos. A mis hijos. A mis hermanas. A mis amigos.

Tengo los brazos llenos de abrazos que no doy. Duele el cuerpo de tanta carga.

La cara se me ha arrugado mucho. En vez de cuarenta días son cuarenta años más los que se dibujan en la piel. Es la cantidad de sufrimiento que alberga este mundo que se me mete por todos lados.

Quizás después de todo esto construimos otro mundo.

Y quizás no me muero y lo vivo.

## MENCIÓN EL CABO GUARATARO

Hamilton Torres Aponte

Esa tarde soleada de abril, pensaba con incertidumbre sobre el futuro de mi familia. No tenía empleo y mi pequeña tienda no daba más que para el pago de servicios.

Pero no tardé mucho, al rato vi descender de un taxi a un amigo que no veía hacía un par de años. Era Guarataro, como de cariño le llamaba, que venía en estado de embriaguez y muy desaliñado. No me inquieté porque era normal en él. Años atrás, cuando vivía de inquilino en su casa, sus borracheras eran el pan de cada día y era costumbre suya invitarme a platicar todo tipo de tonterías y conversaciones inútiles que compartía con él; a veces por gratitud y otras por su buen sentido del humor.

Esa tarde me saludó muy amablemente y me pidió una cerveza fría; luego me preguntó por la familia y mi nueva vida como microempresario. Hasta ahí las cosas eran las mismas que de costumbre, pero esa tarde había algo en mi amigo que indicaba que no estaba conforme con su vida y con la soledad en la que vivía por culpa de su alcoholismo. Se sentía solo, devastado, con deseos de contarme algo, pero no sabía cómo hacerlo. En mis adentros sabía que tenía problemas con su esposa, con su futuro y con muchas cosas más que, intuía, eran culpa del alcohol.

Al final me dijo: –Voy a contarle José. Es algo que me ha atormentado por años y que me ha hecho en la vida, un hombre infeliz.

En medio de su borrachera, hacía pausas largas y luego vacilaba hablando de otro tema en que le escuchaba con la atención

que él esperaba, pero sin acertar a qué se iba a referir. Luego de un largo rato de darle vueltas al asunto logró animarse.

—Le contaré amigo mío, que cuando tenía veinte años logré que me aceptaran en la policía y después ascendí a cabo. Para mediados de los años ochenta, se presentaban muchos combates con la guerrilla en la zona de los Llanos Orientales. Como consecuencia, me trasladaron de comandante a una estación de policía en el municipio de Carurú, una población de unos dos mil habitantes, en una zona rural donde sólo se llegaba por río. Allí estábamos acuartelados quince policías, bien armados, pero ese territorio era zona roja y la guerrilla la había atacado antes. Nos manteníamos alertas y cumplíamos con los protocolos de seguridad de nuestros superiores. Unos días después, escuché en el pueblo que la guerrilla nos tenía en la mira para atacar la estación, abatirnos a todos y robar nuestro armamento. Sentí miedo y regresé donde mis compañeros para comunicarles la noticia, a lo cual me contestaron: “que vengan esos hijos de puta para darles plomo”. Estaban tomando trago y eso les hacía sentirse valientes. En los días posteriores mis preocupaciones se hicieron más aterradoras. Yo escuchaba de los pobladores, que la guerrilla andaba en comandos de trescientos hombres cuando atacaban y creía que eso iba a ser una carnicería sin oportunidades de sobrevivir, por más que lucháramos. Además, los refuerzos estaban a nueve horas por río. Se apoderó de mí una desesperación que me llevó a buscar una salida para sobrevivir a ese ataque. Pasaron los días y mis compañeros se sentían seguros con su buen armamento y sus deseos de luchar contra el enemigo. Días después, en el pueblo, la gente comenzó a encerrarse en sus casas. Las calles, las tiendas y hasta los establecimientos donde se ingería licor, estaban solos. La gente está emigrando del pueblo a otros caseríos; le manifesté a mi pelotón, pero obtuve la misma respuesta: “que vengan esos hijos de puta para darles plomo”.

Pues ese día llegó. Se empezaron a oír ráfagas de fusil. Cada uno ocupó su puesto, como lo teníamos previsto y, empezó el

combate. Llovía plomo por todos lados. Tenían rodeado el pueblo por cada flanco y como se había comentado, eran más de trescientos guerrilleros quienes atacaron con ferocidad. Después de dos horas de combate, el puesto de policía estaba en ruinas y ocho de nuestros hombres ya habían caído. Los guerrilleros nos gritaban por el altavoz que si nos rendíamos nos perdonarían la vida, pero también oía gritar a mis compañeros, “hasta la muerte”.

En menos de una hora los guerrilleros entraron en la estación. Mis hombres, heridos y sin munición, se rindieron, para luego ser rematados en el piso con tiros de gracia uno por uno. Oía gritar al jefe guerrillero, “busquen al hijo de puta del cabo, lo quiero muerto, nos vamos de aquí hasta que lo encontremos”. Luego sacaron a la cocinera nuestra que se escondía en un pequeño cuarto donde guardábamos la remesa, le quitaron la ropa y la tiraron al patio donde un guerrillero le dijo antes de dispararle: “por regalada, vieja hija de puta”. Me buscaron por todos lados, en el pueblo, en el monte, en cada rincón. El jefe guerrillero en verdad estaba furioso y yo sabía que si me encontraban no tenía la más mínima oportunidad.

Como interlocutor estaba intrigado ¿Por qué Guarataro estaba contándome esa historia y cómo lo pudo ver y oír todo, sin terminar como cadáver?

Le pregunté entonces y continuó:

—¿Se acuerda que al principio le dije, que tenía que buscar una salida a esta situación para sobrevivir?, pues durante esos días busqué un escondite y no crea que fue fácil, pero lo encontré. En el patio de la estación, había un palo de mango muy grande que cubría por encima todo el lugar y además, nos refrescaba del intenso calor. Pues bien, al costado del palo de mango había una palma de coco que creció a su lado y con los años, sobrepasó en altura al mango. Un día, sin que se dieran cuenta mis compañeros, me

subí al palo de mango y por sus ramas llegué a la cima de la palma. Se veía un poco oscuro, pero no me podían ver desde abajo, ya que las ramas de la palma me protegían. Me llevé un arnés que aseguré a la palma y puede comprobar que podía permanecer varias horas quieto sin ser detectado. Pues el día que entró la guerrilla, no lo pensé dos veces y puse en operación, el plan “B”.

Me subí con mi fusil y me quedé quieto. Escuchaba a mis compañeros preguntar de vez en cuando por mí y eso me atormentaba, me sentía el hombre más cobarde del mundo, pero a la vez sabía que era mi única oportunidad de vivir.

Esa historia es la que me ha atormentado por años y que sólo a usted le he podido contar, porque ni mi mujer la conoce. Es algo que me acosa cada día de mi vida, pero sé que de nada me hubiera servido haber luchado al lado de mis compañeros, porque de todas formas hubiera muerto.

¿Y qué pasó después, Guarataro?, le pregunté.

—Después fue lo más vergonzoso que me haya podido ocurrir y tal vez lo único que me ocurrirá en esta vida. Como no me pudieron encontrar los guerrilleros, por más de siete horas y se acercaban los refuerzos nuestros por río, decidieron retirarse, no sé cuándo se fueron, ni cuándo llegaron los nuestros.

No podía creer la historia que me contaba Guarataro. No sabía de mi asombro al pensar si la decisión que tomó fue la correcta; es muy difícil juzgar la conducta de los demás, pero a la vez tenía unos deseos de reír, enormes; pero, por discreción no lo hacía y me los aguantaba para más tarde. Sin embargo, le hice una pregunta muy indiscreta que me pareció oportuna y sarcástica: Guarataro, si usted tenía su fusil, ¿nunca pensó que desde arriba podía abrir fuego contra el enemigo?

—Los tenía reunidos en el patio y hubiera dado de baja a unos cuantos, es cierto, pero esa palma de coco habría quedado como la punta de un lápiz en menos de lo que canta un gallo, por

la mano de plomo que me hubiera llovido y entonces, no estaría aquí contándole este cuento.

Por dentro no me podía contener de la risa en medio de esa tragedia vivida por Guarataro y por el dolor que sintieron los familiares de los policías muertos.

Y por último le pregunté, cómo había salido de esa situación, a lo cual me replicó:

—Cuando estuve seguro de que las tropas aliadas habían llegado y la guerrilla estaba en retirada, por el intenso bombardeo del ejército y la policía, bajé de mi escondite y muy sigilosamente me escondí en una mata de monte, para después salir gritando, que era el comandante de la estación. Me detuvieron por un rato, hasta que llegó un coronel que estaba al frente de la operación de rescate y me interrogó por lo sucedido, a lo cual le manifesté que me había replegado hacia el monte para contrarrestarlos y no me pudieron encontrar, el coronel me miró a los ojos con rabia y desconfianza, mientras mis compañeros yacían en charcos de sangre.

El coronel me dijo, entrégueme su fusil, lo revisó y manifestó: “pero este fusil está tan frío como un tempaño de hielo y además, usted no ha disparado ni una sola bala”. Creo que fue el peor momento, después de sentirme a salvo. Los soldados que estaban al lado observando el interrogatorio, no sabían si reír o llorar de tristeza, por tal despropósito.

El coronel sólo atinó a decir, “arréstelo, será sometido a un consejo de guerra”. La vergüenza de ahí en adelante no la puedo describir, me destituyeron de la policía y me sentenciaron a dos años de cárcel por cobardía.

No podía comprender por qué Guarataro me contaba esta historia. Tal vez, lo estaba ahogando su pena y debía contársela a alguien para mitigar el dolor que lo había atormentado por más de dos décadas.



Finalmente me dijo, que en el concejo de guerra nunca pudieron sacarle el lugar dónde se había escondido. Tal vez por eso fue que lo condenaron drásticamente, porque quedaron muy ofendidos al no saber cómo burló a la muerte.

—Yo pensaba que si descubrían mi escondite se burlarían de mí por muchos años y tal vez le tomarían fotos y aparecería ese episodio en los diarios y en la televisión.

No sentí pena por Guarataro, más bien consideración, creo que ese joven había pagado con creces el crimen cometido en su momento y al relatarme su historia, podría dejar marchar en paz al adolescente que siempre lo juzgó por su decisión.

Cinco años después de contarme su historia, me volví a encontrar con Guarataro, me invitó a que lo acompañara a una iglesia cristiana donde ahora es un pastor evangélico. Allí vive con su esposa y un hijo adoptado. Ahora está muy feliz de la vida, es un hombre diferente.

Tal vez él no recuerde haberme contado esa historia, porque estaba en medio de una borrachera tremenda, de la que tuve que llevarlo a su casa en taxi y hasta acostarlo en su cama. Puede que esa haya sido la noche más agradable de sus borracheras, porque se quitó un gran peso de conciencia.

**SEGUNDA PARTE**  
**DESTACADOS**

## HEY THERE, I'AM USING WHATSAPP

Natalia Camaño

Google espera, el cursor parpadea todos los segundos que me demoro en escribir. Clickeo y el buscador, como un oráculo, me responde con veinticinco millones trescientos mil resultados en cincuenta y cinco milésimas de segundo. Miro algunos links, entro a uno y leo: *los avances científicos son promisorios para los próximos años*. Con cada click aparece una marea de ventanas emergentes con cosas que no necesito: un curso de idioma intensivo online, una chica en bolas, una liquidación de pijamas y acolchados. Las bloqueo y continúo. Algo tiene que haber. Entro a otro link y a otro más. Un banner aparece arriba de la página. Un Jesús de facciones casi femeninas me mira con los brazos abiertos y un corazón que titila en el medio de su pecho pidiéndome enter. Abajo, un cartelito que dice *Ven a mí*.

El marketing te da vuelta como una media. La fe a menos de tres hipertextos. Miro la cara en el banner unos segundos y de reojo, los cigarrillos en la mesa de luz. Qué puedo perder. Y hago click sobre el corazón.

Ahora estoy en otra pantalla con música de iglesia o algo así de fondo, en una página que me promete un dios más cercano –al alcance del celular– para cuando yo lo necesite, me dice la grabación. Hay una opción para loguearse y así poder ingresar al menú de servicios. También podés hacerlo con Facebook. Invento un usuario y una contraseña y entro.

Una nueva ventana, misma música irritante. Desactivo el sonido y miro el menú: Confesionario Virtual, Chateá con Jesús,

Pedidos y Promesas, Merchandising Místico, Novedades Religiosas y Donaciones. También hay una opción Personalizando a Jesús, le cambias el color de pelo, ojos y hasta de piel, también el de la túnica. Lo dejás con rulos o bien lacio, colorado, morocho o rubio, con ojos claros o marrones, como más te guste. Quizás la gente de Legales de la página busque evitar denuncias por discriminación, no lo sé. Pruebo algunas opciones hasta que queda una mezcla rara, no se parece al típico Jesús de las estampitas, mirándolo bien tiene un aire al pibe nuevo que entró a trabajar en el matadero.

Hoy apostamos que no dura ni una semana, el pelilargo. Tiene pinta de blandito. Yo le di cuatro días y puse los cien mangos en el pozo de la apuesta. Varios años atrás, cuando abandoné la facultad y entré al frigorífico, también fui carne de apuestas. Aguanté por el viejo, que ya se había retirado de la fábrica por invalidez, con dos mangos de jubilación. La mayoría no resiste más que unos días después de ver el miedo en los ojos de las bestias.

Pedí salir antes del trabajo para llevar a mi viejo al médico. Me cambié de ropa y me froté las manos con jabón más que de costumbre: el olor a sangre no se retira fácil, se mete debajo de las uñas, en los pliegues de la piel, en la ropa que oculta salpicaduras de muerte.

Linda camisa, Morelli. La semana que viene me devolvés las horas, ¿entendiste?, dijo Suárez, el alcahuete de Recursos Humanos, cuando iba a fichar la salida.

No le contesté, fiché y salí de su oficina. No me cuesta tragarme las palabras.

Y traeme el certificado del médico, que este país está lleno de vivos, alcancé a escuchar en el pasillo.

Esperamos más de una hora en la sala de espera. “El doctor está demorado”, nos dijo la secretaria sin levantar la mirada de la computadora. Varias personas nos miraron con indiferencia cuando volvimos a sentarnos. Supuse que ellos ya habían pasado por lo mismo, y de alguna manera nos estaban diciendo “bienvenidos al club”.

Cuando mi viejo se fue con la enfermera a tomarse la presión y me quedé solo en el consultorio, el médico dijo que la enfermedad estaba muy avanzada, seis meses, un año como mucho. Recomendó seguir el protocolo, acompañarlo, ayudarlo a mejorar su calidad de vida, todo eso que se escucha en las películas.

Y rezar, si sos creyente, agregó. Eso a veces funciona.

Algo tiene que haber, dije en tono de pregunta o de ruego.

Nada, concluyó el médico mientras me abría la puerta del consultorio y llamaba al próximo paciente.

Ahora, en la habitación vuelvo a preguntar y Google me responde con millones de links. Quiero creer existe algo, que Google no se equivoca. Jesús continúa mirándome con el corazón brillante. Doy unas vueltas por el menú, demorando el dedo en cada opción de la pantalla fría y pixelada. La de Merchandising se lleva todos los laureles: estampitas bendecidas, remeras y buzos con la cara de tu Jesús personalizado, incluso tazas y fundas de celulares con la misma estampa; las encargás y en quince días podés disfrutar de un dios único. Un gol de media cancha, directo al ángulo de tu fe. La opción del Confesionario Virtual tiene un destaque con luces que prenden y apagan, como esas de los arbolitos de navidad que armaba de chico. Me acuerdo que colgaban deslucidas y tristes, titilando entre las guirnaldas brillantes de papel.

Escucho los pasos del viejo en el pasillo, arrastrados y apenas separados entre sí. La puerta del baño se abre y cierra y todo se vuelve silencio otra vez. No sé si preguntarle si necesita algo. No sé cómo serán mañana y los demás días. Desde que la vieja murió cada vez son menos las palabras entre nosotros. El momento de la cena es el que mejor nos retrata, la televisión siempre encendida se encarga de llenar de ruido la distancia entre los platos.

Quizás la vieja era la única excusa para sentarnos a la mesa, festejar los cumpleaños, armar el arbolito de navidad. Después de su muerte vino el silencio, la mirada esquiva del viejo, la distancia taladrando en forma de insomnio que no se quita con los puchos. Nadie nos salva de la culpa, ni al viejo ni a mí, pero el silencio al

menos pone un manto de piedad entre los dos. Y nos exime de pedir y dar explicaciones sobre la muerte de la vieja, que pudo haberse evitado si yo no hubiera estado al volante del auto esa noche.

La puerta del baño se abre y el viejo vuelve a la cama. Miro las lucecitas de la pantalla. ¿Qué puedo perder? Hago click en Confesionario Virtual. Me lleva directo al WhatsApp de un tal *Jesús te escucha*.

Hola, escribo.

Del otro lado, Jesús se pone en línea. Escribe tus pecados hijo mío, me dice.

Sin pensarlo, salgo del chat. Agarro los cigarrillos y prendo uno, después abollo la etiqueta casi llena y la tiro al cesto de basura por si me arrepiento más tarde. Abro la ventana y saco la cabeza para alejar el humo del interior de la casa mientras respiro el aire helado. La noche tiene olor a leña quemada en el barrio silencioso, salvo por los perros del vecino que de a ratos arrastran las cadenas por el suelo. Pobres bichos, ya ni ladran, ni oponen resistencia al encierro en ese patio. No dejo de pensar que estos perros, como las vacas del matadero, dejaron de ser animales hace rato.

Termino de fumar, doy unas vueltas y me tiro en la cama. La vista al techo me lleva como siempre a la mancha de humedad en la esquina del cuarto. Tiene varios años, la sé de memoria. Parece un pino invertido, como la mancha negra en el pulmón del viejo. La mancha cada tanto absorbe agua de lluvia y se deforma hacia abajo, casi alcanza el pequeño mueble con libros. Lo único que me quedó de la vieja, los libros. La mancha no se detiene, ningún viento se la lleva, se quedará ahí hasta que suba al techo y coloque una membrana para que el agua no siga filtrando. En internet vi un par de videos tutoriales, parece fácil.

Agarro de nuevo el celular. El chat me espera con el cursor intermitente, como si fueran segundos, unos tic tac marcados por esa rayita diminuta que te dice que se te acaba el tiempo y que Jesús no te va a esperar toda la noche. Me imagino una cola larga de chateadores – pecadores – esperando su turno. Y los *Jesús en línea*

deben ser unos cuantos aplicando el Manual de Usuario como una biblia corporativa de call center. Alguno se tenía que avivar, la tecnología al servicio de Dios.

Me demoro en escribir, empiezo con palabras sueltas y a los minutos estoy hablando de casi todo. No dar la cara creo que ayuda bastante en esto de hablar de uno, sobre todo cuando las cosas que querés decir se parecen a una casa en silencio con fotos viejas colgadas en las paredes con manchas de humedad. Del otro lado, me escucha o me lee alguien quiero creer.

Seguimos otro rato, me pregunta si deseo hablar de mi relación con Dios, si hace mucho que no escucho Su palabra, me dice que la casa de Dios está siempre abierta y que queda en la calle Santa Fe al mil quinientos, el ciento cinco de la línea Verde te deja justo en la entrada. Nos despedimos y salgo del chat.

Vuelvo a la cama y a la mancha de humedad ahí arriba. El viejo quizás dé vueltas en la cama. Los perros del vecino seguramente duermen porque ya no se escuchan las cadenas. Me levanto y saco los puchos abollados del cesto. Acomodo uno, lo estiro un poco, le doy forma de cigarrillo de nuevo aunque un poco ajado, parece que quedó bien. Lo fumo como si fumara el último cigarrillo del mundo, como si no hubiera otro pucho sobre la faz de la Tierra, y lo aspiro profundo, con ganas, metiéndome todo el humo posible. Me juro que es el último, que después los dejo para siempre. Y mañana voy hasta la ferretería y averiguo las cosas que necesito para arreglar la humedad del techo. Parece fácil.

## MERECIDO

María Dorrego

Trata de correr, pero no puede. Los motivos son dos y no hay forma de priorizar ninguno: llueve, no mucho pero de manera constante; y tiene puestos unos zapatos muy incómodos, aunque visiblemente caros y que, por lo tanto, la visten bien. Algo muy importante y valorado por sus compañeras de trabajo, con quienes puede pasar el día entero sin tener una conversación en serio.

Acelera el paso porque el 303 es puntual a esa hora de la mañana e intenta ignorar su reflejo, que la atormenta en cada vidriera. Se quedó dormida y hay una humedad tremenda. En dos oportunidades se cruza con vendedores de paraguas que, se nota enseguida, son de mala calidad. Lo sospecha, más que nada, por el precio y la pinta de juguetes. Así y todo desearía poder parar y comprar uno, porque el suyo salió volando después de humillarla durante la última tormenta. Un gasto como aquel, sin embargo, no está contemplado dentro de su reducido presupuesto y tampoco dispone del tiempo para decir buenos días, me llevo un paraguas, cualquiera y sacar la billetera y pagarlo; para después dar las gracias al hombre que, irónicamente, también se está mojando.

Tal vez si realizara la transacción con menos simpatía –o lo que sus padres llamarían buenos modales–, la cosa se resolvería más rápido. Su consciencia, con todo, no se lo permite. Trabajó muchos años en atención al cliente y conoce mejor que nadie la necesidad del saludo y del trato humano. No quiere ser descortés bajo ningún punto de vista: es más rápido seguir empapándose.



Con el pelo humedecido en vías de inflarse, llega a la parada con unos minutos de antelación. En frente del refugio para pasajeros hay un local de comida rápida, sobre la Avenida Presidente Perón. Es temprano y de todas formas no come carne, pero lo que la atrae es el olor del café que sale cada vez que se abren las puertas automáticas. Ya lo tomó alguna vez y recuerda el gusto a agua sucia, pero se permite soñar con ingerir una bebida caliente antes de subirse al colectivo.

De la esquina, entre el sonido de pasos apurados y baldosas flojas, le llega el cantito diario que dice hay churros, bolita, chuuuuurros. Nunca le compró al hombre que religiosamente se adueña de la puerta de Garbarino todas las mañanas, pero sabe que cada churro cuesta diez pesos y se los imagina un manjar. De vez en cuando le alegra que haya tantos clientes, aunque a veces los detesta por entorpecer el tránsito y empujarla a codazos ingratos cuando trata de pasar por ese cuello de botella en que se convierte Mitre y Perón.

El colectivo se retrasa y ya no puede pensar en el frío, las medias inundadas ni la desconfianza en la vacuna antigripal que se dio hace unas semanas. Todo pasa a segundo plano cuando se pone en fila un joven que mastica despreocupadamente un churro bañado en chocolate. Se pregunta entonces por qué ella no puede cometer la imprudencia de comerse un churro antes de ir a trabajar. Tarda demasiado en convencerse de ir a comprar uno y ya ve a lo lejos que el 303 dobla por Belgrano y pasa la Catedral de San Miguel. Le quedan pocos minutos para cometer una imprudencia.

Mira para atrás, calcula cuánto tiempo pueden tardar en subir los demás pasajeros. Controla las ampollas de los pies, si aguantarán una picada ida y vuelta hasta la esquina. Las puertas automáticas se abren y se cierran como trabadas en una risa capitalista. Un relámpago parte el cielo en dos y se le acelera el corazón. El semáforo se pone en rojo y tiene cuarenta segundos a su favor, con el colectivo de cara a Mitre.

Recuerda todas las veces que el estómago le hizo ruido en la universidad, mientras sus compañeros se pasaban el mate justo delante de su nariz. Piensa que no desayunó, porque se quedó dormida de tanto leer la noche anterior. Está cansada de todo. Se merece ese churro. Lo necesita para aguantar el resto del día, de la vida.

Toma impulso y sale corriendo. Se moja, se baña, se le hinchán los pies como una esponja y el contacto con el agua helada en pleno invierno la despierta del todo. Una señora que quiere aprovechar el techo de un local la golpea en el costado con su paraguas, pero sigue. Hoy no la para nadie. El colectivo le pasa por al lado y la salpica de barro. Ya está jugada. Siente el maquillaje trazarle líneas negras por la cara, como ríos de punición. La máscara a prueba de agua salía más cara.

Entonces no hay buenos días, no hay espacio para hola ni chau. Un churro, dice, y pone énfasis al agregar bañado en chocolate. Mete la mano en el bolsillo del bolso, pero sólo encuentra los auriculares enredados. Abre el resto de los compartimientos con desesperación y nada. No tiene un peso. ¿Dónde está su billetera? ¿Su derecho? ¿Su dignidad? Allá van, quizás lograron subirse al 303 antes que ella. Le sonríe al hombre que sostiene su trofeo en el aire, envuelto en una servilleta, y le dice que se olvidó de agarrar plata antes de salir. Ya no tiene caso correr, así que le pide disculpas y retoma el rumbo hacia el refugio. Camina lento, porque ya está todo lo mojada que se puede y el colectivo va a tardar un rato largo en reaparecer.

Eh, piba, la llama el vendedor. Ella no suele darse por aludida cuando le hablan en la calle, así que sigue andando. ¡Flaca!, le grita otro hombre que comprende la situación mejor que ella. Ahí se da vuelta, a la altura de una zapatería, justo para reflejarse entre unas botas e imaginar los comentarios cizañeros de sus compañeras de trabajo. El vendedor acorta la distancia haciendo una visera con la mano y le ofrece el churro, que ya empieza a humedecerse.

Un 303 rezagado aparece a toda velocidad y se pone primero en la fila de colectivos que viene por Perón. Ella quiere charlar con

el hombre, agradecerle, decirle algo, pero los dos comprenden al instante que no hay tiempo para nada de todo eso. En su lugar, comparten un breve contacto en el momento en que el churro cambia de manos. Después ella sale corriendo, siente las ampollas explotar, alarga el brazo en el aire y hace malabares para buscar la tarjeta. Sube en el bolsillo. El resto de la gente sigue su camino entre puteadas y charcos que ya no la salpican, porque la resistencia se logra a base de pequeñas victorias.

## EL JARDÍN DE LAS GIRALUNAS

Guillermo Valera Salazar

El estruendo me alteró las palpitations. Algo se cae –al maldito gato por fin le dio por meterse en la casa–, se estrella contra el piso. Voy a revisar, con el pulso alborotado. Me cuesta respirar. Siempre me da cuando me altero.

Abro la puerta, y un borrón amarillo atraviesa la casa. Me agacho. Me llevo las manos a la cabeza. Las palpitations. Aquello –¿una polilla, un murciélago?– bate las telarañas y se escurre por el ventanal.

Me acuclillo, protegida tras la puerta: no vaya a ser que vuelva aquel bicho inmundo. Las palpitations se calman. Me levanto y arrastro los pies hacia la bodega. Saco la pala y una bolsa de basura. Ese maldito animal. Como si no tuviera más oficio que preocuparme por cada puto invasor.

Voy al jardín de las giralunas. Lleno la regadera, y me meto entre las flores plateadas en forma de estrella, bajo la sombra de un viejo samán. Levanto con la pala la mierda del gato. Si tan solo supiera cuándo se cuele, lo bañaría con una olla de agua hirviendo para que se le quite lo metiche. Pero no: cada vez que me doy cuenta, ya está escalando el muro. Ya verás, ya se descuidará algún día.

Tiro en la basura la bolsa con mierda. Después riego las flores. Ya quiero que vengas, alمامía, para que veas y te asombres de lo bonito que puse tu jardín.

Acaricio una de las flores, como espolvoreada con cristal. La semana pasada arranqué los hierbajos, y aun así ya están creciendo de nuevo. Coño.

Busco los guantes, pero mejor no: es miércoles, y no me quiero ensuciar. Hoy llega el correo. En su lugar voy y me siento bajo la sombra.

Oigo un trino. Se me eriza la nuca. Condenado pájaro. Es el mismo que se metió en la bodega sólo para alborotarme los nervios. Se posa en una de las ramas del samán y me ve: primero con un ojo, y luego con el otro, ladeando la cabeza, como si estuviera negando en cámara lenta.

Le lanzo una piedrita para que se vaya, pero el muy maldito la esquivo y sube a otra rama, sin dejar de mirarme.

Me envuelvo en el chal y doy media vuelta. Sigue trinando mientras me meto en la casa. Así no estoy sudada cuando llegue el cartero.

Al principio el cartero tocaba la puerta, y hasta me llamaba a gritos para entregar en persona el correo. Entonces, del otro lado, yo esperaba a que se diera por vencido y que pasara la carta por la rendija. Y me quedaba un rato más, no fuera a ser que estuviera esperando a que me acercara para tenderme una emboscada. Sólo cuando estaba segura de que no había peligro, usaba el rastrillo para acercar el sobre. Por eso lo tengo junto a la puerta, a la mano mientras espero a que llegue el correo.

Todavía puedo ver al pájaro pasar de rama en rama. Trina de vez en cuando y se gira hacia mí. Casi puedo decir que me pide permiso. Asiento, y entonces salta al patio y picotea el suelo.

Voy hacia el pájaro y le tiendo un puñado de migajas. Entiende el ofrecimiento: se acerca dando brinquitos y come directo en mis manos, interrumpiéndose para girar la cabeza y mirarme, un ojo a la vez.

Me acerco, y el animal ni se inmuta, incluso se deja acariciar. Será un canario o un ruisenior, o alguna de esas aves exóticas que aparecen en las postales que mi almamía me envía de vez en cuando. Le paso el canto de la mano por la coronilla. Eriza las plumas.

—¿Qué? —le pregunto. —¿No hay nuncamases para mí? Te cuento un secreto: hoy es miércoles, qué emoción—. Ladea la

cabecita. – Supongo que querrás saber por qué. Pues, ¿qué crees? Los miércoles me llega carta.

Sacude las plumas y vuela de mi mano, y abarca la totalidad del jardín y vuelve al samán. Se queda mirándome, como si tuviera algo que decirme. Pífa.

—Gracias, qué bueno que te guste. Me ha costado poner el jardín así. Pero ya verás que valdrá la pena cuando él venga y sepa que esas semillas que me envió se convirtieron en estas giralunas tan bellas—. El pájaro trina. —Sí, así se llaman: giralunas. Él mismo les puso nombre, a mí no se me habría ocurrido.

Me siento en el umbral de la casa, sin perder de vista al ruiseñor o lo que fuese.

—¿Sabes? Desde siempre tuvo una gran imaginación: fíjate que cuando se fue prometió escribirme todos los miércoles. Y lo hizo, y créeme cuando te digo que eran cartas hermosas, hermosas y largas. No te mentiré: más de una vez no entendía ni papa de lo que decían, pero sabía que él me contaba sobre sus viajes, los lugares que visitaba, las aventuras que vivía y lo mucho que me encantaría estar allí y que a él le encantaría mostrármelo algún día. Lo menos que puedo hacer es tener el jardín bonito para sorprenderlo cuando vuelva.

Bate las alas.

—Me pregunto si llegará carta este miércoles.

Una vez termino de cuidar el jardín, el resto del día se me hace una acumulación de minutos sin mayor propósito que aniquilarse los unos a los otros. Estiro los brazos hacia arriba, y el pájaro se gira a contemplar aquel azul distante del cielo.

—Supongo que puedes irte cuando quieras. Abrir las alas y listo. El mundo debe de ser sólo un jardín más para ti.

Él me mira.

—Nada más digo que una noche de reposo tampoco te vendría mal.

¿Habrás aceptado mi propuesta? Digamos que sí.

—Bien. Haces muy bien al quedarte.

De entre los utensilios oxidados, cubiertos de tierra y suciedad, encuentro un plato sopero. Le saco el polvo con la orilla de la blusa. De la estantería al fondo de la sala, torcida por el peso de unos libros de lomos descoloridos, agarro un diccionario y le arranco suficientes páginas como para acolchar el fondo del plato.

—No es la gran cosa, pero servirá de nido.

Un chillido estridente. Corro hacia el jardín. Veo al gato saltar sobre el pájaro al emprender vuelo. Le da en el costado y lo hace trastabillar en el aire, como una pelota lanzada sin fuerza. El animalito aletea y chilla, y apenas consigue superar la cerca. De un brinco el gato supera la barrera que separa el jardín del resto del mundo.

Antes de darme cuenta estoy arañando la pared, como si pretendiera imitar al gato, o en su defecto abrirme paso escarbando en el mortero. Se me parten las uñas. Con la palma abierta, le doy un último golpe a la pared antes de darme por vencida.

—Por favor, no.

El portón, el portón. Las palpitaciones me detienen.

¿Qué estás por hacer?

Las palpitaciones. No respiro. Me tiemblan las manos. Oigo al pájaro llorar. Veo las flores. Las giralunas me juzgan, lo sé.

¿Qué estás por hacer, nos abandonas? Si ni siquiera puedes abrir la puerta.

Es verdad: lo prometí. Prometí quedarme en el jardín, cuidarlo hasta que mi almamá vuelva.

¿Cuánto tiempo de eso? ¿Cuánto tiempo esperando a que te lleve? ¿Cuánto a que te llegue carta?

Por qué no vienes, sabes que sola no puedo. Por mucho que la casa se caiga a pedazos y que tus libros se pudran y que sólo tenga estas flores para recordarte, sin ti no me atrevo.

No te atreves a nada.

—No me atrevo a nada.

El pájaro chilla. Me llevo las manos a la boca, después a los oídos. Y aun así oigo las recriminaciones.

Grito.

Embisto la puerta, no se mueve ni un milímetro. Afinco el hombro contra la madera, se estremece apenas. Hago palanca, aprieto los dientes. La puerta cruje, y yo exprimo las fuerzas que me quedan, y por fin se abre, y caigo al suelo.

Me levanto a trompicones. Las rodillas me arden. Corro. El pájaro, el pájaro. Apenas puedo ver, tengo los ojos cubiertos de polvo y lágrimas. Ya no lo oigo trinar: desapareció en un cúmulo de plumas salpicadas de sangre, arrastradas por la brisa.

Me limpio la cara. Cierro la puerta principal.

Las giralunas me vieron meterme en la bodega y salir con una cadena y un candado.

— Todavía es miércoles. Todavía puede llegar su carta.



## I LOVE YOU TODAVÍA, BRAD

Cinta María Pérez Urrea

A él le hubiera gustado que nos conociéramos en un avión, para hacer las cosas bien; presentarse con una conversación muy surrealista a diez mil metros de altura, darme su número de teléfono, que yo diera el paso de llamarlo... pero no pudo ser. Con el virus flotando por ahí y toda la locura colectiva, era impensable hacer un viaje. Además, aunque hubiera estado permitido volar, mi economía andaba bastante deteriorada en ese momento, así que, aunque fuera alejarse un poco de la historia de la película, decidió convertirse en mi vecino.

El apartamento de al lado estaba vacío desde que desahuciaron a la familia de chilenos; a los pocos días de empezar el confinamiento, allí estaba él, esperándome en el balcón. No me lo podía creer. Seguro que me quedé con la boca abierta. Él me saludó y empezó a hablar conmigo en un castellano perfecto, sin asomo de acento extranjero, con lo que me desorientó bastante. Pero, cuando se quitó las gafas de sol, ya no tuve ninguna duda. Porque, además, el tío había tenido el valor de aparecerse por primera vez sin camiseta, en jeans y tocando la guitarra. Pero, ¿a dónde vas, Brad Pitt? Ya podrías disimular un poco que eres el hombre perfecto, ¿no?

Otra cosa diferente con El Club de la Lucha es que no se puso a hablarme de paranoias desde el principio, sino que fue muy amable y me contó un poco su vida. Bueno, mejor dicho, la vida inventada de un tío que se llamaba Guillermo, soltero, fotógrafo y que viajaba mucho por temas de trabajo. Yo, por supuesto, le seguía el rollo, a ver por dónde tiraba.

Después de dos horas charlando y de ver atardecer, saltó de balcón a balcón y se vino a cenar a casa. Ahí ya sí me estuvo comiendo la cabeza a base de bien con la publicidad, las tecnologías y las redes sociales. De primeras parece un poco aburrido, lo sé, pero la verdad es que a mí me venía genial porque estaba pasando por un momento bastante malo. Hacía casi dos meses que se me había acabado el contrato y todavía no había tenido el valor de pedir cita para la prestación por desempleo. Estaba dando vueltas todo el día delante del ordenador, como si, en vez del curriculum, estuviera escribiendo la Biblia. De relaciones, mejor ni hablar. Y, de pronto, la historia esta del virus, el aislamiento, el miedo, la televisión todo el tiempo hablando de lo mismo... Pues ahora, imagínate que, en medio de todo eso, de repente, ¡tienes a Brad Pitt comiéndose una porción de pizza en tu sofá! Me podía hablar de lo que él quisiera; yo, sólo con mirarlo, me derretía y se me pasaban todas las penas.

Cuando terminamos de cenar, me dio las gracias muy caballerosamente, saltó otra vez a su balcón y se metió en su casa. Yo no entendí muy bien la jugada, pero me quedé tranquila porque, antes de irse, me tomó de la mano, me dio un beso en la mejilla, me dijo que lo había pasado muy bien y que podíamos repetir cuando quisiera.

Y, efectivamente, al día siguiente, a la misma hora, allí estaba él otra vez, ahora con una camisa sin abotonar, con su cuerpo perfecto y la guitarra en su balcón. Tocando la canción de Carlos Chaouen del tren, precisamente una de mis favoritas. Las cosas fueron más o menos como la primera noche, aunque ahora sí me lo había montado con tiempo y le preparé una cena más decente, con una botella de vino. Pero, cuando estábamos terminando y vi que empezaba con la maniobra de irse otra vez enseguida, pensé que lo mejor que podía hacer era decírselo sin rodeos:

—Mira, te tengo que confesar una cosa.

Él me miró un poco confundido.

—Sé quién eres, Brad.

Cuando pronuncié su nombre casi se atraganta con el postre.

—No te preocupes. Me da igual. De hecho, me encanta.

Se puso muy contento porque, según me confesó, se sentía muy mal engañándose. Ahora ya podía ser él mismo sin tener que disimular. Lo primero que hizo fue tomarme de la mano y llevarme corriendo a la habitación. Yo pensé que era para tirarme encima de la cama y hacerme de todo, pero, en vez de eso, abrió los armarios y me dijo que era el momento de liberarme de todas aquellas cosas que me alejaban de la persona que yo quería ser. O algo así.

Mientras yo permanecía en la cama en mi postura más sugerente, él metió en una bolsa de basura un par de zapatos de tacón, un montón de ropa que estaba esperando a que volviera a mi talla anterior y unas cuantas camisetas que, ahí estaba en lo cierto, seguramente no me iba a volver a poner. Al mismo tiempo, me soltaba su discurso de la fatal influencia de las marcas y la publicidad en las decisiones de los consumidores. La verdad es que tenía razón en muchas de las cosas que decía, pero lo emocionado que estaba con tanto mainstream y tanta autenticidad tampoco era normal. ¿Y yo, qué iba a hacer? Pues darle la razón en todo y esperar a ver cuándo se le pasaba la tontería. Como mucho, le decía:

—Brad, creo que por hoy ya está bien, ¿no? Digo yo que podemos seguir mañana.

Pero él, entusiasmado, ni siquiera me escuchaba. Me soltaba algo sobre la desaceleración de las cadenas de producción y la necesidad de reeducarnos en un consumo responsable y seguía con su limpieza, incansable.

En la cocina, tiró a la basura sin pensárselo la chia, el lino, las bayas de goji y las espinacas congeladas. Serían las doce cuando empezó el Mery Kondo en el cuarto de baño. Yo ya estaba bostezando y me iba dando cuenta de que a lo mejor el tío no se cansaba; lo mismo podíamos estar así toda la noche. Entonces decidí cambiar de estrategia y pasar al flirteo. Al principio, con algo de disimulo y luego, poco a poco, cada vez más descaradamente, pero era inútil. Parecía que le habían dado cuerda. Cuando estábamos enredados con las imposiciones del heteropatriarcado y la depilación, pensé que había llegado ya el momento definitivo.

Me desnudé completamente, me puse entre él y los botes de crema y le dije:

—Mira, Brad, me gustas un montón pero ya está bien de limpiezas. O nos ponemos al tema o te vas.

Él me echó en cara que tenía muy estereotipado el rol de género masculino; yo le eché en cara que no era una persona de verdad y, al final, acabamos pegándonos cuatro gritos. Fue nuestra primera pelea. Duró hasta que él se puso a llorar y entonces le abracé y le llevé al sofá. Y allí estaba yo, completamente desnuda, cachonda como una mona y acariciándole la cabeza a Brad Pitt hasta que se quedó durmiendo en mi regazo.

Al final yo también acabé por quedarme dormida. Cuando desperté, me había preparado un desayuno espectacular, con panqueques y zumo de naranja, pero él había desaparecido. Tampoco estaba en el balcón a la hora de siempre, ni en la casa de al lado, ni en ningún sitio. De eso hace ya tres semanas y estoy segura de que no va a volver. Sé esto porque Brad lo sabe.

## REALITY

Alejandro Kapeniak

El corazón de Barbie latía como un pistón enloquecido. Desde siempre soñó ese momento, de nena, cuando fue adolescente y hoy, ya casada y con trillizos. Cada miércoles de su vida se despertó fantaseando el llamado glorioso. Del otro lado, la voz dulce de una monja o el vozarrón gentil de un diácono anunciando su dicha. Siempre presintiendo un milagro inminente, siempre rogándole a Dios. Y en cada ruego el recuerdo de su madre, con la boca desfigurada en una mueca cruel.

¡Estúpida!, le grita, con el vidrio de la botella interfiriendo sus miradas. De aquellos años de infierno sólo guarda una imagen que-rible: ese vidrio, ambarino de whisky, funcionaba como un prisma, disolvía el sol en su espectro de colores. Mientras su vieja la insultaba, ella sólo registraba el arcoíris en la pared de su cuarto, tan bonito que parecía una acuarela. Estúpida mojígata, se reía su mamá, y Barbie se concentraba en el rojo. “No sos una hembra, te falta picante con los hombres”, balbuceaba entre hipos desguazados, y ella flotaba ingrávida sobre el naranja. De ahí saltaba al azul, que casi siempre coincidía con el próximo cliente. Era su tregua para rezar: le suplicaba a Dios que el extraño permaneciera en la habitación al fondo del pasillo, agotando sus furias contra los gemidos borrachos de su madre. Si eso ocurría todo estaba bien, la silueta ominosa, con la bragueta a medio subir, brotaría del pasillo hacia la puerta de calle sin notar su presencia. Pero a veces, las risas brutales de su vieja preludiaban un servicio extra. Los extraños entraban a

su habitación detrás de su mamá, que la señalaba como a un corde-ro sobre el mostrador. Parece una nenita insulsa, les decía, necesi-ta que un macho la despabile. Seguían minutos de limbo: aromas agrios en la boca, sumisión y náusea... Sin embargo, ella no era del extraño, era de Dios. Los jadeos en el cuello no podían contra los salmos, una música serena que atenuaba su suplicio. ¿Acaso sólo ella la escuchaba...? Barbie huía hacia el cielo de la pared, el refugio que la volvía inaccesible. Era el turno del añil o índigo... ¿Quién le había inventado esos nombres feos a un color tan bonito? Más dulce que el azul, más tierno que el violeta.

Treinta años en vilo, y por fin estaba sucediendo:

—Con la señora Bárbara Irolegui, por favor.

—Ella habla.

—Nos comunicamos desde el Priorato de Nueva Córdoba.

Es un placer informarle que ha sido sorteada para asistir a la litiurgia del próximo Sabbat.

Siguieron horas de llanto feliz y gratitudes histéricas: encender velones multicolores, pellizcos en los brazos, recitar letanías a los gritos y probarse todo el guardarropa. Debía verse elegante pero no formal, recatada para la ocasión, pero un poco sugerente. Quizás el vestido largo estampado en celestes, con ese degradé tan especial. O mejor una chaqueta corta y pantalones ajustados. En el barrio todos le decían que sus piernas podrían haber triunfado en las pasarelas, por una vez en la vida merecía lucirlas. Recibió congratulaciones desde cada rincón del planeta. Entrevistas, flashes, contratos y un merchandising instantáneo. Sí, por fin estaba sucediendo. Al mediodía siguiente la muñeca Barbie Iro ya se había agotado en todas las góndolas. En las tiendas digitales la ofrecían a diez veces su valor original. También bijouterie, álbumes de figuritas, inflables con su nombre y, por supuesto, su rostro como skin para el juego del milenio: Fortnite Forever.

Nadie había previsto tamaño éxito, cómo anticipar ese fenómeno que ya llevaba cuatro décadas. Ocurrió de golpe y cambió al planeta: una liturgia religiosa seguida en vivo y en directo por

toda la humanidad. Para Barbie era el único sentido en sus semanas grises, todas las sensaciones de su vida resumidas en cincuenta minutos. Cada sábado por la noche, en paneles virtuales, antiguos leds y anfiteatros digitales. Todos los medios de comunicación transmitiendo en cadena un mismo programa. En América fue sencillo conjugar los horarios para un prime time continental, el resto del mundo acomodó sus hábitos para disfrutar la transmisión. Fue un éxito abrumador, un desafío para semiólogos y líderes espirituales.

Durante años, el Pastor Adelmor Galindo, fundador del Culto Sincrético Argentino, peregrinó con su propuesta por incontables emisoras y nadie lo escuchó. Toleró burlas e indiferencia, sufrió el rechazo de la élite intelectual y el desprecio de los teólogos. Un hombre corriente se hubiera rendido: él nunca dejó de insistir, ni aún en su noche oscura del alma. Galindo confiaba en su formato televisivo, y sobre todo en la Fe de los espectadores. Su premisa era sencilla: milenios racionales habían mutado a las religiones en filosofías abstractas o pseudociencias.. El corazón humano anhelaba otra cosa: Espectáculo.

Las 20 horas en Buenos Aires.

En Shanghái, aunque es temprano, la familia Song espera ansiosa que inicie la emisión. Rodean una fuente generosa y humeante. Los fideos flotan sobre un lecho acuoso como anguilas, pero nadie se atreve a probarlos, no todavía. En Bielorrusia, Sergei Rostov y su rotunda esposa, Natasha Rostova, han preparado su borsch. Igual los Noo en Etiopía con su rico estofado, una fuente de wot colmada de verduras y carne picante. Los Dalton, en Nueva Zelanda, decidieron no improvisar, tocará cerdo como siempre, pero el mejor de la granja. También los Ramírez en Jalisco esperan la cena: enchiladas de pavo y res bañada en crema. Sus homónimos, los Ramírez de Valencia, honran su tradición con una paella succulenta, todos los méritos del mediterráneo sobre un arroz perfecto y dorado. El mundo entero aguarda el rito semanal con su festín preparado, los mejores platos para honrar al Altísimo.

Barbie siente el latido en sus sienes: es su alma expandiéndose. Ya se encuentra en el estudio y una nube de maquilladoras flota sobre ella. No te muevas, le dicen. Estás preciosa. Un toquecito de rímel. De perfil izquierdo das mejor. Las luces la encandilan y siente calor. No te preocupes, usamos productos especiales, no vas a transpirar. Ella se ríe por dentro, no son nervios lo que siente, es una emoción sublime, el arcoíris completo.

En Argentina, millones de asados esperan listos sobre las brasas. Cocidos, punto medio o jugosos, placeres distintos para familias distintas, pero en todos los hogares la misma Fe. Los Pascuali, en Bernal, prepararon una bondiola primorosa, con papas noisettes y verdes de rúcula. El tío rescató del sótano un malbec añejo, cosecha 2110, tricentenario de la Patria. De postre, panqueques de manzana al ruhm, hasta compraron una sartén especial para el flambeado. “La dieta es cosa de ateos”, repite siempre Vittorio, el Pascuali más viejo, con sus noventa a cuestas y una voracidad veinteañera.

Suenan las fanfarrias. El Pastor Galindo en 3, 2, 1...

—El Apetito sea con Ustedes.

—Y con tu Espíritu – cantaron los doce comensales, como una voz única.

—La vida es placer y consumación, dijo el Señor. Bienvenidos los dispuestos al Goce.

—Somos los que venimos a Gozar – repitieron los afortunados del estudio, y millones en todo el planeta.

El decorado era austero: una mesa grande y circular, el mantel blanco immaculado y vajilla humilde. El aspecto rústico de los bancos no era casual, la escena exigía un color antiguo, sensación de pueblo y profecía. Sobre el pastor brillaban cruces cristianas, griegas y egipcias, también la versión invertida; estrellas de David; la luna creciente del Islam; el Ying y el Yang; una Rueda del Dharma; la mano Jainista; los signos zodiacales, el Ojo de Dios y cientos más. Los productores saben que Galindo es estricto con la escenografía, un símbolo menos equivale a menos rating.



El Pastor, majestuoso con su báculo carmín, se incorporó cuando las guitarras callaron sus arpegios. Bendijo con ambas manos mirando hacia las cámaras, sin parpadear, con su gesto recio y amoroso al mismo tiempo. El Sabbat había iniciado.

Ahora todo cobraba sentido, le susurró su corazón a Barbie, porque, aunque la vida la había rescatado, ella seguía muerta. Ni un esposo indulgente ni sus hijos celestiales lograban colmar ese vacío. No se lo podía confesar a nadie, no la habrían entendido. Su presente, comparado con las amarguras de antaño, debía llenarla de orgullo, hacerla sentir dichosa. Pero su alma sentía un apetito distinto, y ninguna dulzura terrenal podía saciarlo.

Galindo caminó alrededor de la mesa con lentitud. Algunos dicen que es un Moisés de carne y hueso, con su barba desgreñada y ojos ardientes. Solemne. Incuestionable. Siempre cumple un ritual idéntico, impone su diestra sobre la cabeza de cada invitado y ora en silencio. Primer plano de Galindo, apenas media cara sobre un fondo difuso. Ojos apretados y rictus de calvario. El Pastor sufre por ellos, arranca energía de su pecho, es una ofrenda al corazón de sus devotos. La entrega incondicional de un santo. Un plano más largo: el sacristán le entrega, ya abierto, el Cofre Gargantúa, el único admitido por el canon. Es un pequeño arcón dorado, para tallarlo los productores seleccionaron a un artesano por cada continente. Lo presentaron en el especial de Navidad de la última temporada y el pico de rating fue altísimo. Las réplicas se vendieron por millones. Galindo introduce su mano en el cofre y retira doce hostiones, uno por cada feligrés. Son piezas exquisitas, obleas leves de polímero, su espesor es mínimo y resplandecen como cirios plateados.

Segundo acto. La cámara sigue al Pastor en un traveling moroso, mientras él deposita un hostión en el plato de cada invitado. Los focos del estudio atenúan su intensidad para que las obleas se destaquen. Parecen faros diminutos, titilan con luz clara, irradian pureza.

—Bendito el Blanco, que anuncia nuestra dicha y contrasta con el Goce – recita Galindo.

—Bendito el Blanco que anuncia nuestra dicha –repite el planeta. Barbie percibe que su corazón, por primera vez, late para una vida verdadera.

El Pastor fuerza una voz más grave para iniciar su homilía. De nuevo un traveling, ordena el director, esta vez desde un riel montado en el techo. Aunque la cámara sigue a Galindo, hace foco en las reacciones de cada feligrés.

—La Apariencia es Verdad y Vida – inicia el patriarca, una toma del gran angular lo muestra en el centro de la escena—. No existe sustancia alguna detrás de la Apariencia, ni actual ni eterna. Somos Imagen, lo que ven de nosotros es lo que somos.

A Barbie le tiemblan los pies. Por fin está sucediendo, no es sueño ni fantasía. Escucha al Pastor y contempla su propia imagen en los monitores. El sermón y el instante confluyen en su alma... Es verdad, ella es eso y sólo eso. Su madre fue un instrumento de Dios, todos lo somos... No debe distraerse, el maestro continúa con su mensaje:

—La única eternidad es la Fama. Existimos para consumarla, y los santos que la alcanzan derrotan a la muerte. Señor, a ti te oramos, fuimos hechos a tu imagen y semejanza, danos el don de la Soberbia y líbranos de tentaciones nazarenas. ¿Alguno de los aquí presentes confía en la pobreza?

—No, Pastor, la Fortuna nos guía.

—¿Alguno persigue la modestia?

—Combatimos la modestia con todas nuestras fuerzas.

—¿Prevalece en algunos de ustedes el amor al extraño sobre el amor a sí mismos?

—No, Pastor, el Señor nos guarda de esa tentación abominable.

Luz ambiental y progresiva. Los doce feligreses se iluminan lentamente.

—Felices los sorteados para esta fiesta –anuncia Galindo. – Hoy uno de ustedes contemplará el rostro de la Fama, y la Fama contemplará su rostro. Así será por siempre y para toda la eternidad.

Barbie no lo pudo evitar, se largó a llorar como una nena. Pensó en su viejito finado que nunca conoció, en su esposo fiel y amoroso, en sus hijos, en sus amigos... Todos estaban con ella en ese momento. También desconocidos que la admiraban y se morirían de envidia. ¡Cuánta envidia, qué hermosa sensación! Incluso imaginó a su madre, descompuesta de rabia y sin insultos en la boca, rogándoles a los demonios que la sigan a su habitación al fondo del pasillo. Pero las sombras no la escuchan, permanecen en el cuarto teñido de acuarelas, ansiosos por su turno, brutales, ángeles oscuros. La gozan con desesperación, se deleitan con su carne. Todo es voluntad Dios, su designio misterioso... Nadie en el estudio ni en el mundo podría entender sus lágrimas. Se siente victoriosa, trascendente, parte de un todo universal, incluso más grande que ese todo.

El director de piso alertó a Galindo sobre ese evento inusual. Se lo explicó a través del implante coclear: un focus group, en otro sector del estudio, observaba el llanto de Barbie y se conmovía tanto o más que ella. Eran reacciones espontáneas y de cuarta intensidad en la escala CNN, el nivel más alto. La psicóloga de turno estableció que se trataba de un caso de empatía liminar, con un margen de error mínimo, apenas del 3 por ciento. Enfrentaban una situación excepcional y el protocolo del multimedios indicaba los pasos a seguir.

Plano holandés sobre el rostro de la chica. Música sacra. Zoom lento. Al llegar a sus ojos, la cámara se detiene. Son segundos de tensión, el mundo participa de un hecho infrecuente en los espectáculos masivos: emoción genuina y despojada, sin libreto ni efectos especiales.

El director fue guiando a Galindo en cada paso del protocolo, era una secuencia inédita, nunca la habían ensayado. El Pastor fingió romper el rito y se acercó a la muchacha con una actitud distinta, suave y tierno como un abuelo. Le besó la frente y, sin dejarla reaccionar, se hincó a su lado y la abrazó. Algo murmuró en su oído. Lloraron juntos. Lloraron frente a todos.

El minuto a minuto estalló y las redes sociales potenciaron al infinito ese instante emotivo. El trending topic creció a escala geométrica como un monstruo planetario, y la chica escuálida de Ciudadela se transformó en algoritmos. Los ordenadores del hording, en tiempo real, establecieron estadísticas y estimaron comerciales. Esa emisión merecía repetirse al día siguiente, en horario central. Es más, entre domingo, lunes y martes se agotarían todos los productos relacionados con Barbie Iro. Tendrían que decidir una estrategia excepcional: acordar con las fábricas un stock superior, potenciar los recursos de mercadotecnia y armar una pauta publicitaria acorde con la demanda.

Tercer acto y clímax. El Pastor ocupó su sitio en la mesa y alzó la Hostia Primordial, más grande y dorada, la única que brillaba al compás de los salmos. Los doce feligreses imitaron su gesto, elevaron las manos hacia el cielo sosteniendo sus hostiones. Así sucedió en cada rincón del planeta, millones de personas alzaron sus cubiertos hacia el cielo.

—Bendito el Elegido, el destinado a la Fama Inmortal. Besen sus hostiones.

Un instante de silencio en toda la Humanidad. En el estudio la oscuridad ganó la escena. Desaparecieron los rostros y la escenografía. Sólo doce luces blancas titilando, cada una simbolizando la ilusión de su portador. Hasta que una se tiñó de rojo. Era un carmín profundo, un punzó de manto sagrado y santo sudario. El hostión de Barbie Irolegui ardía en las pupilas del mundo.

La chica no sintió felicidad, ya habitaba en una dimensión distinta a la dicha o a la tristeza. Tampoco escuchó los aplausos y alaridos, ni vio los monitores con multitudes enloquecidas en San Pedro, La Meca y cada plaza del mundo. Se sintió etérea y completa, llena de un goce infinito... Añil o índigo. Primero apoyó su pie descalzo en el banco, después subió a la mesa y caminó hacia el centro sin temor, con ojos altivos y persuadidos. Ningún demonio nazareno sabría tentarla, la Fama era en ella, y ella era la Fama. En ese instante cumplió su destino:

—¡Soy el Festín!

Rojo gozoso sobre Blanco inmaculado. Fue devorada en poco segundos, igual que los fideos anguila de Shanghái, el borsch de los Rostov, los estofados etíopes y el cerdo de los Dalton. Sin recato ni mesura, desmembrada a la fuerza y saboreada sin morir. La mesa circular tambaleó y su mantel inmaculado se tiñó con rojos desprolijos. Enchiladas en México y paella en Valencia, símbolos orgiásticos de comunión universal. Los Pascuali de Bernal, abuelos, adultos y pequeños, agotaron su bondiola sin parpadear ni usar las manos, las mantuvieron atadas detrás de sus espaldas, como exigía el Sabbat. Sus bocas y dientes compitieron por el festín.

Igual que en el origen, igual que en la eternidad.

## GUASÓN

Ana Laura Alonso

Abrió el WhatsApp con displicencia. Sonaba poco en días de forzoso encierro. Asomaban los destellos del sábado, aunque ella estaba activa desde muy temprano, inmersa en sus ejercicios de primera mañana. El mensaje era breve:

—Elena, te confirmo tu fallecimiento. El sepelio será a las 12, en el Cementerio Parque, sobre la ruta E-53. Nos vemos ahí.

No sorprendió a Elena que el remitente fuera Gustavo Santillana, su entrañable Guasón; le pareció razonable que quien se había ido a los diecinueve, en aquella maldita curva a minutos de Río Ceballos –trayecto que no volvió a recorrer por décadas–, le confirmase su propia muerte e inminente inhumación. Tranquila, extendió su rutina de ejercicios, se duchó. Para entonces, el sol ya alumbraba con fuerza.

Si la ceremonia fúnebre estaba prevista al mediodía, quedaban algunas horas de la mañana para ordenar lo que fuere necesario. Por un segundo se alegró que el Covid-19 y su maraña de prohibiciones le ahorrara el desgaste del velorio. La sorprendió el cosquilleo de la curiosidad:

—Gustavo, mi hermano; ¿Me reconocerá fácilmente, treinta años después? –. Lo recordaba joven y brillante, con su metro noventa y su prolija cabellera corta. Lo había soñado varias veces, siempre con la camisa a cuadros Lacoste que usaba sólo en grandes ocasiones y que naturalmente enfundó su cuerpo frío aunque de talante expresivo, en la última parada. En esas excursiones oníricas,

a veces sólo paseaban, en silencio, en la destartada rural Falcon bordó que los llevó por tantos caminos. En ocasiones, conversaban.

—Esto no es el cielo ni el infierno, le dijo Gustavo una vez.

Elena volvió al mensaje. Correctora de profesión, sufría por las deformaciones idiomáticas impuestas en tiempos de celular, redes sociales y tanta bagatela fast-track. Sintió placer en confirmar al emisor quirúrgico de ortografía impecable; aquel estudiante de arquitectura tan radiante y oscuro como el Ying y el Yang, que por talentoso y disciplinado, podría haber alcanzado el hito que se hubiere propuesto. El contacto, sin foto: ¿habría envejecido? No dejó de solazarse con aquella confirmación de simetrías: hacía tiempo que ella había decidido borrar la imagen propia del cada vez más complejo y entrometido aparato de comunicación.

Gustavo, experto en bonsai, protector de una veintena de perros callejeros que alimentaba y mimaba cotidianamente, cultor del Batman de la tele —se preguntaba Elena si habría llegado a verlo en la pantalla grande, no podía precisarlo— admirando sin dobleces al inefable César Romero en el rol que le regaló un apodo original, al que como buen fan de la clásica serie honró con su particular impronta. Guasón, el intelectual distante, el niño bien que con pocos años había recorrido Europa y los Estados Unidos —pocos sabían que tratando de curar una indomable epilepsia que probablemente sólo ella testimonió alguna vez—; compinche inseparable que la consentía como nadie, grabándole esas eternas cintas de 90 minutos con las canciones que la hacían suspirar, llevándola a Sacoa a fracasar con los flippers, comprándole revistas porno en los quioscos del centro o haciéndose pasar por su eterno consorte para entregarla en los brazos de algún rufián poco celebrado en casa —y a veces rescatarla de las garras de algún impaciente—. El mismo con el que vibraron en el Sargento Cabral, en noche de Mona, sólo para escuchar Ramito de Violetas un nueve de noviembre. Aquel con el esquivaron un bombardeo de chocos y tetra bricks en La Falda para conocer a las Viudas e Hijas

de Roque Enroll y estremecerse con los Fricción; para terminar guarecidos de la lluvia y el frío –como okupas– en una galería comercial, compartiendo con decenas de chiques una aleccionadora vida en comunidad.

Se preguntó Elena si debía dar aviso alguno de su deceso, descartándolo casi de inmediato. Hacía tiempo no salía de casa, y aquel andar recoleto no tenía que ver con el aislamiento social, preventivo y obligatorio dispuesto por decreto. Su profesión la retenía muchas horas por jornada, absorbida en activar su implacable lupa sobre expresiones ajenas, para dejarlas partir en el momento preciso. Disfrutándolas aún en sus versiones menos notables, entusiasmándose hasta en trayectos opacos, procurando la trazabilidad de frases o conceptos y así pulir mejor la pieza, como misión irrenunciable. Con sólo un golpe de vista sobre el texto, podía percibir la vocación, el oficio, la oportunidad, el desencanto, el golpe de suerte, el hambre de gloria o la decadencia.

Es que Elena atesoraba una temprana vocación que la había llevado a ser obsesiva analista del léxico de sus contactos estrechos, entre ellos Gustavo, probablemente el que más le toleró el ejercicio y quien aprovechándolo, le había confiado reflexiones y cartas de amor –para enriquecerlas– y hasta su minucioso diario, cuaderno Arte tapa dura que ojalá, pensaba Elena, se mantuviese aún hoy en las mejores manos. Es probable que aquella voluntad de mejorar expresiones, la haya determinado a relacionarse mejor con estas, que con sus proferentes. Pocas veces se daba el trabajo de entrevistarse personalmente con los autores, aunque algunos fueran famosos y varios le debieran bastante. La cotidianidad, sus actores, cada vez eran menos relevantes para la correctora, inequívocamente atraída no sólo por discursos o ficciones, sino por cuanto pudiera hacer para elevarlos.

Profesional hasta el final, dejó sus últimas correcciones listas. No se preocupó por enviarlas; alguien las encontraría. Una última verificación del immaculado estado del coqueto departamento y a prepararse. Se sorprendió tan elegante y encantadora como cuando



el real world la motivaba. Sonrió y le pareció escuchar a Guasón en alguno de sus piropos más filosos; aquellos aptos para abrir la puerta de la perplejidad.

¿Qué hacer en su sepelio? ¿Debería congratular a los presentes, reconfortar a los suyos, improvisar una despedida? ¿Quizá ensayar un racconto, o sorprender con un enfoque más sincrónico que diacrónico? Después de todo, pensaba Elena, nos desenvolvemos –vivos o muertos– en un tiempo tan anticipado en el pasado reciente, que hoy luce obsoleto, pasado de moda. ¿Qué conjugaciones son las que importan en esta azarosa coyuntura? Intercalando textos y subtextos, imaginando inflexiones y elaborando un discurso comprensivo de reconocimientos, valoraciones y conclusiones –como manda el manual de estilo de cualquier obituario– se sorprendió transitando más de la cuenta y llegando a las puertas de Río Ceballos. Siempre afecta a las referencias físicas, no se había topado aún con el tangible y presuntuoso acceso de ingreso al cementerio, aunque tenía la exacta idea de su ubicación, varios kilómetros antes.

Sorprendida, bajó del coche y requirió información.

—Por aquí no hay ningún cementerio, señorita– respondió una simpática anciana que cómodamente apoltronada, disfrutaba del Astro Rey a sus anchas. Ingresando en zona de confusión, cruzó la ruta. Las indicaciones del empleado de la desolada estación de servicio la llevaron a colegir que no estaban hablando del mismo sitio.

Vuelta al punto de partida, forzada a recalcular, se apoyó en el automóvil mientras observaba el asfalto acerado y yermo. Asumió que la solución, una vez más, estaba en un texto que en este caso se revelaba a pocos metros, impreso sobre un cartel de importantes dimensiones que rezaba: Río Ceballos 2.

—Por fin podré saber dónde estás– musitó Elena. Se retocó el maquillaje en el espejo retrovisor, y dejó las llaves en el vehículo. Emocionada, encaró caminando hacia el chato caserío que se anunciaba a pocas cuadras. Algún bar abriría sólo para ellos. Todavía faltaban tres minutos para el mediodía en punto.

## LOS OJOS DE ADENTRO

Mónica Beatriz Ferrero

Allá por el sur, por el Pueblo de Alta Córdoba, habían sonado todavía unos disparos aislados, después de la balacera que se escuchó durante todo el día hacia la calle Ancha, donde la gente, enfurecida con el golpe militar de Uriburu, asaltó el Club Social, en el que los oligarcos seguían festejando y tirando claveles blancos al paso de las tropas. Decían que el Intendente y el Gobernador le avisaron al Comandante del Ejército que seguro iban a asaltar el Club Social. Decían que mataron a un hombre ahí, un tal Clérico, que era radical. Con el toque de queda, el pueblo parecía muerto, hundido en la oscuridad y el silencio más absoluto. Siempre era duro salir de noche bajo la lluvia o quebrando los vidriecitos de la escarcha, cuando el marido o el padre o la vecina aporreaban la puerta. Pero esa noche parecía imposible salir... Juntar la tijera, el alcohol y el piolín para atar el ombligo para que por la tripita suelta no se vaya la vida del cuerpito nuevo. Y los trapos lavados en vinagre blanco para limpiar a la madre parida y al crío recién nacido. Había que tener permiso para andar después del toque de queda y había que mostrarlo en cada retén policial... pero como llamaran los mismos pobrecitos de siempre ni pensar en sacar un permiso... Vinieron de apuro a aporrear la puerta cuando el chico ya estaba asomando la cabeza... Y hubo que envolverse en un mantón y salir a los tumbos a la oscuridad, sin protestar porque este oficio es así, la mayoría de las veces a pie nomás, hasta donde esperan los parientes ansiosos, al lado de un fuego, en que con suerte, hierven agua y

la mayoría de las veces, sólo está la parturienta gimiendo sobre un colchón pelado, húmedo de sudores y orines sanguinolentos con el hijo malquerido luchando por arrancarse a este mundo feroz...

—¡Basta de golpear! ¡Que ya voy! ¿Hay un coche o un carro o una mula, al menos? Ya no dan estos ojos ni estos huesos para urgencias entre los churquis. ¿No hay nada? Apechugar, entonces, como tantas veces. ¡Agárreme del brazo y guíemé hasta el rancho! Y vos quién sos: ¿padre, abuelo, vecino? ¿No querés contestar? ¡Bueno, allá vos!

—¿Sacaron permiso para salir con el toque de queda?

—No, suponía que no. Por la estación del tren, seguro que hay policía o milicos y que nos piden el permiso, si no nos pegan un balazo al vernos nomás... Roguemos no encontrarnos con un retén o con un balazo. ¡Vamos que los partos no respetan ni revoluciones, ni toques de queda!

—¿Y la madre? ¿Es primeriza? ¿Tiene otros hijos vivos? ¿Cuántos años tiene? ¿Cuándo se puso de parto?

Feo asunto si es primeriza y jovencita... pero, a veces, dan una sorpresa.

—Sí, soy ciega. ¿Y qué? ¿No te dijeron? No grités, porque nadie te ha engañado y conozco mi oficio y por eso me han recomendado y cualquiera puede decirte por acá que la Pacita ha traído al mundo cientos de criaturas sanas y fuertes en más de veinte años que anda en esto. Y da gracias de haberme encontrado, porque esta noche con el tiroteo y los matones en la calle, no creo que ningún otro se hubiera animado.

Mi madre decía: “Cuidado, hija, muchas parteras han quedado ciegas por el líquido de la fuente de una parturienta”, pero yo fui ciega desde el vientre de mi madre, quizás por unas fiebres que tuvo cuando ya contaba varias faltas. En la desesperación, una vez, de jovencita y enamorada hasta me mojé los ojos con agua de fuente, pero ciega seguí hasta hoy.

—¿Acá es? El abuelo o el marido, ¡afuera! ¡Y sin protestar, que no sirven los hombres para asuntos de sangre y dolor!

Feo asunto, nomás, en esta pocilga húmeda y el olor a vela de sebo miserable, con esas piernitas y bracitos de lagartija sin sustento detrás del vientre crecido. Ni colchón, siquiera, unas chalas de choclo, una mesa renga y un banco de madera basta.

—¡Esa agüita sanguinolenta es que has perdido el tapón, mujer! ¿Que no sabés qué es el tapón? ¡Tranquila y dejáme tantear cómo viene el crío! De nalga para empeorar la cosa. Dejáme hacer lo mío que despacito voy a tratar de acomodarlo. Gritá si querés, pero ahorrá fuerzas para cuando vengan los pujos grandes que es cuando el chico quiere salir. ¡No hagas fuerza con la garganta! Traje un cocimiento de malva y albahaca para acelerar el parto difícil.

Nuestro saber, dicen, es un saber entre los doctores y las brujas, que aprendimos algunas, como yo, de nuestras madres y ellas de las suyas, otras por destino, como un don, que nos dio la sabiduría de adivinar preñeces o atrasos, de arreglarles la posición cuando los críos vienen atravesados y salvarles la vida a ellos y a sus madres cuando parecen casi malogrados. Pero nuestro saber es sobre todo un oficio como el del que trabaja la tierra o fabrica una cama con la madera. Son pocos los que respetan nuestro trabajo y menos los que lo pagan, como merece todo trabajador. Apenas, unas alpargatas o un pan de jabón amarillo de puro sebo o un puñado de garbanzos. En una sociedad mandada por varones, sueldo de mujeres... que trabajan como mulas de sol a sol y cobran menos que ellas, porque si la mula no come no puede tirar del arado, ni acarrear los fardos, pero la mujer a todo se hace, hasta a no comer...

Yo no siempre quise ser partera, sino médica con bisturí y diploma enmarcado, o farmacéutica o al menos comadrona titulada de la Escuela de Parteras, pero en mis veintes, por los años del Centenario, las mujeres no podíamos entrar a la Universidad de esta Córdoba bárbara y frailuna y si alborotábamos mucho la policía brava que mandaban los patrones y los curas hasta nos metían presas por curanderismo, acusándonos de inmoralidad y de querer estudiar medicina para practicar abortos... Y para ingresar a la Universidad pedían como mínimo veinte años, papel de aprobado el sexto grado

y de buena conducta y de no tener “impedimento intelectual”, ni imposibilidad física para el ejercicio de la profesión. “Impedimento intelectual”, ¡a nosotras! Y los varones si eran de apellido, ¡aunque fueran unos burros analfabetos! Pero bien que venían a buscarnos las familias y hasta los médicos de mucho congreso y firulete en la receta cuando una de sus mujeres se ponía de parto complicado... O los policías, que tenían nuestros nombres anotados por comisaría, cuando los llamaban a asistir a una parturienta de riesgo o en un aborto de mal fin, como hicieron los tan nombrados Frías del gobernador y el senador demócrata cuando la obstetra recibida que atendió a la madre en otros partos, huyó y tuvieron que buscar a la Aída, que vivía por El Abrojal, me parece.

—Cuando pase la contracción, descansá y respirá hondo, pero despacio, ¡hasta la próxima! ¡No, no te vas a morir, hijita! Sé que duele, pero confía en mí. Mañana, con el bebé en brazos, ni te vas a acordar de tanto dolor, vas a ver.

—Contáme algo de tu vida. ¿Sabés leer y escribir? ¿Cómo te trata ese hombre que es tu marido, que bastante prepotente parece? No, él no se va a enterar de una palabra y a vos se te va pasando el tiempo.

—¿Que es el padre de tu criatura, pero no es tu marido, sino tu patrón y vive con su esposa en la casa grande? ¿Y tu madre y tu padre? ¿Nadie que te proteja? Dura te ha sido la vida, ¡hija de Dios! No, no voy a decir nada, ni una palabra.

¡Dura la vida de las mujeres! Para estudiar cuántas se disfrazaron de varones o tomaron el nombre de un hermano o dejaron su tierra y su herencia para ir a las clases y aprender los recursos que la ciencia daba a lo que la experiencia no podía remediar. Pero aunque los médicos eran los primeros en denunciarnos con argumentos de ciencia e higiene, también hubo muchos que quisieron aprender del trabajo que hacíamos y en una época, cuando yo era jovencita, en la Universidad dijeron que ellos tenían que cumplir cien horas de partos asistidos por comadronas, para tener título de especialistas en partos. ¡Y no se puede negar que nuestra

presencia les daba más seguridad y tranquilidad y a las mujeres menos vergüenza!

—¡Ahora, pujá, que ésta es buena! ¡Vamos, mujer, que casi está afuera!

Cuando la coronilla de la criatura asoma, hay que esperar un momentito justo para ayudarlo a dar media vuelta a la izquierda o la derecha, como ella elija, para no hacerle daño y que salga a enfrentar el destino de frente.

Después, hay que atar en dos sitios el cordón del recién nacido, con un piolín que yo misma hacía con hilo de carretel, desinfectado en alcohol. Lo cortaba por el medio y ponía una gasa encima para que no lo rozara la ropa.

Entre todos estos quehaceres, esa noche, mi cabeza no podía parar de preguntarse qué estaría pasando en la calle, con los diarios del Obispado fogueando pedidos de apaleamientos y pena de muerte para terminar con los que osaban levantar la cabeza para pedir un salario digno y condiciones humanas de trabajo, mientras las hordas de la Legión Cívica se adueñaban de la ciudad, atropellando trabajadores y destrozando imprentas, talleres y rancheríos donde pudieran haberse ocultado los desobedientes. Los sablazos harían correr la sangre entre los adoquines y ya andarían las mujeres de comisaría a hospital preguntando por sus muertos.

Al recién nacido, enseñaba mi madre, hay que lavarlo con un trapo empapado en vino tibio y darle una cucharadita de vino blanco para reanimarlo. Y si en la casa no hay con qué, una buena palmada en el culo, que dura le será esta tierra y no hay por qué engañarlo de entrada...

Pobrecita, casi diez horas para parir otra lagartija y hembra. Otra hembra para este mundo, que ya lo dice el refrán: “¡Mala noche y parir hembra!” Y con el talante del padre es capaz de agarrarla a trompadas o echarla a la calle, aunque el domingo se golpee el pecho, de rodillas, pidiendo perdón por sus pecados. Además es capaz de no querer pagarme nada después de tantas horas... y hasta de querer que vuelva sola a mi casa, como pueda... Pero en

nueve meses, me irá a buscar de nuevo, con la misma furia, como si yo y no la naturaleza fuera la culpable. ¡Feo asunto ser mujer en este mundo, sujeta a la explotación de los patrones y a la de los maridos! Que ya se sabe que hasta el más revolucionario en el Círculo Obrero y en la tribuna, en la casa y en la cama, la mujer y la mula, rienda corta y la boca sangrienta.

Después del nacimiento, había que esperar cinco minutos para que saliera sola la placenta y si no salía, le hacía otro masaje en la barriga o enroscaba el cordón a la mano, le empujaba la tripa con la otra, y mandaba hacer fuerza mientras tiraba para se desprendiese sin llegar a romperse, para que no quedara algo dentro y haya infección. Después, le entregaba la placenta a los familiares para que hicieran con ella lo que quisieran. Yo no creía en esas supersticiones, pero algunos creían que si era niña había que enterrarla bajo el fogón para protección de la madre y la familia y si era varón, en cambio, bajo el umbral de la casa, porque los varones son del mundo.

Para las rajaduras de los pechos, durante la lactancia, miel caliente y manteca y pasar el peine hacia el pezón, suavemente, para indicarle el camino a la leche nueva o calentar el pecho con trapos o cataplasmas de manzanilla calientes y ordeñar durante mucho tiempo hasta que sale la leche mala.

Si se sospecha de preñez no querida, para que baje la sangre, hundir los pies en agua caliente con vinagre. Y si a los días sigue, infusión de ruda y helechos. A mí no me han buscado para hacer abortos, porque aunque pensara lo que pienso de los hijos no queridos, quizás esto mío de no ver me quitaba confianza para decidir quién debe venir al mundo o no... Pero sí he ayudado a sanar abortos mal hechos y a poner inyecciones, como me enseñó un practicante, para cortar hemorragias que hacen espuma y salen rápido, que esas sí son serias. Nosotras, las anarquistas, siempre estuvimos a favor del control de la natalidad, de la maternidad consciente y electiva, que no hay libertad para la mujer trabajadora si no se manda sobre el propio cuerpo. Y como decía nuestro periódico

para la mujer: “¡Evitar la procreación en la pobreza que contribuye a abaratar la mano de obra y engrosar los ejércitos burgueses! ¡Criar hijos para que a los veinte años vayan a degradarse y a perder las nociones del sentimiento humano en el cuartel!”

—No, señor, no es un varón. Una mujercita, flaquita, pero sanita. ¡Da gracias a la madre que ha estado tan guapa! Y pagame lo que podás, pero sobre todo, acompañáme a casa! Y si no podés, no te preocupés que mañana o pasado paso a cobrar por la casa grande. Y a la enferma, reposo y sopa de gallina y nada de limpiar pisos, ni lavar ropa durante treinta días, por lo menos y de ...otras cosas, por lo menos seis meses, ¿oíste? Ha quedado muy débil y disforzada. Y si aparecieran fiebres, ¡me llamás enseguida!

Nunca me fue bien con los hombres. Cuando me vio mi padre después de tres hijas mujeres, contaron las vecinas, se fue al boliche y ahí hubo que ir a buscarlo a las tantas horas, porque un hombre que sólo es capaz de hacer mujeres, dicen que gritaba derrumbado sobre las botellas vacías, ni es hombre, ni es nada. Mi madre, en cambio, me quiso siempre y muchos días después esperó que, con el tiempo, mis ojos perdieran la turbiedad de los recién nacidos y después, insistió en que era una señal de que yo podía ver las cosas de adentro, las que no se ven con los ojos de ver el mundo. Y cuando mi padre se quejaba entre murmullos de tantas bocas para alimentar y además, lo mío... “Condenada a mendigar por la calle, pobre hija mía!”, ella le decía: “Dejá, Justo! que va a aprender mi oficio, como yo de mi madre y ella de la suya, donde de poco sirven los ojos que ven las cosas, cuando los críos van por dentro”. Y así fue y en tantos años de esto, he traído cientos de varones y mujeres sanos a este mundo y con mi oficio me he ganado el pan y he mantenido este pobre rancho en pie, donde tengo todos los yuyos que necesito para mi oficio y crío gallinas y conejos y en una época hasta una mula que se me murió de vieja, en la que a veces me tocó asistir a un parto... Y también los libros que alguna vez me lee alguno que se apiada de mí. Una chacra atiborrada de libros, más que un rancho... Nunca me he resignado a pedir limosna por



la calle o a tantos a los que he traído al mundo o curado de algún mal. Aunque siempre ha sido raro esto de ayudar a dar a luz unos ojos sin luz. Los hombres no me han querido, pero las mujeres sí y mucho, porque nunca hice diferencias entre la casa de un rico o en el rancho de un pobre. Al llegar me sentaba en cualquier sitio, con frecuencia en la cama de la enferma, ahí ponía una manta limpia y debajo una piel de cordero, para no manchar el colchón y empezaba a preguntarle muchas cosas con una voz suave, casi como un bálsamo, no sólo por las enfermedades físicas, sino de su familia y sus gustos, mientras iba haciendo lo mío y sobaba el vientre despacito o la espalda o un brazo, para que fuera aflojándose la tensión.

Cuando el recién nacido corre peligro de muerte yo no soy de administrar allí mismo un bautismo de urgencia, como enseñan muchos Manuales de Comadronas, porque no está en mis convicciones ninguna de esas mentiras para pobres de pecados, ni limbos, ni penitencias

Yo siempre fui, si los parientes no resolvían otra cosa, de volver a la casa de la mujer para lavarla a ella y al recién nacido hasta que se le caía el cordón a la criatura o hasta que la madre pudiera manejarse por sí misma.

Todas estas cosas y muchas más las aprendí acompañando, hasta que ya no tuvo fuerzas de tan viejita, a mi madre que hacía unos pesos atendiendo los partos de las vecinas, para ayudar en la casa al magro sueldo de mi padre... pero él decía que no era de hombres vivir de una mujer, por eso mi madre no lo hacía como oficio, como sí he hecho yo para valerme por mí misma.

Como suponía, esa noche de horror, el padre quedó tan enfurecido, el muy ruin, con el nacimiento de una hembrita, que tuve que volver a casa como pude, con un puñado de monedas en la mano, sí, pero sin saber por dónde iba ni si iba a llegar viva. Al rato de andar a los tumbos sin rumbo fijo, en medio de ese olor a sangre y muerte que llevaba el aire, se apiadó de mí un vecino, que se espantó de la crueldad de esos señores y me acompañó todo el camino de vuelta, haciendo ondear un trapo blanco para que

vieran que éramos gente de paz, hasta el lugar donde yo ya podía seguir sola. Cuando al fin de una eternidad, llegué a casa, maldije mi ceguera, mi mala suerte y a toda la especie humana en general y me encerré en mi pieza, como una bestia apaleada, por mucho tiempo... sabiendo que a la primera llamada por otro parto, saldría de nuevo con todo mi sufrimiento a cuestas.

Y aunque no fue la primera, ni la última vez en que me dejaron sola en medio de la noche, sí fue la única en que me arrepentí en serio de haber seguido los mandatos de mi oficio, cuando a los días, calmada un poco la ciudad a fuerza de cárcel, deportaciones y ajusticiamientos de obreros, vinieron a buscarme las fuerzas de la ley para llevarme ante el Juez por ejercicios ilegales de la medicina y curanderismo y hubo que buscar un abogado y los testimonios de mujeres a las que había asistido y hasta alguna de mucho apellido y conseguir los pesos que no tenía para salir meses después, escuálida y llena de piojos, de la Cárcel del Buen Pastor, adonde íbamos a dar con nuestras miserias prostitutas, infanticidas y aborteras. Y sobre todo, las que no callábamos ante el régimen de palo y hambre que era el de esos días. Y aunque dijeron que la denuncia ante el Consejo de Higiene fue anónima y que sería de alguna de mi mismo oficio que no quería repartir el puchero, nunca pude sacarme de la cabeza de que fue el padre de la hembrita del 8 de setiembre el que me desgració.

# SOY ROSA, Y BÚSQUEME ASÍ

Mirta Noemí López

Dedicado a la dama que no solo dejó  
un asiento vacío a mi lado.

Era la fría mañana del 11 de julio de 2012, mi viaje hacia la cordillera se desarrollaba tranquilo y apacible; el sol débil y aún reciente, luchaba por dispersar la bruma del Valle de Punilla. Comenzaban las vacaciones invernales en la provincia y, por lo tanto, los turistas iban y venían ansiosos por descansar y visitar lugares placenteros. El andar del auto era parejo y sereno en la extensa ruta que se perdía a lo lejos.

Había ya recorrido aproximadamente ciento noventa kilómetros y nada parecía hacer de este pueblito a la vera del camino, un recuerdo imborrable.

De pronto, la carretera clara y vacía dibujó en la banquina una figura humana, un contorno femenino ataviado con ropas oscuras y con un brazo en alto, que parecía moverse ante el sonido de mi coche que se aproximaba; miré el velocímetro y llevaba noventa kilómetros por hora; acababa de salir del poblado y me encaminaba a restar etapas para alcanzar mi destino final en Villa Unión<sup>1</sup>, Provincia de La Rioja.

1 Ciudad cabecera del departamento Coronel Felipe Varela, ubicado al oeste de la provincia de La Rioja, Argentina, se encuentra a una altura de 1240 metros sobre el nivel del mar y en la margen derecha del río Vinchina o Bermejo y se caracteriza por la actividad agrícola y el turismo.

“Es peligroso”, pensé; “¿detenerme en un lugar desconocido con los tiempos que corren?, es muy arriesgado para una mujer sola al volante”.

En cuestión de segundos me aproximé, la vi como un relámpago a mi derecha, pero pasó y allí quedó; firme y estampada en mi espejo retrovisor cuan una foto tomada al instante.

—No puedo evitarla— dije; me detuve y retrocedí hacia ella. Me había adelantado casi veinte metros. Algo en el rostro me inspiró confianza y hasta cargo de conciencia de dejarla allí, abandonada a su suerte con un ramito de flores rojas, una cartera marrón, faldas oscuras, y un pañuelo en la cabeza al viento. La alcancé y ella también me alcanzó; obvio, corrió unos metros para acercarse a mí. ¡Nos encontramos!

Aún con la precaución que traemos quienes venimos de la ciudad convulsionada de violencia, peligros, robos y agresiones, bajé apenas mi vidrio derecho para preguntarle hacia dónde se dirigía, y pude ver un rostro surcado por los años, las manos temblorosas y su apariencia de pueblo, cargada de sencillez al hablar y humildad al mirar.

Con cierta alegría me dijo: — ¡Esta vez alguien se detuvo al fin! ¡Es mi día de suerte si ofrece llevarme! Voy hasta Sarmiento, aquí nomás a veinte kilómetros— sonrió y se quedó esperando mi respuesta.

Fue una cuestión de segundos, romper las medidas de seguridad que nos impone el ritmo de vida de las grandes urbes, los riesgos de transportar a personas desconocidas en casos de accidentes, etc. Debía confiar en mi intuición y en las sensaciones que me transmitía esa imagen temblorosa, indefensa y hasta pacífica; me encomendé al Supremo y destrabé la puerta para que subiera. Este, a mi modo de ver en la actualidad la situación, fue el momento más preciado del encuentro. Una instancia que entonces parecía una eternidad; y hoy, increíblemente breve.

La conversación no tardó en ser cordial y amena, me dijo que se llamaba Rosa y que se dirigía a la gruta del Gauchito Gil<sup>2</sup> en Sarmiento. Que al menos una vez cada tres meses, lo hacía a escondidas de su familia; ya que cumplía la promesa de visitarlo por haberle concedido la gracia de salvar a su hija embarazada y enferma, en circunstancias que los médicos le habían advertido: que quizás la madre, el bebé o ambos no sobrevivirían al parto por el difícil cuadro clínico que revestían. Mencionó ser viuda y vivir sola, allí cerquita de donde la había encontrado. Al juzgar por sus dichos y el rosario que llevaba en su cuello, Rosa era católica creyente, pero había creado un fuerte vínculo con el culto milagroso del pequeño y venerado gaucha. Vestía una falda marrón, un saco negro, sus zapatos marrones se veían desgastados y hasta aún conservaban el polvo de caminatas por el pueblo, con calles de tierra y olvido. Su pañuelo fantasía también lucía viejo, pero le tapaba el cabello que apenas sobresalía en tonos grises y negros. Tenía el acento lugareño del norte cordobés<sup>3</sup>, arrastrado y un poco cantado en las palabras largas. Sin duda alguna se había preparado para un encuentro de gratitud, pues tenía los labios pintados de rojo en conjunción con el ramo de flores que le llevaba al santo. Y rodando, rodando el camino, llegamos a las primeras casas de Sarmiento.

—¿A qué preciso lugar se dirige, Ud. Rosa? — le pregunté para dejarla lo más cerca posible, y sin especificar su respuesta decidió bajarse en ese mismo punto.

Sorprendida de no ver ninguna bandera, imagen o cinta roja que identifica la adoración al Gauchito Gil, le reiteré preocupada —¡Pero aquí no veo ninguna gruta! — mientras ella distendida, sonriente pero con mucha firmeza expresó: —Aquí me bajo—. Sus palabras para mí fueron órdenes. Detuve la marcha

2 El Gauchito Gil es una figura religiosa, objeto de devoción popular en la Argentina. Su fundamento histórico está en la persona del gaucha Antonio Mamerto Gil Núñez, quien fuera colgado de sus pies en un árbol de espinillo, y degollado hasta desangrarse. No está comprendido dentro de la liturgia católica.

3 Oriundo de la provincia de Córdoba, República Argentina

al costado de la calle, le desabroché el cinturón de seguridad y la ayudé a bajarse.

Nuestro grato encuentro había terminado, mi viaje debía continuar ya que la caída del sol en estas épocas, y más aún en las montañas, es muy prematuro. Ambas “pegamos onda”<sup>4</sup>, como actualmente dicen los jóvenes cuando se relacionan y se identifican con quienes conocen, y este encuentro azaroso no era más que eso, algo circunstancial y breve.

—Que tenga mucha suerte, Rosa— le dije como despedida mientras me inclinaba para darle un beso en su mejilla, y a la vez que ella agregó:

—Muchas gracias por traerme y hacerme ahorrar un tiempito para mi regreso a casa, no puedo tardar mucho porque ando siempre a escondidas. Ud. va a tener mucha suerte en su viaje por La Rioja, va a recibir una gran sorpresa también, y por sobretodo, hasta que regrese a su hogar no va a existir inconveniente alguno. Me gustaría volver a verla así me cuenta de su experiencia por las montañas, si al retorno pasa por Totoralejos<sup>5</sup> venga a visitarme, yo vivo en la casa del aguaribay<sup>6</sup> grande, cerquita de donde me encontró; será un gusto invitarla a mi casa y conversar con Ud. ¡Ah! si se pierde, pregunte; soy Rosa y búsqieme así, en la casa del aguaribay grande.

Nuevamente, el ruido del arranque rompió el silencio de otro pueblo más, como tantos que existen a lo largo de las interminables rutas de la patria<sup>7</sup>. Un dejo de nostalgia y tristeza quedó grabado en mi pensamiento, ¿este encuentro casual con una desconocida

4 Dicho moderno, usado por los adolescentes para referir al hecho de aceptarse e identificarse con otra/s persona/s.

5 Totoralejos se encuentra en medio de las Salinas Grandes, al norte de la provincia de Córdoba.

6 (*Schinus molle*) también aguaribai, es un árbol de la familia de las anacardiáceas, del género conocido como molles o árboles de la pimienta. Es nativo de América del Sur, donde crece de forma silvestre en el centro y norte de la República Argentina, desde la provincia de Córdoba hasta Jujuy.

7 Para la autora la República Argentina.

octogenaria, me habría marcado para siempre? Sí, claro. Estoy convencida que en mis viajes encuentro seres que transforman en algo mi vida ¡Cuánto me cuesta aceptar las despedidas! Por ello, tengo el hábito de “no mirar atrás, de avanzar de inmediato, alejarme y nunca voltear la cabeza”, tal como me enseñó mi abuela, quien partió en barco desde Italia para no regresar jamás.

Los días pasaron, mi viaje fue maravilloso y todo resultó en orden tal como lo había deseado. Nuevas experiencias en la montaña, en la santa y valorable paz, que solo las alturas brindan al espíritu. Sin embargo, había llegado la hora de regresar a mi hogar en Córdoba<sup>8</sup>. Tenía cubierta la mitad de mi viaje y me dispuse a completar el resto.

Temprano con las primeras luces del amanecer, mi camioneta y yo nos perdimos en total soledad, por las largas rutas ríjanas bordeadas de cerros y desiertos rojizos. Atrás quedaban los picos nevados de la imponente Cordillera de Los Andes<sup>9</sup>, y yo los saludaba de reojo por el retrovisor lateral, que los tornasolaba a medida que me alejaba.

Recordé que en un par de horas pasaría por Sarmiento, y luego por Totoralejos, donde estaría mi amiga Rosa con su promesa cumplida. “¿Se acordará de mí?”. “¿Querrá verme nuevamente?”. “¿Cómo serán su casita y el enorme aguaribay ante su presencia?” Dudé en aceptar la invitación de visitarla, pero finalmente lo decidí al ver el cartel de entrada al pueblo.

Casi a paso de hombre busqué su morada entre un puñado de viviendas del siglo pasado que se erigían en el trazado comunal, pero lo que primeramente impactó en mi pupila, fue la copa verde e inmensa del famoso aguaribay. –¡Allí está! – concluí. –¡Allí vive Rosa! –

<sup>8</sup> Ciudad capital de la provincia del mismo nombre.

<sup>9</sup> Cadena montañosa occidental de América del Sur. Su superficie aproximada es de 3 370 794 km<sup>2</sup> que contornea la costa del océano Pacífico y parte del mar Caribe a lo largo de 7240 km, la más larga de la Tierra.

Sentí alegría de saber que compartiríamos una hermosa charla bajo dicho árbol, quizás tomando unos mates<sup>10</sup> calientes y aromatizados con algún yuyo autóctono. Al instante, recordé que si estaba su hija presente no podríamos explicar cómo nos habíamos conocido, Rosa salía a escondidas para cumplir su promesa en Sarmiento y no podríamos ocultar, que en esas circunstancias el destino nos había cruzado. “Dejaré que responda Rosa si su hija pregunta, o bien podríamos inventar algo que no la dejara tan expuesta a la realidad”.

Bajé y caminé hacia la casa de viejas paredes derruidas por el paso del tiempo. La mañana tranquila y silenciosa hizo retumbar el golpe de mi puño en una pequeña puerta de chapa gris. Nadie respondió. Insistí con empeño dos, tres, cuatro veces más y hasta grité ansiosa –¡Rosa, Rosa, Rosa! – pero nadie respondió. “¿Me habré confundido?”. “¿Habrá otra casa en este pueblo con un enorme aguaribay?”, pensé. Imprevistamente, vi en la esquina, una señora que caminaba con dos niños pequeños, así pues, decidí preguntarle por Rosa, la dueña de la casa del aguaribay, y casi como si le hubiese preguntado quién ganaría las próximas elecciones en Tanzania, me miró desconcertada y dijo no conocer ninguna Rosa allí; agregando que en esa casa vivía un matrimonio joven desde hacía no mucho tiempo.

Sus palabras me desalentaron un poco, pues yo tenía el recuerdo perfecto de la casa que Rosa me había señalado, pues casi al frente de la misma estaba parada aquel día que nos conocimos. Me sentía casi segura que ese era el aguaribay y que no había posibilidad que fuese un error. “Quizás esta señora sea muy joven y nueva en el pueblo como para conocer a la octogenaria”, pero cuando le agradecí y me retiraba para continuar con mi búsqueda, me señaló otra casita vieja cercana.

Recordaba mi despedida con la anciana y aún vibraba en mis oídos su voz suave y tierna repitiendo: “si se pierde pregunte; soy Rosa, y búsqieme así, en la casa del aguaribay grande”.

10 Infusión tradicional argentina que se prepara dentro de un recipiente vegetal (calabaza o porongo) y se succiona con una bombilla metálica o de caña.



Sin dudarle, y casi nerviosa me encontré golpeando otra puerta, pero esta vez ya presintiendo algo extraño en un pueblo de tan pocos habitantes y escasos aguaribayes enormes. Podía ver mi rostro reflejado en una de las hojas de vidrios repartidos, adornados con un visillo blanco tras cuyo postigo entre abierto una anciana desconfiada mostró repentinamente su rostro. – ¿Quién es? – inquirió.

— ¡Oh! – exclamé sorprendida al ver que no era Rosa. – Disculpe señora, buenos días. Estoy buscando a la Señora Rosa que vive en la casa del aguaribay grande.

Hubo un silencio profundo detrás del visillo y sorpresivamente media hoja de la puerta se abrió hacia adentro. La anciana puso demasiado interés en una visitante a quien no conocía, y todo por el hecho de nombrarle una tal “Rosa”, que supuestamente vivía en la casa vecina.

Al principio, insistió en hacerme entrar a la antesala mientras notaba en su rostro una expresión inesperada de alegría y desconcierto. Me sentí incómoda por la situación misteriosa que se había originado y deseaba irme cuanto antes.

— Siéntese – ordenó. – Voy a traerle un té caliente para beber –, y sin mediar mi negativa, se ausentó hacia el interior de la casa.

Mi vista no pudo evitar recorrer lo que *a prima facie*<sup>11</sup> se exhibía. Una casa del siglo pasado, con muebles desgastados por el paso del tiempo. Había un espejo llamativamente grande, una lámpara de pie sin pantalla, y un viejo bargueño<sup>12</sup> estilo español de color claro. Cerré los ojos un instante y deseaba ver a Rosa, aunque mi sexto sentido no llegaba ya a percibirla. Sólo una oleada de un pasado lejano traía la historia de una familia ya desaparecida. “¿Con quién vivirá esta señora?”, pensé mientras la espera se hacía larga. “Tengo deseos de abrir la puerta y huir”. “¿Cómo vine a caer aquí?”. “En nada se parece al encuentro que tuve con Rosa”.

11 Del latín “A primera vista”, “Primera impresión”.

12 Mueble de madera de origen español, fabricado entre los siglos XVI al XVIII.

“Sería una falta de cortesía de mi parte retirarme cuando mi anfitriona está preparando un té para esta desconocida que irrumpe de la nada”. Traté de tranquilizarme y seguí observando la habitación desde mi silla hasta que la mujer llegó con su taza de una humeante infusión.

—¿Cómo conoce Ud. a Rosa? – inquirió.

Hice un silencio profundo admitiendo que ella sabía de quién estábamos hablando. Temí delatar el secreto de sus visitas al Gauchito Gil, así que traté de dar respuestas generalizadas mientras olía la aromática infusión a base de poleo<sup>13</sup> serrano.

—La conocí hace cinco días en ocasión de pasar por aquí camino a La Rioja– respondí, y su rostro expresó una incredulidad contundente.

—Yo soy Rebeca, la hermana menor de Rosa– concluyó, pero nada me indicaba que sus genes las emparentaran.

Esta mujer era menos corpulenta, de piel más blanca, de ojos almendrados y de cabello más canoso. Eran como la luna y el sol, la noche y el día, la impaciencia y la serenidad. Traté de reencontrarme con la palabra luego del silencio extendido al que Rebeca me había sometido para estudiarme por completo. La miré fijamente a sus ojos de párpados arrugados e hinchados por los avatares de la vida, y murmuré:

—¿Y Rosa está de viaje? – insistí para que finalmente me informara sobre tanta incógnita al respecto. –En efecto, yo vengo desde La Rioja camino a Córdoba y le prometí una visita– le aclaré.

—¿Cómo se llama Ud., señora? –me preguntó.

—María– le respondí desconcertada por la situación.

—María, Ud. debe estar equivocada con mi hermana; debe hacer mucho más tiempo que se conocieron.

13 *Teucrium polium* o zamarilla es una pequeña mata o hierba del género *Teucrium* con flores blanquecinas o rosas. Posee varios usos: medicinales, contra los dolores de estómago; como condimento, en la cocina; y en la elaboración de herbero.

—¡No, señora, fue cinco días atrás! – le aseguré impaciente y poniéndome de pie para dirigirme hacia la puerta aún entreabierta.

—Tranquílese, María, le pido que tome asiento nuevamente y termine su té. Hace diez años Rosa vivía en la casa del aguaribay grande y un cierto día en ocasión de dirigirse a Sarmiento mientras cruzaba la ruta fue atropellada por un auto que no la vio y no pudo detenerse. Ella falleció en el acto, su cuerpo quedó tirado en la banquina, allá al frente donde terminan las casitas del pueblo. Llevaba en sus manos una cartera marrón y un ramo de flores rojas, ¡quién sabe para quién! y desde entonces, de vez en cuando algún habitante que la conoció le deja en el lugar algún nuevo ramito. Ella había quedado viuda y había sufrido mucho por su hija enferma en el momento del parto. Desde entonces, vivió en soledad y los recuerdos en la casa del aguaribay. No salía nunca, salvo ese maldito día que tuvo el accidente yendo, ¡vaya a saber a dónde! La casa logró venderse el año pasado, pero los recuerdos siempre son vívidos en lugares como este. Es por eso que le digo, María, Ud. debe estar confundida en el tiempo que pasa volando en la ciudad y eternamente lento en los pueblos. ¡Sí! Ud., está equivocada y quizás olvidada por la vida misma, ¿me entiende? – finalizó.

Luego de haber endurecido mi postura en el asiento, y congelado mis ojos abiertos; Rebeca terminó su trágico relato. Supe que debía irme de prisa de ese lugar. No podía encontrar mi paz interior y eso se notaba. Pensaba que había vivido una pesadilla con la mujer sentada a mi lado en el viaje, y hasta dudaba si la transversalidad del tiempo había presentado una falla; mezclando el pasado con el presente... y el desasosiego ¡era mi misma interlocutora!

– Debo irme ya mismo, señora– exclamé poniéndome de pie, mareada, nauseosa y muy confundida. Abrí desesperadamente la puerta con el visillo blanco que en la acción flameó violentamente como expulsándome de una verdad que me costaba entender.

Sentí deseos de correr y entrar a mi vehículo para cobijarme del espanto. Al salir de la casa, no pude evitar de clavar mis pupilas

hacia la ruta a mis espaldas; sin respetar el hábito de: “no mirar atrás, de avanzar de inmediato, alejarme y nunca voltear la cabeza tal como decía mi abuela”. Tuve miedo y temblaba. No quería demorarme, rugió el motor en un estrepitoso derrape y partí sola y atormentada. Sentía cada vez más, aumentar las pulsaciones por mi ritmo cardíaco.

—¡No puede ser, no puede ser! – grité en medio de la nada.

Finalmente, llegué a mi casa luego de un viaje prolongado.

Ya pasaron cuatro años y aún sigo pensando en Rosa. Cada vez que viajo y veo el asiento de mi acompañante vacío, me transporto con el pensamiento ¡allá a lo lejos!; a ese paisaje misterioso de la Provincia de Córdoba, donde encontré un contorno femenino ataviado con ropas oscuras, un brazo en alto, y en el otro un ramo de flores rojas, destinadas a cumplir con ese ritual secreto que guardaré por siempre.

Nota: por tratarse de un hecho personal, algunos nombres de personas y lugares fueron cambiados.

## UNA SOSPECHA SOBRE LAS EFIGIES

Pablo Nicolás Angulo

Hugo Paulino Arrascaeta pasó innumerables horas de su infancia paseando por los rincones de la sobria pero imponente Biblioteca Provincial. No es que un niño sienta particular atracción por este tipo de lugares, ni tampoco que a él lo haya movido un especial interés despertado espontáneamente como manifestación de cualidades literarias innatas que lo empujaran a estar en aquel universo de las letras. Nada de eso. Simplemente ocurría que su madre, Limpia Encarnación Rummenigge de Arrascaeta, ocupaba un puesto de auxiliar en aquel establecimiento, cumpliendo los horarios y obligaciones de cualquier bibliotecaria pero con un salario de asistente, remuneración un tanto menor producto de la trampa semántica en la denominación de su cargo.

Así fue como Hugo Paulino vivió las tardes de su niñez entre aquellos enormes estantes de hasta cuatro metros. Si tal vez hubiera nacido en una pequeña localidad, podría haber estado jugando con amigos en torno a una pelota sin más custodia que los siempreverdes plantados en las veredas. Pero en una ciudad capital como esta, provinciana, pero ciudad al fin, no era demasiado seguro dejar a un pequeño rondar solitario por las transitadas y atollondradas calles, ni siquiera a la hora de la siesta. Limpia Encarnación no era lo que se dice una madre sobreprotectora, pero sí una mujer precavida y sensata, reacia a los riesgos y siempre atenta al cálculo de las probabilidades de la desgracia. Entonces, después de cada mediodía, a la salida de la Escuela Primaria Bonifacio Palacios, el

muchachito no tenía más remedio que estar junto a ella en aquel céntrico edificio del siglo XIX.

Él no sufría tanto las prohibiciones de correr o provocar alborotos, las cuales resultan una condena para los infantes en la mayoría de las ocasiones, lo cierto es que generalmente llegaba ya bastante cansado de la jornada escolar, donde daba rienda suelta a sus necesidades de correrías y vociferaciones. Tal desgaste le permitía gozar de una calma sincera, libre de imposiciones. Así, se disponía a apreciar los atractivos que a su edad podía encontrar en aquel sitio: las baldosas de mármol donde abundaban las formas entre las manchas, el terciopelo de los cordones divisorios, el tamaño de los muebles, la textura de las maderas, el cuero de los sillones, el olor de las edades del papel y lo amplio de aquellos pasillos que le resultaban inmensos para alguien de su estatura. Mas si había algo que se llevaba especialmente su atención, eran los cuadros, en particular los retratos. Estos se ubicaban principalmente en las paredes de la sala de lectura y en el salón de ingreso, aunque también los había en los costados de las estanterías, colocados de manera caprichosa y aleatoria.

Por fuera de la presencia obligada de los rostros del presidente y el gobernador de turno, allí abundaban las más diversas efigies, producidas por aspirantes a pintores que la Escuela de Artes enviaba a partir de un convenio que Limpia Encarnación había conseguido en proactiva gestión. Napoleón, Cleopatra, Newton, Galileo, Belisario y hasta Kutúzov gozaban campantes del culto a su personalidad, y sus representaciones convivían con las de los autores como Tolstoi, Julio Verne, Homero, Selma Lagerlöf o Grazia Deledda, siendo estas últimas dos encargadas especialmente por la administración, es decir, por Limpia Encarnación, que con desagrado había tomado nota de la inequidad a la hora de enmarcar varones o mujeres.

Así, Hugo Paulino desarrolló una empedernida fascinación por aquellos rostros, a los que miraba con minuciosidad, como pretendiendo memorizar cada pormenor, buscando imperfecciones o

detalles aún no descubiertos. Pasaba de la frente a los ojos, de las orejas al cuello, de las pestañas a las cejas, de los hombros al cabello, de los pómulos a la nariz. Los devoraba pasionalmente con la mirada y no dejaba ni un solo recoveco sin examinar. Les ponía nombres falsos y su infantil imaginación se figuraba historias fantásticas con aquellos protagonistas enfrascados en aventuras desopilantes que tenían lugar en ilusorios escenarios. Buscaba compulsivamente libro tras libro, intentando localizar los que tuvieran retratos en sus portadas y repetía esta conducta con el desenfreno de un amante. Así llenaba de fantasía las horas vacías en el trabajo de su madre.

Cada día, a eso de las seis y veinte, llegaba al encuentro del niño Juan Alfonso Arrascaeta, su padre. El hombre, que era capitán de un subsector en la fábrica de autopartes de la ciudad, bajaba de su pulcrísimo coche blanco modelo 61, subía las escaleras de cemento, atravesaba el pórtico y en el salón principal saludaba a su esposa a la distancia para guardar las formas. Allí preguntaba por el pequeño, que, arrancado del reino de su inventiva, podía por fin regresar a casa. Una vez en el techo familiar, mientras tomaban té con plan blando y escuchaban las novedades musicales de la radio provincial, aguardaban por la madre que llegaría sin falta dos horas más tarde, luego del cierre de la biblioteca. En uno de esos momentos en compañía de su progenitor, Hugo Paulino lo interrumpió en la lectura del periódico para hacerle saber sus deseos de ver una foto de su difunto abuelo, al que nunca había conocido. Juan Alfonso lanzó un suspiro que más bien pareció un rebuzno, pero accedió. Fue a la habitación marital y de allí volvió con una pequeña y grisácea lámina. Tras hacerle prometer al infante que sería cuidadoso, le entregó aquella fotografía. Al observar la imagen de ese anciano calvo, de arrugas secas y surcadas, de nariz ancha y labios severos, Hugo Paulino sintió un repentino sobresalto, de esos que se experimentan a la llegada de una revelación irreversible. Pero no pudo interpretar de qué se trataba.

Un mes más tarde de aquel episodio, se desató una huelga general de obreros industriales, en medio de una crisis de despidos,

suspensiones, retrasos en los pagos y una caída aterradora del poder de compra de los salarios. En la cuarta jornada de manifestación, Juan Alfonso recibió un balazo en el hígado durante una cruenta sesión de represión policial. La atención hospitalaria sólo pudo mantenerlo con vida tres días más. La hemorragia hepática lo llevó a una muerte inevitable. Los diarios locales responsabilizaron del hecho a sus propios compañeros de sindicato. Los medios del resto del país ni siquiera publicaron la noticia. El tribunal provincial cerró la causa sin culpables y las instancias superiores rechazaron las apelaciones.

Tras el velorio, Hugo Paulino sufrió dolores descarnados, desarrolló un mutismo selectivo que sólo le permitía emitir palabras en medio de los recurrentes sollozos. Se volvió un niño sombrío, ensimismado e insomne que digería lo inapelable de la muerte sin intermisión ni alivio. La contusión de sus músculos acompañaba a sus ojos perdidos en los puntos ciegos, su visceral sufrimiento a veces se traducía en vómitos repentinos o en accesos incontrolables de tos seca. Se impuso con rigidez el absoluto desinterés por la vida y desaparecieron por completo las sensaciones de placer.

Sin embargo, el misterio del paso del tiempo poco a poco comenzó a manifestarse y pasadas dieciséis semanas, tras sanar de una conjuntivitis portentosa, sus ánimos mostraron por primera vez lentos brotes de mejoría. La depresión generalizada del hogar comenzó a escampar. Las ropas negras viraron al medio luto, las ventanas se abrieron y se recibieron algunas visitas de veinte minutos. Continuaron las pesadillas y las constipaciones, pero la angustia ahora otorgaba algún soslayo y había mayores posibilidades de distracción, o más bien, de concentración. Una mañana de sábado, revisando una caja a escondidas de la autoridad maternal, Hugo Paulino desarchivó algunas fotos que Limpia Encarnación había guardado bajo varias capas de cinta. Se llevó tres a su habitación y se tendió en la cama. Recuperó parte de su perdido interés contemplativo. Sintió que una nueva verdad se le develaba. Después de paulatinas instituciones, pudo ver con claridad lo que sus sospechas le



insinuaron la tarde que le mostraron la fotografía de su abuelo. En ese momento descubrió, para siempre, que los retratos de la gente muerta tienen una mirada particular, que su semblante es infinitamente diferente al que tienen los de las personas vivas. Mirando el rostro de su padre pudo confirmar su nebulosa corazonada: cuando alguien muere, todos sus retratos cambian la expresión.

Ya en su juventud, convertido en un animado lector y promotor de Gógal, Arlt y Sigrid Undset, volvió a vagar por la biblioteca. Adquirió el hábito de visitar museos y profundizó su vicio de observar a las caras allí pintadas. Acudía a las casas de sus amistades y amantes y, una vez entrado en confianza, proponía que sería una buena idea ver las fotos del álbum familiar. Pasó el resto de su vida intentando vincular aquel fenómeno con el enigma de la existencia del alma. Nunca pudo establecer asertivamente cómo se manifestaba. Dudó hasta el último día si la respuesta era que el alma quedaba por siempre en los retratos después de la defunción, o si por el contrario, la transformación en la mueca anunciaba que una parte del espíritu había estado siempre en el recuadro y cuando el cuerpo dejaba este mundo, la parte allí alojada también se marchaba en un reencuentro de eternidad.

Nunca más volví a escuchar hablar de Hugo Paulino. Ahora me hallo aquí, observando su imagen, que me mira desde la estantería. Tengo la sensación de que algo ha cambiado en su expresión.

# NOSFERATU

Santiago Luengo

He reflexionado durante mucho tiempo sobre el principio y el fin de la gran mortandad en mi ciudad natal, Wisborg. Aquí está su historia.

Nosferatu, eine Symphonie des Grauens, 1922

Eran las seis de la mañana y le tocaba a Juan comenzar el turno ese día. La neblina cegaba sus ojos ya empañados por el vapor que emanaba su respiración asfixiada en la mascarilla. El frío cruel le entumecía el huesudo semblante. Las ojeras parecían profundas y oscuras, remarcadas con caféina y horas de televisión nocturna. Sus varios metros de estatura desentonaban entre el común de personas, pero se veía un poco más bajo debido a ese mal de andar siempre encorvado. La tez de su piel era la de alguien asiduo a las vacaciones dentro de casa, un blanquecino recuadro que, junto al traje negro y el resto de características mencionadas, diseñaban en él una copia casi exacta de una pintura de Ken Currie. Tal aspecto, sumado a que desempeñaba labores en un crematorio, le había hecho una fama entre sus compañeros de trabajo. Lo llamaban Nosferatu, en honor al personaje cinematográfico de mil novecientos veintidós. Tanto escuchar ese nombre, un día se decidió por ver la película. Luego de verla, no conforme con su comprensión sobre la cinta, volvió a verla. Y así estuvo, hasta que escuchó la alarma de su despertador marcando el comienzo de otro día. Acabó de disfrutarla por décimo segunda vez y resolvió que el personaje jamás

fue el villano, como lo pintaban siempre, sino un sujeto que sacrificó su inmortalidad, su cualidad divina, por amor.

Antes de llegar al crematorio, divisó con interrogación a un grupo de personas, seis o cinco, que se agolpaban a las afueras del enrejado. Nunca recibía visitas, no era el lugar para recibir las, pensó y siguió caminando, respetando el tiempo que llevaba hasta antes de su conclusión. Al llegar, las personas se giraron y abrieron paso a su largo brazo que se extendía a la distancia para abrir el candado. Los individuos lo miraban inmóviles, incluso sus conversaciones se suspendieron en el aire, y sus alientos, como si de un momento a otro se volvieran presas a punto de ser descubiertas por el cazador. Juan terminaba de girar la llave cuando fijó por casualidad sus ojos en un bulto que permanecía silencioso dentro, a un costado de la puerta, bajo la ventana. Cuando al fin pudo entrar, encendió las luces, levantó la bolsa y la ordenó sobre un largo mesón metálico. Según el procedimiento debía cerciorarse primero que la razón de defunción estuviera clarificada en la ficha del cuerpo. Tiempo atrás había llegado un cadáver y Juan, en su inexperiencia y exceso de confianza, no cuestionó que en la papeleta no figurara reseña alguna sobre su abatimiento. Días después descubrió con horror que el cuerpo aún mantenía un proceso judicial pendiente y por error había terminado en el crematorio y no en la morgue. De buena memoria, sabía que ya no le volvería a pasar. Por eso, cuando revisó el registro que traía el cuerpo de esa mañana, un frío más terrible que el de aquella jornada invernal lo dejó perplejo frente al escenario mortuorio. El nombre que se repetía en periódicos, televisores y páginas internacionales, muy popular por esos días, aparecía escrito con tinta azul sobre el envoltorio.

Siguiendo el consejo de las autoridades, buscó con celeridad sus guantes, el jabón, el alcohol, el cloro y una nueva mascarilla. Cuando reunió todo frente a sí, tuvo el lapsus de no saber qué hacer primero. Luego se decidió por lavarse las manos. Pasó casi diez minutos refregando el detergente contra su piel y al ver que la densidad de la misma había bajado lo suficiente, echó a correr el

agua del grifo. Prosiguió poniéndose los guantes. Terminó con la mascarilla. Dispuesto el traje, Juan comenzó con su trabajo.

Partió encendiendo el horno para que alcanzara los ochocientos cincuenta grados necesarios para la combustión de la carne. Abrió la bolsa. El olor hace años había dejado de importarle, tan sólo, haciendo uso de su memoria olfativa, rememoraba alguno de los platos que preparaba su madre cuando era sólo un niño. El estofado de res y coliflor. Las albóndigas de carne molida en salsa de tomate. Se había vuelto un momento grato, dentro de todo lo terrible que podía ser para alguien que no conociera su labor. Después de retirar el cuerpo completo de su saco, comenzó a desprenderlo de los objetos metálicos que poseía. Hasta ahora todo avanzaba con la normalidad habitual.

Desde niño guardaba la costumbre de jamás mirar el rostro de un muerto. Había escuchado decir a la abuela que, según el relato campesino, mirarlos a la cara y encontrarse con sus ojos abiertos significaba que está intentando llevar a alguien a la otra vida. De ahí que no lo hiciera en los muchos funerales a los que le había tocado asistir y evitara de sobremanera hacerlo en su trabajo. Pero al descuidar el trapo húmedo con el que había desinfectado los mesones, este calló al piso y ahí se quedó, en silencio, asechando a la presa, esperando el descuido. Eso hasta que un paso confiado del cremador lo devolvió a la vida. Desequilibrado por la errada pisada, sostuvo su mano en el brazo del exánime. Juan cayó al piso y sobre él el cuerpo sin vida. Por menos de un minuto estuvieron mirándose fijos, atentos a lo que el otro decidía hacer. Así hasta que los brazos del cremador recobraron las fuerzas y se quitaron al mortecino fiambre de encima. Juan corrió otra vez al lavabo para quitarse cualquier rastro de infección que hubiera caído en su piel. Y así lo hizo, hasta que al levantar la cabeza y enfrentar a su reflejo en el espejo, logró advertir un corte vertical en la mascarilla. La gota de sudor que había comenzado a correr cuando estuvo en el piso, había iniciado nuevamente su curso. Lo abordó un temblor en las manos que detuvo cuando quitó de golpe la máscara

herida y la reemplazó por una nueva. No fue tiempo suficiente para que entrara algo, pensó y, luego de tanto repetirlo en voz alta, terminó por convencerse.

Volvió a sus tareas, avanzando la revisión del cuerpo para retirar los accesorios. Y la hubiera terminado si no fuera por un desconcertante descubrimiento. Cerca del hombro, sobre los bíceps, el sujeto mantenía aún legible un tatuaje con una inscripción numérica. Y aquel dato pasaría como uno más de los que Juan ha visto durante los años de trabajo en el horno si no fuera porque la numeración dispuesta en ese brazo es también su fecha de nacimiento. Se dirigió presuroso a la ficha del cuerpo y, para buena suerte de sus indicios, su hipótesis era correcta. La fecha que figuraba en el cuerpo, también era la fecha en que aquel sujeto llegó al mundo. Curioso, al menos, el hecho de ver muerto a alguien nacido el mismo día que yo, se dijo mientras pensaba que tal vez pudo estar su madre pariendo en la habitación contigua, mal que mal en esos años solamente había un hospital que realizara tales labores. Se sintió absurdamente conmovido, llegando a mirar el cuerpo extraño como a un sujeto cercano, querido.

Siguió trabajando, pero esta vez intentó no poner atención a los detalles que se asomaban en la piel del fenecido, muy a pesar de la dificultad que significaba esa tarea, pues aparecía una señal tras otra, cada cual más extraña que la anterior. Una cicatriz idéntica a la que Juan lucía en la cabeza desde que tenía ocho años, cuando su mano perdió la seguridad del respaldo de la banca en el estadio donde estaba sentado y cayó al suelo desde el quinto tablón. El léntigo solar que mantenía en el lado izquierdo del cuello, con una forma que sólo en sí mismo había encontrado. Las marcas que el calzado apretado le provocaba en los pies. La quemadura en el codo. Los dientes amarillos y los colmillos asomados. Todo permanecía en su lugar exacto. Aun así, Juan insistía en resistirse a la sombría idea. Y fue así hasta que, restándole sólo la cara para terminar el examen preparatorio, encontró los ojos abiertos del cadáver. Se volvieron a mirar y en el reflejo del iris advirtió que la

mascarilla ya no la llevaba y que manipulaba el cuerpo sin guantes. Aquello, pensó, sería producto de la mala noche que pasó. Hace días que una pesadilla le entorpecía el sueño y hacía que aún más se remarcaran aquellas oscuras ojeras. Se imaginaba muerto, acabado por quizá qué razón, y se veía rondando el aspecto que figuraba su cadáver blanco y frío. Después despertaba, ponía la televisión, un café con refresco de cola y pasaba en vela hasta el otro día.

Luego recobró la conciencia y de la frente le empezaron a colgar ríos de sudor caliente. Las manos, confiadas hace un rato, volvieron a temblar como al comienzo. Sabía, por lo que había oído en televisión, que la enfermedad aún no tenía cura, que de haber pasado horas ahí sin protección su esperanza de vida se había reducido considerablemente. Ya no podría salir de allí. Y entonces, mientras la temperatura en la sala comenzaba también a subir, Juan concluyó que el sueño, aquel que nombraba como pesadilla, no hizo otra cosa que vaticinarle la escena. El cuerpo que había llegado ese día fue la sentencia, las personas en la entrada su despedida. Era hora. Por fin, después de tanto tiempo siendo el celador sin guadaña, que dirigía las almas al averno ardiente, al fin le llegaba la hora. Pero quizá aún había algo por hacer, pensó y con una sensación semejante a la que pudo tener el conde al llegar a Wisborg, con ansias de conquista, importante, poderoso, tomó en sus manos el bienestar universal. Si la muerte había dispuesto todo para llevárselo al otro lado, al menos tendría la opción de elegir cómo partir.

Movido por un fin mayor, decidido a que aquel virus no saldría de ahí con vida, miró fijamente el agujero infernal que comúnmente llamaría horno, pero que hoy es la salida, su puerta al estrellato. Será un héroe, un antihéroe, como el Nosferatu de sus interpretaciones. Abrazado al cadáver premonitorio, resolvió que esta era una fantástica forma de sellar su destino. Entonces comenzó a entrar al horno, que ya superaba los mil grados Celsius, suficientes para fulminar la totalidad de ambas estructuras anatómicas. Y así fue. Lo último que vendría a su cabeza sería la

escena, clásica para la mayoría, abreviada por la situación, del vampiro desvaneciéndose por la luz solar. Y mientras los rayos del astro caían sobre la figura del resucitado, este divisaba atento el cuerpo de la dama que permanecía tendida entre las sábanas blancas, suaves, con olor a sangre tibia derramada.

Ese mismo día, por la noche, un televisor encendido transmitía la noticia: “...durante horas de la tarde se produjo un incendio, de considerables proporciones, en el tradicional crematorio de la ciudad. El siniestro se habría generado producto de la negligencia del empleado, quien, al parecer, no pudo evitar quedarse dormido mientras trabajaba... En otras informaciones, el virus que devasta el mundo al fin llega a nuestro país. Aún no se contabilizan muertos a causa de esta pandemia...”.

## PITOCO

Santiago Alberto Armando

*5 de marzo, 2020*

Unos tres años hablando con Juan Manuel hasta que le dije que todos los paraguayos son chorros, mi vieja es paraguaya me dijo, ahí quedamos, gran poeta... después de reabrir el Facebook lo amigo y me dice que está en pedo hace como cincuenta días.

Con Diego, otro borracho mierdoso embustero resentido, mejor haberlo perdido, odio mirarme en él. Me escribo con Savino, un amigo de mi primo Mariano, justo me decía que todos terminan en el ensayismo. Y la flaca en los sueños, Pablo Pérez en los sueños, hasta Galkin me tira números de quiniela. Mi hermano con un tumor en la cabeza, mis viejos viejos, yo en mi máximo histórico de gordura y tres paquetes de puchos diarios. Segildo negaba la palabra pucho cuando le manguaba, peleó en la guerra civil paraguaya para los colorados, me acompañó a comprar la cocina a Foz que diez años después le dejé intacta a Nilce en las cabañas que cambiaron de dueño parece, porque las arreglaron a nuevo, Cabaña 3, Beltrán 96, Puerto Iguazú, yo se la había dado a Cristián que estaba abriendo el hostel y después de aquella noche en el lado brasilero me la devolvieron, no la pude vender, no pude vender el terreno, todo se deshilachó en pocos días y terminé en una celda blanca de un loquero de Lanús. Lo miro a Leopoldo María Panero en los videos con mirada grande de visión, pitando, exhalar y decir ¿qué? cuando le habla el ambiente informable. Me gustaría leer su biografía, tuvo poco vuelo en vida, como yo, y el resto encierro, del loquero a la



televisión, en el programa de Sánchez Dragó se levanta varias veces a hacer pis, toma cocacola sin parar, con limón, y fuma encadenado. ¿Cómo se llaman esos caramelos tucumanos? Alfeñiques: se puede decir que se encadenan cuando tiro la ceniza pegando con la punta del dedo gordo en la base del cigarro en forma del nudo de alfeñique el porta-pucho plegable, o más bien un telar con el movimiento de coger el siguiente, y el humo, el olor concentrado a ceniza que se levanta cuando prendo el ventilador o el aire. Recién salgo de la piletta. Hoy hubo diálogo whatsapeado con Teresa que va a cobrar el paro después de un año dos meses y tres días de negreo. Hay gente que no puede trabajar, hay gente que no puede trabajar y hace trabajos imposibles y que son irremplazables pero los descartan como un sachet de leche, y ahora hay montones de usos para un sachet descartable, hay horas de videos sobre cosas para hacer con lo que se descarta, el trabajo inventado es lo que mantiene todo, los que ganan veintidós lucas por mes, quince, doce, y tener que escuchar a los políticos y militantes. Es un gran momento de politización dice Maslatón, para despolitizar nada mejor que abrir la importación, todo el mundo con chirimbolos nuevos y chau política, que la pilchita la guitarrita, el telefonito el ipad y ya no hay como volarse la cabeza escuchando música ya no hay compactos ni discos, pongo Starless, a ver qué me hace, telar de pucho y gancho de mate, pongo uno en vivo con Belew, FraKctured.

En el libro *Técnicas de Masturbación entre Batman y Robin* se dice que García Márquez es un idiota porque narra sin pensar, un largo poema romántico novelado sin un ápice de pensamiento, algo que César Aira se esfuerza en mejorar, algo parecido pero con objeciones de viejo zorro, y también como dijo el poeta “flotan en sus mecanismos narrativos”

En Europa con Chuchú, sobre un puente de adoquines sin baranda, resbaloso, Shitless, ciudad vieja desolada fría, negra, rumbo al hotel, siempre llegamos nos duchamos, vamos a Brujas, la convenzo de ir a Ámsterdam a que me aguante a que me coma una bolsa de hongos fumando afgano, dice no, me voy a los museos, y

parto para Marbella, aparezco en Córcega con un bolso de absentas, compro haschisch en Tánger y escribo una novela densa que no aguanto un lagarto obeso blanco con manchas negras y cresta de jugador de futbol sacando la lengua y digo nunca más podrán conmigo y compro un velero en Haifa y vuelvo al Río de la Plata sin antes dejar de comprarle armas a los israelíes por los piratas, la tierra devastada en la costa bajando por Brasil y piratas paqueros, me ha cogido la tercera guerra, busco islas con agua de fuente y junto a la fuente un paquete de yerba termo mate y bombilla, se vuela un pindorcillo del alma, ateneo del mirlo mío, la música de los cristales con radares de ballena y llegamos al choriducto que dejó la represa de Itaipú bombardeada

*9 de marzo*

The Frying Pan

El bastón de mica del viejo barbado con su nueva especie de monos pulgas colgándose y escondiéndose en su barba, guarda sus dientes intactos, de sus manos se pierden turbinas de teclados, infernales descensos de teclados abismales como los de Lito Vitale, y Litos Vitales sin aliento corriendo por los ADeNes teclas y negras y choclos de colores brillantes de mis platas en el acorde raro se escucha el discernimiento la examinación de una nueva criatura en un grano de choclo a la que se le conceden tres cigarros de abismal tiempo, y un guitarrista arpegiando azulejos cortados en diagonal, pañuelos se doblan se juntan se doran como un banco de peces pasan brillando intermitente, el tipo colgando de su asiento de mimbre suspendido The Embers, Lito Vitale no, él siempre afeitado camisa y saco con el pelo parado escondiendo la gordura.

*12 de marzo*

Deja eso con desdén, para recojer esta cagada de mis letras, soreteros enroscados a una diva, la única, Mirtha Suavebledo con sus dos guardaespaldas, Mate y Pucho.

## A Very Sad Story

Verónica en plaza Pueyrredón y Las Heras, los globos de helio violetas con orejas, tiene el pelo atado, pero en Buenos Aires no cuidaban el pasto en la plaza sólo se lo podía mirar, nublado, y empilchan a los niños iguales en invierno, la calesita en un barrial y el kiosquito del placero, y todo va a sepianta allá quedó.

Por suerte se fue el kiosquero, se fundió, pero se fundió por la paraguaya que embarazó que se le metió en la caja con el bebé. Eso le pasa porque “siempre al lado de una pileta pública hay un kiosquero esperando para hacerte el aujero” con los precios.

A mi hermano le mandaron a hacerse cinco sesiones preventivas de rayos, le dieron tres convulsiones al hilo en un remis yendo a hacer un trabajo. Estuvo internado dos días. Nadie me dijo qué dio la biopsia del tumor que le sacaron. (Dio mal, Glioblastoma)

Hablé un poco con Omar, dice que no quiere pasar pálidas de siempre lo mismo por eso no manda mensajes.

Les escribí a Mariano y a Hugo Savino una defensa de los diarios de Bioy Casares, me sacaron cagando.

23/03

Hace como un mes me bajo 2 rivotriles de 2mg y un nozinan 25, no me puedo mover, mejor por la cuarentena, un poco tarde para un diario de cuarentena. Estoy en cama con libros de Lugones, Markson y Rabelais, me pedí *La zozobra de la lengua* de Gherasim Luca.

Mi hermano bien por ahora. Mi hermana va a parir el primero de abril, en medio de la pandemia.

Soñé que estábamos en el ingoal de la cancha 2 del CASI y que todavía jugaba y aparecieron en la hilera de tres cuartos Ignacio Acha y Diego Travers, de atrás miraba todo Javier Acha porque me los quería comer crudos, estaban parados en el jardín de la casa de San Isidro y despierto sin aire tomando consciencia de mi edad y de pucho al horno.

Por la pandemia no se puede ni caminar por el barrio cerrado. Necesito la antología de Alfred Jarry para subir defensas.

Nació Eneas, mi octavo sobrino. Tengo que cambiar el teclado estancado de ceniza.

No se puede seguir fumando así, ocho paquetes en dos días, si llego a coger el virus soy boleta, ahí le saqué un montículo de ceniza y va mejor, están carísimos, todo es caro, vuelo de obesidad: 117 kilos. Silencio de amigos. Hoy vino mi hermano Joaquín, lo vi bien.

Las pastillas me hacen menos efecto, como pan, brownies. Tocar el tema de mis viejos es molesto, largo, la mortaja, la colonia penitenciaria. El infanto-juvenil. No me puedo lavar el culo si no es con bidet, no me llega la mano, si no me redujera tanto los movimientos la llevaría con alegría a la busarda. Busardil, y chau panza. Es hora de empastillarme, el mate no está perdido.

De veinticinco a cincuenta y pico ataca el corazón el virus, dicen. Casi no se hacen autopsias. La pantalla blanca me replica rayos con el pucho y me duele una zona esferoide atrás de la oreja. No pienso poner música, la computadora suena como un avión suave, el suavestar de ir recalentando el mate olvidado porque todavía el agua caliente. Valses, a los botes, al Bósforo, Bosta fósforo, coste febre costa gavras rené parnieto el choli mi rititi siempre me salva (eso fue un pedo).

Pedo y humo de tabaco: hoy le escribí al vicepresidente de la Sony, un japonés, en inglés, le pedí que se fijaran un poco que en vez de inventar el tan mentado antejo con computadora que hagan uno que detecte secreciones peligrosas mediante el color avisando.

---

Sr.

*I wonder if it is possible for Sony, the only company I can think of that could achieve eyeglasses with sensors to identify hazardous emanations, for pedestrian use.*

*Scientists like Michio Kaku and Scify TV have been talking about this sort for people identification by purposes of socializing only, for*

*a long time. But nothing about enviromental danger awarement in real time. Given this present pandemic and future posible others, the sciences of image could make a big difference for human safety.*

*Sincerely,*

サンティアゴアルマンド

---

Le escribí porque me acordé de las mujeres japonesas que andaban por cataratas todas cubiertas, con mascarilla y guantes, todas tapadas y con paraguas capaz algo con esos anteojos se pueden sacar pilcha de encima, El Gen de Dios, el sumidero que es Cuba en ese libro seremos con este Gerardo Biondin.

Mi escritura es mi género y mi apetito sexual, mi vida sexual se desempeña cuando escribo, vivo en figurativo estos últimos días bah, desde que me despertó hace como un mes mi vecina con sus graznidos coitales me volvieron las melodías a la cabeza, qué sabroso debe ser mi cerebro, como una guayaba, debe ir bien con granadina o helado de pistacho, y al fin

Cae el verbo en mi rutina, siento frío. Hay helado de Fredo, tendría que abrigarme, recupero el mate chupando.

Ya no creo en ponerla. Soy un hombre mayor.

Leí el cuentito de OL que sacaron del Teatro Proletario, siempre esas metáforas únicas de la sodomía, “destapar la letrina”, en este caso. Pensé que morcillona era un invento de Abreu, y otro cabeza de gato. ¿Habrás más? Fue una gran alegría este último Inédito.

El helado no era de Fredo era Jacinto Reyes, pero el dulce de leche estaba bueno.

8/7

De la Sony me contestó un robot burócrata cualquiera que me dio direcciones de email para pedir subvenciones para mi compañía

y otras cosas. Probé suerte con Tim Cook de Apple, recién. Está Elon Musk también.

19/4

Nillie Villuns

a puro cuento lengua de pato como alpargata muy cansado para escribir recién bañado para responderle a la mina que escribe sobre locas de psiquiátrico ah, mamá compró siete DVD toda la pante-  
ra rosa, tocos, todo merry melodies warner y looney tunes intento mantenerme dulce tocos de fútbol de los 80 y no chismerío poético de psiquiátrico, cataratas, se me enciende el cristal de los cielos rociados en esa palabra, los diarios: el cristal que se desdobra, el rabo de anti-nube otra vez tuve plata y no me los pedí, en ese momento dije que comenzaría a dibujar y pedí a philip guston y expressions of madness en realidad, el gusto de lectura va recontrasolo y yira yira, no dejo que ni los libros amados me tomen la sopa no impregnarse y poca fuerza mucha pasta but Lord I'm a vudu chile todo mojo men cambio todo por Robotech odio la música el rock de ceremonia los teclados manzarek no llega a los finos cabellos va todo a pesadilla enteógena, se me acaba la narrativa se me van para arriba las subordinadas me están jodiendo es bugs bunny, my muse  
¿Qué, se puede escurrir, exprimir culturalmente? es como primo levi creo, que dijo que después de auschwitz se acabó la poesía, la cultura ese  
campo de concentración, tengo la cura para la cultura

3/05

Verónica, los recuerdos un bollo de papel de alfajor. Qué buena estaba la flaca, mejor que Deborah de Corral, que la última vez que salí la vi a la madre en la línea H bajando, un despedote tipo Katja Aleman pero irlandesa.

Tabaco negro suave marca pindonga en Argentina es bueno. El Golden Virginia holandés, o los cubanos los diez cohiba

1650 mangos, compro, me trago el humo que arde mi llaga mi epoc escarapela, floripondio. Hago intento de metacódigos pero muertos, la escritura impotente, del alba con yoga en nube 9 si hago yoga me descoyunto la cabeza del fémur, sólo futbol, no me podían parar.

Seis de la mañana papá me manda un mensaje al grupo de la familia que apague la calefacción que me cago de frío en esta mierda de ladrillos huecos, nunca jamás me sentí tan en bolas que viviendo en una casa de ladrillo hueco. Estas buchoneadas de histérico de papá delante de la familia me hacen decaer la estima que de vez en cuando le tengo por protegerme.

21/5

Mi hermano Joaquín después de una neumonía empieza mañana rayos y quimio, dos veces lo operaron, el glioblastoma tiene pronóstico infausto, catorce meses de vida promedio. Ayer me decía de ir a su casa un mediodía de estos a comer langostinos, cosa que no sé si se podrá. Papá me contó que lo acompañó a comprarse un sombrero de ala ancha por la posible pérdida de pelo. Esto me deja con pocas ganas de hablar con nadie y a la vez siento un gran desprendimiento de los llamados amigos y quedo en silencio, leo poco y nada, con mis padres nos llevamos bien ahora, la unidad parece natural no tregua, no hay discusiones, algo inédito, la compañía se hizo afectuosa.

Qué horrible escribo, cuánto tiempo perdido.

## LA TERTULIA

Marta Leonor Puey

Cuca, Tita y Maruca, piel cetrina, pelo negro, cuencas profundas; juntas envejecieron en esa casa silenciosa, oscura, ya sin eco de los buenos tiempos.

También oscura y silenciosa está la cocina ante la ausencia de Pipo, vigoroso cocinero italiano que hacía delicias para esa familia que se detuvo en estas tres hermanas educadas para la tertulia a la hora del té.

Con galletitas y té sobreviven mientras sus huesos descalcificados se rompen en pedazos.

Cuca, desde la cama diferencia el día de la noche gracias a la ventana sin postigos.

Tita, en silla de ruedas, gira en penumbras en torno a la mesa de caoba del comedor dialogando con invitados imaginarios.

Maruca, empujada por el espanto de tanta ausencia y presencia, sale a la galería midiendo el tiempo con el toc, toc de sus muletas hasta la hora del té; momento en que entra a la cocina, calienta el agua, prepara la infusión, abre la lata y colma el plato de quebradizas y crujientes galletitas express; que junto a la tetera y tres tazas deposita sobre la mesa rodante. Colgada de las muletas la empuja con sus rodillas hasta el costado de la cama de Cuca. Tita ha dejado de dar vueltas y en su silla y acude al cuarto. Maruca detiene la mesa al lado de la cama, se sienta en el sillón y apoya las muletas en el posabrazos. Comienza la tertulia.

—Anoche escuché cuando llegó... — dice Cuca, empujando con dificultad las almohadas que le harán de respaldo en la cama.



—¿Qué es lo que escuchaste? – interrumpe Maruca alcanzándole la taza de té.

—A él, llegó a la madrugada –. Cuca toma la taza y revuelve con la cuchara de plata, símbolo de los viejos tiempos.

—¡Ja,ja,jaaa! – ríe por lo bajo Tita –yo sabía, yo sabía– entona moviendo la silla de atrás para adelante.

—Callate, dejá la silla quieta, te estoy alcanzando la taza, ¿no la ves? – dice Maruca en voz baja.

Cuca con la mirada perdida en el pedazo de cielo que se recorta por la ventana ajena a lo que dice Tita, ahora mira a Maruca y continúa:

—Viene, abre y cierra la puerta sin hacer ruido, se acuesta a mi lado; tapa mi boca con su mano que huele a canela y manzana: “para que no te escuchen chiquita”, me dice y la desliza debajo de las sábanas... – toma un sorbo de té y continúa – cuando se va yo me enrosco y él me tapa.

—Yo lo sabía, yo lo sabía –entona Tita. Con una mano sostiene la taza y con la otra aferrada a la rueda de la silla la impulsa hacia atrás y hacia adelante.

—Tomá – Maruca le acerca el plato con galletitas, Tita no lo registra, sigue moviendo la silla acunando el té dentro de la taza, de borde a borde, sin volcarlo.

—Él me dice que es nuestro secreto – dice Cuca esquivando la mirada.

Maruca la deja hablar, la deja que habite en sus recuerdos; mira hacia abajo y no responde ella quiere borrarlos y no sabe cómo; la memoria es ladina le juega malas pasadas. Sabe que ella sabe. Se sirve más té y toma una galletita.

—Yo lo sabía, yo lo sabía, manzana y canela, manzana y canela, la torta del té –entona Tita ahora en voz baja.

—¡Callate por favor!, dame la taza – reprime enérgica Maruca.

—¡Noo! No te la doy, esta taza era de mamá y ahora es mía, ahora es mía – responde Tita retirando la taza del alcance de su hermana.

Maruca toma la taza vacía del regazo Cuca, la pone sobre la mesa rodante junto a la de ella, toma las muletas, se levanta y vuelve a empujar la mesa hasta a la cocina. Enciende la luz de la lamparita enganchada del cable que cae perpendicular al centro de la mesa proyectando la luz mezquina que se mezcla con la del anochecer, deja las tazas vacías en la pileta, abre la canilla, las enjuaga y las seca.

Tita en su silla de ruedas va por el pasillo en penumbras hacia la cocina entonando bajito: “Yo sabía, y mamá lo supo, yo sabía y mamá lo supo”; entra callada, deja su taza y regresa a su habitación. Arrima la silla a la cama con dificultad, se pasa, se acuesta y espera la noche frente a la ventana contemplando el afuera por las mirillas abiertas de la celosía. Más de mil noches le había llevado borrar la figura frágil de su madre colándose por las escamas de la celosía brotando incendiada desde la oscuridad; más de mil noches le había llevado obtener un cielo negro y plano como un pesado telón que nadie pudiera rasgar, y luego buscar alguna estrella que le revelara estar viva para poder conciliar el sueño. Repasando la tarea de obtener un cielo negro y plano, la figura de su madre volvió a colarse por las escamas de chapa, irrumpió multiplicada y ardiendo... y supo que la vida seguía siendo agonía.

Maruca es la última en acostarse, antes de apagar la luz de la cocina enciende una vela y la coloca en la palmatoria, con los años el descalabro se había apoderado de la casa hasta dejar parte de ella sin luz eléctrica, ensarta la palmatoria en su pulgar, toma las muletas con dificultad ya ensayada y se dirige al cuarto que fue de su madre. La escasa luz del pasillo hace que las sombras bailen al compás de su torpe andar; entra al dormitorio, apoya el candelero sobre viejas revistas apiladas al costado de la cama, la lumbre se aquieta, las sombras dibujan las paredes, se sienta en la cama, deja las muletas en paralelo al costado, se saca los pantalones sin mirarse las piernas; no resiste ver las cicatrices, toma el vaso con agua e ingiere una doble dosis; necesita dormir. Se acuesta, los párpados le pesan y cierra los ojos... La hoguera comienza a cercarlas, la madre abrazada a las tres no las suelta, la puerta de la leñera se abre,

entra Pipo, el fuego se aviva, se acerca a Cuca la levanta en brazos, Tita se sujeta de su cintura y sale arrastrada; ella empuja a la madre para obligarla a soltarse de la columna sin lograrlo, grita desesperada, el fuego avanza, su madre aferrada se niega a soltarse, tironea de sus ropas para desprenderla, no lo logra, el humo la sofoca.

La palmatoria se resbala, las revistas se encienden, las muletas arden, crujen las resacas maderas del piso, el fuego se expande, recorre los pasillos, invade la casa.

Cuca en su cuarto espera... se le mezclan figuras, tiempos, cometidos. Pipo en la cocina, Pipo y la hora del té con torta de manzana y canela, Pipo de noche cuando la casa duerme. Abrazo. Pipo deseo, miedo, placer, vergüenza y culpa. Ahora el pedazo de cielo que se recorta por la ventana comienza a velarse por el humo. Calor que abrasa, envuelve, calcina y devora. Grita, no hay mano que tape su boca, grita...

Han pasado años y algunos dicen haber visto por las noches tres sombras deslizarse entre los escombros teñidos de hollín.

## PUERTO CRISTAL

Gastón Gustavo González

Los postes grises se suceden todos iguales a esta altura de la ruta. En el cielo dos nubes, blancas y alargadas, puestas en paralelo cortando el horizonte me hacen acordar a mi hermano. Murió en este mismo camino, hace unas cinco semanas. Vivíamos juntos en una pieza que nos pagaban los japoneses, a una cuadra de Puerto Cristal. Sobre la cama de mi hermano dejé su ropa para que pareciera menos vacía por las noches.

Claudio Zárate salió de Puerto Deseado el 18 de noviembre a las tres de la tarde. Frenó en la rotisería antes de tomar la 281 hacia Pico Truncado. Compró una porción de papas fritas y dos tiras de pan francés. Las papas fritas las comió antes de la rotonda. Pasó frente al cartel que recordaba a las hermanas que habían sido asesinadas por un conductor borracho el año anterior. Estaban peregrinando hacia la Gruta de Lourdes durante el amanecer. Las chicas querían ver el sol, entre las paredes de roca, proyectando sus rayos sobre la virgen. El conductor las embistió a ciento veinte kilómetros por hora. Zárate arrojó la bandeja de plástico vacía frente al pequeño santuario que los familiares habían construido a la misma altura donde habían sido encontrados sus cuerpos.

Llevo los anteojos de sol de mi hermano. Él los dejó sobre la mesa de luz y los tomé antes de subirme a la camioneta de Eduardo. Se la pedí prestada ayer cuando volvíamos de trabajar en el cofrado del pilote central del depósito. Me tiene lástima desde que

murió Claudio. Sin mirarme me dijo que sí, que la dejaría en el estacionamiento del hotel Acantilados. El embrague está muy duro y el asiento está lleno de polvo. Sin embargo me gusta el andar de la camioneta, muy diferente al Renault 19 de Claudio. En ese sentía que me llevaba el viento.

Claudio Zárate frenó en la entrada de la Gruta para orinar. En una de las columnas del ingreso alguien había escrito con carbón “Pola Gay”. Zárate fumó un cigarrillo apoyado en el capó, lo tiró a medio consumir entre la gravilla y volvió a entrar al vehículo. En el Renault 19 la policía encontró un bolso lleno a medias con ropa de trabajo y algunos discos sin tapa. En la comisaría las computadoras no tenían lectora y tuvieron que enviar el material a Río Gallegos. Zárate manejó a alta velocidad hasta la entrada de Tellier, donde bajó la velocidad al pasar frente al destacamento. El policía que estaba de turno lo conocía. Era un joven cabo que habían mandado a esconder en una ruta muerta, desde Gregores, porque le había disparado a un menor de edad. Zárate hizo una mueca parecida a una venia y el muchacho levantó la mano con cara de dormido. El pueblo era deprimente. Durante los primeros metros se sucedían una decena de galpones grises, algunos oxidados. Frente a ellos había camiones de diferentes tamaños, algunos con carga. Zárate puso un cassette de Hugo Giménez Agüero y estiró un poco su cuerpo. Al abrir sus piernas sintió que el revolver le molestaba en la cintura y lo apoyó en el asiento del acompañante.

El cielo se nubló de golpe, casi sin aviso. De las dos nubes largas y paralelas surgieron otras más pequeñas y redondas que fueron bloqueando el sol. La falta de luz le quita solemnidad a la desolación del desierto. Me persigno frente al pequeño santuario que construyeron para esas chicas. El cartel a su lado, ya doblado por el viento, me llena de escalofríos. Sus caras están impresas sobre la chapa con un stencil. Entre ambas hay un texto imposible de leer desde un auto a velocidad. La cabeza de la más grande me

hace acordar a Claudio y un escalofrío recorre mi cuerpo. Tuvi-  
mos que velarlo a cajón cerrado. Nunca encontraron su cabeza.  
No tuve fuerzas para contarle eso a mamá por teléfono. No pudo  
venir para el entierro, los vuelos de Buenos Aires a Caleta Olivia  
estaban suspendidos por el paro de los petroleros. Esperarla a que  
llegara en colectivo era una locura; en este verano seco, y en las  
condiciones que está la morgue del hospital, no podíamos dejar el  
cuerpo de Claudio mucho tiempo sin darle sepultura. El día que  
lo llevaron el jefe le dijo a Eduardo que me diera franco. Fui hasta  
la morgue. Le pusieron una sábana encima y lo llevaron en una  
camilla. Me impresionó ver el faltante de cabeza bajo la tela blanca,  
como un cuerpo interrumpido, incompleto.

Claudio Zárate llegó a Jaramillo mientras el sol se insertaba  
en el horizonte. Se detuvo frente a la panadería La Piedad y com-  
pró dos sándwiches de miga que comió apoyado sobre el capó de  
su Renault 19. El viento había comenzado a soplar más fuerte y  
el calor se disipaba entre las piedras y los arbustos secos. Zárate se  
puso la rompevientos azul que le habían dado en la constructora  
y caminó unas cuadras por el pueblo. Parecía un hermano menor  
y más seco de Puerto Deseado. Se sorprendió al darse cuenta de  
que no había conocido Jaramillo en todo ese tiempo. El trabajo  
en el puerto era extenuante y apenas si le quedaban horas durante  
la noche para tomar algún trago, o encontrar un poco de compa-  
ñía en el Kabuki, el mejor cabaret de la ciudad. Era el único lugar  
al que no iba junto con Ariel, su hermano menor. Ellos parecían  
inseparables hasta que caía la noche y sus cuerpos se escindían.  
Claudio elegía el humo, la música y la oscuridad del Kabuki. Ariel,  
en cambio, se quedaba en la pieza leyendo alguna novela bélica  
o de espías. Dentro del cabaret había una notoria división entre  
las mesas de japoneses y las de los occidentales. La diferencia her-  
manaba a locales, porteños, chilenos, santiagueños, mendocinos y  
bolivianos en un mismo grupo en contraposición a los orientales.  
Tawara, el dueño de la constructora, se sentaba en la mejor mesa,  
sobre la pared del fondo, cerca de los salones privados.

Cuando éramos chicos, Claudio y yo solíamos ir hasta el río en su bicicleta. Yo me paraba sobre los pedalines y apoyaba mis manos sobre sus hombros. La dejábamos cerca de las parrillas, justo en la entrada del balneario. De allí corríamos carreras hasta el agua. Él siempre ganaba. Jugábamos con los chicos del norte, que vivían del otro lado del puente. Al caer la tarde comenzaba la guerra. Hacíamos pelotas de barro y nos arrojábamos los proyectiles. No había vencedores ni vencidos. Una tarde, antes de que llegaran los del norte, Claudio me llevó hasta el puente del ferrocarril, me hizo sentar sobre el pilote de cemento y me señaló tres pelotas de barro. No las toques, me dijo mientras las señalaba, estas las tiro yo, son para el gil de Domínguez. Asentí y seguimos jugando en la orilla. Luego llegaron los del norte, Domínguez y mi hermano se miraban con odio. La guerra fue más dura que otras veces. Cansado, mientras aún tiraban, me refugié detrás de los árboles. Vi a Claudio correr hasta el puente, cubriendo su cabeza con sus brazos, tomar las pelotas ya preparadas y lanzarlas hacia Domínguez. La última le dio en la cara. El grito de Domínguez detuvo la guerra. Todos miraban, con pelotas de barro en sus manos. Uno de los del norte se acercó a Domínguez y cuando logró sacarle la mano del rostro, gritó junto a él; su ojo, líquido blancuzco mezclado con sangre, caía muerto sobre su mejilla. Claudio estaba pálido pero sonriente.

Claudio Zárate entró a Pico Truncado a las nueve y media de la noche aunque el cielo seguía claro como en un atardecer. Dejó el Renault 19 en la YPF y caminó hasta la casa que le habían marcado en el mapa. El revólver lo llevaba en el bolsillo interno de la rompeviento. Caminaba con los ojos entrecerrados por las ráfagas que levantaban la tierra de las calles. Un cartel señalaba un sendero que llevaba hasta el bosque petrificado. Zárate frenó frente a la casa indicada. Tanteó su bolsillo, caminó hasta la puerta y golpeó tres veces.

Bajo de la camioneta y abro la tranquera. La camioneta vibra y despide ronquidos, dejé el motor en marcha. Subo y miro hacia el asiento de acompañante. Allí está la campera de Claudio, sus anteojos y el pistolón que tomé de la casilla de seguridad. Herminio, el vigilante, siempre lo guarda dentro de un balde tapado con un trapo de piso, debajo de su silla. Anoche, luego de terminar el encofrado, mientras todos intercambiaban gritos y risas camino al Kabuki, me senté en el fondo del vestuario a esperar el click final de la puerta. Las luces fueron apagándose a mi alrededor y dejé que la oscuridad me envolviera. Pasé unos minutos sentado en silencio y salí cuando oí a Herminio haciendo su primera ronda de la noche. La casilla está casi en la entrada del predio. Caminé rápido, apoyando el peso de mi cuerpo en los talones para no hacer ruido, abrí la puerta de acrílico, corrí el trapo, metí la mano, tomé el pistolón y volví a acomodar todo. Cuando crucé la reja el viejo recién estaba dando la vuelta al obrador, demasiado lejos para reconocirme.

Claudio Zárate salió de la casa con el sobre de papel madera en una mano y el revolver en la otra. Caminó rápido hasta el auto. El pueblo parecía abandonado. El cielo, apenas oscurecido, parecía cernirse sobre la tierra. Los últimos metros hasta el vehículo los hizo corriendo. Las llantas resbalaron bruscamente y provocaron una lluvia de piedras sobre el alambrado de la estación de servicio. Al pasar Fitz Roy, tal como le habían instruido, tomó el camino interno de una estancia que desembocaba en la ruta provincial 51, de ripio. Luego de unos veinte kilómetros por la ruta, ya envuelto en la oscuridad de la noche, frenó el vehículo, bajó de un salto y arrojó el revólver lo más lejos que su brazo le permitió. Se quedó mirando sus manos. En el bolsillo interno de la campera el fajo de billetes le apretaba el pecho.

El viento frenó de golpe, como si alguien hubiera cerrado una canilla. Dentro de la cabina sólo se oye el carraspeo del motor



y el golpe periódico del rosario atado al espejo retrovisor contra el parabrisas. Al subir, luego de abrir la tranquera, me puse la campera de Claudio para abrigarme. Aún tiene su olor, pienso, mientras quito el rosario del espejo retrovisor y lo guardo en la guantera. Faltan quince kilómetros. Acelero un poco, dejo que mi cuerpo se sacuda con las irregularidades del camino, pero mis manos están firmes sobre el volante. Siento la transpiración en mis palmas y cómo la cuerina se va pegando lentamente a mi piel. Me imagino a Claudio volviendo por este camino, también de noche, con los hombros prácticamente pegados al volante. A él le gustaba manejar así, con la cabeza hacia adelante, tratando de observar la trompa del Renault 19. Decía que podía prepararse mejor para esquivar las liebres que cruzan el camino y quedan petrificadas frente a las luces. Miro el cuentavueeltas. Hace veinte kilómetros que estoy en el camino. Detengo el vehículo, tomo el pistolón y la linterna. Decido dejar las balizas puestas; aunque sea poco probable que alguien venga a esta hora por el camino, no me gustaría que choquen la camioneta de Eduardo. En el camino no se ven marcas. Esperaba encontrar una huella exagerada saliendo del camino, restos de vidrios, alguna mancha de sangre, algo. El viento ha escondido todo.

Camino hacia el oeste, apuntando hacia el suelo, evitando los coirones. En el haz de luz mi vista captura algo blanco, pienso en la cabeza de mi hermano. Contra el alambrado veo una tropilla. El viento me trae el olor a bosta. Levanto el pistolón y disparo. Cierro los ojos por la explosión. Los caballos corren y la tierra seca se levanta. Mi vista se aclara, el polvo se asienta y veo una mancha mediana que corcovea contra el alambrado; un potrillo negro intenta pararse pero el perdigonazo destrozó parte de sus patas delanteras. La respiración agitada del animal se mezcla con el viento. El torso oscuro se agita con frenesí. Me acerco sintiendo el calor del pistolón bajo mi palma, sincronizando mi respiración agitada con la desesperación del animal. Se está quedando sin fuerzas. Tiene las ancas traseras apretadas contra el alambrado y su cara golpea

rítmicamente el piso por no tener la fuerza para sostenerse erguido. Su respiración se transforma en un soplido agudo, lastimoso. Aprieto los dientes.

Claudio Zárate subió al vehículo temblando por el frío. El viento seguía soplando con fuerza y el piloto no era suficiente para aplacarlo. El ripio estaba más liso, mejor cuidado. Decidió acelerar un poco. Era casi medianoche y le faltaba unos veinte kilómetros para llegar a la rotonda e incorporarse a la ruta. Llevaba el cuerpo reclinado hacia adelante, con la cabeza casi pegada al volante. Miraba la trompa de su auto. Cuando vio la figura negra ya era tarde, iba casi a noventa kilómetros por hora. El cuerpo negro se vino encima pero todo sucedió de manera lenta dentro de la cabina. Vio los ojos, también negros, capturados en el repentino brillo de las luces del auto. En ellos notó el terror, el mismo que sintió recorrer su cuerpo, desde su garganta hasta el final de su espalda. Tensionó los puños pero no intentó doblar el volante, supo en el instante que era inútil. Escuchó la chapa doblarse, los huesos romperse, el vidrio estallar. Todo se volvió negro. El Renault 19 avanzó por inercia una centena de metros más, bordeando el baden que separaba la ruta del campo. Se detuvo finalmente al chocar contra una piedra. La óptica derecha estaba apagada y del capó salía humo. El cuerpo negro estaba cruzado sobre el auto, como si alguien hubiera intentado meterlo a la fuerza luego de comprarlo en una feria americana, con la esperanza de no tener que pagar un flete. El viento recorría la cabina, desprotegida al haber estallado el parabrisas delantero. Un baqueano los encontró durante la mañana siguiente. La luz delantera se había apagado al agotarse la batería. El cuerpo de Claudio Zárate estaba apoyado sobre el volante, con los brazos caídos hacia un costado y con las ancas de un caballo negro donde debía estar su cabeza. La policía llegó a las nueve, la ambulancia tardó veinte minutos más. Luego llegaron los bomberos de Caleta Olivia con una grúa. Al caballo lo cargaron en la caja de una camioneta blanca de la municipalidad y lo arrojaron en el

basural pasando la gruta. Los bomberos se miraron un momento antes de quitar el cuerpo de la cabina. El encargado del operativo mandó a dos policías a buscar la cabeza entre los coirones mientras llevaban el resto de Claudio Zárate a la morgue. El sobre con dinero que llevaba en el bolsillo de la campera no fue reclamado por nadie. Quizás el baqueano lo haya invertido en el Kabuki o en una cena en Puerto Cristal.

## EL PESCADOR

Julián Penagos-Carreño

Mario lleva despierto unas cuantas horas. Desde la cima de la sierra, observa las ruinas del pueblo y los contornos de la bahía, donde ahora está el puerto de la empresa carbonera. Ese monstruo. Está sentado en su mecedora de mimbre, en frente de la choza, donde adentro, aún duerme Helena, su esposa. La oscuridad es gris. Las estrellas aún fulguran colando su luz entre las nubes. Es una madrugada sin luna.

Mario apenas divisa los escombros del pueblo. No logra ver ni los antiguos hoteles, ni los bares que antes llenaban la playa con su escándalo hasta el amanecer. Tampoco ve las casas. Le gustaba observar sus tejados de colores porque daban la impresión de estar vivos cuando brillaban con la luz del sol. Ya no queda nada. Mario sólo distingue el recuadro de la antigua plaza y los trazos de una iglesia desvencijada. En el mar, los barcos solitarios combaten la oscuridad con la intermitencia de las luces rojas de sus puentes de mando.

Desde la sierra, sopla un viento frío. Helena tose. Carraspea. Escupe. Su garganta emite un sonido ronco, como el graznido de una gaviota ahogándose. Son sus pulmones suplicando por algo de oxígeno.

Mario entra. La choza parece un pequeño desierto gris, encerrado en cuatro paredes de bahareque mal puestas. El techo está lleno de pedacitos podridos de madera, trenzados con ramas y hojas secas. Dentro, el paisaje está compuesto por una cama vieja con un colchón roído, una mesita de noche, de plástico, un comedor

de madera podrida, un asiento sin cojines y una cocinilla donde se arremolinan vasos, ollas, cubiertos y platos. A pesar de la oscuridad, Mario sabe que Helena está a punto de caerse de la cama. Se acerca a ella. La sostiene. Le alcanza un pañuelo blanco puesto sobre la mesita. Lo posa sobre su boca. Helena tose de nuevo. Entonces, escucha un desgarró. Mario la acomoda mejor. El cuerpo de su esposa da pequeños saltos, por culpa de los espasmos pulmonares. Mario aprieta el pañuelo entre sus manos. Está húmedo. Siente la rugosidad de múltiples partículas diminutas que le raspan los dedos. Como la arena de la playa cuando se queda entre la ropa. Pero no es arena, es el polvo negro del carbón.

—¿Quieres agua? – pregunta.

En aquella oscuridad gris, él sabe que su esposa está sedienta. Va hacia la mesa del comedor donde encima, hay una jarra. Sus movimientos son exactos. No se tropieza. No se pierde. No olvida la ubicación de los pocos muebles, a pesar de que la penumbra del amanecer, dentro de la choza, es mucho más profunda. Sirve un vaso de agua. Se lo alcanza a Helena. Escucha el sonido del líquido bajando por su garganta.

—Huele a quemado– afirma Helena, apretando con sus manos las cuentas del rosario con el que siempre duerme.

—Es sólo tu imaginación– contesta Mario, acariciando su cabello seco y revuelto.

—Pasó de nuevo, ¿cierto? ¡Cof! ¡Cof! ¿Ellos...volvieron? – pregunta, preocupada, colocando el vaso sobre la mesa.

Él nota que hace esfuerzos para sentarse.

—Nada, nada. No ha pasado nada.

—¿Ya rezaste? –lo interroga Helena. Lo toma de las manos. –Ven, recemos.

—Hoy no tengo ganas –le dice, soltándose.

Mario da dos pasos. Se aleja de la cama. Voltea su cuerpo hacia la salida. El aire que entra refresca la choza, pero también agrava la tos de Helena.

—¿A dónde vas? –insiste ella.

Mario, de espaldas, mueve la cabeza afirmando:

—Debo ir a conseguir algo de comer.

—No te esfuerces mucho. Es mejor que no corras riesgos. Yo me conformo con cualquier cosa. ¡Cof! ¡Cof! Ve y consigue algo para ti y vuelves pronto. No te arriesgues. No me gusta que lo hagas. ¡Cof! ¡Cof! Sobre todo, ahora, cuando ya solo somos dos.

Mario queda en silencio. Mira, de soslayo, hacia el rincón. Al lado de la mesa del comedor debía estar la cuna. Él supone que está allí. Solitaria. Abandonada. Destrozada. Pudriéndose entre las paredes de barro y el piso de tierra. Pero Mario no la ve en aquella penumbra. En realidad, ya no está. Cree escuchar el eco de una tos infantil acompañada por un llanto mortal. Sacude su cabeza. Prohíbe la compasión. Da otros dos pasos hacia el umbral de la puerta.

—¿Rezamos? —exige Helena acomodándose en el colchón haciéndole un espacio a su esposo, mirando también, la cuna inexistente.

El silencio de Mario se hace más insondable, como si su espíritu transitara por el desierto de aquella choza, lleno de puro vacío. Arquea un poco su espalda. Reduce su cuerpo. Lanza un suspiro que huele a tierra. Voltea a verla. Sabe que lo mira con sus ojos verdes y cristalinos, opacados por la enfermedad y le sonrío con aquellos labios, alguna vez del color del carmín, que antes lo succionaban con facilidad hacía el abismo de su sensualidad.

—Recemos —le contesta, aceptando su derrota, mientras se sienta a su lado.

Helena lo recibe con un abrazo y lo obliga a apretar las cuentas del rosario. Mario intenta recordar las oraciones, pero el ruido de los pulmones de su esposa lo distrae. Él susurra a medias los Padres Nuestros y las Avemarías mientras se pregunta: “¿Hasta cuándo vamos a resistir, Helena?”

El sol aparece, tímido, creando una atmosfera color salmón. Mario ha bajado de la montaña y recorre las ruinas del pueblo. Ya no hay casas. Solo paredes rotas donde se arremolina la maleza. Camina por la vía principal, la que lleva directo al mar. Es difícil seguirla.

Ha sido borrada por el polvo negro del carbón que se desparrama en partículas ínfimas. El silencio se agolpa en cada una de las puertas destruidas de aquellos hogares que alguna vez estuvieron llenos de vida. En la cancha de fútbol, al lado de la escuela, entre el pasto crecido, aún se pueden ver las manchas escarlatas de los cuerpos arrastrados y las dignidades muertas. En el centro, tres postes de madera enterrados en la tierra le recuerdan los empalamientos.

Camina en frente de la escuela, donde dos mulas solitarias, flacas y grises mueren de hambre. Se miran entre sí, pensando cuál de ellas va a ser la primera en rendirse. A su lado, una pared blanca está adornada con las huellas multicolores de las manitas de los niños del pueblo. Es lo único que queda de ellos. En la parte superior, en un aviso con letras negras se lee, *Construyendo Quimeras*. Pero Mario no sabe qué significa esa palabra: *quimeras*.

La iglesia está más o menos en pie. Allí pasó lo peor. La pared de la entrada se ha desquebrajado. Las puertas están caídas debajo del arco, una sobre otra. Está vacía. Desde afuera, aún ve la figura de un Jesús crucificado cuyo dorso de la cintura para abajo fue cercenado. Es lo único que ocupa el antiguo altar. El piso está cubierto de restos de ropa: faldas, brasieres y calzones. Rotos. Sucios. Roídos. Ensangrentados. No distingue sus antiguos colores ni sus formas. Son demasiados. La crueldad fue infinita.

En frente de la iglesia, Mario contempla la plaza rectangular. En el centro aún está la ceiba bonga, el único árbol que quedó en pie. Desde lo ocurrido no ha vuelto a retoñar. Sus hojas se pudren en el piso seco. Su tallo y sus ramas se alzan, desnudos y débiles sobre el suelo. Aún tienen los lazos con los nudos en los que colgaron a la gente.

Al lado de la iglesia, está la casa de Doña Rosa, la líder del pueblo. Se opuso con más fuerza a la carbonera. Su casa fue la única que incendiaron. Tres bloques de ladrillos apenas asoman de entre el pasto crecido y grueso. En el suelo, se confunden los restos de huesos humanos cremados cubiertos con el polvo negro del carbón. Las paredes de cemento se desmoronaron y se esparcieron como

cúmulos de nubes plomizas sobre el piso. Son la guarida de gusanos, cucarachas y ratas. Vienen a comerse la carne putrefacta. Un muro gris es lo único que se mantiene en pie. Tiene una mancha púrpura en la parte superior, donde cuelga una sogá con un nudo. En la pared aún ve una sombra de ceniza con la forma de una mujer.

—¿Por qué se habrán ensañado con esta pobre señora? ¿Qué les habrá hecho?

Mario siempre hace la misma pregunta. Nunca hay respuesta.

La casa es la última del pueblo. Después, el camino se pierde entre el bosque gris, las hojas podridas, los cardos secos y los arbustos sombríos. Mario voltea para observar una última vez las ruinas cubiertas como por cenizas espolvoreadas. Las partículas de carbón se posan sobre los escombros, transportadas por el viento marítimo desde las barcazas ancladas en el puerto de la carbonera.

Entre la maleza, escucha el rumor de las olas remojando la arena. La costa queda cerca, pero el camino está cubierto por mala hierba y cardos con espinas puntiagudas. Mario pasa, dando saltos, con dificultad. Le cuesta mucho trabajo llegar a la playa. Las gotas de sudor se desparraman por su rostro. Se arrepiente de no haber traído una botella con agua dulce, como le insistió Helena.

El mar se ofrece a él. Tranquilo e inhóspito al mismo tiempo. Semeja la planicie de un desierto azul. En algunos puntos, el viento se arremolina formando dunas acuáticas que se deshacen en segundos. En otros, el aire semeja correr por encima de la superficie. Crea pequeños pliegues que parecen la marca de la atrevida caricia de algún dios olvidadizo. Las olas llegan a la orilla chocando unas con otras. Producen minúsculas tormentas. Lluvias ancestrales, encerradas en el microcosmos de las gotas y la espuma. Provocan un olor a sal y a fitoplancton descompuesto. Se origina de algas microscópicas y moribundas, ennegrecidas por el carbón. Es un aroma gasificado a brócoli podrido. Es el hedor de un génesis corrompido.

Mario intenta respirar profundo, pero la arena y la sal húmeda se confunden con las partículas de carbón que invaden su



tráquea, sus bronquios y sus alveolos hasta llegar a sus pulmones. Tose. Pronto estará igual que Helena.

Al lado derecho de la playa, en la lejanía, ve la enorme estructura de la carbonera. Es un edificio de cinco pisos, con una grúa de metal pintada de amarillo en la parte delantera. Con ella el mineral se carga en las pequeñas barcazas que lo llevan a los grandes buques y estos a su vez, lo reparten por el mundo. En la parte inferior, la que toca el mar, ve la construcción de un puerto que se extiende por kilómetros por encima del agua. Al agudizar la mirada, observa las figuras de pequeños hombres martillando y soldando.

—Es un monstruo— afirma Mario, —ahora sí van a poder terminar de construir esa cosa. Ahora que ya no hay nadie. ¡Cof! ¡Cof!

Vuelve su cuerpo dándole la espalda al mar. Con su mirada busca el chinchorro. Espera tener mejor suerte que ayer. Pescar algo para llevárselo a su esposa. Los días anteriores ha sacado una bota podrida, una piedra y muchas algas de color verde oscuro. Los peces se han ido al no poder respirar por culpa del carbón que cae de las barcazas y el cemento utilizado en la construcción del puerto. “Hasta al mar lo asesinaron”, piensa. Tose de nuevo. El chinchorro está escondido detrás de una palmera, cubierto por arena oscura. Lo desentierra. Lo extiende. La red es un amasijo de nudos desordenados e hilos delgados que cortan la piel como el filo de una hoja de papel. Después de unos minutos pensando, lo decide. La mejor forma de desenredarlos es extender el chinchorro por las tres estacas, clavándolas en la arena, alinear los plomos, y ocuparse de cada nudo, sin importar el tiempo, ni el reto que pudiera ofrecer. Tendrá que dedicar horas enteras a esa labor, y aún tendrá sobre él, la incertidumbre de saber si pescará algo. Cierra los ojos. Escucha el rumor de las olas. Oye el burbujear de la arena al absorber las gotas de agua, filtrando la sal, dejándola brillar sobre la superficie al reflejar la luz del sol. Grita dirigiéndose al edificio de la carbonera:

—¡Resistiremos hasta que ya no podamos más! No nos iremos, jamás.

## APEGO

Pilar Martínez

Sofía sintió un quejido lastimoso que venía desde el fondo de la habitación. Abrió apenas los ojos y no vio más que penumbras. Era de noche. Noche cerrada. Trató de dirigir la oreja hacia el lugar desde donde venía el ruido, pero se mezclaba con el golpeteo de las gotas de lluvia. Intentó ignorarlo.

No le gustaba despertarse de noche. Le daban miedo las formas oscuras en las que se convertían los objetos de la pieza. Aquella cortina podría ser un espíritu y ella no tendría manera de saberlo. Pero si lloraba de noche su papá la retaba. Si ella hubiera llorado su padre le habría gritado “Sofíaaaaa” con rabia y como una tromba se hubiera dirigido hasta ella y la hubiera reprobado con un dedo en alto amenazante. Intentó evitar todo eso, porque tampoco le gustaba. Cerró los ojos y se acurrucó. Pero otra vez escuchó ese quejido y ya no pudo ignorarlo. Se asomó por arriba de las sábanas para confirmar sus sospechas. Era la Emilia. La pobre siempre tenía malos sueños. Sofía se sentó en la cama para espiar cómo aquel cuerpito temblaba y se removía en el piso. Las pesadillas de la Emilia perturbaban a Sofía. Pero, a pesar de sus quejidos, su presencia en la pieza hacía que Sofía se sintiera más segura en la oscuridad.

La Emilia era su perra. Sofía la había entrado de la calle un año atrás y, desde entonces, estaban siempre juntas. Ella nunca había pensado que iba a tener una perra. A su papá no le gustaban los perros, ni los animales de ningún tipo. Antes de entrar a su casa, la perra vivía en la calle y sólo a veces la madre dejaba que Sofía

le llevase sobras de la cena hasta la esquina. Después el animal las perseguía y su mamá la espantaba con la escoba. A pesar de eso, Sofía pensaba que la perra la quería. Cuando llegaba de la escuela, el animal corría media cuadra para recibirla, ella la acariciaba y se sacaba de los bolsillos del delantal las galletitas que le había guardado y las espolvoreaba por el piso, mientras la perra saltaba y le daba lengüetazos calientes en las manos. Y ahora ya no era más una perra de la calle que corría en la vereda a saludarla. Ahora era su perra. Y tenía pesadillas. Sofía quería hacer algo más por ella. Prendió el velador y se sentó de costado en la cama. Observó cómo una bola de pelos marrón y negro temblaba entre los almohadones que hacían de cucha. Afuera llovía. Tal vez a la Emilia le daba miedo la lluvia. A Sofía no. La lluvia no. La lluvia no es para tener miedo, perrita, pensó.

Ella había entrado la perra a su casa en un día de lluvia. Afuera la tormenta azotaba al mundo y adentro Sofía estaba en el living, mientras su papá y su mamá se gritaban encerrados en la cocina. Eso hacían siempre cuando se ponían a discutir. Su mamá lloraba, el padre gritaba palabrotas, a veces rompían algún objeto. Eso hacían y Sofía ya estaba acostumbrada. Trataba de no prestarles atención, de no escuchar qué cosas se decían. Fue en una de esas peleas cuando sintió afuera de la casa el ruido de un perro dolorido. Se escapó a la vereda y encontró a la Emilia con una pata renga, caminando hacia ella a los tumbos. Y se decidió. Cuando su papá y su mamá salieron de la cocina, ya estaba con la Emilia en el living, las dos mojadas y envueltas en una toalla. El padre empezó a los gritos de nuevo, así que ella arrastró al animal abajo de la mesa y se aferró a su cuerpo peludo, mientras la Emilia lloriqueaba y se lamía la pata colorada.

—Dejala, Héctor, que por lo menos se distraiga con la perra un rato— dijo la madre, con palabras entrecortadas, pero que a Sofía le sonaron gloriosas. Después su mamá se encerró en la pieza y no volvió a aparecer hasta que llegó la hora de preparar la cena. El padre destapó una cerveza y se quedó viendo televisión. Y a ella la

dejaron tranquila, abajo de la mesa, con los pelos húmedos de la perra pegados a su ropa.

—Viste, Emilia. Yo no voy a permitir que nada te pase— le había jurado aquel día lluvioso. Desde entonces, la Emilia era su perra.

Sofía estaba contenta de tener una perra, a pesar de que la que había elegido era un poco vieja. Pensaba que debía tener, por lo menos, diez años. Y eso era viejo para un perro. Además, la Emilia tenía el hocico lleno de cicatrices, los dientes gastados y la cadera un poco torcida cuando sacudía la cola. En la panza, tenía una tanza cocida de punta a punta. Nadie sabía bien por qué. También tenía los ojos marrones un poco gastados. “Son cataratas”, había dicho el veterinario y ella había mirado a la Emilia y le había sonreído para hacerle saber lo genial que era que su perra tuviese cascadas en los ojos. Cuando volvía de la escuela y la Emilia la saludaba, pensaba que no debía haber perra más linda en el mundo.

Sofía había hecho de la perra su compañera fiel dentro de la casa. La Emilia la seguía a todos lados y hasta dormía con ella en la cucha de almohadones viejos que le había preparado. Estaban siempre juntas. Si sus padres se encerraban en la cocina y gritaban, Sofía se iba con la perra al living o al patio. A veces le lanzaba pelotas y dejaba que la mordisquee. Otras veces, simplemente la abrazaba. La abrazaba abajo de la mesa. Desde que había llegado la Emilia, Sofía tenía menos miedo.

Pero a veces se preguntaba si la Emilia sería feliz en esa casa. Ella era de llorar bastante, pero suponía que eso a la perra no le molestaba. Además, la acariciaba y le daba comida. Y la Emilia siempre antes de probar bocado, alzaba la cabeza, la miraba, movía su cola con la cadera torcida y sólo después se agachaba a comer. Ella se imaginaba que todo ese ritual suponía un agradecimiento. Pero no estaba segura, porque la Emilia no podía decir lo que le pasaba y a veces tenía esos malos sueños. Sus pesadillas la ponían triste y Sofía se preguntaba si la perra se sentiría sola.

Quería hacer algo por ella. Se levantó de la cama y cruzó la pieza descalza, de puntitas, hasta sentarse al lado del animal. Ya no

quería que tuviese pesadillas. Alargó la mano hasta que le alcanzó la parte de atrás de la oreja y la acarició para que se acuerde de que estaba en su pieza, de que ella estaba ahí al lado. El efecto fue inmediato. El cuerpo de la perra se relajó y refregó la cara en su mano. Los golpes de la cola pesada contra el suelo de madera le confirmaron que ya podían volver a su anterior calma y cuando la miró a los ojos, aunque no podía saber qué era lo que estaba soñando, aunque la Emilia no podía explicarle lo que le pasaba, se sembró en el espacio que había entre ellas, como si tuviera espesor, una gran certeza.

—Ya basta, Emilia. Basta de pesadillas— le dijo. Y agarrándola del collar la arrastró fuera de la habitación. La perra se dejó llevar con movimientos mansos, adormilada.

Sofía intentó no hacer ningún ruido. Primero buscó su pilotín amarillo del perchero y se calzó las botas de lluvia. Después fue a la alacena. En el bolsillo izquierdo guardó un paquete de galletitas abierto, casi lleno, y colmó el derecho de alimento para perros. Buscó la correa color rosa gastado y la colocó con cuidado en el cuello de la perra.

—Basta, Emilia. Nos vamos— dijo, y la perra estiró la lengua y movió torpemente la cola, reconociendo la palabra que significaba salida.

De un salto, Sofía se robó las llaves y abrió la cerradura como si estuviese en medio de una misión especial, de una aventura con su mejor amiga. Miró a los costados. Después cerró la puerta sin golpearla. Era una noche cerrada, pero las luces de la calle iluminaban tenuemente la vereda. Ya casi estaba dejando de llover. Sofía se dirigió hacia la esquina y en el camino la Emilia hizo pis en cuanto arbolito pudo. No había nadie despierto. Nadie que se preocupase por ella, que había sacado a pasear a su perra de noche.

En la cuadra siguiente se cruzó con un hombre que dormía sobre unos cartones, rodeado de basura y algunas botellas vacías. Al lado del hombre, también había un perro. Cuando el animal vio a la Emilia se agitó sobre el piso. La Emilia quiso acercarse a

olerlo. Tenían mal olor y Sofía contuvo el aliento, pero se acercó. Parecían inofensivos. El hombre se dio vuelta y la miró con la cara sucia y los ojos entrecerrados, pero no le dijo palabra alguna. Tenía cara de no entender. Sofía le respondió con una media sonrisa y tiró del collar de la perra para alejarse. Soltó el aire contenido.

—Viste Emilia, él también tiene un perro— dijo, mirándola, cómplice. Siguió camino hasta la avenida, donde había varios autos circulando. El semáforo estaba en rojo. Sofía volteó la vista hacia atrás, hacia la vereda de su casa, y se preguntó qué pasaría cuando se dieran cuenta. Tal vez nada. Luego, sintió un tirón en la mano y vio como la Emilia la llevaba a cruzar, decidida, la calle amplia.

## EL LIMONERO

Oscar Antonio Salcito

Aquí no hay nadie. Esa fue la primera impresión cuando esa noche entramos a la casa. Una casa que se hallaba abandonada por años, y que sirviera de escondite en nuestras correrías de chicos y que ahora servía para fumar. Pero el olor a putrefacción se impregnó a la ropa cuando vimos que unos huesos se asomaban desde la humedad de la tierra.

Durante varias noches no dormí. Y bajo el limonero del fondo de casa me hacía preguntas, era el limonero de siempre, que vio pasar camiones de juguete, soldaditos de plástico y las ilusiones de un niño feliz. Era mi refugio.

El barrio había cambiado, como cambió la ciudad, y todo se iba transformando como un cuadro a la luz del sol, pero los vecinos hablan, comentan en las veredas, testigos que lo saben todo o casi nada, pero hablan reparando en detalles, aseverando mentiras, desechando verdades, en una mezcla de Biblia y calefón, pero como decía mi abuela: “Gaspar, grabate esto, si el río suena es porque agua trae”.

Estuvimos en conmoción durante semanas cuando encontramos el cuerpo. Mutilado, en descomposición, que luego los médicos forenses afirmaron que se trataba del cuerpo de una guerrillera. Dictadura que acababa de irse hacía un año, y con las calles colmadas de esperanzas por el retorno a la democracia, y de cadáveres saliendo en cada rincón.

Yo vivía en la otra esquina de la casa abandonada, sobre la misma vereda, y nunca vimos nada. Subir el cadáver no sería tarea para

un solo hombre, las paredes eran altas, hubiesen tenido que trepar con dificultad porque la puerta estaba sellada con cemento, pero entre dos, quizás, y utilizando alguna escalera móvil, podrían tirar el cuerpo en su interior.

En el secundario se empezaba hablar de desaparecidos, de los juicios a la Junta y elegimos delegados del centro de estudiantes, toda una novedad, ya que en nuestra casa nunca se hablaban de ciertas cosas, existía una tradición del silencio, una estrategia de secretos, de historias que se callan. En la mesa, cuando salía una noticia relacionada, decía mi viejo que era por enfrentamientos armados entre el Estado y los extremistas y ahí se acababa todo.

Mi viejo era médico en un hospital de La Rivera, aunque nunca quiso llevarme: “Para ver enfermos, quedate viendo series en la tele, que son buenas para la salud, y que el nuevo gobierno de Alfonsín nos iba a llevar a la ruina con la socialdemocracia, y que eso de los centros de estudiantes era una pendejada que ni valía perder el tiempo, la escuela es para estudiar”.

Pero haber descubierto aquellos huesos, en esa casa desierta, fue un golpe al pecho, caer en la realidad y en la noción de que no todo andaba bien, de que algo se nos ocultara detrás de bambalinas, y sin especular, sin tener noción de lo que pasaba, fui descubriendo pasajes ocultos por las sombras, y el silencio cómplice de la gente que acompañado por el miedo hace que las sociedades se adormezcan en un estado de limbo, en un estado de quietud que de un día para otro pueda estallar, y se empiece hablar, a comentar por lo bajo al igual que los vecinos, y se abran locales partidarios y en la tele se muestren imágenes del terror, de torturas y desapariciones, fui entendiendo el por qué de aquellas mujeres de pañuelo blanco, que mi viejo llamaba locas, “si hubiesen cuidado a sus hijos, no estarían allí dando vueltas en la Plaza”, y reportajes a soldados que volvieron de las islas, en esa guerra que perdimos, como tantas otras.

Mirando el noticiero en el living, ya que el televisor nunca debía estar en el comedor, puesto que el círculo familiar se



transformaría en semicírculo, como si las normas fueran un juego de la geometría, con circunferencias y cuadrados equiláteros. Viendo las noticias, mostraron un hallazgo de fosas comunes, y vuelos secretos, y la mente me llevó a la niñez, en esas vacaciones con mi vieja y mi tía en San Bernardo.

Entonces corrimos con mi primo a la playa. Jugar al fútbol sobre la arena mojada era placentero, y a las nueve teníamos que estar listos. Era una especie de picado profesional. Yo jugaba de delantero derecho, y en un momento de destreza metí un gol de media cancha, aunque mi objetivo era dársela al puntero izquierdo y salió desviada al arco, pero nadie lo supo. Me acuerdo que a la mitad del partido cayó la policía y colocó cintas para que nadie pasara cerca del campo de juego improvisado. El mar traía cuerpos, salían desde su interior como escupidos por una ballena.

Con mi primo fuimos corriendo hasta la casa de alquiler, que quedaba a dos cuadras, y mi vieja y mi tía nos escuchaban asombradas; “debe haberse hundido un barco y los pobres no lograron sobrevivir”, nos dijeron. Siempre en el mes de febrero verneábamos allí solo con ellas, porque nuestros viejos tenían mucho trabajo en el hospital, ya que los dos eran doctores. Nos quedó la idea del naufragio y como leíamos libros de Salgari y Julio Verne, no nos parecía descabellado, pero años después, al ver la noticia sobre los llamados vuelos de la muerte, un trago sin definir pasó por mi garganta. Desde el cerebro trataba de procesar al igual que en una licuadora semejantes cosas, y la manera de esquivar la conversación en la mesa, y los arrebatos de ira de mi viejo diciendo que eran mentiras de los marxistas que aún quedaban en el país, y que ahora venían por revancha.

En el colegio, la profesora de historia, una señora de aquellas que tienen grabados los manuales en las orejas, trató el tema de las Malvinas. Uno de los compañeros comentó que su hermano fue a pelear, y quizás, decía con lágrimas y la voz cortada, debe estar prisionero de los ingleses. El tema fue abordado con discusiones que se sobresalían de lo normal, pero ¿qué sería lo normal en aquel

entonces? Aún no lo sé, y los gritos animaron a la profesora a tomarnos una prueba sorpresa ante la indignación del curso.

Nunca me gustó la historia, no le veía un sentido práctico de la vida, pero todos esos acontecimientos me llevaron a que agarrara las enciclopedias en la biblioteca del barrio, y me fue picando el bicho, como quien dice, y no me arrepiento para nada el haberme orientado para ese lado de las humanidades, aunque seguí la carrera a tropezos y la dejé a medio camino, me sirvió de guía para orientarme en el camino.

Desde entonces ocultaba cosas a espaldas de mis viejos, ya que no entenderían mis motivos, mis nuevos anhelos, y las charlas en las comidas eran cada vez más tensas, y cuando preguntaba algo quedaban atragantados con las miradas gachas.

El espíritu de investigación que uno tiene en la adolescencia, o por lo menos en el momento histórico que nos tocó vivir, hizo que una noche espíásemos con mi primo por entre la escalera de los dormitorios. Ante una botella de ginebra y los cachetes al rojo vivo de nuestros padres, vimos cómo se reían por la cara que había puesto una de las internas, como ellos llamaban a las del hospital, al pedir por favor que le devolvieran a su hijo, que por favor no lo matasen, y mi tío casi se ahoga de la risa y soltó, “puta montonera”, y corrió por nuestras caras el espanto, espanto que se escondía entre los escalones, tapado, lleno de polillas, y que esa noche salió a la luz.

Se habían tornado tensas las sobremesas. ¿Cómo preguntar? ¿Desde dónde preguntar? Desde la inocencia de un hijo o desde la certeza de que hay algo oculto, algo que se presume macabro, pero que es en tu propia familia, en el rincón íntimo de un hogar, desde la perspectiva de gente de bien, respetable, que no se mete en política, que va a misa los domingos, que no revisa el pasado. Costó tiempo en romper mi silencio.

Volviendo a la secundaria, supe de una marcha que estaban organizando desde el centro de estudiantes. La consigna era sumarse a una propuesta de organizar un comité de centros de toda

la ciudad. No sé qué excusa puse, pero fui. Salimos el sábado por la mañana y recuerdo el sándwich de milanesas que guardé en el bolso como para alimentar a un dinosaurio.

Nuestro delegado de curso, junto con los demás miembros del Técnico, nos dividió en los micros. Con el flaco Fabián charlamos hasta llegar a la cancha del barrio de Alto Alberdi, y lo que menos hablamos fue de cuestiones políticas, ya que los dos éramos neófitos, pero fanáticos de la Guerra de las Galaxias, nos pusimos a diagramar un proyecto de historietas. Una chica de tercer año, con un brazalete que decía UES, y confieso que por aquel entonces no tenía ni idea de que se trataban esas siglas, nos llevó hasta las gradas. Esperamos una hora y comenzaron los oradores, y escuchamos consignas contra los militares y demás discursos que para nosotros eran chino básico. La cara de Fabián me acompañaba y no me sentí solo. El pacto era que si él no iba yo tampoco, así que ahí estábamos los dos siendo tragados por la historia viva de los acontecimientos.

Llegué a casa por la tarde. Si antes hubo distancias ahora revotaba en las paredes como en un cono de silencios, encontrando voces ausentes, indiferentes a lo que estaba pasando a nuestro alrededor.

Años después vinieron a buscarlo. Entre gritos y forcejeos mi padre se perdió en el olvido. Yo ya no vivía en su casa, y a mi vieja la visito cada vez más espaciado en el cementerio, quedando en mi memoria el frasco de pastillas sobre la mesa de luz, su cuerpo tirado en la alfombra amarrado a la foto de casados, y el limonero, el mismo limonero de las cuatro estaciones, que desde la ventana parecía secarse.

## MULA

Deivis Duván Bolívar Rangel

Carmen no paría. Todas daban a luz, menos ella. “Carmen, ¿y tú para cuándo?”, la acorralaban en la tienda las vecinas con sus respectivos críos encima apacharrándoles las tetas, y ella se escabullía con cualquier excusa barata que agarrara al vuelo. “Ehhh”..., movía el iris en todas las direcciones, miraba al suelo, se atenazaba el labio inferior con los dedos... “no, dice Julio que todavía no porque no nos hemos equipado con todo lo necesario” (se le aguaban los ojos en esta parte). “Aún estamos debiendo varias cuotas de la casa y él sigue esperando un ascenso que le prometieron en el trabajo”.

“Mmm ya”, contestaban las demás, rebotándose entre todas ellas la misma mirada de sospecha en una carambola mórbida. Otras veces, Carmen se cansaba de dar tantas explicaciones diplomáticas y de titubear, y respondía con frases cortantes, rompía el círculo chismorriero armada de valor: “Porque no quiero que me lleguen las tetas al ombligo como a todas ustedes. ¡Permiso!”, y se abría camino entre el cotorreo con el mentón elevado, buscando la salida con su canasta de paja llena de víveres; y retenía el llanto hasta volver a poner un pie en el suelo firme de su casa, porque lo demás era arena movediza que se tragaba íntegra su dignidad de mujer.

“Confirmado” se quedaban cuchicheando todas en la tienda a sus espaldas. “Carmen es mula”, y el zumbido era un mismo panal de abejas africanas. Y sí. Un día Carmen se cansó; agotó el inventario de pretextos y lo admitió con los labios vueltos gelatina. No tenía otra opción. Las excusas iban perdiendo verosimilitud

con cada cumpleaños; con cada línea de expresión que ganaba profundidad alrededor de sus ojos, con cada segundo que se abría paso en su reloj biológico: tic, tic, tic...

—Yo no he podido quedar encinta desde que me casé con Julio —le confesó a su vecina más cercana. Y rompió en llanto, y se tapó la cara contra su hombro. —Pero no te angusties— le aconsejó la vecina. La abrazó, la consoló, le sobó la cabeza y le recetó una lista de remedios caseros para que los preparara ella misma en casa y los tomara en ayuna. A Fulana, a Sutana, a Perenceja, a Mengana y a otro poco más les había funcionado, dijo la vecina consejera enlistando con sus propios dedos los nombres de unas supuestas beneficiarias que también habían tenido problemas para concebir después de casadas. —Eso sí —le abrió los ojotes —métele toda la fe del mundo—. Y eso hizo Carmen. Se armó de fe.

Muy pronto la cuadra completa se enteró de lo que andaba haciendo Carmen por las mañanas. Desde entonces, comenzaron a examinarla de arriba a abajo más que de costumbre; se pegaban con el codo en las costillas las unas a las otras cuando Carmen llegaba a comprar. “¿Tú no la ves como más gordita? ¿Será que ya le hicieron efecto todos esos menjurjes?”, se ubicaban la yema del índice en medio de las fosas nasales; se cruzaban de brazos, como buscando una respuesta. Y sí. A los pocos meses se veía en efecto más lлена y redondeada de cintura. No eran especulaciones infundadas.

—Carmen, dime la verdad —la increpó un día su vecina de confianza mientras compartían un café mañanero en el patio— ¿Tú estás embarazada?

—Sí, Consue —le confesó, —pero no le vayas a decir a nadie todavía—. Las dos se abrazaron fuerte y lloraron un rato. Consue lo le escurrió hacia afuera los charquitos residuales del llanto con ambos pulgares, y después le sostuvo la cabeza para no perder el contacto visual mientras le decía con sacudones suavécitos que Dios no abandonaba a sus hijos; y que de ahora en adelante su vida comenzaría a dar un giro de ciento ochenta grados, y otro montón de frases empalagosas aprendidas de las novelas de tarde.

Ni falta que hizo la recomendación de Carmen. A los pocos días, toda la cuadra se enteró. La interceptaban camino de la tienda para sobarle la barriga, para sugerirle nombres de niña y de niño. “Le pones Alexander”, decía la una. “No, mejor Roberto”, sugería la otra. Las más cosmopolitas sugerían nombres orientales o de películas gringas domingueras, y se decantaban por la rimbombancia acústica de aquellos fonemas que exigían hacer malabares trabajosos con la lengua. A Carmen no le agradaban mucho esos últimos nombres, porque sonaban violentos; a niños que nacían con el puñal en la mano por el simple hecho de llamarse Steward o Jhon Maicol en plena línea del Ecuador, pero no decía nada porque así se llamaban varios de la cuadra. “Ojalá saque tu nariz, porque la de Julio es como medio ancha”, pronosticaban las malintencionadas. “Y el cabello de Carmen”, metían la cuchara las demás. Un día Carmen le reclamó a su vecina por haber propagado la noticia, y ella le contestó: “de todas maneras, se iban a enterar”. Carmen encontró razonable su respuesta y le sonrió. “Tranquila”, le dijo en son de paz. Y el embarazo siguió su curso normal. Cero riesgos. Viento en popa.

Que nazca sano es lo importante, aclaraba ella cada vez que veía venir la ola de comentarios malintencionados, y ya después pasaban a otros temas: a consejitos sabios para que afrontara su condición de mamá primeriza; a la programación psicológica temprana para afrontar las incontables noches de desvelo que se veían venir. Pero Carmen fue mucho más lejos aún. No le bastaban los testimonios de experiencia personal que le contaban sus vecinas: se inscribió en un curso de maternidad en la junta de acción comunal y se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo revistas sobre las claves de amamantar y las bondades cognitivas de la estimulación temprana mediante la música clásica y el consumo frecuente de aguacate.

Su hermana, que era enfermera, le había aconsejado practicar ejercicios de yoga y meditación en casa para ir preparando la salida. Ella se hizo cargo de los chequeos rutinarios, y cuando salía de casa de Carmen, le levantaba el pulgar en señal de que todo marchaba

a las mil maravillas al enjambre de vecinas curiosas, que se fingían barriendo hojas secas en la puerta solo para mantenerse informadas de cualquier novedad; zambulléndose en las mieles del chisme.

A los seis meses, Julio compró varias sinfonías en discos de acetato, y las ponía a sonar en horas de la noche. En las tardes dominicales de dominó al aire libre, Julio no hablaba de otra cosa que no fuera el embarazo de su mujer con sus adversarios de juego; de los antojos de Carmen, que una medianoche dizque lo obligó a salir a buscar dulce de leche por cielo y tierra. “Vaya”, comentaban algunas con los labios combados cuando escuchaban a lo lejos la música instrumental mientras lavaban los paños cagados de sus críos por delante de la batea, “ese niño va a nacer con el piano en la mano”.

A los siete meses, empezaron a adecuar el segundo cuarto de la casa. Lo pintaron y lo decoraron con figuras de osos querendones. Carmen llamaba a Consuelo y la invitaba a pasar para que diera el visto bueno sobre cómo iba quedando la ambientación del cuarto. Está quedando hermoso todo, Carmen”, y se cogían de mano. “¿Pero por qué amarillo?” “Porque queremos que la vida nos sorprenda con el sexo del bebé, así que elegimos un color neutro”, le explicó a Consuelo. “Va a ser niña”, pronosticaba Consuelo. “¿Por qué lo dices?” “Porque la barriga es pequeña y redondeada”.

Ya en las últimas semanas, la enfermera llegaba más seguido a hacer las revisiones de rutina; a calcular el día del parto, a compartir la felicidad de su hermana Carmen, a fumarse un cigarrillo en el patio de Consue. “Ese niño va a ser perezoso”, pronosticaba Consuelo mientras compartía el café de la tarde con la hermana de Carmen y mientras tejía el gorrito que se pondría el recién nacido a su regreso de la clínica, “casi ni se mueve”. “Me canso de ponerle la mano en el vientre a tu hermana y no rebota. Tan raro. Los míos daban patadas desde que yo entraba en el sexto mes de gestación. No es por ser alarmista, pero tu hermana debería practicarse una ecografía lo antes posible porque yo no veo eso muy normal; y tú que eres enfermera debes de saberlo, ¿no te parece?”

Presionada por los constantes escrutinios y la sagacidad de Consue, o porque simplemente Consue tenía la sangre dulce para las confesiones de alto calibre, una tarde la hermana de Carmen botó el torugo que tenía atrancado en la garganta y vomitó toda la verdad, y le dejó a Consuelo la conciencia salpicada de pequeñas partículas de culpa, de las que todavía hoy le cuesta desprenderse:

—Consue— hizo una breve pausa la enfermera y disparó una corriente de humo de cara al cielo del mediodía mientras hervían las sopas del almuerzo— mi hermana Carmen no está preñada. Tiene un embarazo psicológico, y lo peor de todo es que no quiere dar su brazo a torcer. Es terca como una mula. Me pidió que le guardara el secreto y que la ayudara a sostener toda esta mentira hasta sus últimas consecuencias para no quedar mal delante de todas ustedes. A mí lo único que se me ocurre es... no sé, sacarla de la casa el día que supuestamente haya roto fuente, llevármela para la mía y luego fingir que el bebé nació muerto. Eso sí, ni una palabra de esto a nadie, Consuelo—, terminó la hermana de Carmen su confesión con la respectiva recomendación de oro.

Consuelo aún no olvida su aliento de nicotina. Y ya luego viraron a otros temas para suturar la pequeña rotura que afeaba el relato feliz del embarazo de Carmen, pero siguió abierta y supurando preguntas en la mente de Consue hasta el día de hoy.

Ha pasado exactamente un año desde que Carmen entró por la puerta de su casa con una nena entre sus brazos que nació pesando tres kilos y medio, y que se ha ido poniendo más gordita cada día que pasa. Tiene abundante cabello, le salen dos colitas espesas del color del ébano, que se van ondulando sin afán en las puntas; es enérgica y risueña; y ya balbucea la palabra mami haciendo su mayor esfuerzo; su nariz es algo parecida a la de Julio. La bautizaron con el nombre de Olga, pero todos la llaman Olguita, y la consideran un milagro de Dios; una recompensa tardía de la inescrutable voluntad divina que opera a su propio ritmo y odia ser cuestionada por pinches mortales que todo lo quieren para YA.



Desde el día en que Carmen regresó del hospital, Consue no duerme tranquila; evita sostenerle la mirada por mucho tiempo cuando coinciden en la tienda, evita tener que cargar demasiado a la criatura, ni siquiera le hace mimos; y, sobre todo, esquivo la presencia de la hermana de Carmen, que viene uno que otro domingo a visitar a su sobrina, a traerle jugueticos, a tomar cerveza con su cuñado Julio en la puerta, y que no desaprovecha la oportunidad para lanzarle a Consue desde lejos una mirada de complicidad que incluye al mismo tiempo una especie de advertencia, una amenaza, un ultimátum... En todo caso, Consue no sabe exactamente cómo interpretar aquellos ojos penetrantes delineados con lápiz marrón que la persiguen hasta en sueños.

Por estos días a Consuelo se le ve ojerosa y absorta en sus propios pensamientos. Ya no cuchichea con nadie, procura guardar las distancias, y ya no participa como antes del chismorreo matutino en la tienda de la esquina. Las vecinas rumorán que le está patinando el coco, o que le echaron algún maleficio en la bebida. Ninguna de las anteriores. Ellas no alcanzan a imaginárselo.

A juzgar por sus ganas de ir hasta la capilla a solicitar un consejo cural, la cuadra entera ya no demora en saberlo, no tarda mucho en estallarle la conciencia a Consue. Rebosada como está de noches en blanco y de complicidad no deseada, parece más exactamente un globo inflado a su máxima capacidad de aguante con un gas tóxico. Pobrecita. En este preciso instante sostiene el teléfono con un pedacito de la cortina corrido para vigilar que nadie esté husmeando sus intenciones justicieras. Está dispuesta a marcar la línea de emergencia para denunciar un caso de secuestro, pero las manos le tiemblan, como le han temblado todas estas mañanas desde el nacimiento de Olguita cada vez que alista el índice para presionar las teclas. A lo mejor se arrepiente también en esta ocasión, y opta por vivir con insomnio y con esa sensación de vértigo que recorre su intestino grueso siempre que ve a Olguita sonreír en los brazos de Carmen, o haciendo su mayor esfuerzo para balbucear la palabra mami, o batuqueando el sonajero.

## AL FINAL... NO ERA UNA CUESTIÓN DE CLASES

Daniel Marcelo Cacciamani

¿Me tocará ser el secuestrado o el secuestrador?

Habrà una situación, una situación violenta, en la que uno de nosotros golpeará al otro en la nuca con fuerza, lo subirá medio desmayado a un auto y lo mantendrá atado y cautivo en un sitio alejado.

Luego, mientras estemos esperando por el pago del rescate, se establecerá un vínculo, nos conoceremos, nos comprenderemos un poco. Falta definir qué papel cumplirá cada uno. Pero eso no depende de nosotros, eso se está decidiendo en una oscura oficina del Ministerio de Economía.

Un ramal debe cerrar. El ministro ha dicho que no financiará ferrocarriles deficitarios. No acepta argumentos sobre las consecuencias en la economía y en la vida de la zona. “Ramal que da pérdidas, ramal que cierra”. Y punto.

Los técnicos de la empresa han calculado que unificando estructuras y gastos fijos se puede rescatar uno de los dos ramales. Pero ¿cuál? ¿El ramal Norte o el Sureste?

Aún no hemos nacido pero en esa decisión se juega nuestro destino. En el ramal Norte trabaja mi abuelo, en el sureste el suyo.

¿Quién seré mañana?

Hay dos hombres, dos trabajadores ferroviarios con trayectorias similares. Uno seguirá con su trabajo y su rutina. Podrá dar a sus hijos salud y educación. Podrá transmitirle sus valores. Vivirá bastante y gozará del respeto de su descendencia. El otro verá a su pueblo morir, cobrará una indemnización que no podrá invertir

ni en los bancos (por el corralito), ni en su pueblo porque no queda nadie que pueda comprar nada. Se irá a la capital a probar suerte, verá desvanecerse sus ahorros. Terminará en una villa viendo a su descendencia degradarse poco a poco. Sus valores no servirán de nada en este lugar donde la supervivencia se gana a las piñas. Vivirá avergonzado unos pocos años más y morirá.

¿Cuál de los dos será mi abuelo? Depende del Ministerio, depende del ramal que elijan...

Ya está. Decidieron el Sureste. Las líneas históricas ya fueron trazadas. Mi abuelo morirá ferroviario. El suyo morirá villero.

Ahí sentí el golpe en la nuca. Me arrastraron hacia un auto, me encapucharon y caí desmayado. Desperté atado a una silla. Él me vigilaba. Estaba sentado frente mí. Tenía cara de bueno, quizás un poco tonto. Me sonrió. Tenía una pistola en la cintura. Pasaron unos minutos y el silencio se hizo incómodo.

Daba la impresión que él no pensaba decir nada. Entonces me decidí a conversar. No le pregunté por mi situación, era demasiado obvia. Le pregunté más bien algo de fútbol para romper el hielo.

—¿Cómo salió Independiente al final?

Parece aliviado. Quizás esperaba una puteada o un reproche. Se muestra contento.

—Ganamos 2 a 0. Ahora van a venir cagados esos ecuatorianos.

—Ah. Sos de Independiente. Mi mamá era fanática.

Ahí la conversación se fue para el lado de las madres. Nos pusimos un poco nostálgicos. Ambos las habíamos perdido.

Le conté un poco sobre la mía, que estudió farmacología en la Capital y que después mi abuelo la ayudó a poner su propia farmacia en el pueblo, que ahí conoció a mi papá, el bioquímico de la zona, que se casaron y que a los dos años nació yo.

—Mi mamá era hermosa— largó como dolorido — pero se arruinó. Me acuerdo que nos mostraba fotos de cuando vivía en el pueblo, ahí estaba linda con el pelo largo, bien vestida, la sonrisa perfecta, flaquita... tenían plata. Bah, no eran ricos pero vivían bien, mi abuelo era ferroviario, tenía un cargo alto me cuentan.

—¿Ferroviario? Mi abuelo también fue ferroviario.

Por ese lado podía entrarle, teníamos algo en común. Él preguntó primero:

—¿Lo cerraron?

—¿Qué cosa?

—El tren. A mi abuelo lo dejaron en la calle.

—No, no. El mío trabajó toda su vida en los trenes. Hasta que se jubiló.

—¡Qué suerte!

Estuve a punto de decirle que la suerte no existe que cada uno se forja su destino. Estuve a punto de decirle que era muy bajo achacar su situación actual a su abuelo. Estuve a punto de decirle que si se hizo delincuente fue porque él mismo lo había decidido, que no se justificara culpando a las circunstancias. Pero considerando que yo estaba atado y él armado reconsideré mi respuesta y decidí continuar alimentando el buen trato que parecía haber surgido entre los dos así que simplemente dije:

—Sí, la verdad tuvimos mucha suerte.

—Nosotros no – respondió. – Mi abuelo siempre contaba que cuando cerraron el tren se murieron todos los pueblos del ramal Sureste. El trató de quedarse, invirtió toda la indemnización en su negocio pero toda la gente se iba yendo, ya no quedaba a quién venderle nada. Al final se quedaron sin un peso y terminaron en la villa. Encima con mi mamá embarazada.

Otra vez tenía muchos argumentos para replicar. Si era evidente la debacle del pueblo ¿para qué se quedaron? No hay lugar para los sentimientos en los negocios. Hubieran agarrado su plata e invertido en alguna ciudad importante. Apostaron en contra de un destino inevitable y así les fue.

Pero, como dije, él tenía un arma así que traté de mantener el diálogo en los mejores términos posibles, entonces lo alenté a que siguiera con su relato:

—Contame más sobre tu madre.

—Como te dije, era linda pero le duró poco. Cuando salieron del pueblo, porque ya no les quedaba otra, me esperaba a mí. No dijo nada hasta que ya no lo pudo esconder más, le daba mucha vergüenza porque mi papá ya no estaba; su familia fue de las primeras en salir del pueblo y cuando ella se dio cuenta que yo venía ya se lo habían llevado. No le pudo decir... en ese tiempo no había celulares, ni Facebook...

Se ríe un poco y yo lo acompaño. Le hago un gesto para que siga contando.

—Bueno. Ahí se complicó todo más todavía. Se instalaron en la villa, comían poco y mal. Yo iba creciendo en la panza de ella y parece que me alimentaba de sus huesos. Se le fueron cariando los dientes... después vinieron unos chicos de la Facultad pero no los arrebaban, te los sacaban de una. No cobraban nada así que no había mucho para protestar. Jaja. Además, como vivían a pan y fideo, se puso gorda y, como no había para peluquería, se tuvo que cortar el pelo cortito a lo va...

Lo interrumpieron otros dos que entraron como una tromba. Uno de ellos, el más viejo, comenzó a los gritos:

—¿Qué hace este sin capucha?

Pero ahí nomás cambió el tono y le dijo con una sonrisa de satisfacción

—No importa. ¡Ya está! Ya pagaron muy buena guita por este gil.

Y dijo las palabras que me helaron la panza:

—Bajalo nomás.

Él respiró como para decir algo pero se lo tragó. Sacó la pistola y se puso detrás de mí. Antes de cerrar los ojos para esperar el disparo pude ver que vaciaban sobre la mesa una mochila con fajos de guita.

Entonces sentí que las sogas se aflojaban. Lo escuché murmurar:

—Asesino no soy...

En ese momento los otros se percatan de la situación.

—¿Qué dijiste pelotudo?

Amagaron sacar las armas pero mi secuestrador los apuntó con su pistola.

—¡Que no soy asesino! Vos dijiste.... Ya pagaron. Este se va.

Para esto yo ya estaba desatado y de pie. Ellos seguían a los gritos. Yo estaba muy mareado. De un tirón me ubicó detrás de él, fuimos retrocediendo hasta la puerta, él seguía apuntándolos. Alcancé a salir y noté que la puerta tenía tranca del lado de afuera, en un segundo recuperé la lucidez. Soy eficiente, por algo llegué a ser el empresario del año. Hice lo que tenía que hacer. Lo empujé hacia adentro y cerré la puerta con tranca a su espalda.

Mientras él luchara por su vida yo tendría tiempo de huir. Corrí lo más rápido que pude en busca de una comisaría. Se escucharon algunos disparos. No me preocupé. Mi vida era más importante que la de esa lacra. Ellos sabían desde un primer momento que el camino que eligieron podía terminar así. A los pocos metros pude ver que había unos patrulleros. Ya iba llegando. Así debían ser las cosas.

Pero no fueron así. Hubo una contraorden en el Ministerio.

—No se puede cerrar el Sureste porque un primo del ministro es intendente en uno de los pueblos que atraviesa y hay que cuidarlo. Vamos a cerrar el Norte.

Una simple decisión tomada hace mucho tiempo. La mariposa giró solo un poco antes de batir sus alas y el tornado resultante fue a pasar por otras tierras.

Todo cambió.

Fue mi abuelo el boludo que se comió su indemnización tratando de salvar un pueblo que ya estaba muerto.

Fue mi abuelo el cobarde que se terminó tirando abajo de un tren que todavía andaba.

Fue mi abuelo el que dejó desamparada a su hija embarazada.

Y fue mi madre la que se tuvo que prostituir teniéndome ya en la panza para poder comer.

Fue mi madre la que se volvió adicta a cualquier sustancia que la hiciera olvidar un poco de la realidad en la que había caído.

Fue mi madre la que se terminó juntando a fuerza de trompadas con mi padrastro, un delincuente polifuncional que responde leal y ciegamente a las directivas de unos jefes que ni siquiera conoce.

Y fue mi padrastro el que de chiquito me enseñó el “oficio”.

Y fue mi padrastro el que organizó este secuestro.

Y ahora soy yo el que está con la pistola en la cintura cuidando a este gil que pone cara de buenito y que se me hace el amigo chamuyendo por el lado de que su abuelo fue ferroviario igual que el mío.

Yo lo dejo que hable. Si habla se tranquiliza y yo no tengo problemas.

Igual yo no me ablando. Que chamuye lo que quiera. Yo los conozco a estos giles. Se creen la gran cosa pero no saben nada. Nunca pasaron hambre, nunca los cagaron a cintazos por querer ir a la escuela cuando tu viejo te necesita para un afano, la gente nunca se cruzó de vereda porque venían de frente, nunca los violaron en una comisaría. ¿Qué saben los ortivas estos que se hacen los buenitos?

Por eso cuando entran con la guita y mi padrastro me dice canuto: “Ya pagaron, bajalo nomás”.

Yo me voy despacito por atrás, le sobo un poco el lomo, le apoyo un almohadón en la nuca, le arrimo la 38 y le sacudo un tiro. El chabón llegó hasta acá y yo sigo vivo. Yo no me preocupó. Yo soy eficiente. Voy a llegar lejos en esta organización.

## EL OLOR DE MI ABUELO

Fabiana Frini

La vida y la muerte huelen igual en Río Tercero.

La vida y la muerte tienen el mismo olor que mi abuelo traía impregnado en su uniforme de grafiá gris de la Fábrica Atanor. El logo, bordado en azul y blanco, resaltaba sobre el bolsillo derecho.

Siempre que regreso a la ciudad donde crecí, un olor ácido y metálico perfora mis fosas nasales y soy la niña que abraza a su abuelo al regreso del turno vespertino cuarenta años atrás. Los bigotes me raspaban la cara mientras, en un pase de magia, sus manos pequeñas sacaban del bolsillo unos caramelos Media Hora que nos repartía, a mí y a mis hermanos, con un guiño cómplice, contradiciendo los reclamos de mi madre sobre las caries y los dulces. No era un hombre de muchas palabras, sólo un buen hombre, todos decían eso... que era un hombre bueno.

La tarde en que mi abuelo Pablo cayó muerto sobre el volante del Fiat 600, lo hizo con la misma contundencia simple con la que había vivido. El calor arreciaba y en el cielo, una pústula de gases condensados, amarillenta y rojiza, parecía a punto de reventar.

En San Juan las placas tectónicas se deslizaban en una danza macabra. Era noviembre de mil novecientos setenta y siete. Cauçete se derrumbó y mi abuelo murió a más de mil kilómetros de distancia. Otro terremoto, también en Cauçete, había cambiado su vida junto a la de millones de argentinos.

Nació en Las Perdices, un pueblo en el ombligo de la pampa cordobesa, cuando terminaba la Primera Gran Guerra. Su padre



era dueño de una parcela de campo, había tenido más suerte que otros gringos que sólo pudieron arrendar el sueño de la tierra prometida. Los hombres abrían surcos mientras las mujeres parían un hijo por año y morían jóvenes. Su madre no fue la excepción. Mi abuelo fue huérfano a los siete. Creció en medio de sembradíos de maíz, las cosechas ralas, las mangas de langostas y los hermanos desperdigados a la buena de dios, hasta que el viejo se casó con Concepción. Una criolla que se los colgó al corazón y les dio una infancia para recordar con ternura, a pesar de los arrebatos violentos del padre que los controlaba a sopapos limpios.

Aprendió a leer y a escribir salteado y a fuerza de imitar a los hermanos. Sus números y letras en cursiva eran redondos como manzanas. De aquellos años conservaba la tradición de usar una libretita de almacén con tapas negras para hacer los cálculos de los materiales, medidas y precios de cada trabajo que hacía en su taller o de albañilería. Tenía un lápiz carpintero, achatado y colorado, con mina de tinta, que se resistía a prestarnos, pero que le robábamos (mientras hacía la vista gorda) porque nos seducía la idea de creer, que nada ni nadie en este mundo, podían borrar lo que escribiéramos con él.

Creció en el transcurrir de la década infame, donde se vivía con menos que poco, con un par de zapatos y la misma pilcha para laborar e ir al pueblo el día de la virgen y a votar. Era tal la costumbre de no tener nada, que ya muchos creían que eran nada.

A los quince años supo que el campo ya no era sustento suficiente para todos y se fue a probar suerte a Ticino, un pueblo cercano, en un criadero de chanchos de un amigo. Por esos años conoció a mi abuela Leonor y cuando comenzaba la Segunda Guerra Mundial, nació su único hijo, mi padre. Sospecho que tener un solo hijo fue una decisión que tomaron porque estaban hasta la coronilla de carencias.

La cría de cerdos no prosperó y se enganchó a trabajar como peón de albañil. Aprendió el oficio y lo hizo bien. Era prolijo, detallista y responsable. No lo supe hasta que lo recordé levantando,

solo, una habitación en mi casa de la infancia, después del turno en la fábrica, mientras nosotros –mis hermanos y yo– le desacomodábamos la granza, la arena y saltábamos entre los cimientos marcados con el hilo de la paciencia.

Fue cuando se mudaron a Río Tercero en busca de una mejor oportunidad. Mi abuela criaba al niño y él se repartía entre las obras y la venta callejera de pescado en un viejo carromato que le prestaba un vecino.

Me enternece y me rebela pensarlo con sus manos cuarteadas por el frío tajante del invierno cordobés, su cuerpo doblegado por el calor del verano, trabajando a brazo partido para conseguir el pan diario, y no como una metáfora, sino como una insoslayable tragedia cotidiana.

Tembló Caucete en 1944 y tembló la Argentina conservadora. El general y la actriz se cruzaron y mi abuelo se hizo peronista.

En 1947, impulsando una política de industrialización y de sustitución de importaciones, el Estado creó el Grupo Químico Río Tercero para elaborar materias primas para la fabricación de pólvoras, explosivos y fertilizantes nitrogenados. Un año después se iniciaron las obras de construcción de las plantas de amoníaco y ácido nítrico, que se unificaron bajo la denominación de Fábrica Militar Río Tercero. Más tarde se sumarían ATANOR y Petroquímica Río Tercero. Así surgió un polo industrial de 450 hectáreas que motorizó el paraíso para la clase obrera y fue el puntapié inicial para forjar una clase media de profesionales, docentes, comerciantes y pequeños empresarios, en una zona que hasta entonces vivía de las migajas de los terratenientes agroexportadores.

Mi abuelo, al igual que otros cientos, fue contratado como albañil para construir las plantas químicas. Incesante, como en un hormiguero en primavera, la fisonomía del pueblo se transformó con las chimeneas y las torres de las fábricas. El destino de miles estaba a punto de transformarse para siempre.

Dos vicios tenía mi abuelo Pablo. Le gustaba fumar y apostar en la mesa de cartas, era un eximio jugador de chinchón. Era

compañero de partida con el jefe de personal de ATANOR, sociedad mixta entre el Estado y capitales privados. Le pidió un trabajo en la fábrica como operario y, en un intercambio de figuritas, él se afilió al peronismo y al día siguiente comenzó a trabajar. Adiós al cuentapropismo. Bienvenido Estado de Bienestar.

(Somos una mezcla rara aunque no tanto en mi familia, que quizás es el reflejo de muchos... un abuelo se afiliaba al peronismo mientras el otro, un gringo amoroso, junto con el cura del pueblo, arrasaba el busto de Eva por orden del Partido Radical).

Crecí pensando y escuchando que el salario, las vacaciones pagas, el aguinaldo, la obra social, los días del niño, la escuela pública, eran casi naturales... hasta que fui adulta y nos condenaron al monotributo en la década del noventa.

Mi abuelo Pablo era un hombre pequeño y robusto; no era un líder ni tenía pasta ni ganas de serlo. Pero era un compañero, marchaba junto a los suyos y apoyaba cada protesta obrera. Fue uno más de muchos, del montón, de los cabecitas negras que sacaron las patas del barro para escribir una historia diferente, con letra cursiva y dignidad.

Ser parte de esta historia también cambió la de nuestra familia. Mi padre ya no conoció las inclemencias del trabajo a destajo, sin futuro, sino que accedió a una Escuela Técnica y más tarde a un puesto calificado en la Fábrica Militar. Con mis hermanos, fuimos la generación que llegó a la universidad. Fuimos y somos el ejemplo de que la movilidad social no es un sueño desperdiciado.

Mis abuelos y su generación, a diferencia de aquellos que los precedieron accedieron a la casa propia, con baño, piso, dormitorios diferentes para los padres y los hijos, garaje y galería. Con muebles nuevos y todos los servicios. Mi abuela amaba comprar revistas de moda que cronicaban el viaje de Eva Perón a Europa; algún que otro trajecito imitación Channel y zapatos de tacón. Una postal de mi infancia es verlos partir de vacaciones a Mar Chiquita en el Fiat 600, anaranjado, con el portaequipajes atiborrado con las valijas, la heladerita de tergopol y las reposeras y la tapa del

motor levantada con un palito, para evitar que se recalentara. Recuerdo que los domingos, después de almorzar, nos llevaba junto a mi padre al cine para ver una función doble de películas de cow-boys y disfrutar del banquete de las cajas de maní con chocolate en el intervalo.

Para la mirada infantil, mi abuelo era un hombre viejo cuando murió. Hoy que me acerco a esa edad, siento tristeza al pensar que no pudo disfrutar de su anhelada jubilación; donde tendría tiempo para trabajar en su taller, jugar a las bochas y juntarse con los amigos en el Club Español a jugar a las cartas por dinero, motivo del que siempre se agarraba mi abuela para hincharle un poquito “las pelotas” como decía.

Creo que murió sin saber que el país vivía su noche más oscura, que muchos obreros perderían su trabajo, que el neoliberalismo volaría la Fábrica Militar de Río Tercero e intentaría destruir, de muchas otras formas, en repetidas ocasiones y junto al polo fabril, a la ciudad misma.

Ayer como hoy, el pueblo huele como una melaza cáustica y penetrante que se pega, sigilosamente, en la ropa, el pelo y el alma. Es el olor de mi abuelo, que nos acompaña cada vez que tomamos las calles y levantamos las banderas por un mundo más justo.

## EL PRECEPTOR

Santiago Oliva

La madrugada del cuatro de abril de 2019, en su departamento de la calle Soler, Nicolás Dunayevich soñó con una partida de naipes. No la jugaba él mismo, sino otras personas. La escena transcurría en un viejo almacén de pisos de madera. Nicolás miraba como un mozo desde la barra.

En un momento, uno de los jugadores lo invitó a que eligiera una carta de la mesa. Nicolás estiró su brazo y tomó una carta. En ese punto algo lo despertó. A su lado, Úrsula dormía boca abajo, completamente desnuda. Nicolás la cubrió con una frazada y luego se levantó. Todavía era de noche. El viento del otoño se filtraba por la cortina. Ya en el patio, caminó hasta el fondo y orinó sobre un montículo de tierra. Después puso la pava en el fuego para hacer mate, rezó de memoria junto a la ventana y buscó el revólver que había heredado de su madre. Apenas hubo salido a la calle, se detuvo para mirar otra vez en el interior de la mochila: el revolver aún estaba allí.

Nicolás Dunayevich era un hombre de treinta y cuatro años, alto y pelirrojo, que trabajaba como preceptor en la escuela israelita de avenida Vélez Sársfield. Por las noches, cuando su esposa y su hijo dormían, él se instalaba en el escritorio: hundía su rostro en un ejemplar de la Torá y comenzaba a leer (de derecha a izquierda, un reglón, de izquierda a derecha el siguiente). Sin embargo, aquella noche no pudo dedicarse tranquilo a su estudio de la cábala. Cada vez que modificaba una letra se le aparecía la cara de Jonás Kaneti, el hombre que lo quería matar. Antes de acostarse abrió

el cajón donde escondía el arma pero la dejó allí: se defendería de aquel hombre con sus propios puños. Ya en la cama, intentó despertar a su esposa para hacer el amor acaso por última vez, pero ella no quiso. Entonces prendió un cigarrillo y se quedó un rato mirando por la ventana.

Allí recordó que para la Guemará existen cinco tipos de personas: el justo que prospera, el justo que sufre, el malvado que prospera, el malvado que sufre y el hombre intermedio. La cobardía denota sufrimiento y miseria. Pero a Nicolás ya no le importaba nada: sólo vivir. Por eso tomó el revólver y salió a la calle.

Todo comenzó con el ascenso de Leonardo. Nicolás y su esposa, Úrsula, trabajan juntos en la escuela israelita desde los tiempos en que aún estudiaban sus carreras universitarias. Ella como profesora de economía y él como preceptor. Pero sus intereses en la escuela no eran sólo laborales, sino políticos. Algo que muy bien hubiera podido denominarse movimiento de pinza: Úrsula sembraba comentarios en la sala de profesores y en toda la planta inferior; mientras Nicolás, caminando la planta superior, persuadía a los demás preceptores, a la secretaria y a la gente del rabino. Luego de la jubilación de la directora, toda la escuela se rendiría ante sus pies. Pero se equivocaron: la maniobra de pinza consiste en atacar los flancos del oponente dejando una escapatoria, dado que todo ejército pelea con fervor al verse perdido. La llegada de Leonardo, quien hizo amigos por toda la escuela y acabó siendo el confidente de Úrsula, acabó por completo con la estrategia. Nicolás quedó aturdido a causa de los golpes. Leonardo los visitaba en su casa, cantaba chacareras y le hacía costosos regalos al niño. Leonardo hablaba mejor que Nicolás, siempre mesurado, con la palabra correcta. Leonardo era más inteligente y acaso más lindo que Nicolás, con su piel aceitunada y sus ojos negros. La peste rondaba por allí. Nicolás podía olerla. Apenas la lectura del Zohar le quedaba como compañía: el hilo de Dios.

Pero el día fundamental no tuvo origen en la escuela, sino durante la excursión a Los Gigantes, un sistema montañoso que

se levanta a ochenta kilómetros de Córdoba. Nicolás había llegado tarde y con cara de dormido. El transporte que los llevaría ya estaba frente a la escuela, con las familias de algunos chicos esperando para despedirlos. Por aquellos días, Nicolás estaba viviendo en un departamento que le prestaba su amigo Samuel, dado que Úrsula lo había echado de la casa por insoportable y por celoso. Cuando sonó el despertador, decidió levantarse por pura indolencia, para no soportar la mirada descalificadora de Leonardo. Ya en el viaje, mientras sus alumnos se tiraban cosas y caminaban por el pasillo del colectivo, Nicolás se limitó a mirar para afuera: harto de todo. El instante en que escucharía su propio nombre aún no había llegado: lo devoraban los celos y la envidia porque a la noche, mientras él estuviese en Los Gigantes limpiando mocos de adolescentes, Úrsula iría al cumpleaños de Leonardo y se quedaría a dormir con él. Ya lo sabía todo: Úrsula dejaría al niño en la casa de los abuelos con la excusa de que volvería demasiado tarde, e inventaría alguna historia para quedarse en la casa de Leonardo después de que se hubieran ido los demás, entre platos vacíos y ceniceros sucios. Recién cuando llegó a Los Gigantes y el viento helado le pegó en la cara, Nicolás se quitó aquellos temores de encima. Pero sus nervios no estaban en condiciones de cuidar a un grupo de jóvenes en la montaña.

Entre los sesenta y cuatro alumnos que habían viajado con él a Los Gigantes había uno llamado Ezequiel, a quien los demás hostigaban con burlas. Se trataba de un niño que sufría el síndrome de Asperger, por lo que estaba medicado. Cuando la madre del niño le dio las pastillas que debía dispensarle durante el viaje, Nicolás las guardó en un bolsillo recóndito de su mochila, pero aun así se quedó preocupado. ¿Qué podía pasar si aquellas pastillas se perdían? “No va a pasar nada” dijo la madre del chico, “son apenas dos días”. Además de Nicolás iban con el grupo otros tres adultos: David, Guada y Javier, profesores de educación física. Esta excursión a la montaña era algo que hacían todos los años; sin embargo, apenas llegaron al refugio se dieron con que la casa principal

estaba casi en ruinas. Como hacía frío, Nicolás trató de juntar algunos palitos y encender una fogata, pero uno de los profesores le señaló que no podían prender fuego debido a los problemas con los incendios. Por ello se dispuso todo para el desayuno en el interior del refugio, y recién después de que el sol hubo calentado el ambiente, comenzaron con las actividades.

A Nicolás le tocó la patrulla de Ezequiel por el tema de los medicamentos. Se trataba de una expedición a la cueva de la salamanca, donde almorzarían después de jugar a la búsqueda del tesoro. Al principio los estudiantes iban riendo y cantando en grupo porque el camino era llano, pero luego, al volverse pedregoso y en subida se conformaron grupos más chicos, donde cada uno hablaba con quien tenía más cerca. Así fue como Nicolás fue conociendo a Ezequiel. El joven le contó que solía venir a la montaña con su padre, que tenía una bolsa de dormir de plumas de pato, que en dos ocasiones había escalado el cerro Champaquí y que a este viaje había traído una bolsa repleta de nueces, pasas de uva y orejones: el alimento que necesita todo buen montañista. Mientras avanzaban, una de las chicas encontró el cuerpo de una mara sin cabeza, lo que generó una serie de gritos histéricos que culminaron cuando Nicolás tomó al animal de sus patas y lo revolvió hacia los yuyos. “Seguro que se la estaba comiendo otro bicho”, le dijo Ezequiel, cuando volvieron al camino. “Un perro o un puma, algo que se fue cuando nos escuchó a nosotros”. Nicolás asintió, era lo más probable. Más adelante Ezequiel siguió hablando de aquello, como impresionado por algo demasiado notorio, temando con la mara muerta, el charco de sangre, el miedo a que algo rondara por el monte. Nicolás lo tranquilizó y el joven cambió de tema. No obstante, cuando se detuvieron a almorzar volvió a lo mismo, contando que su padre le había prestado una navaja. Era una navaja alemana, muy cara y peligrosa, que Nicolás contempló horrorizado. “Mi papá me la prestó porque tiene muchas funciones”, dijo el chico. “Sirve para defenderse de animales, sirve como alicate, como abrelatas, como cuchilla para cortar cuerdas...”. Nicolás pensó en



quitarle la navaja pero luego recordó que todos los estudiantes habían traído cuchillos y herramientas para valerse en el monte, por lo que sólo le pidió que la guardase y tuviera cuidado. En ese momento, una de las chicas que hostigaba a Ezequiel hizo un comentario en tono de burla. “El arma homicida” dijo, de tal manera que todos pudieran escucharlo y reírse, “tengan cuidado”. Nicolás intervino rápidamente, descalificando la burla y sancionando a la chica. Pero cuando volvió su vista, Ezequiel ya no estaba, se había ido solo bajo un aromito a guardar sus cosas, con la cabeza gacha.

Hacía varios años que un grupo de estudiantes hostigaba a Ezequiel, murmurando que un día iba a ir a la escuela con una pistola para matarlos a todos. Decían que coleccionaba armas, que tenía una tendencia innata al crimen y que era un tipo violento igual que su padre. Las habladurías habían creado una ficción donde la familia de Ezequiel era un infierno, con un padre golpeador y una madre desquiciada. Por eso aquella tarde, durante la excursión a la montaña, Nicolás se acercó a donde estaba el chico, le habló afectuosamente, le dijo que era agradable conversar con él y lo dejó con los pocos compañeros que se le acercaban. Entonces volvió la calma. Los chicos llegaron a la cueva de la salamandra, tomaron la merienda e hicieron la búsqueda del tesoro. Cuando llegó la hora de volver al refugio, Nicolás bajó charlando con Guada, la profesora de educación física, cerrando la fila de estudiantes que descendían de la montaña. Guada no era judía pero se interesaba por la cultura de sus compañeros. Nicolás le habló de comidas, de pequeños rituales, del jaidismo y de los reformistas, hasta que llegaron a la cábala. Ella lo escuchaba con la sutileza de una espía. Nicolás le contó algo sobre los gnósticos, los esenios y la comunidad de Qumrán; pero básicamente le dijo que para él la cábala era una manera de buscar a Dios en la encarnación de su espíritu. “El espíritu es la intimidad de Dios con nosotros”, decía Nicolás, “su presencia en nuestros pechos. Por eso el estudio de la cábala no implica sólo aquello que Dios ha dictado palabra por palabra, sino también un vínculo con este mecanismo que es el universo, cada una de sus

pedras, cada uno de sus animales y sus plantas. La cábala me ayuda a pensar este mecanismo”. Guada escuchó a Nicolás con ternura, asombrada de la inocencia de aquel hombre. Antes del atardecer llegaron al refugio y cada uno se fue a resolver la tarea que le correspondía. Guada bajó hasta el arroyo con una sonrisa. Los varones que subían la pendiente la miraron y también se rieron.

Esa noche, una tormenta escondió el cielo y trajo un fuerte olor a tierra mojada. Nicolás se sentía espiritualizado, preparando la cena en la cocina de aquel refugio. Pero un grupo de chicas irrumpió en la cocina a los gritos. Ezequiel las había amenazado de muerte con una navaja. Nicolás intentó tranquilizarlas y les pidió que una de ellas tomara la palabra para explicar lo que había pasado. Entonces Regina, la hija de un opulento empresario, contó que cuando estaba en la puerta de su carpa buscando las cosas para bañarse, Ezequiel se apareció frente a ella con una navaja y le dijo que a él le gustaba ver sangrar a las chicas, que era lindo ver cómo caían en el miedo. Nadie hubiera sabido realmente qué hacer. Lo primero que hizo Nicolás fue preguntar si alguna otra chica había sido amenazada. Ninguna, sólo Regina. Entonces le pidió a una de ellas que se quedara acompañándola y que fueran juntas a hablar con Guada. Las demás chicas se arrojaron al comedor del refugio para contarles a todos lo que había sucedido. Nicolás fue hasta la zona de las carpas a buscar a Ezequiel pero no lo encontró, lo buscó carpa por carpa y les preguntó a otros estudiantes: nada, el chico no estaba. Una oscuridad venía del arroyo. Nicolás se quedó un instante contemplando esa oscuridad, hipnotizado, hasta que el recordatorio del teléfono lo devolvió a la realidad. Nuevamente no supo qué hacer, si bajar al arroyo o ir a buscar las pastillas. Decidió volver. Hurgó más de nueve veces en su mochila, sacó todas las cosas con desesperación: las pastillas habían desaparecido.

Dos horas más tarde, Ezequiel se presentó en el comedor como si nada. El griterío y las carcajadas se apagaron. Un ruido de cubiertos fue lo último que se escuchó. Nicolás se acercó y le preguntó a dónde había estado. “Me quedé dormido”, respondió el

chico. “Me acosté en la habitación de la casa de piedra y me quedé dormido”. A nadie se le había ocurrido buscar a Ezequiel en los dormitorios. El chico se había tirado en una cama y se había quedado dormido. Sin embargo, aún quedaba por resolver la cuestión de la amenaza. Cuando todos terminaron de comer, Nicolás y David se fueron a conversar con Ezequiel. El chico dijo que todo había sido una broma, que estaba harto de las burlas y que por eso había decidido asustar a Regina con su peor cara de loco. En cierta medida, cada estudiante ocupaba un rol en la dinámica de poder que circulaba entre ellos. Y Ezequiel entendía que el rol de loco peligroso podía acabar con el hospedaje. Por eso lo hizo. Nunca pensó que la cosa iría tan lejos. Después de hablar con él, Nicolás fue a hablar con Regina y con el grupo de chicas que más asustado estaba. Les explicó que Ezequiel no era peligroso, que sólo estaba harto de sufrir y que no les haría daño. Las chicas no le creyeron. Recién cuando le volvió a sonar el recordatorio del teléfono, ya pasadas las doce de la noche, Nicolás recordó que las pastillas habían desaparecido. Ezequiel juraba y perjuraba que no las había tocado. Entonces Nicolás volvió a tener dudas. Las opciones eran: dejar todo como estaba o juntar a los estudiantes en medio de la noche para exigir la aparición de las pastillas. Optó por lo primero y se fue a dormir. Ya había sido demasiado.

En el interior de su carpa le costaba dormirse. Hacía mucho frío y aún escuchaba voces de estudiantes que seguían charlando. Pensó en Úrsula y decidió llamarla aunque fuera tarde, aunque tal vez ella estuviese en la cama de Leonardo. Pero no pudo, en Los Gigantes no había señal. Así que salió de su carpa para dar una vuelta por los alrededores del refugio y pedirle a los chicos que se durmieran. Al cabo de una hora todo era silencio, menos el bosque. El cantar de los sapos venía del arroyo. El grito de alguna lechuza cortaba la noche. Entonces se metió en su bolsa de dormir y cerró los ojos. Un rato después Guada abrió el cierre muy despacio y se metió en su carpa. Ella era unos años más grande que Nicolás, tenía la piel bronceada por largas tardes dando

clases en el patio, un cabello oscuro y una cara pecosa. Hablaron de todo lo que había pasado. Nicolás le convidó un trozo de chocolate y ella le contó que estaba casada. Le habló largo y tendido de su matrimonio, acaso con felicidad, de los hijos que hubiera querido tener y de su deslumbrante aspecto cuando era más joven. Hasta que en un momento tomó la mano de Nicolás y se la llevó a una de sus tetas, que ya estaba grande y caliente. Después lo besó en el cuello y lo fue buscando con la mano izquierda, bajando por el abdomen. Pero en ese momento Nicolás se la quitó de encima, poniendo apenas la mano contra su hombro. “Así no” dijo Nicolás. “No estoy bien”. Ella lo miró sin comprenderlo. Hubo un silencio de cuatro segundos. Ella trató de buscarlo de nuevo pero no hubo caso. “No puedo”, dijo él. “Para mí es demasiado que estés acá, no puedo”. Ella siguió sin comprenderlo, le dijo que era un histérico y un machirulo, se acomodó la ropa y salió de la carpa.

La oscuridad era tenebrosa. Pese a su enojo, Guada caminó hacia el refugio tratando de no hacer ruido. Cuando abrió la puerta de su dormitorio escuchó algo en el baño, entonces cruzó rápido el comedor y prendió la luz. Ezequiel la miró con los ojos bien abiertos, lanzó un vómito espumoso y cayó desplomado hacia adelante: se había tomado todas las pastillas juntas y estaba inconsciente.

Casi un mes después de su vuelta a la escuela, luego de haber estado suspendido por quince días, la única preocupación de Nicolás era que todo volviese a la normalidad. Úrsula lo había admitido de nuevo en su casa, el sumario que lo mantenía en peligro iba quedando en el pasado y el joven Ezequiel se había recuperado del intento de suicidio. Pero entonces llegó a la escuela el padre de Regina, la chica que había sido amenazada por Ezequiel en la excursión a Los gigantes. El hombre se llamaba Jonás Kaneti y era dueño de una cadena de farmacias. Al principio el encuentro fue cordial, pero apenas el hombre empezó a los gritos en la dirección, Leonardo hizo llamar a Nicolás. La reunión era inverosímil, porque nunca les había tocado lidiar con un hombre corpulento que

los amenazara de muerte. “Vos no hiciste nada” le gritaba el hombre a Nicolás, salpicándolo con saliva. “Mi hija estaba nerviosa, llorando. Mi hija tenía miedo de que ese energúmeno la matara. Y sabés lo que vamos a hacer ahora: te voy a matar, te voy a sacar el corazón y me lo voy a comer”.

Todas esas barbaridades le gritaba aquel hombre a Nicolás, hasta que con ayuda de la policía lograron echarlo de la escuela. Pero la historia no terminó allí: cada vez que el hombre iba a buscar a la chica a la escuela, le hacía gestos a Nicolás desde el auto, lo insultaba, lo amenazaba, se pasaba un dedo por la garganta. A la noche, cuando Nicolás trataba de comer algo, tranquilo, sonaba su teléfono con amenazas. Era insoportable. Lo primero que se le ocurrió fue hacer una exposición policial pero no sirvió para nada, el hostigamiento siguió y siguió hasta que Nicolás le propuso a aquel hombre que resolvieran la cuestión de una vez por todas, en un encuentro mano a mano, sin padrinos y sin armas, en el descampado que su oponente eligiera.

Pero batirse a duelo con un desquiciado no es algo sencillo, las posibilidades de vencerlo son siempre difusas y están vinculadas con el nivel de ira que se despliegue. Durante los días previos, Nicolás intentó recostarse en su fe religiosa: leyó y rezó muchísimo, e incluso una noche, en un desvarío místico, trató de hacer una figura humana con un poco de arcilla. Le salió un muñeco deforme, sobre el que sopló con un dejo de vergüenza y repugnancia. No había magia que pudiera salvarlo: debía enfrentarse con aquel hombre y combatirlo sin piedad. Pero a eso recién lo entendió cuando el otro lo tomó por el cuello con uno de sus brazos, lo llevó al piso y empezó a golpearlo una y otra vez con el puño cerrado. Nicolás ya sangraba. Un chorro fuerte le había salido por la nariz y ahora le embardunaba el rostro. El hombre lo siguió golpeando en la cabeza y en la boca hasta Nicolás se pudo zafar. Entonces quedó parado, con la cara desfigurada en sangre. Pero antes de que el otro se pudiera erguir, Nicolás le dio una patada terrible en la garganta, el otro se tambaleó hacia atrás y eso le dio margen para pegarle y

tirlo al piso. Así fue como Nicolás logró subirse sobre el abdomen de aquel hombre, clavarle sus rodillas en los bíceps para que no pudiera moverse y darle trompadas hasta dejarlo inconsciente, hasta que sus puños se rompieron en el cráneo del otro. El señor jamás se olvidará de mí. El bellissimo cuerpo de Úrsula. La sangre derramada. La certeza de vencer. El orgasmo de Úrsula como trofeo. La ascensión de la belleza. El triunfo. En cada movimiento de los brazos de Nicolás, en cada impacto, una imagen atravesaba su cabeza. No hizo falta ningún revólver.

## AYER

Hugo Pisa

### 1.

Ayer se murió.

Yo, como todos los días, leía el diario de espaldas al mundo que me propone el comedor del geriátrico. Leía verdades o mentiras –opiniones– difíciles de asimilar. Pero: “ayer se murió” es contundente. Un golpe seco. Y no lo puedo creer. ¿Qué es lo que no puedo creer?, ¿la muerte?, ¿la muerte de él?, ¡qué!

—Jorge, se murió Raúl– me dijeron o yo creo haberlo oído así, con el mismo tono que anuncian la comida. Yo moví la cabeza como un pájaro. Después me paré y tampoco dije nada. Sentí que había miradas que caían cerca. Eran miradas que esperaban algo, tal vez un grito; un llanto; un golpe a la mesa; una puteada; todo junto. La gente siempre espera una reacción y yo los decepcioné. Por suerte respetaron mi silencio. Porque en estos lugares no te respetan: tenés que respetar las normas que te imponen. Recuerdo que caminé hacia la que era nuestra habitación; cuando entré miré el baño que tenía la puerta abierta; adentro, una chata apoyada contra la pared, en posición de espera, firme. Seguí: en la habitación no hay nada más que eso, el baño y las camas; un televisor, quizás. Lo único que miré después fue mi cama, estaba tendida con el cubre bien tirante. Agarré una de las puntas y tiré, como un mago cuando termina un truco. Un viento vacío me recorrió la cara y bajó, pegajoso, por todo el cuerpo hasta perderse en el piso. Me senté. Miré hacia delante, con los

talones juntos y las puntas de los pies hacia afuera. Luego me dejé caer, vestido.

Tal vez fue por respeto; o quizás por olvido, ¿importa? El hecho es que dormí toda la noche y me levantaron recién para desayunar. Dije que no. Entonces me trajeron una bandeja y la dejaron en la mesa. Por si tenés ganas, dijo la chica y se fue. Cuando cerró la puerta me levanté y me puse a escribir para ordenarme. Quiero estar un rato más con él, levantarlo de su cama vacía para que me termine de contar, porque antes de irse me dijo ya vuelvo y la seguimos. Me tengo que hacer un estudio, nada más, me aclaró. Un control para seguir bien. No quería que me preocupara. Desde el principio hicimos ese pacto necesario entre dos personas que se conocieron de grandes. Porque conocerse después de los setenta y cinco y hacerse amigos es un desafío. Y nosotros hicimos eso: un pacto silencioso cuando entró a la habitación por primera vez y lo sellamos al poco tiempo en una conversación.

Él llegó un año después de mí.

## 2.

Fue a mitad de una semana. El mes no importa porque el tiempo en los geriátricos se siente distinto. Es espeso y lento; pero contundente y letal. Entró acompañado por su esposa. Estaba en silla de ruedas. Me sonrió. Yo terminé de secarme las manos en el pantalón y pedí disculpas. Le ofrecí mi muñeca derecha, él la agarró, la movió hacia arriba y la dejó caer.

—No hay nada que disculpar —dijo y me guiño el ojo. Yo me limité a una mueca.

Marcela, la psicóloga del piso, siempre impecable; de sonrisa implacable nos presentó. Después le anunció:

—Bueno... esta va a ser tu cama—. Y le pegó dos golpecitos al colchón desnudo, blanco e ignífugo.

—Bueno —volvió a decir. —Los dejo—. Hizo una pausa a la espera de algo inespecífico y se fue. Yo, con el diario debajo de la



axila izquierda, pedí disculpas de nuevo e intenté salir. Antes de cerrar la puerta Raúl me llamó.

—Jorge —dijo. —Nada que disculpar.

No supe que decirle, asentí y de nuevo hice la misma mueca. Su esposa se movía como una arquitecta que mira cómo sería una potencial reforma.

—Yo vengo a rehabilitarme nomás. Empiezo a caminar y me voy.

—Me parece bien. Yo haría lo mismo —dije y sonreí. Él y su esposa también. Ella, ahora, se apoyaba en el hombro de él como si fuera un mueble. Tenía una sonrisa blanca; arriba, un peinado corto y rojo. Las arrugas caían parejas desde los ojos. Ella llegaba siempre un poco antes del almuerzo. Se sentaba de golpe, como si hubiese conseguido una silla desocupada. Y siempre, siempre preguntaba lo mismo:

—Cómo están muchachos.

—Acá estamos, disfrutando del paisaje —contestábamos en plural.

Después él le comentaba el parte diario que incluía el grito de una, el insulto de otro y con quién pensaba hablarlo. Esto es para el psiquiatra. Aquello para el médico. Lo otro para la psicóloga, decía.

Cuando ella se iba, un rato antes de la merienda, yo acompañaba su silencio. No lo decía, pero la extrañaba. Un día me dijo:

—Sé que te lo debes imaginar. Te lo voy a contar. Pero hoy no.

### 3.

Miro la cama y pienso a quién me van a poner, porque aunque parezca mentira los geriátricos tienen lista de espera. Yo no hubiera entrado nunca. Lo mío fue amor: nos teníamos a nosotros, cuidaba de ella, y ella de mí. Nos conocimos en una plaza, yo leía el diario en la punta del banco: pienso que si uno se sienta en el medio es un egoísta. Ella se sentó en la otra punta. Parecía cansada, pero en realidad estaba ansiosa por prenderse un cigarrillo: una

vez que dio la primera pitada su cuerpo se relajó. El viento cambió y todo el humo se vino para mi lado.

—Disculpame —dijo. Como diciendo quién te manda a sentarte justo ahí.

—Disculpas aceptadas. Se ve que lo necesitaba —contraataqué.

—Pero qué insolente —dijo con una sonrisa y a partir de ahí no paramos de hablar.

Era diciembre. Y fue, después de mucho tiempo, una navidad y un año nuevo que pasé acompañado. A ella le pasó más o menos lo mismo: festejaba con una sobrina que no la quería dejar sola. La historia de cada uno antes de esas fiestas no tuvo importancia. Nos volvimos inseparables, como si hubiésemos nacido en ese momento. Viajamos lo que pudimos, salimos y nos comimos todo. Las escenas agradables se repetían como en una película. Dormíamos abrazados. Muy abrazados. Nos levantábamos cuando queríamos; en general, temprano. Yo salía a comprar el diario y luego preparaba el desayuno para los dos. Ella se levantaba cuando estaba servido. Respetábamos nuestros silencios. En cualquier momento, como si fuera una necesidad decía desde la puerta: Ya vuelvo. Mi “cuidate” quedaba retumbando en el departamento. Ese día, porque siempre tiene que haber un día, sólo que desconocemos cuándo va a suceder aquello para lo cual no estamos preparados; ese cachetazo de la vida, ese “hasta aquí te dejo jugar”; ya está. Ese día; la voz del teléfono dijo:

—Se desplomó en la calle, parece que fue un ACV. La llevaron al hospital.

Traté de salir de la película; pero no pude: llegué agitado con cara de susto y apoyé las manos en el mostrador antes de preguntar por ella.

La sobrina fue categórica:

—Vos no vas a poder solo, yo no me puedo hacer cargo; como dijo el médico, lo mejor es que vaya a un geriátrico.

—Voy con ella —dije.

4.

—Qué buena historia la puta madre –dijo Raúl cuando le terminé de contar todo lo que me pasó antes de llegar al geriátrico.

—Pero mirá que ella no se recuperó –agregué.

—Sí, sí, pobre.

Hablar, se habla mucho. Las personas conversan; pero en general son conversaciones que no generan nada, un simple intercambio de palabras blandas que se diluyen a los pocos minutos. Es lo que ocurre en lugares como estos. Pero hay encuentros que marcan un antes y un después. Es lo que diferencia a una conversación entre amigos. Ese día empezó nuestra amistad: se produjo esa magia a partir de la cual el otro se vuelve distinto: resalta frente a los demás.

—Cómo es eso de que dormían “muy abrazados” – preguntó.

—Sí, no sé qué decirte. Nos acostábamos a la hora que queríamos. Ella se pegaba a mí y yo la abrazaba fuerte. Siempre pensaba que podía ser la última vez. No me preguntes por qué, era un pensamiento recurrente. Así que estoy tranquilo, al menos con eso: no me guardé nada.

—Mirá vos, qué interesante. Pero... ustedes... vos... sabés – dudó.

—¿Qué querés saber? Dale, decilo, somos amigos.

Eso me sorprendió: Raúl hablaba seguro. Siempre manifestaba su parecer a cualquiera; daba sugerencias y según él les cantaba la justa a los médicos. De esa manera siento que los ayudo, decía.

5.

La rutina suya era siempre la misma. Se levantaba temprano y hacía sonar el timbre para que lo vinieran a asistir. Pero los geriátricos, me parece, no están a la altura de esa demanda, manejan muy bien el destiempo. Eso lo irritaba. Una sola vez le pregunté si quería que lo ayudara.

—Ni se te ocurra –dijo. –Pero te aclaro una cosa, lo hago por vos: aquí lo haces una vez y estos se relajan para siempre; y si eso pasa dejan de venir, ¿entendés?

—Lo que vos digas –contesté.

Cuando venían, les preguntaba:

—Mucho trabajo, che ¿Están muy locos esta mañana?

Algún distraído le preguntaba a quién se refería.

—Me refiero a los residentes, ¿a quién más? –sonreía; siempre sonreía.

—Te espero afuera –le decía una vez que venían a asistirlo.

—Dale, fijate la mesa de siempre.

Desde la puerta de la habitación él se encargaba de su silla de ruedas. No quería que nadie se la empujara. –Hay una cosa importante que nadie te va a decir porque se quedarían sin clientela –decía– si dejás que te empujen la silla te convertís en uno más.

Cuando llegaba a la mesa tomaba posición: desde su lugar miraba todo, no se le escapaba nada. Si hubiera sido por él, hubiese abierto una sucursal del office de enfermería; “para ayudar”, sin duda. Después, siempre, tenía una anécdota de la noche anterior. Tal se levantó y se metió en otro baño; otro que quiso pedir una pizza y el delivery llegó hasta la puerta y no lo dejaron pasar.

– Pobre pibe, imaginate volver con el pedido diciendo ¿dónde me mandaron?

Después del desayuno yo me iba con mi mujer y él se quedaba solo. Nos volvíamos a encontrar cuando venía su esposa.

## 6.

Una tarde, unos minutos antes de que ella se fuera, le dijo:

—No sabés las historias de amor que hay por aquí.

—No me digas, tuvieron suerte –dijo ella y se sonrió con una mueca mezquina.

Raúl, como siempre, hizo lo mismo. También le guiñó el ojo.

—Mejor me voy –agarró la cartera y antes de irse agregó: chau.

—¿Se enojó? –pregunté.

—No: las mujeres son así –dijo y me guiñó el ojo.

—A mí me pareció que sí.

—La puta madre Jorge, a ver si nos entendemos, ella es así.

—Está bien, no te enojés vos ahora.

—Sabés qué, me voy a la mierda.

Fue la primera vez que hizo un recorrido distinto al habitual: de su habitación a la mesa. Dejé que se alejara sin perderlo de vista. En ese momento pensé que él nunca me había pedido de conocer a mi mujer; y que tampoco a mí se me había ocurrido presentársela. Sentí vergüenza y enojo a la vez. Raúl dejó de importarme. Me levanté y me fui con ella. El diario quedó en la mesa. En la cena apareció con la sonrisa de un familiar que viene de visita. Se acomodó casi en cámara lenta en la mesa. Trabó las ruedas y preguntó:

—¿Sabés que hay para cenar?

—No, ni idea.

—De nuevo pollo con puré de calabaza –dijo. –¿Que cómo lo sé?

—No te pregunté nada.

—Estuve hablando con los camareros. Dentro de todo son buenos pibes.

Esa noche no pude cenar: mi mujer se ahogó. Cuando llegué al comedor del sector de ella me dijeron que se había puesto azul, que uno de los enfermeros la agarró desde atrás y con una manobra seca logró que escupiera el pedazo de pollo asesino. Le agarré la mano y le dije:

—Qué susto eh.

Ella me miró triste; no tanto por lo que le había pasado, sino por mi preocupación. La besé y la acompañé hasta la puerta de su habitación, porque hasta ahí te dejan llegar: “le puede molestar a la compañera con la que comparte el cuarto” es la explicación, el justificativo. Son esas situaciones que no entiendo; ahí Raúl tenía razón. Él decía que en estos lugares sólo se tienen en cuenta las reglas: les tienen miedo a las excepciones. Cuando volví a mi habitación traté de no hacer ruido.

—¿Todo bien Jorge? –me preguntó apenas me acosté.

—Sí, todo bien gracias a Dios.

—Me alegra. Ahora descansá. Mañana hablamos.

—Sí. Gracias.

Él se dio vuelta con dificultad, con un ritmo lento que incluía movimiento y queja al mismo tiempo. Encendió su lámpara con el último quejido. Estaba más gordo.

—Jorge, nada que agradecer —dijo. Me guiñó el ojo y apagó la luz.

Sonreí y me quedé dormido.

7.

La mañana no se veía diferente a cualquier otra. Misma rutina, mismas anécdotas, son los lugares que eligen las tragedias para esconderse. El desayuno también llegó con el mismo gusto dulzón de siempre. Raúl tomó posición. Me quedé a la espera de alguna anécdota nocturna. Pero esta vez el personaje fue él.

—Tuve un sueño revelador —dijo.

—Contame, ¿te puedo ayudar? —pregunté y dejé el diario a un costado en señal de “soy todo oídos”.

—No sé, me da un poco de vergüenza. Yo una vez te dije que te iba a contar; pero al final nunca te conté. Después se me pasó o me olvidé —dijo haciendo las señas de las comillas en el aire. —Pero no te quiero contar nada hasta que no me digas cómo amaneció tu mujer.

—Bien —contesté tratando de disimular: me había olvidado. ¿Acaso no es sano el olvido?

—¿Nada más que... bien? —otra vez la seña de las comillas.

—Sí, por suerte todo bien. Ahora debe estar desayunando —dije nervioso. —Pero contame de tu sueño. Yo cualquier cosa te aviso. Tu estudio; era hoy, ¿no?

—Sí. En un rato vienen a buscarme. Espero que llegue puntual.

—Quedate tranquilo. No tiene motivo para llegar tarde.

—Y ¿vos qué sabés?

—Uh no te enojés, decía nada más.

—Lo que pasa es que estoy hartito de los opinadores. Siento que al final me caí por ellos; y por ellos terminé acá —dijo.

—¿De qué hablás Raúl?

—Del sueño, de qué más, ¿no estábamos hablando del sueño?, me parece que te estás contagiando de los de acá, eh.

—¿Vos decís? —dije y le guiñé el ojo.

Él me miró serio, como si le hubiese robado el chiste. Cada vez me resultaba más difícil seguir su conversación.

—¿Querés que te cuente o no? —preguntó.

—Sí, dale.

El médico del sector se acercó y nos preguntó cómo estábamos, si había alguna novedad y si estaba confirmada la salida para hacerse el estudio. Raúl levantó el pulgar: en ese momento masticaba un pedazo de tostada, y guiñó el ojo. Después vino la camarrera y él no perdió la oportunidad para preguntarle:

—¿Comieron los residentes?

—Sí, bastante bien —dijo.

—Me alegra.

Cuando la mujer se fue él me explicó que siempre había que preguntar para que el personal no se relaje, de esa manera —afirmó— se mantienen activos y atentos. Después de ese comentario fue la primera vez que mencionó su casa; dijo que la extrañaba; pero de repente se calló.

—En qué estábamos —preguntó.

—En el tema del sueño.

La psicóloga de sonrisa implacable se acercó.

—¿Cómo andan caballeros?

—Viendo el paisaje —contestó Raúl.

—Sigan, sigan entonces—dijo ella.

—Te digo, está enganchada, me tira demasiada onda. ¿No te parece?

—Pienso que es así con todos —contesté.

—Bueno, alguien que conozco se puso celoso.

Me refí y le guiñé el ojo. De inmediato se puso serio.

—Me vas a contar lo del sueño o no. Mirá que ya estás a punto de irte.

—Soñé que mi mujer está con otro tipo desde hace mucho tiempo. Eso soñé, ¿estás conforme? Listo, ya está.

—Bueno, pero es un sueño nada más —dije.

Él sacó las trabas de las ruedas y con un movimiento seguro se dirigió hacia la habitación. Al rato la enfermera entró apurada y con cara de desconcierto, al parecer Raúl se había colgado del timbre. Preferí quedarme afuera en compañía del diario. Debe haber pasado un poco más de una hora. Cuando salió de la habitación estaba bien peinado y con anteojos de sol. Sonreía. Su esposa empujaba la silla. Ella me saludo con un movimiento leve de la mano, como si fuese de madera.

—Ya vuelvo y la seguimos —dijo. No sé si me guiñó el ojo.



## PAÑALES

Milena Ezenga

Papá compra los pañales en un supermercado que está bastante lejos de casa. No es el más grande ni el más barato, pero la chica de la caja tiene siempre los auriculares puestos y nos cobra sin hacer comentarios. No supone un hermanito. No pregunta cuántos meses tiene, si lo dejamos en casa o si duerme muchas horas. Y eso es un problema menos. Papá sólo tiene que acercarle la tarjeta, firmar el ticket y guardar los pañales dentro de la bolsa. No salen de ahí hasta el fin de semana siguiente.

El domingo nos despertamos temprano y desayunamos juntos. Papá se prepara un vaso de leche fría, sea invierno o verano, y lo toma rápido antes de que la crema haga una capa en la superficie. Yo, en cambio, la tomo con chocolate y azúcar. Después de destender la mesa, busco un banquito y me subo a él para llegar a mirarme en el espejo del baño. Me cepillo los dientes mientras papá se prepara un café. Lo saborea en sorbos largos y ruidosos parado detrás de la ventana que da al patio. Mira un punto fijo y piensa.

Todo esto lo hacemos sin hablar. Papá es un hombre de pocas palabras. Hasta la hora del almuerzo no se escucha más que al conductor de su programa de televisión favorito. Un señor italiano cocina platos sencillos y abundantes. “Il menu del giorno, per favore” , grita revoleando la mano al momento que aparecen las recetas en la pantalla. Y yo no me aguanto la risa, sobre todo cuando empieza a hablar en español. A veces, papá se enoja. Dice que soy una exagerada, que no hace falta hacer tanto espanto y me manda a hacer la tarea.

La de matemáticas siempre me queda para el último. Si uso los dedos, papá se olvida del italiano y se ubica detrás de mí. Desde arriba, observa el cuaderno y repasa mis ejercicios. Hace una cruz con lápiz junto a los resultados que están mal y yo adivino mis errores. Le gusta explicarme las operaciones que aún no vimos en clases. Yo lo escucho con atención. De ahí que sé, por ejemplo, que un número arriba del otro es una fracción y que para resolverla una puede imaginar una torta dividida en porciones.

Al mediodía comemos milanesas con puré. Papá las cocina. Golpea la carne con un martillo de madera y las fríe con grasa. Poco después del último bocado, bosteza y se va a dormir. A mí las siestas me aburren, entonces me voy al patio o a la calle para no hacer ruido y observo los pájaros que descubro en la rama de algún árbol o en un poste de luz.

Para un cumpleaños le pedí un canario de mascota. Papá, en su lugar, me regaló un largavistas. Cuando tenía mi edad y vivía en el campo tenía la costumbre de entrapar, me contó. Temprano a la mañana, salía a colgar las jaulas en los postes del alambrado. Cuanto más lejos de su casa, mejor, porque había más posibilidades de atrapar un pájaro poco visto. Al atardecer, repasaba una a una sus paradas para ver si había algún pajarito adentro. Por lo general, eran gorriones. En uno de esos recorridos, al llegar al último trampero, descubrió que había atrapado un pichoncito. Era verano, el pichón había pasado toda la tarde al rayo del sol y estaba moribundo. Papá lo sacó de la jaula, lo envolvió con sus manos y corrió hasta su casa. El pichón se murió en el camino. Todavía recuerda la sensación que le dio al sentir el cuerpo rígido y frío. Nunca más volvió a colgar los tramperos. Le pregunté de qué pájaro era el pichón y me respondió que no sabía. Él era chico y los pichones son todos bastante parecidos. Por eso yo trato de ser una buena observadora y diferenciar un pájaro de otro. Llevo mis notas en un cuaderno.

A eso de las cuatro veo que la habitación de papá está iluminada y corro a decirle que prepararemos sus cosas. Mientras se

levanta, busco en el baúl del auto la bolsa con los pañales y la llevo hasta la habitación del fondo. Él abre las ventanas, deja que entre el sol y la airea. A mí me toca elegir la ropa que guardamos en el primer cajón de la cómoda. Es tan chiquita que parece de juguete. Nunca la deajo encima de la silla sin preguntarle a papá si le parece que está bien. Él asiente sin levantar la vista y despliega las sábanas de la cuna. No sé si sabe realmente lo que le estoy mostrando. Sólo se dirige a mí si advierte que me olvido de algo. Las medias o los esarpines, por ejemplo. No insisto y obedezco. Creo que le gustaría estar solo.

Papá dice “bueno” apenas salimos de la habitación y propone algo para hacer. La tarde es lo más variable de nuestros domingos. “¿Cortamos el césped?”, pregunta. Con la máquina va y viene hasta donde el cable se lo permite y forma líneas con el pasto. Yo voy armando montones detrás de él y le aviso si descubro algún rincón que olvidó de repasar. Apenas termina, enrolla el cable de la máquina para que no se enrede y la deja en un rincón de la galería. Entra a la casa, se recuesta en el sofá y mira desde ahí el resultado de su trabajo, el césped como una alfombra que acaba de aspirar. Suspira y enciende el único cigarrillo que fuma en el día.

Al desaparecer el último rayo de luz, mi papá se transforma en un bebé. Pierde la aspereza de su piel, el cansancio de sus ojos y los silencios prolongados. Lloro bastante. Yo aprendí con el tiempo a traducir sus pedidos. El llanto de los primeros minutos es el peor de todos. Sé que apenas lo acerco a mi pecho y reconoce mi olor, se tranquiliza. Hago esto sentada, porque a pesar de que tengo los brazos fuertes, me canso enseguida si lo llevo conmigo. También para eso tenemos el cochecito. No le molesta que lo ponga ahí. Aprovecho esos momentos para hacer pis o para buscar el cuaderno de los pájaros. No puedo demorarme, porque si pasan muchos minutos se queja. Igual, ya tengo práctica y manejo bastante bien los tiempos. Regreso a él y a lo sumo lo encuentro llorando bajito.

Me gusta leerle las anotaciones de mi cuaderno cuando termina de tomar la mamadera. Le cuento que hoy encontré un atajacaminos. Si papá estuviera grande, no me creería, porque el atajacaminos sólo anda de noche y en las calles de tierra. Pero este estaba en la plaza y a plena luz del día. Dicen que si una les apunta con la linterna, los ojos se iluminan como los de los gatos. Este parecía ciego, volaba al ras del suelo y se chocaba los arboustos. Cuando termino de contarle esto a papá, él ya cerró los ojos y duerme tranquilo. Creo que sueña con el pájaro, porque sonrío y cada tanto mueve los brazos. Lo llevo con el coche hasta la cuna y me ayudo con el banquito. Hago fuerza y lo deslizo desde mis brazos hasta las sábanas que preparó él y me quedo mirándolo un rato desde el borde, por si el movimiento lo despierta.

No son muchas las veces en que tengo que levantarme para darle otra mamadera o cambiarle el pañal. Eso sí, los días que se levanta con el pie izquierdo, que son pocos, me hace renegar bastante. No me quejo, sé que yo también tengo mis caprichos. Aunque me pesa lo tomo en brazos, lo acuno y le canto en voz baja.

Yo duermo en mi cama, en la de siempre, y sueño que paso horas y horas rastrillando el pasto hasta formar una montaña del tamaño de mi casa y me meto ahí adentro. Al principio, me siento bien porque se conserva el calor de la tarde. Después, descubro que tengo pasto entre la ropa, los zapatos y en el pelo y me empieza a picar. Nado en la montaña y busco la salida.

Para las siete de la mañana ya conseguí dormir varias horas seguidas. Mi papá ya no está en la cuna. Nunca sé muy bien cómo es que se cruza de habitación. Sin prender la luz, llama desde la puerta y me despierta. Mientras escucho sus pasos lentos y pesados alejándose por el pasillo le pido que vuelva. Él regresa y le pregunto si no me ayuda con las zapatillas. Ya sé que estoy grande para eso, pero es que nunca me sale bien a atarme los cordones cuando es tan temprano.

## HIJO

Facundo Juárez

El primer indicio de que algo no estaba bien fue el pájaro que encontré, abierto, como un costillar. Le faltaban partes al bicho: una pata y el pico, por lo menos. Me costaba mirarlo, así que rápido busqué una bolsa y lo tiré a la basura. Primero sospeché de una rata, o un pájaro más grande, que lo habría agarrado desprevenido. Faustino me sacó de mis conjeturas cuando me preguntó:

—¿Dónde está el pajarito que dejé acá?

Cuando Ana llegó a la noche, apenas escuchó la anécdota. Le dije que creía que algún animal andaba por el fondo, le dije que a dónde nos habíamos ido a vivir. Pero ella se rio cansada y con el tiempo el recuerdo se me confundió, como cuando uno no se acuerda si vivió, soñó algo o se lo contaron.

El perro ya fue otra cosa. En la plaza, no serían las once cuando un perro se acercó curioso a Faustino, desde atrás. Tuve miedo de que el animal lo atacara, no se veía al dueño en ningún lado y tampoco llevaba correa. Salté del banco desde donde observaba, aunque me separaban diez metros de la escena. El perro comenzó a olerlo en el arenero, y antes que yo pudiera llegar, Faustino le arrancó una oreja de una mordida. Me quedé helado por unos segundos. El perro gemía mientras se alejaba corriendo y algunas personas se voltearon. Rápido, agarré a mi hijo y hui. No sé si la oreja del pobre bicho sólo fue arrancada o almorzada por Faustino. Si sé que, cuando llegué a casa, casi no quedaba sangre en su carita que todavía se relamía.

Ana llegó muerta, fue un día terrible en la oficina. Que los tiempos, que los papeles, que el jefe esto y la compañera lo otro. Yo no escuchaba, sentía un zumbido eterno desde el incidente. Mientras tanto Faustino jugaba con camioncitos de plástico brillante. Le conté todo: que fue en un segundo, que creía que nuestro hijo se había comido un pedazo del perro y que, en la guardia del hospital luego de hacerle algunos test al niño, me habían dicho que todo estaba bien. Además me dijeron que era difícil que hubiese pasado eso, que lo más probable era que yo haya visto mal.

Conté todo de un tirón, casi sin respirar, ella me miró incrédula, como quien mira a un animal lastimado, como yo vi al perro que huía con la vertiente de sangre donde antes estaba su oreja. Ella alzó a Faustino y lo besó, y el niño se aferró a ella y se durmió en minutos. Esa noche discutimos: ¿Cómo un perro podría atacar a nuestro hijo mientras yo miraba a la distancia?

No hubo incidentes por mucho tiempo. Pasé dos años tranquilos, en respetuosa paz con Faustino. Ana salía, temprano a la mañana, y yo me quedaba solo con la criatura a la que cocinaba y atendía, contando las horas para que llegue Ana, a veces pensando en los años que faltaban para que él se fuera de mi casa.

Ana tenía una luz diferente en la mirada, casi que brillaba. Fuimos a comer con su madre y ella le dio la nueva noticia:

—Vos estás embarazada Anita—. La suegra había predicho los embarazos de toda la familia y decía ser infalible. Yo le dije que todo muy lindo, pero igual compré el Eva-test en una farmacia de turno.

Positivo. Felicidad. Transmitir la noticia, contarle a Faustino. El niño abrazó a su madre y le acarició la panza. Un oscuro pensamiento cruzó mi cabeza mientras miraba la escena.

Pasó el tiempo. Faustino crecía, tenía amiguitos, le iba bien en el jardín. A la niña le pusimos Dafne, por una tía de Ana. Le dije que a mí me hacía acordar a Scooby-Doo, pero no insistí mucho porque yo había elegido Faustino en su momento.

Dafne era una beba hermosa, crecía y me abrazaba. Con Faustino intentaba no hablar, pero no hubo nuevos incidentes. Los niños jugaban juntos, todo era tranquilo.

Habrían pasado dos años más desde el nacimiento, yo escribía en la computadora cuando oí a Dafne gritar. Nunca escuché un alarido así, tan fuerte. Pero el abrupto silencio fue peor que el grito. Corrí, buscaba, vociferaba sus nombres. Faustino llamó desde el baño:

—¡Vení rápido papá!

Atravesé la casa corriendo, golpeando cajas, chocando una lámpara. Pisé el oscuro líquido viscoso que asomaba desde abajo de la puerta, la abrí y todo se hizo negro.

Desperté en un hospital. Me sentía mil veces más pesado. Dafne y Faustino me miraban y se decían secretos en los oídos. Ana me miraba con lástima y enojo. Yo sentía que mi cabeza pesaba una tonelada y que mi cuerpo era una gelatina. Aparentemente me resbalé con shampoo en el baño y en la caída me fracturé el cráneo contra la bacha. Ana me había encontrado tirado sangrando cuando volvió del trabajo. Los niños, me contó, estaban mirando televisión.

Ahora quedamos solos, Ana ya salió a trabajar. Yo estoy un poco mejor, la cabeza me duele cuando hace frío, y a veces escucho un zumbido intenso por el que me tengo que sentar hasta que se me pasa.

Son las once de la mañana, yo sigo en la cama. Por la puerta entreabierta del cuarto los veo asomarse. Susurran, se dicen cosas al oído y ríen bajito. Pareciera que esperan a que me duerma o que baje, otra vez, la guardia.

## LOS GREGARIOS

Karen Fogelström

H. P. Urano había nacido con vocación de hombre común. Sin embargo, su destino de gris medianía se vería truncado por “El Premio”. No especificaré ni hoy ni nunca de qué galardón se trata. Primero, porque es de público conocimiento, y segundo, porque en mi extensa carrera de periodista he logrado esquivar hábilmente litigios judiciales y no pienso adentrarme en ellos a esta altura de mi vida.

Mi relación con el autor había comenzado mucho antes de aquella noche fatídica de premiación. Sus manuscritos llegaban a mi puesto de la redacción cada mes y medio con estricta puntualidad desde hacía quince años. No era extraño que autores nóveles pidieran mi aval, mi padrinazgo o mi opinión; no en vano había forjado mi reputación. Lo inaudito, era la insistencia.

Al principio, se trataba de cuentos sueltos; más tarde compilaciones; luego novelas cortas, y por fin la obra cúlmine de su actividad creativa. Había leído con poco interés los primeros, ojeado sin ganas las segundas y decididamente no pensaba ni por casualidad acometer la titánica tarea de desentrañar esas frases intrincadas que eran, a criterio de Hernán Pascual Uraniski, tal su nombre real, la máxima expresión del oficio.

Para evitar que el aspirante a literato siguiese gastando dinero en copias cuyo destino acabaría siendo la trituradora de papeles, conmovido por una situación que prejuzgué ajustada, rompí mi propia regla y le contesté: “Estimado H.P. Urano. En la literatura como en la vida, menos, es más.”



Para mi sorpresa, a partir de aquel día, utilizó aquellas palabras como introducción a su propia obra, con el descaro de citar mi nombre debajo. No sé muy bien cómo, ni por qué, pero mi crítica acabó siendo interpretada como una alabanza.

Cargo desde entonces con la culpa de haber sido artífice del ascenso del pobre hombre a la cumbre de la gloria. Permítanme decirles que no debería llevar este peso en soledad. A fin de cuentas, no estaba yo entre los notables miembros del jurado que acabaron por decidir el destino del galardón.

Todos ellos han pasado a mejor vida. No deseo poner en tela de juicio ni uno de los honores que le han sido otorgados, pero amerita que se sepa por qué *Los gregarios* acabó llevándose el premio mayor.

Mientras en el salón se ofrecía un frugal cóctel para que la prensa pudiese conocer a los finalistas, me invitaron a pasar a la estancia reservada al jurado. Pensé, ingenuamente, que el veredicto estaba tomado y que en un acto de deferencia me anticiparían la decisión para que pudiese arreglar la exclusividad con el autor, como había sucedido en otras ocasiones.

Tras el escueto saludo de rigor y sin rodeos, señalándome el epígrafe que coronaba el libro de Hernán, me pidieron información del autor. Ninguno me creyó cuando sostuve que la cita había sido utilizada sin mi permiso. Imaginaban que el aura de mi poder era mayor que el real y que no había una sola persona que se atreviese a estampar mi nombre sin autorización.

Se los veía nerviosos y apurados. Decidí que en lugar de perder tiempo explicando una situación incomprensible, facilitaría las cosas cooperando. Una vez evacuaran las dudas que tuviesen, *Los gregarios* acabaría descartada y alguno de los popes que esperaba en la sala ascendería al escenario, sin riesgos de alterar el orden natural de las cosas.

—Este señor H.P Urano, ¿qué ideología profesa? – preguntaron.

No pude evitar estallar en carcajadas. Era poco adecuado a la situación, pero la reacción fue instintiva. Los desconocidos se miraron entre ellos como si el motivo de tal hilaridad les fuera un enigma.

– Carece de ideología– afirmé sin titubear. A pesar de no haber cruzado con él palabra, por la correspondencia que me enviaba, me había formado una idea clara de su posición. No discuto que quizás una parte de mí creyó que con ese argumento acabaría por enterrar las aspiraciones del manuscrito. Me vanagloriaba de jamás haber errado en mis apreciaciones sobre qué autores merecían prosperar y cuáles jamás pasarían de meros aficionados, y no pensaba dejarlos contradecirme en ese preciso instante.

Para reforzar la sentencia, utilicé una analogía gráfica y deslicé que era como un envase vacío: bien podía argumentar a favor de un partido o una persona durante unos momentos para sostener lo opuesto minutos después, sin observar ni notar su propia contradicción.

Como no le faltaba labia, se enredaba en intrincadas disertaciones, dejando a su audiencia convencida. ¿Convencida de qué? Pues, los que estaban a favor del movimiento en cuestión, afirmaban que Urano había alabado su gestión. Quienes estaban en contra, percibían con claridad la inquina que desprendían sus palabras. La gran mayoría, los que no se inclinaban a uno u otro lado, presentían que no se había entendido un cuerno de lo estaba diciendo.

Satisfechos, aceptaron gustosos aquella descripción que, si bien acababa de inventar, acabaría por ser fiel reflejo de la realidad.

Para mi horror, en lugar de quitar de en medio la novela, comenzaron a discutir entre ellos acerca de si era mejor entregar el premio a cualquiera de los grandes autores consagrados que aguardaban en el salón o galardonar *Los gregarios*.

En los tiempos que se vivía, cuando se estaba acusando al jurado de favorecer a uno u otro sector, si no se podía determinar para qué lado jugaba Urano, se garantizaba que al menos en ese sentido, la crítica y los medios no podrían hacerlos trizas.

Sabía de buenas fuentes que no se trataba de que antes hubiesen tenido reparos en inclinar la balanza según les convenía. Nada de eso. El problema era que los tiempos turbulentos que se desarrollaban no permitían prever con certeza de qué lado caería el platillo y no querían aterrizar del lado equivocado de la línea.

Escuché a uno de los presentes preguntar por lo bajo, con cierta timidez, si alguno había leído *Los gregarios*. Se hizo un silencio mortal. Se miraron unos a otros sin encontrar respuesta positiva. Acabaron por clavar todos los ojos en mí. Negué con la cabeza. –¿Unas hojas, al menos? – insistió un insidioso.

Miraron el reloj. No podían darse el lujo de acometer las mil doscientas páginas para comprobar la calidad. Se plantearon la posibilidad de dar con el lector que había considerado que *Los gregarios* merecía ser evaluada por el excelentísimo jurado de premiación para que explicara sucintamente el argumento.

Desistieron. No había tiempo de llamar a todos para dar con el responsable, o irresponsable en este caso. Flotaba en el aire la sospecha de que había sido uno de esos críticos de segundo nivel que, airado por no pertenecer a la élite del jurado de premiación, había filtrado el manuscrito con el solo propósito de acabar con la paciencia de los presentes. No sería la primera vez.

“Ninguna novela es tan mala como para que, corregida por un buen editor, no acabe siendo un best seller”, sentenciaron por unanimidad y quedó sellado el destino de Hernán.

No tenían ni idea.

Volví al salón derrotado. Mientras departía entre conversaciones banales, me convencía a mí mismo de que salía ganando de todas maneras. Nadie tenía por qué saber que había ignorado al autor durante años. Bastaban mis palabras en la portada del libro para validarme como el descubridor del siguiente gran novelista. A la luz de los sucesos, admito que fue una actitud éticamente reprochable, pero era joven y cultivar mi propio ego no había dejado aún de ser una obsesión.

El excelso grupo de octogenarios hizo su entrada con el sobre lacrado en la mano y luego de dar un discurso tan poco original como repetido, invitaron a una celebridad del cine que aunaba prestigio y belleza a leer el resultado.

No me sorprendí al escuchar el nombre de H.P. Urano en labios de esa deidad y debí fingir estupor mal y tarde. El autor se precipitó eufórico al escenario y estrujó en exceso a la actriz, olvidando por completo las diez hojas de agradecimientos que debía guardar en el bolsillo del saco, a juzgar por lo abultado que se notaba. Tartamudeando preso de la emoción, ensayó dedicatorias a parientes tan improbables como lejanos. Casi sin aliento, señalando en mi dirección, destacó la proverbial generosidad que me caracterizaba al regalarle las palabras que no sólo abrían la novela, sino que habían constituido el brazo fraterno que lo sostuvo cuando la noche del desánimo llamó a su puerta.

Los aplausos y los flashes de los fotógrafos dieron por concluido el monólogo. Seguí su derrotero desde lejos. A partir de ese instante y por el resto de la velada, se vio arrastrado por la marea de personas que deseaban palmearle el hombro, estrecharle la mano y seducirlo para que firme contratos jugosos por obras que aún no había escrito.

Lo rescaté de madrugada, agotado y embriagado de éxito. Me ofrecí a llevarlo a la casa, en parte avergonzado de ser promotor del vuelco que acababa de tomar su vida y otro tanto para que la prensa, la mañana siguiente, destacara en negritas mi nombre junto al suyo, acrecentando mi popularidad.

En ese corto trayecto en el que repasamos los puntos altos de la velada y soñó en voz alta con las puertas que acababan de abrirse para él, asomó la sombra trágica de la angustia que acabaría por consumirlo al cabo de los años: albergaba la sospecha de que el jurado no había leído *Los gregarios*.

Ascendió a la cumbre de su carrera de la mano del galardón, firmó contrato con la editorial más importante de Latinoamérica

y su libro salió a la luz tal y como él lo había soñado, sin una coma de más ni un punto fuera de sitio.

Los editores contratados para corregir el trabajo renunciaron uno tras otro hastiados de leer las frases inconexas del autor. Cuando los plazos se acabaron, no quedó más remedio que mandarlo a imprenta tal y como había salido de las manos de Urano y “que Dios nos ampare”.

Comenzó a tornarse impredecible y violento. Invitado a programas de televisión, aceptaba con gusto las entrevistas, pero en cuanto detectaba que su interlocutor no tenía idea de qué trataba *Los gregarios*, era capaz de levantarse entre gritos y acusaciones.

Asistió a una docena de homenajes en su honor y arrojó contra las paredes, el suelo y los propios anfitriones los premios recibidos, resentido de que sólo conocieran la trama de su obra por la reseña de contratapa.

La fama de “escritor loco” solo acicateó la leyenda y lo convirtió en un autor de culto. Todos tenían un tomo de *Los gregarios* en su biblioteca y se hablaba del él como si se tratara de un iluminado. Se citaban frases sacadas de contexto, convirtiéndola en una especie de biblia moderna en la que cualquiera que quisiera pasar por erudito abría una página al azar, seleccionaba las primeras dos oraciones de un párrafo y llenaba de significado las palabras vacías. La cuenta bancaria de Hernán crecía con la misma rapidez que su frustración.

Durante un tiempo la barrera idiomática lo protegió de las traducciones a otras lenguas, pero el hambre comercial no conoce fronteras. Visitó lugares lejanos de los cuales retornaba cada vez más deprimido, con el consabido “no me han leído” en la boca. Cuanta mayor fama internacional acumulaba, más se sumía en la soledad. No cumplió con los contratos que había firmado para un puñado de novelas nuevas, ni honró su palabra de hacer una adaptación cinematográfica. Acabó revocando los derechos de comercialización y reimpresión celebrados y dejó que la novela fuera quedando relegada a los estantes de bibliómanos empedernidos.

La circulación del libro se interrumpió y luego de un tiempo en que los precios se dispararon por la escasez de ejemplares, la demanda cambió de rumbo y el mercado con su voracidad decretó “a rey muerto, rey puesto”, erigiendo un nuevo escritor de culto.

El carácter sombrío de Hernán se acentuó y se dio a la bebida. En el último tiempo, recorría bares, desalineado y sucio, buscando potenciales fabuladores a los que preguntaba si habían leído *Los gregarios*. Recibía una decena de “sí” por noche que se encargaba de desenmascarar en apenas dos preguntas. No era raro que castigara a golpes al mentiroso de turno, recibiendo el triple de los que daba. Debo reconocerle que, tanto en la cresta de la ola como en las profundidades de la tragedia, siempre acudía a mí como si de un amigo se tratara. No puedo enumerar las veces que recibí sus llamados de madrugada para sacarlo del hospital.

Una de aquellas noches en que lo rescaté de una comisaría, entre babas espumosas y vómitos alcohólicos lloriqueó que si al menos encontrara una persona que lo hubiese leído, sería feliz. Le bastaba una. Lo subrayaba levantando el índice tembloroso de beodo.

Luego de depositarlo en su cama, descubrí que la respuesta estaba en un sobre amarillento que procedía de Filipinas y que atesoraba en su mesita de luz. Me senté en el suelo grasiento y desdoblé las hojas gastadas y manoseadas. Se notaba que Urano las había leído y releído miles de veces. En aquella carta manuscrita, la presidenta del club de fans de Urano en el asiático país, Emma Reyes, comentaba con letra apretada y admiración inocultable, pasajes completos de la novela. Si la mujer aún vivía, tenía que haber leído la novela. O al menos una parte importante de ella.

Busqué sus datos de contacto en el ordenador y envié un mensaje en rudimentario inglés. A los pocos días recibí su respuesta animada. Estaba encantada de que el célebre escritor quisiera conversar con ella y ansiaba recibirlo en Manila.

Convencí al jefe de edición de costear los pasajes con la promesa de que regresaría con la firma de Urano estampada en una cesión de derechos para lanzar una edición de bolsillo de la famosa novela

o, al menos, traer bajo la manga una exclusiva amarillista en la que se narrara de forma desgarradora la caída en desgracia del escritor.

Utilicé las veinte horas de vuelo para desintoxicar a Hernán a fuerza de café negro y conversación estimulante. El calor agobiante del aeropuerto Ninoy Aquino nos abofeteó en cuando descendimos la escalerilla y teníamos las axilas sudadas antes de llegar al hall de pasajeros.

La reconocí por la sonrisa blanquísima con la que saludó en cuanto divisó al escritor. Se deshizo en elogios y en un español bastante poco aceitado relató lo mucho que lo admiraba. Nos condujo a su casa y nos invitó a tomar té helado en un balcón repleto de orquídeas.

Desmenuzaron *Los gregarios* hasta que agotaron las interpretaciones y vericuetos de la trama. Escuchándolos disertar con tanta pasión, estuve a punto de dejarme convencer de la calidad literaria del texto. Por suerte, mi objetividad profesional me recordó que debía abstraerme de las idealizaciones de autores y fanáticos. Hice mis maletas cuando comprendí que mi presencia ya no era bienvenida y que sólo estorbaba en medio de aquella incipiente relación. No conseguí su autorización para una edición de bolsillo y mi exclusiva acerca del redescubrimiento del amor en la tercera edad fue desestimada con sorda indignación.

Lo último que supe de Urano, es que vivía en la isla de Polillo y que acababa de terminar su segunda novela. Decía que estaba dispuesto a publicarla porque era una auténtica joya de la literatura. Prometía enviármela en cuanto hiciese unas últimas correcciones.

El tsunami que siguió a la esquila truncó su futuro. Ya no podrá ser homenajeado por la obra más importante de su vida ni recibirá nuevos galardones por la incomprensible novela que lo catapultó a la fama.

Hernán Pascual Uraninski merece que se lo recuerde como lo que en realidad fue: un tipo común, un buen hombre, un eficiente empleado público que imaginaba que a través de las letras sería capaz de trascender, de tocar la vida de alguien más y ser recordado.

“El Premio” y el mercado lo devoraron, lo traicionaron y lo convirtieron en un mal boceto de sí mismo.

*Los gregarios* es, sin eufemismos, una porquería y no merece el costo de la tinta y el papel.

Si alguno quiere publicar algo de Urano que verdaderamente valga la pena, alquílese un equipo de buceo y sumérgase en los arrecifes coralinos que bordean Polillo, a ver si rescatan el texto que el mar decidió tragarse para disfrute personal. Tal vez encuentren esa perla literaria que están anhelando. Si no es el caso, al menos el viaje no habrá sido en vano; Hernán podrá haber sido un escritor mediocre, pero tuvo un talento indiscutido a la hora de elegir su último paisaje.



## BIEN CALLADITOS

Andrea Fischer

¿No les pasa luego que quieren imprimir cosas para ver si conservan el mismo encanto que tienen en pantalla? Si estuviéramos en una plática de café, posiblemente hablaría más al respecto. No creo que este sea el foro para eso, si les soy sincero. Los veo vestidos de luto y me pongo más mal. Bien calladitos, casi como el que está aquí a mi lado. ¿A qué hora viene el sacerdote? Digo, para apurarme con esto. No los quiero entretener mucho. Luego hasta las ventanas se empañan de tantas lágrimas en un mismo cuarto. En fin. La verdad, no traigo nada preparado. Pero ahí les voy, aunque no sé bien ni qué decirles.

Gustavo era cuate mío. Cómo no. Crecimos juntos. Desde maternal hasta antes de la prepa. Me acuerdo que le gustaba gannarme cuando nos echábamos carreritas en la escuela. Cada recreo me dejaba atrás. Cuando yo apenas le daba media vuelta al patio, él ya le había dado tres vueltas. Pues sí, acelerar era de sus cosas favoritas. Así me voy a acordar de él. Corriendo siempre, a donde fuera: porque siempre llegaba tarde a la escuela, porque su mamá lo mandaba al súper a traer la despensa, porque tenía partido los fines de semana y vivía bien lejos. Quién sabe. A mí siempre me llamaron la atención temas diferentes.

La verdad es que cuando empezamos a salir de noche, las cosas tomaron otro tono. Qué les digo. Íbamos en secundaria. Lo normal: te empiezas a fijar en otras cosas. Quieres que la gente se fije en ti también. Te crece el cuerpo como nunca antes. Te salen

granos. Te sientes bien grande porque fumas, aunque te queman los pulmones y al día siguiente no puedes ni respirar bien. En fin, se te hacen hoyos en la personalidad que antes no tenías. Parece que te succionan hasta que ya no te reconoces. Luego dejas de acompañar a tus papás a misa, te caga ir a los compromisos familiares y, muy en el fondo, sabes que no estás a gusto en el nuevo grupo de amigos que formaste cuando te cambiaron de escuela. Creo que fue lo que nos pasó a los dos en ese tiempo.

Aunque fuimos en prepas diferentes, no dejamos de vernos. Prácticamente no cambió nada. De todas formas, no nos tocaba casi nunca en el mismo salón, así que en las mañanas nunca nos veíamos. Él entró a una que le quedaba más cerca de su casa, por Coapa. Yo me quedé en una por Coyoacán. Viéndolo bien, no estábamos lejos. Venía seguido a comer a la casa. Mi mamá ya le tenía listo su lugar para que se sentara a la mesa. Total, siempre sobraba uno porque mi papá trabajaba todo el día, y ella prefería no ver su asiento vacío.

Los fines de semana íbamos a un café de chinos en Universidad, cerca de los centros comerciales, porque la chela estaba barata y nos gustaba tomar el metro hasta Miguel Ángel de Quevedo, para caminar después hasta el centro de Coyoacán. En su casa nunca había nadie y le daba cosa quedarse solo. Con el tiempo, empezó a invitar a sus nuevos amigos a nuestros planes de fin de semana (Jonathan, el Tona, Brayan, no sé quién más). A veces traían porros. Luego otras cosas. Andar con ellos era así: vernos como a las siete para meternos al mismo bar de siempre y ponernos hasta la madre a la media hora. Cuando uno está así, presumir el aguante parece buena idea. Luego pierdes la cuenta de cuántas llevas y terminas pagando las caguamas de los demás.

Ya borrachos, nos salíamos a fumar. Me malviajé varias veces. Entonces, nos quedábamos hasta más tarde en la calle, y había veces que llegaba a mi casa ya pasadas las diez. Luego las once, las doce. Mi mamá se puso histérica una vez que perdí mis llaves y le toqué el timbre a las tres de la mañana. Salió a gritonearme y yo ni

podía quedarme parado. Hueles a madres. Con quién estabas. Qué chingados te metiste. Y todo lo que una mujer preocupada dice cuando el idiota de su hijo no sabe ni qué hora es. No me dirigió la palabra en todo el fin de semana. No la culpo. Sí me la volé esa vez.

En mi casa me dejaron de dar dinero, porque si ya estaba grandecito para andar en esas cosas, también lo estaba para pagarme mis gustos. Y la gasolina. Y las salidas. Y todo lo que no tuviera que ver estrictamente con mi educación. El castigo ni me pesó, porque no quería ver a nadie. Un día me desperté a las cuatro de la tarde y me di cuenta de que habían pasado dos meses. Gustavo ya estaba harto de que no le contestaba los mensajes y que no pelaba sus invitaciones para vernos otra vez. Ni las de él ni las de nadie. Mi mamá le colgaba el teléfono cuando marcaba a la casa. Me acuerdo que la primera vez le puse la excusa de que no tenía lana. Me mentó la madre y le dejé de contestar. Pinche fresa, me dijo. Esa vez, hasta me dio risa.

Me creció el pelo.

Me dejé de rasurar.

Me di cuenta de que tenía un montón de ropa sucia tirada en el piso y, como mi mamá no entraba nunca a mi cuarto, ya olía a sudor de tener las ventanas cerradas con las cortinas corridas. Ya, cabrón, mírate cómo estás, me dijo mi papá un sábado a mediodía. Das pena. Componte. Y para que me dejara en paz, me puse a hacer la tarea enfrente de todo el mundo. Para que viera que estaba *bien*.

Pasó un buen rato para que me antojara volver a salir con ellos. Mi mamá no se enteró. Nunca le dije. Hasta que supo a fuerzas. Yo sé que jamás me va a perdonar que me parara frente a la puerta con la cara madreada y los labios partidos, pidiéndole que me llevara al Hospital General porque ahí tenían a Gustavo entubado. Eran las ocho y media del día siguiente. Sí, sí me cuesta decirlo. Fui bien pendejo.

Lo demás, más o menos todos nos lo sabemos. Que nos vimos en la tarde, que Gustavo se llevó el coche de su papá sin que él supiera, que chupamos un chingo en quién sabe dónde, que nos

salimos borrachos a la calle a buscar ver en dónde nos habíamos estacionado, que ninguno de sus amigos se quiso subir al carro con él porque iba entre encabronado y llorando diciendo cosas sobre el desmadre que armó porque uno de sus amigos no pagó su parte esa vez. Yo sí me subí con él. Ni siquiera para apoyarlo, sino para que me llevara de regreso a mi casa. Ya era de mañana y seguro me estaban buscando. Agarramos Circuito Interior. Pisó el acelerador hasta 140. Valió madre.

Se quebró el parabrisas. No sé cómo conseguí una ambulancia. Llegó la policía para resolver el tema de daños a la nación, porque nos estrellamos contra un poste de luz. Eran dos. Los dejé peleándose con el cuate del seguro, que tampoco sé cómo apareció, mientras le preguntaba al paramédico que qué iba a pasar, que a dónde se iban a ir, que me ayudara por favor, que no sabía qué hacer. Márcale a tus papás, m'hijo. Ni madres, le dije, y me subí al taxi que me pidió el ajustador sin darme cuenta de que tenía la cara hecha mierda y estaba sangrando de todos lados.

Cuando llegué a mi casa le pagué al taxista con todo lo que traía encima. Cuando mi mamá me vio, ni siquiera me preguntó qué había pasado. Prendió la camioneta y me subió como pudo. Vamos a emergencias. Qué hiciste. Eres un imbécil. Me lleva la chingada contigo. Estaba hecha lágrimas, envuelta en la bata de siempre y el pelo amarrado en un chongo dominguero. No, mamá, por favor. Primero hay que ver a Gustavo. Dónde está. Se lo llevaron al Hospital General. En ese momento tomó Eje Central. Al llegar, me dijo que me bajara solo, que ella me alcanzaba. Varios médicos se acercaron a revisarme. No hice caso. Pregunté por él. Sus papás ya estaban esperando que les asignaran una cama. La pantalla de mi celular marcaba cuarto para las diez. Gustavo no pasó la noche.

Me enteré hoy, hace rato que mi mamá recibió la llamada. Y así como me ven recibí la noticia: sentado en el desayunador de mi casa, con la cara inflamada y un nudo en la garganta que te quiebra las vértebras. Nomás escuché a su papá decir ya está muerto. La

verdad, no me sorprendió. No he llorado. El coche quedó irrecuperable y bueno, señores, qué les puedo decir. Creo que la pérdida va por otro lado. Pero creo que estamos todos mejor como empezamos, bien calladitos.

